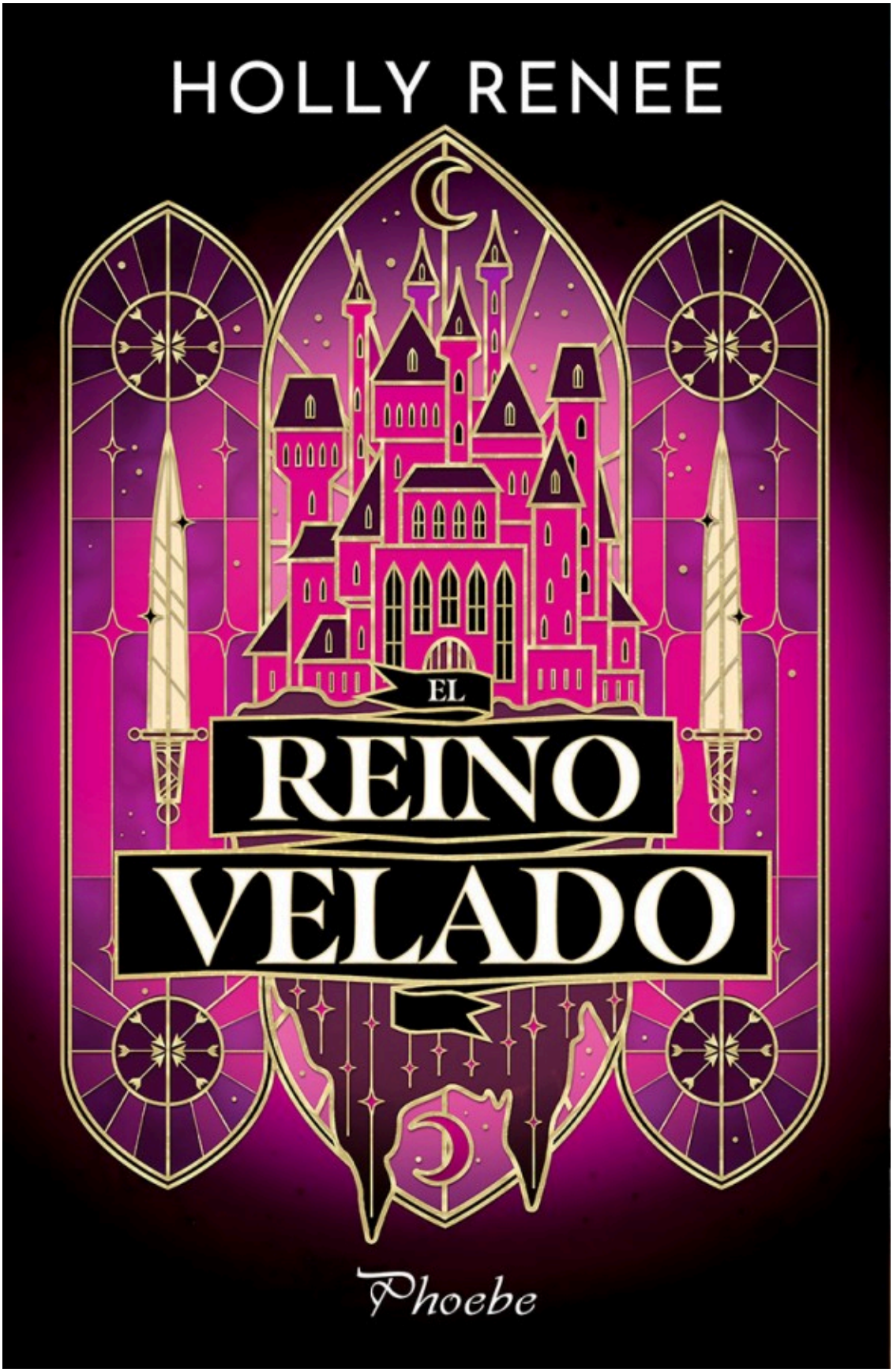
HOLLY RENEE



EL REINO VELADO

Phoebe


HOLLY RENEE
EL
REINO
VELADO
Phoebe

HOLLY RENEE

EL REINO VELADO

Traducción de Silvia Barbeito



Phoebe

Título original: *The Veiled Kingdom*

Primera edición: enero de 2026

Copyright © 2024 by Holly Renee

© de la traducción: Silvia Barbeito Pampín, 2026

© de esta edición: 2026, Ediciones Pàmies, S. L.
C/ Monteverde
28042 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 979-13-87787-19-6
BIC: FRT

Arte adaptado de cubierta: CalderónSTUDIO®
Ilustración de cubierta: Viki Lester, Forensics and Flowers

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Este libro contiene escenas de contenido sexual explícito, violencia y agresiones, así como lenguaje, temas y contenido para adultos que pueden ser no aptos para todos los lectores. Se recomienda discreción en la lectura.

Para Amber Palmer.
Gracias por tu apoyo infinito y por tu amistad.

1

NYRA

El sudor me corría por la espalda bajo la fina capa que llevaba puesta a pesar de que todavía podía sentirse el frío de la humedad en el ambiente.

El guardia que estaba al final del puente, con su mano carnosa apoyada en la empuñadura de la espada, hacía que se me acelerara el corazón al pensar en mi próxima jugada.

Inspiré hondo y miré hacia el bullicioso callejón del mercado. El olor a humo y pescado en salazón hacía que me picara la nariz, pero no podía disimular la peste de los barrios bajos ni la de los cuerpos sudorosos que se amontonaban a mi alrededor.

Me oculté el rostro bajo el cabello oscuro que me llegaba hasta los hombros mientras me abría paso entre la multitud y me alejaba lo más posible del guardia. Levanté la vista hacia el palacio y hacia la gran puerta de hierro que lo separaba del concurrido puente, que ocupaba casi una manzana entera.

El gran puente del reino de Marmoris era un lugar legendario. O al menos eso era lo que al rey le habría gustado que todos creyeran.

Mi mirada traicionera recorrió el palacio hasta donde sabía que estaba mi antigua habitación. La ventana se encontraba a tanta altura que alcancé a ver una de las banderas de mi padre ondeando al viento justo encima de ella. Era lo bastante alta como para que nadie pudiera ver el interior, para que mi seguridad nunca quedara comprometida.

O eso creía yo.

En realidad, era lo bastante alta como para que nadie pudiera ver la vergüenza del rey: una heredera sin poderes.

Había pasado demasiados años confundiendo su bochorno con vigilancia. Mis padres habían perdido la esperanza de que su heredera al trono tuviera poderes cuando yo había cumplido los diez años sin mostrar ni la más mínima chispa de magia. Todavía recuerdo el miedo y la preocupación en sus expresiones cuando me dijeron que debíamos guardarnos el secreto para

nosotros, pero esa preocupación había muerto mucho antes que mi madre. Mi padre dejó de preocuparse por mí, y lo que veía en sus miradas era puro resentimiento.

Había sido difícil oír las conversaciones a mi alrededor, apagadas por el sonido del agua que caía a toda velocidad desde las enormes cataratas bajo el puente. Me había esforzado por escucharlas, pero lo único que había podido distinguir era el intercambio de monedas y los susurros sobre acuerdos que no debían conocerse.

La brisa del mar me revolvía el pelo sobre los hombros. Inspiré hondo hasta que mis pulmones me pidieron que soltara el aire. Cada vez que una ráfaga de viento traía consigo ese aroma familiar, me inundaba de recuerdos agridulces. Estaba dividida entre la nostalgia y el resentimiento.

Miré hacia el agua y vi una docena de barcos que estaban a punto de zarpar. Se me hacía un nudo en el estómago por la nostalgia que me provocaba recordar cómo solía contemplarlos y soñar despierta con embarcar hasta que el viento me alejara de ese lugar.

Pero últimamente siempre tengo un nudo en el estómago.

Me obligué a ponerme en marcha y me abrí paso entre los carros destartalados hasta pasar junto al comerciante cuya mirada siempre se detenía en mi cuerpo un poco más de lo que me habría gustado; aun así, le sonreí mientras me miraba lascivamente.

Era justo lo que necesitaba.

Deslizó la vista hasta el contorno de mis pechos y me llevé las manos a la espalda. Si se fijaba en las curvas de mi cuerpo, no podía ver lo que hacía con las manos.

—Buenas tardes —dijo, pasándose la lengua por el labio inferior, apenas visible a través de su barba grisácea y descuidada.

—Buenas tardes —respondí con amabilidad, agachando la cabeza para que viera lo tímida que era, lo halagada que me sentía por su atención. Todo ello mientras cogía una manzana y un trozo de pan duro. Escondí el pan en la parte trasera de mis pantalones, con las manos ocultas bajo la capa.

Con una sonrisa ensayada, pestañeé y el hombre me miró sin prestarle atención al desgastado anillo que llevaba en la mano.

—Al parecer esta noche va a hacer frío —comentó el hombre; mientras seguía estudiando mi cuerpo me forcé a mantener un ritmo respiratorio constante y a ocultar los latidos acelerados de mi corazón.

Alcé la vista al cielo, fingiendo estudiar las nubes mientras asentía.

—Gracias por el aviso.

Como si los que dormíamos en la calle no fuéramos más que conscientes de los cambios que llevaba consigo la presión en el ambiente.

—Ya sabes dónde encontrarme si esa capa que llevas no te abriga lo suficiente.

Me mordí la lengua para evitar la réplica que estaba a punto de escapar de mis labios. La manzana seguía bien sujeta entre mis dedos, y su peso me proporcionaba esa serenidad fingida a pesar de que me goteó jugo por los dedos cuando clavé las uñas en la fruta.

—Gracias. —Asentí una vez más, retrocedí y me perdí entre la multitud de clientes antes de que el comerciante se aburriera de mi cuerpo y se fijara mejor en lo que estaba haciendo, algo que no podía permitirme.

Llevaba casi un año viviendo en esas calles, desde la incursión, y había tenido mucho cuidado de que nadie se interesara demasiado por mí.

No tenía suficiente dinero como para comprar un pasaje en uno de los barcos, como deseaba, y los rumores sobre el peligro que acechaba más allá de la costa me habían mantenido anclada a ese lugar.

La rebelión se había vuelto más despiadada, y no podía arriesgarme a viajar al sur hasta que llegara el momento del diezmo, hasta que la rebelión vigilara a mi padre y el palacio tan de cerca que no iban a tener tiempo de fijarse en mí.

Me abrí paso rápidamente entre la gente que se arremolinaba en el puente y vi cómo un hombre vestido con lujosos ropajes se aproximaba a uno de los comerciantes, cuya expresión se iluminó al tenerlo cerca. El hombre no llevaba capa: su camisa era lo bastante gruesa como para protegerlo del frío, pero eso también significaba que la bolsa que llevaba atada al cinto estaba muy a la vista. Y por la forma en que colgaba junto a su cadera, habría apostado a que dentro había al menos diez monedas.

Aceleré el paso, con la vista clavada en el hombre mientras me acercaba. La desesperación se apoderó de mí y me empujó a avanzar, pero la codicia solo iba a conseguir que me mataran o, peor aún, que me capturaran, y aún tenía suficiente comida como para calmar mi hambre durante un par de días. Aun así, solo faltaban unas jornadas para el diezmo, y tenía que huir antes de que tuviera lugar, porque se esperaba que todos los habitantes del reino se presentaran ante el rey y pagaran el tributo que les correspondía con toda la magia que tuvieran.

Y yo no podía hacerlo.

De cualquier modo, aunque hubiera podido pagar de alguna forma lo que mi padre creía que se le debía, la gente que vivía dentro del palacio me habría reconocido en cuanto me hubiera visto. Los guardias que patrullaban el puente, las calles de la ciudad y las mazmorras no habían tenido el privilegio de conocerme, pero los soldados más próximos a mi padre sí. Y sin duda iban a estar para proteger a su rey cuando despojara a su pueblo de lo poco que les permitía tener.

Ya habían asesinado sin pensárselo dos veces a buena parte de nuestra gente por no pagar el diezmo, y el miedo a lo que podían hacerme a mí superaba el que les tenía a los rebeldes.

Me obligué a acercarme al hombre mientras él se estiraba la camisa, completamente ajeno a quienes lo rodeaban.

Era una tontería hacer algo así en ese puente: había demostrado ser el lugar más fácil para convertirse en ladrón, pero también era el lugar más fácil para que te pillaran.

Y si no hubiera sido por el miedo que me invadía al ver que no tenía ni una moneda en los bolsillos ni comida para llenar el estómago, probablemente me habría dado la vuelta.

Pero no podía permitírmelo; y menos estando tan cerca del diezmo.

El hombre habló con el comerciante que tenía frente a él durante tan solo unos segundos antes de tenderle dos monedas de oro.

Y al ver ese gesto solo pude pensar en que iba a sacarle dos monedas menos.

Me tragué el miedo que amenazaba con paralizarme y seguí al hombre cuando se alejó del comerciante.

Andaba con paso firme y decidido, y atravesó el puente sin percatarse de mi presencia.

Mi capa se disimulaba fácilmente entre el mar de ropajes que adornaban el mercado, lo que me proporcionaba cierto grado de anonimato.

Me moví tan rápido como fui capaz, tratando de alcanzar al hombre antes de que se aproximara al palacio. Me di prisa, acortando la distancia entre nosotros, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho, acompasando el ritmo de mis zancadas.

Él se detuvo para dejar pasar el pequeño carro de un vendedor, cuyas ruedas de madera traqueteaban ruidosamente sobre los adoquines, y supe que no iba a tener una oportunidad mejor.

El carro aceleró en mi dirección y casi me rozó al pasar, y yo me eché hacia delante y me aferré al hombre para amortiguar la caída.

Tropecé con él, braceé con desesperación y me agarré como pude a su camisa; fingí perder el equilibrio e hice que él perdiera el suyo.

Se estrelló contra el hombre que estaba detrás de él, y los tres apenas logramos mantenernos en pie mientras la multitud nos empujaba de un lado a otro.

No perdí el tiempo y tiré de las correas de cuero que sujetaban su bolsa al cinto y la estreché con fuerza en mi mano.

—Lo siento mucho —balbucí con voz temblorosa, recuperando el aliento—. No miraba por dónde iba.

Me recorrió con la vista de arriba abajo, evaluándome. Podía sentir el peso de su mirada escrutadora, y hasta la última fibra de mi cuerpo me pidió a gritos que huyera de ahí.

Tenía la mano derecha en su camisa y me aferraba a él mientras intentaba enderezarme; mi mano izquierda sujetaba su bolsa de monedas como si me fuera la vida en ello.

La confusión del hombre se convirtió en preocupación cuando extendió una mano hacia mí.

—¿Estás bien?

Esbocé una diminuta sonrisa, haciendo todo lo posible por parecer vulnerable.

—Sí. Solo he perdido el equilibrio. No pasa nada.

Recé para que aún no se hubiera dado cuenta de que lo había aligerado del peso que llevaba a la cintura.

Él todavía tenía las manos sobre mis brazos y me sujetaba con firmeza contra su cuerpo, y dudó un momento antes de asentir.

—Ten cuidado ahí fuera. El puente puede ser un lugar peligroso para una chica como tú.

Una chica como yo.

Él no tenía ni idea de que ese puente era más peligroso para una chica como *yo* que para cualquier otra persona en el mundo.

Todo el reino lo era.

Asentí y apreté la bolsa que llevaba en el puño dando un pequeño paso atrás. Agaché la cabeza y clavé la vista en el suelo.

—Gracias, señor. Así lo haré. —Tras eso, me di media vuelta y me perdí sin

esfuerzo entre la multitud, con el corazón latiéndome a toda prisa por la mezcla de ansiedad y culpa.

Pero ninguna de las dos cosas fue suficiente para que me arrepintiera de lo que acababa de hacer.

Mientras me abría paso por el bullicioso mercado, no pude evitar echar un vistazo a la bolsa que apretaba con fuerza en mi mano. Era más que suficiente para mantenerme durante unas semanas, tal vez incluso meses, si era prudente con mis gastos. El peso de las monedas alivió parte de la urgencia que me carcomía por dentro cuando me guardé la bolsa en el bolsillo.

Los guardias seguían plantados a la entrada del puente y me obligué a pasar junto a ellos, aunque me dolían los músculos con cada paso que me acercaba a su lado. Una vez que crucé el umbral, abandoné el suelo ornado con elegantes adoquines y pisé los polvorientos guijarros que cubrían las calles y me permití mirar por encima del hombro solo una vez para asegurarme de que nadie me había visto, de que el hombre no se había dado cuenta de que le había robado.

Cuando los guardias no me prestaron atención, me adentré con premura en las estrechas callejuelas. Cuanto más me alejaba del puente, menos majestuosas se volvían las casas y las tiendas que flanqueaban las calles. También las personas que vivían en esas moradas se volvían cada vez menos importantes. Solo se podía estar muy cerca del rey si se tenía algo que ofrecerle.

Si tu magia era algo que él pudiera necesitar.

El hedor de la mugre y la descomposición llenaba el aire, mezclándose con el lejano aroma de las especias que provenía de los destartalados puestos de comida que se encontraban dispersos por las calles. Todo suponía un marcado contraste con la opulencia del palacio y de su puente, pero cuanto más me alejaba de ellos, más fácil me resultaba respirar con tranquilidad.

El peso de las monedas robadas en mi bolsillo me daba una sensación de seguridad, un tiempo muerto en el que no iba a sentir esa hambre feroz que siempre me devoraba el estómago.

Mientras andaba por las calles en ruinas, escudriñaba los rostros de los transeúntes. Muchos mostraban expresiones de cansancio y resignación porque tenían el ánimo abatido por el peso de sus luchas cotidianas. El mundo fuera del palacio era una dura realidad que me recordaba constantemente lo que había dejado atrás.

Lloraba por ciertos aspectos de la vida que una vez había sido la mía, pero también rezaba a los dioses para no tener que regresar jamás a ella.

Mantuve la cabeza gacha, mezclándome perfectamente con el paisaje de pobreza y desesperación. La capa andrajosa que ocultaba mi identidad cumplió bien su función y me ayudó a pasar desapercibida entre esas calles dejadas de la mano de los dioses. La supervivencia me había enseñado a ser invisible, a convertirme en un fantasma que se movía entre las sombras, y eso me había resultado muy útil.

Giré a la derecha por un callejón abandonado y pasé por delante de una vieja casa que tenía unas enredaderas que trepaban por los ladrillos rojos medio desmoronados. La anciana que vivía allí rara vez salía o recibía visitas, y aún menos revisaba el pequeño nicho cerca de la parte trasera de sus jardines.

Me senté allí, en el lugar que se había convertido en mi hogar, y saqué el pan y la manzana del interior de mi capa. Era en momentos como ese cuando deseaba tener un cuchillo, pero Micah iba a llegar enseguida.

Mientras saboreaba el primer bocado del pan que había robado, oí unos pasos que se hacían cada vez más fuertes al final del callejón. Escondí la comida, por si acaso, y permanecí en silencio hasta que los pasos se ralentizaron. Micah emergió de las sombras; su delgada figura se difuminaba a la perfección con la oscuridad que lo rodeaba.

—¿Ha habido suerte hoy? —preguntó en voz baja, escudriñando los alrededores en busca de cualquier peligro potencial. Después de un instante se sentó a mi lado con un gemido.

—Me ha ido bastante bien —respondí; saqué el pan de su escondite y lo partí por la mitad. Él cogió su parte con avidez, y era imposible no notar el hambre en sus ojos—. ¿Y a ti?

Asintió con expresión aprobadora y me tendió una pequeña bolsa que parecía demasiado ligera para contener monedas.

—He conseguido robar esto del carruaje de un noble cerca del palacio. —Abrí la bolsa con cuidado y vi varios trozos de pergamino doblados, todos lacrados con el sello real—. Es correspondencia para el rey.

Me temblaban los dedos al meter la mano en la bolsa de cuero, pero sus palabras me dejaron paralizada. El miedo me oprimía, me asfixiaba, y dejé caer la bolsa al suelo.

—No podemos quedarnos con esto —dije con firmeza, con una voz apenas audible—. Si nos pillan con estas cartas, pondremos en peligro algo más que nuestras vidas.

Negué con la cabeza, con la mente acelerada por las implicaciones de lo que

Micah acababa de decir. Que fuera correspondencia para el rey significaba que se trataba de documentos importantes, que podían contener información que iba a utilizarse como arma arrojadiza contra los que estaban en el poder. Era un riesgo que no podíamos permitirnos correr a la ligera.

Era un riesgo que me ponía mucho más en peligro que las monedas que acababa de robar.

Si el rey y sus guardias no me estaban buscando, sí iban a buscar esos papeles. Aunque lo más inquietante era que, si alguien iba detrás de mí, nadie tenía noticia de ello. Yo era la princesa perdida que todos seguían creyendo que estaba encerrada en su torre. Yo era la mancha en el reinado perfecto del rey, y él seguía *ocultándome* tanto como yo me ocultaba de él.

Micah me miró con la preocupación grabada en las arrugas de su rostro.

—Tienes razón —admitió con voz tensa—. Nunca los habría cogido si no te hubieras ido. —Se pasó sus curtidas manos por el cabello claro, que parecía brillar bajo la luz del sol. Micah era la única persona en quien había confiado desde que había dejado el palacio, pero él solo sabía lo que yo quería que supiera. Me había mostrado amabilidad en las calles cuando nadie más lo había hecho, y yo había correspondido a ese favor ocultándole mi identidad. Pero si mi padre descubría en algún momento que me estaba ayudando a mantenerme escondida, no iba a dudar en matarlo. Para Micah yo era una chica que escapaba de un pasado aterrador, pero para mi padre yo era una carga. Y cualquiera que supiera de mí y de mi falta de poder entraba en la misma categoría—. Pero mira. —Abrió uno de los pergaminos, uno con el sello roto, y lo desplegó rápidamente; recorrió las líneas con la mirada, señaló la parte inferior de la página y yo le eché un vistazo por encima al papel para ver qué quería decir—. No hemos conseguido que la marca de rebelión quedara perfecta… —Me cogió la mano izquierda y me subió la manga para dejar al descubierto la sencilla marca negra que me había hecho.

Pasó el pulgar por la sensible piel de mi muñeca, donde la marca había sido cuidadosamente grabada con su magia, y se me puso la carne de gallina.

La marca eran dos flechas simples que se cruzaban formando una X. Aunque los dos habíamos oído hablar de ella muchas veces, Micah tenía razón: era ligeramente distinta a la que aparecía en la correspondencia. Las plumas —el emplumado de las flechas— no eran las mismas, y cualquiera que formara parte de la rebelión podía detectar la diferencia fácilmente.

También iban a darse cuenta de que yo no era más que una traidora que

intentaba hacerse pasar por uno de ellos, y, si eso ocurría, iban a acabar con mi vida tan rápido como lo habría hecho el rey.

Aunque los partidarios del rey no abandonaban la costa real a menos que se unieran a la rebelión, o al menos no lo hacían desde la incursión. Era demasiado peligroso.

Si alguno de ellos me encontraba cuando huyera del reino, la única forma de sobrevivir era dejarles claro que estaba de su lado. Nadie podía conocer mi verdadera identidad. Nadie podía saberlo.

—Tenemos que arreglarlo. —Sus dedos se movieron suavemente sobre mi marca y sentí un nudo en el estómago al mirar la danza de sus manos—. Sabrán que eres una impostora en cuanto lo vean.

Una impostora. Dioses, no se me ocurría una palabra mejor para describirme.

—Hazlo. —Señalé con la cabeza el pergamino que aún tenía delante y tragué saliva. Aún recordaba cómo su magia me había quemado la piel la última vez, y sabía que en esa ocasión no iba a hacerme menos daño. Pero el dolor era un pequeño precio que pagar en el gran esquema de las cosas. Mi futuro dependía de ello.

El rostro de Micah se contrajo por la concentración mientras canalizaba su magia hacia las yemas de los dedos. El aire crepitó de forma evidente, como una anticipación tangible que inundó el estrecho callejón. Inspiré hondo, preparándome para lo que estaba por llegar.

Con delicadeza, Micah apoyó el dedo pulgar sobre la marca que tenía en la muñeca, con cuidado de no alterar las líneas ya existentes. Su magia fluyó de él hacia mí y se entremezcló con mi carne. El calor irradiaba de su piel, quemando la mía y grabando nuevos detalles en el símbolo.

Me mordí el labio, soportando la agonía mientras él corregía meticulosamente las plumas de las flechas. Cada caricia de su pulgar era como fuego y me marcaba con una nueva identidad. Era una reinvención nacida de la necesidad, un intento desesperado por sobrevivir en un mundo que exigía lealtad y fidelidad.

A medida que el dolor se intensificaba, apreté los puños y me clavé las uñas en las palmas de las manos. El roce de los dedos de Micah se volvió más ligero, pero su concentración parecía inquebrantable mientras estudiaba el pergamino.

Finalmente, Micah retiró la mano y una oleada de alivio me invadió. Examiné

la marca modificada en mi muñeca: las líneas eran nítidas y los bordes aparecían recortados por mi piel roja e irritada. Las puntas de las plumas de las flechas estaban perfectamente alineadas, y cada delicado detalle había quedado grabado en mi piel como un testimonio permanente de en quién tenía que convertirme.

—Debes tener cuidado con esto —me advirtió Micah, con un tono cargado de preocupación y la misma desaprobación que había mostrado la primera vez que le había pedido que me hiciera la marca—. Fingir formar parte de la rebelión es un juego peligroso.

Asentí con solemnidad, muy consciente de los riesgos a los que me enfrentaba. Se rumoreaba que la rebelión había estado ganando fuerza en secreto, impulsada por las injusticias cometidas por el rey y los que estaban en el poder. Luchaban por la libertad, por un mundo en el que todos tuvieran las mismas oportunidades en la vida, independientemente de cuál fuera su magia.

Pero también operaban en las sombras, con tácticas tan despiadadas como las de sus oponentes.

Y yo había visto la prueba de ello cuando habían asaltado el palacio que hasta ese momento se consideraba impenetrable.

—Lo sé —respondí con voz firme—. Pero espero no tener que usar la marca.

Los dos sabíamos que nunca iba a poder permitirme el pasaje en uno de los barcos del puerto del reino, pero si lograba viajar lo bastante al sur, tal vez podía tener una oportunidad.

La costa sur estaba muy lejos, sobre todo para una chica que nunca había salido del palacio, pero no me quedaba otra opción.

—No quiero que te pase nada. —Micah levantó la mano hacia mi mejilla, y me invadió la culpa.

Su consternación y las razones que lo llevaban a preocuparse por mí tenían mucho peso.

Desde que había dejado el palacio Micah se había convertido en mi ancla, en mi confidente y en mi mejor amigo. Pero la forma en que contemplaba mi rostro me decía que había… algo más que eso.

Un grito fuerte y agudo sonó en la distancia. La mano de Micah, que estaba un cuarto de pulgada de mi rostro, se detuvo abruptamente en el aire. Nos quedamos quietos, con el cuerpo en tensión, aguzando el oído, y de repente el sonido de unas botas contra los adoquines se acercó demasiado como para que

ninguno de los dos nos sintiéramos seguros.

Micah abrió los ojos de par en par, alarmado, y volvió la cabeza en la dirección de los pasos que se acercaban. Dejó caer la mano para rozar con los dedos la empuñadura de una daga oculta en su cinto. La desesperación en su tono de voz era palpable cuando se volvió de nuevo para susurrarme con urgencia:

—Tenemos que irnos. Ya.

El corazón me latía con fuerza en el pecho, y una oleada de pánico inundó mis venas. Le agarré el brazo a Micah, con fuerza y sin ceder.

—Toma —dije, llena de miedo y de determinación a partes iguales; metí la mano en el bolsillo y saqué la mitad de las monedas de la bolsa.

—¿Dónde demonios has conseguido esto? —preguntó Micah; me sujetó la mano y me cerró los dedos alrededor de las monedas, mirando por encima de su hombro.

—Las he robado —susurré con urgencia, muy atenta a los pasos que se acercaban—. Quédatelas y vete. Busca un lugar seguro donde esconderte, algún sitio donde no te encuentren. Nos vemos aquí esta noche.

—Las necesitas.

—Los dos las necesitamos —insistí, y los dos sabíamos que era cierto.

Micah dudó un momento, dividido entre su preocupación por mí y la necesidad de escapar. Pero teníamos muy claro que, si nos quedábamos juntos, iba a ser mucho más fácil que nos atraparan. Nuestras posibilidades eran mejores si nos separábamos. Dejé caer las monedas en su mano y él asintió, apretándolas con fuerza, antes de estrechar la mía por última vez.

—Cuídate —murmuró, con una mezcla de ansiedad y decisión en su tono de voz. Y entonces se fue: desapareció entre las sombras como si nunca hubiera estado allí.

A solas en el callejón tenuemente iluminado, el corazón me latía con fuerza en el pecho, como un tambor de guerra. Los pasos que se acercaban se hacían cada vez más fuertes, estaban cada vez más próximos con cada segundo que pasaba. El miedo y la adrenalina corrían por mis venas, alimentando mis instintos; me di la vuelta y eché a correr en dirección contraria.

Atravesé a la carrera el estrecho callejón; salté por encima de una caja abandonada y esquivé a un hombre que corría en dirección contraria a la mía. Me ardían los pulmones con cada inspiración, pero seguí adelante.

Mi mente iba a toda velocidad, tratando de formular un plan mientras

escapaba. Debía encontrar un lugar donde esconderme, tenía que mezclarme con la multitud y desaparecer de la vista de aquellos que se movían por las calles. No importaba a quién buscaran: la guardia del rey no discriminaba entre los que se interponían en su camino.

Las calles estaban repletas de gente y todos estaban nerviosos. Miraba con rapidez a un lado y a otro, al igual que todos los demás, y siempre me encontraba docenas de guardias moviéndose entre la multitud.

Reduje el paso y mantuve la cabeza gacha mientras seguía abriéndome paso entre la gente.

—¡Ahí! —oí gritar a un hombre detrás de mí, pero no me atreví a darme la vuelta para ver quién era—. Es ella.

Me dio un vuelco el corazón cuando la voz atravesó la bulliciosa calle. El pánico se apoderó de mí y me empujó a correr de nuevo, pero me obligué a mantener la calma. Seguí corriendo, deslizándome sin esfuerzo entre la multitud, desesperada por perderme entre los transeúntes.

Pero el destino no fue benévolo conmigo.

Antes de que pudiera reaccionar, unas manos fuertes me agarraron por los brazos y tiraron de mi cuerpo hacia atrás con tanta fuerza que sentí un dolor agudo en el hombro. Tropecé e intenté mantener el equilibrio ante el repentino ataque.

Una figura corpulenta se cernía sobre mí, vestida con el uniforme azul marino oscuro que lo identificaba como centinela de la guardia del rey. Clavó su mirada en mi rostro y me debatí entre el miedo y la rebeldía, obligándome a apartar la vista y a fingir ser alguien que no era, alguien que respetaba al rey y a sus hombres.

—¡La tengo! —exclamó por encima del hombro, y yo me estremecí al oír más pasos fuertes que se acercaban.

Se echó hacia delante y me levantó la barbilla con un dedo curtido, escudriñándome el rostro.

—¿Es ella? —preguntó otro guardia a sus espaldas, y yo tragué saliva con dificultad.

No. Por favor. Por favor. Por favor.

Si me llevaban de regreso al palacio, no sobreviviría. Mi padre no iba a consentirlo. Lo había traicionado, a él y a su reino, cuando había escapado durante el ataque, y no iba a permitir que lo olvidara.

—Es ella. —Me cogió de la muñeca e hizo que me acercara más a él

mientras la gente se alejaba lo más posible de nosotros. Yo no significaba nada para ellos, no era nadie por quien estuvieran dispuestos a arriesgar sus propias vidas, y Micah había desaparecido, tal y como le había pedido. *La princesa.* Estaba preparada para escuchar esas palabras, preparada para los gritos ahogados cuando todos lo oyeran, pero me sorprendió cuando mi captor pasó el pulgar por mi marca de la rebelión, que aún me dolía, y dijo—: Y al parecer la ladronzuela también es una traidora.

2

DACRE

Apreté los dientes mientras escuchaba cómo mi padre me reprendía, como si fuera culpa mía que hubieran capturado a mi hermana, como si no estuviera ya muriéndome por dentro intentando averiguar cómo íbamos a rescatarla.

Aquello no era nada nuevo.

Los guardias del palacio capturaban a diario a algún miembro de la rebelión; algunos eran asesinados en el acto por su traición, mientras que otros se veían obligados a rezar al dios de la fortuna para que la muerte los reclamara. Un prisionero del rey era un prisionero al que iban a torturar, y un miembro de la rebelión tenía muchos secretos que valía la pena obtener. Y mi hermana era demasiado joven y demasiado guapa para que la mataran con rapidez. Los guardias debían de tener planes mucho peores para ella que descubrir sus secretos.

Pero yo iba a sangrar y a luchar hasta mi último aliento para sacarla de allí.

Estábamos agachados cerca de las lindes del bosque, esperando a que los últimos rayos del sol se ocultaran tras la costa. Faltaban solo dos días para el diezmo, y tenía que liberarla antes de esa fecha.

Dejé vagar la mirada por la línea de árboles, escudriñando los alrededores mientras mi padre seguía parloteando. Pero yo no pensaba desperdiciar mis fuerzas con él. Tal vez fuera el líder de la rebelión, pero también era responsable de la muerte de mi madre. Era responsable de la muerte de un gran número de rebeldes cuando planeó una incursión para la que no estábamos preparados.

Una incursión que cambió nuestras vidas.

Una incursión que me hizo perder el respeto que le tenía.

—¿Has oído lo que he dicho? —gruñó con su voz grave, y por fin lo miré a los ojos.

—¿Qué?

—Joder, ni siquiera me estás escuchando, Dacre. —Frunció el ceño,

frustrado; la piel de su frente se arrugó y aparecieron dos profundas líneas entre sus cejas. Sus ojos verdes se entrecerraron y brillaron con un destello de enfado.

Habría sido como mirarme en un espejo si no fuera porque yo había heredado los ojos oscuros de mi madre. Él, como yo, tenía el pelo negro azabache, como el infinito cielo nocturno, que formaba suaves ondas que enmarcaban su rostro y contrastaban con su mandíbula angulosa y afilada, que aún conservaba una cicatriz de la incursión.

Sí, si no fuera por los ojos oscuros de mi madre, habría sido la viva imagen de mi padre.

—Sabemos dónde tienen a los prisioneros. —Me pasé la mano por el pelo, mirando hacia arriba, hacia el palacio y el puente del mercado, que intentábamos evitar a toda costa—. Kai y yo entraremos solos. Si no la encontramos en media hora, nos retiraremos.

Por encima de mi puto cadáver.

—Media hora —repitió el plazo—. Si no la encuentras antes de ese tiempo, te vas. Eres demasiado importante. —Resoplé, burlón, ante esas palabras de mi padre, pero él no me prestó ninguna atención—. Deberíamos enviar a Mal con Kai en lugar de a ti.

—Voy a entrar, con o sin tu aprobación —afirmé, decidido, mirando a mi padre a los ojos con determinación—. Es mi hermana y no la dejaré a merced de ellos.

Relajó la mandíbula y echó la cabeza un poco hacia atrás, estudiando mi expresión. Debería haber exigido ser él quien fuera a buscar a su hija.

—Tienes treinta minutos.

No importaba lo que dijera: yo ya había tomado una decisión. No tenía intención de retirarme si no la encontraba en media hora, y me daban igual las consecuencias.

Sin esperar más órdenes de mi padre, me volví hacia las sombras cada vez más oscuras de la capital.

Kai y yo habíamos estudiado cada pulgada del palacio, la rutina de cada guardia y todos los posibles puntos de entrada. Llevábamos años estudiándolos. Pero en ese instante, mientras nos preparábamos para entrar en los terrenos del palacio por primera vez desde la incursión, la sangre me latía con fuerza en las venas y mi pecho retumbaba con los latidos de mi corazón acelerado.

—¿Estás listo? —preguntó Kai, con una voz apenas audible en el silencio de la noche.

—Más que nunca. —Tenía las palmas de las manos sudorosas, y me tembló la voz cuando me forcé a responderle.

Nos movimos entre las sombras; nuestros pasos apenas hacían ruido contra el suelo cubierto de musgo mientras dejábamos atrás a mi padre y a los demás. No nos dirigimos al puente, sino que fuimos hacia la derecha, hacia el sonido de los pocos puestos ambulantes que aún plagaban las calles.

—Aquí es donde empieza la diversión —susurró Kai, con una pizca de temor en el tono de voz.

Asentí, sintiendo la misma inquietud al mirar a mi alrededor. Avanzamos acompasados, como dos anillos de la misma serpiente, paso a paso, navegando por el laberinto de gente y mercancías.

El mercado seguía animado con los sonidos de las regateos y las risas. Delante de nosotros, el palacio se elevaba sobre la ciudad; su grandeza y su poder suponían un marcado contraste con la difícil situación de los súbditos del rey.

Kai señaló con la cabeza hacia la derecha y yo lo seguí por un estrecho callejón que discurría entre dos edificios altos. Miré por encima del hombro y vi la familiar casa, tan cubierta de hiedra que casi no se reconocía, antes de volver la vista al frente de nuevo.

No podía pensar en esa casa. En ese momento no.

Se me erizó el vello de la nuca y apreté los puños, tratando de calmar los nervios. Kai me condujo por otro callejón a través del cual nos adentramos más en la ciudad, alejándonos de la multitud. El olor del mar era muy fuerte en esa zona, y casi podía saborear la sal en mi lengua. El sonido de las olas rompiendo contra las rocas se escuchaba claramente a pesar de la distancia, y me permití un momento para recuperar el aliento.

Salimos del callejón y el bullicio de la multitud dio paso a las calles más tranquilas de la ciudad vieja. El palacio aún estaba lejos: su silueta en sombras era un faro en el crepúsculo que se avecinaba.

—Por aquí. —Kai señaló hacia delante y yo lo seguí.

Nos movimos rápidamente, acompañados por el sonido de nuestros pasos sobre los húmedos adoquines. Cruzamos las calles vacías, evitando a los escasos viandantes y a los gatos callejeros que deambulaban en busca de comida. El palacio estaba cada vez más cerca, y su perfil oscuro se elevaba

como una fortaleza contra el fondo de las estrellas que comenzaban a brillar.

Al acercarnos a las murallas del palacio, vimos a los dos guardias que patrullaban de un lado a otro ante las puertas principales, vigilando sin parar los alrededores. Kai y yo intercambiamos una señal silenciosa y luego nos separamos; cada uno de nosotros tomó una ruta diferente para atravesar la muralla sin ser detectados.

Me deslicé a lo largo de la muralla, alejándome de las puertas, pero no podía quitarme de encima la sensación de que algo no marchaba bien. Se me puso la carne de gallina y me quedé un instante parado, dubitativo, mirando a mi alrededor con recelo, pero ahí no había nada.

Avancé más por la muralla hasta llegar al lugar que Kai y yo habíamos acordado previamente, y me puse a trepar, utilizando los brazales de la armadura de cuero endurecido para agarrarme a las piedras irregulares cuando no encontraba apoyo para los pies. Mientras bajaba silenciosamente al otro lado, al recinto del palacio, oí un crujido a mi izquierda.

Me quedé paralizado, tratando de no hacer ruido, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho mientras me invadía la inquietud.

Hubo un movimiento repentino y saqué la daga de la vaina que llevaba sobre el pecho. Estaba a punto de lanzarla cuando por fin vi a Kai, con la preocupación dibujada en su rostro.

—Tenemos un problema.

Miré por encima del hombro, en dirección a las puertas, y entonces lo oí: el discreto caos de los guardias que sabían que algo andaba mal.

La gente pensaba que el palacio era impenetrable, mas entrar no suponía ningún problema. Lo difícil era salir.

Pero no había vuelta atrás. No había ningún peligro en el mundo que me obligara a abandonar a mi hermana.

—¡Rebeldes! —gritó uno de los guardias, y Kai y yo cruzamos una mirada.

—Tenemos que encontrarla —dije en un susurro apenas audible—. Rápido.

Kai entrecerró los ojos mientras palpaba las puertas.

—¿Uso mi magia?

—Úsala. —Señalé con la cabeza en dirección a los guardias—. Ya saben que estamos aquí.

Kai miró el palacio y luego se volvió hacia mí.

—Tenemos que darnos prisa —aceptó; cerró los ojos, y yo sentí un temblor en el aire.

Hundió los dedos en la tierra que tenía a sus pies y la apretó en el puño antes de abrir la mano. Al relajar los dedos, unos filamentos de humo negro y espeso se escaparon de sus yemas y se deslizaron por el suelo antes de hundirse en la tierra y desaparecer.

La tierra tembló y el sonido de las voces aterradas de los guardias se hizo más fuerte.

—Tenemos que irnos. —El corazón me latía con fuerza cuando Kai abrió los ojos de golpe: estaban casi completamente negros, mucho más oscuros de lo normal.

—Por la parte trasera del palacio. Hacia las mazmorras.

Los dos nos pusimos de pie y nos movimos lo más rápido que pudimos, tratando de permanecer en las sombras. Cuando llegamos a la parte trasera del palacio, había dos guardias custodiando el lugar, con las espadas desenvainadas y sus miradas vigilantes buscando cualquier peligro.

El humo salió disparado de los dedos de Kai e impactó en el pecho de uno de ellos; mi daga se clavó en el del otro.

El sudor me goteaba por las sienes y me lo sequé rápidamente; sentí una opresión en el pecho, el peso que acompañaba a haber segado una vida, pero en ese momento no podía pensar en ello.

Además, los habría matado, a todos y cada uno de ellos, por ella.

La culpa y el remordimiento podían carcomerme más tarde.

Kai y yo nos acercamos a sus cuerpos; uno de ellos aún estaba temblando mientras el hálito de la vida se escapaba de su cuerpo junto con la sangre que en ese instante se filtraba en los inmaculados terrenos del palacio.

Agarré el pomo de la puerta ante la que yacían y el fuerte repiqueteo de las campanas del reloj de la torre sonó sobre nuestras cabezas. No me atreví a mirar atrás, pero oí a Kai refunfuñar entre dientes.

—Parece que no hemos cumplido el plazo de tu padre.

Solté un resoplido, y habría sonreído si mi hermana no nos estuviera esperando dentro del palacio.

Kai acataba las órdenes de mi padre casi menos que yo.

—Entrar y salir —dije, para que los dos recordáramos lo que ya sabíamos de sobra—. Cogemos a Wren y nos vamos.

El palacio albergaba numerosos horrores. El reino de Marmoris era vasto y estaba mancillado por un rey que tenía más sed de sangre que preocupación por el pueblo al que debía servir.

Pero nosotros solo nos habíamos infiltrado allí para salvar a mi hermana.

Kai me indicó que fuera delante y saqué otra daga del chaleco de cuero antes de entrar.

La temperatura descendió cuando la puerta se cerró detrás de nosotros, y la única luz que iluminaba los estrechos pasillos provenía de las escasas lámparas que colgaban de la pared.

El palacio estaba diseñado como un laberinto, con giros y vueltas que conducían a callejones sin salida y a cámaras secretas. Había sido un completo misterio para nosotros hasta que tuvo lugar la incursión, y ni siquiera entonces teníamos mucha idea de lo que estábamos haciendo.

Kai y yo habíamos estudiado a fondo lo que sabíamos del diseño del lugar, pero incluso con esos conocimientos sabíamos que teníamos que ser cautelosos.

Nos adentramos en el palacio. El aire se enfriaba con cada paso que dábamos y nuestros pasos resonaban en los silenciosos pasillos; ese era el único sonido que rompía el inquietante silencio. Entonces, justo delante de nosotros oímos unos susurros débiles, y tuve que hacer un gran esfuerzo para no correr hacia ellos.

Con cada paso cauteloso oíamos con más claridad el suave eco de los pasos y los murmullos apagados. A medida que nos acercábamos, vi a varios guardias apiñados, cada uno de ellos más nervioso que el anterior.

Estaban frente a un grupo de celdas, y el hedor a carne podrida que provenía de detrás de los barrotes de acero me revolvió el estómago.

Paseé la vista de una celda a otra, con rapidez, buscando cualquier señal de que mi hermana estuviera entre las personas a las que habían encarcelado en ese lugar.

Me volví hacia Kai, pero él negó con la cabeza, con el rostro sombrío mientras vigilaba a los guardias.

De ninguna manera iba a dejarla allí, en ese infierno.

Di un paso adelante, sujetando la daga con suavidad en la mano, y todos los guardias se dieron la vuelta en mi dirección.

—Buenas noches, caballeros. —Extendí las manos, sonriéndoles de una forma que, estaba seguro, me hacía parecer tan loco como me sentía en ese momento—. Creo que tienen algo que no les pertenece.

—Dacre. —Oí mi nombre susurrado, como un grito ahogado, y me permití echar un vistazo más allá de los guardias hasta que finalmente la vi.

Mis ojos oscuros se encontraron con los suyos, de un verde brillante, idénticos a los de mi padre, y aunque estaba arrodillada, con las manos aferradas a los barrotes de la jaula en la que la tenían encerrada, solté el aire que había estado reteniendo, aliviado.

—¿Esa es tuya? —preguntó el guardia alto y desgarbado, con una puñetera sonrisa burlona en el rostro, paseando la vista de mi hermana a mí—. Qué hijo de puta afortunado. Su amiga y ella han sido una novedad muy agradable entre la mierda que solemos traer aquí. —Le enseñé los dientes y me aferré con más fuerza a la daga, pero el muy imbécil aún tenía más que decir—. ¿Quién iba a pensar que una rebelde asquerosa podía ser tan guapa? —Se agachó para acercar más su rostro al de ella, pero ya me habían hartado. Y a Kai también.

Le lancé la daga y su punta se clavó en el cuello del hombre; el caos se desató a nuestro alrededor.

El humo negro de Kai brotó de su cuerpo y cubrió la estancia con una niebla tan oscura que supe que apenas podían vernos. Busqué dentro de mí, abrazando mis propios poderes, y los animé a mostrarse.

Sentí los elementos que me rodeaban: saboreé el rastro a ceniza en mi lengua procedente del humo de las lámparas que ardían cerca de los guardias y lo inhalé.

Mis pulmones se llenaron de ese humo y dejé que me consumiera hasta que apenas pude respirar. Solo entonces moví un brazo y el aire a mi alrededor vibró con la fuerza de mi magia.

Una de las espadas del guardia pasó volando junto a mi oreja cuando se abalanzó sobre mí, pero no vacilé. El aire a mi alrededor crepitó, y, cuando agarré su espada, el metal empezó a licuarse entre mis dedos; se la arranqué y se la clavé hasta la empuñadura en el estómago.

El guardia cayó al suelo y me miró con los ojos vidriosos, pero yo ya me estaba moviendo hacia el siguiente adversario.

La magia de Kai se hacía eco de la mía; las dos reconocían su propia oscuridad en la otra. Ni siquiera tenía que mirarlo para paladear la muerte que dejaba tras de sí mientras se abría paso entre los guardias.

Otro guardia, vestido impecablemente con los colores reales del rey, cargó contra mí con las manos en alto. Unas brillantes centellas azules bailaban entre sus dedos y chisporroteaban alrededor de su espada.

Lo agarré por el cuello cuando me clavó la daga en el muslo. No me permití pensar en el dolor, en la poderosa magia que surgía de su piel y se deslizaba

por la mía; me concentré en sujetarlo y en cómo mis dedos lo abrasaban con la misma facilidad con la que lo habría hecho si le hubiera tirado encima una de las lámparas que iluminaban la estancia.

Sus gritos guturales resonaron por las paredes hasta que por fin se detuvieron por completo, al igual que su magia. Lo dejé caer al suelo, me saqué su espada del muslo, ignorando la sangre que brotaba de la herida, y la usé para atacar a otro guardia que intentaba huir.

Puse mi mano al rojo vivo sobre la herida y me quemé la piel hasta detener la hemorragia.

Esos hombres eran los responsables de mantener a mi hermana encerrada en esa jaula, y ninguno de ellos iba a sobrevivir.

El fuego que ardía en mi interior nublaba mis pensamientos y me exigía que los quemara a todos. Mi propia ira lo alimentaba, haciendo que las llamas se extendieran y lamieran todo mi cuerpo.

Me acerqué al guardia que se había atrevido a hablar de mi hermana; todavía tenía mi daga clavada en el cuello, y sus ojos se abrieron por el pánico cuando lo agarré por la pechera del uniforme y lo levanté hasta que la punta de su nariz tocó la mía.

—¿Qué decías? —pregunté entre dientes, pero no pudo responderme. Gorgoteaba sangre. Pero aun así no era suficiente.

Apartó la vista para mirar en dirección a Wren, pero lo sacudí para que se volviera hacia mí.

—No te atrevas a mirarla. —Estaba agarrando su uniforme con tanta fuerza que se me estaban poniendo blancos los nudillos—. No eres digno de mirarla. Será a mí a quien mirarás hasta que la última chispa de vida abandone tus ojos.

Kai, al darse cuenta de que yo había perdido el control, se movió entre el caos, envolvió con su humo a los guardias que quedaban y los cegó. Envió tentáculos de oscuridad que se enroscaron alrededor de sus cuellos y apretó hasta que oí el suave crujido de sus huesos rotos.

Ni siquiera con su propia magia eran lo bastante fuertes como para enfrentarse a él.

Con cada golpe y cada crujido, tomaba aliento e intentaba liberar las llamas que se habían encendido dentro de mí.

El uniforme que tenía en la mano se estaba convirtiendo en cenizas bajo mi contacto.

—Dacre, tenemos que irnos.

Sabía que tenía razón, pero me sentía desesperado por ver cómo los huesos del guardia se carbonizaban bajo el fuego de mis manos. Busqué mi daga, se la saqué rápidamente del cuello y la sangre brotó de la herida mientras él se debatía contra mí. La lucha solo duró unos segundos; no quedó nada del hombre que había sido cuando dejé caer sus restos al suelo.

—Las llaves. —Kai señaló al guardia que yacía desplomado a mis pies, y yo me agaché, quemándole la ropa con las manos mientras buscaba las llaves.

—Joder. —Intenté liberarme más del poder antes de que me devorase por completo.

La magia debía someterse, pero con mucha frecuencia se volvía demasiado deslumbrante y tomaba el control. Había visto cómo sucedía en innumerables ocasiones: nuestro reino se había construido sobre hombres que eran esclavos del poder.

Pero cuando mi contacto con la realidad se estaba desvaneciendo sentí la mano de Kai en mi brazo, lo que me devolvió al momento presente y me recordó por qué estábamos allí. Inspiré profundamente y obligué a mi poder a doblegarse a mi voluntad. El calor se disipó de mis dedos y se deslizó por mis venas hasta llegar a mi vientre, donde podía controlarlo.

Me temblaban las manos cuando por fin encontré las llaves y las saqué del cinto del guardia sin vida. Se las pasé a Kai, y él abrió rápidamente la celda donde estaba mi hermana. Entré a toda prisa, la ayudé a levantarse del suelo y la acuné en mis brazos.

—¿Estás bien? —le pregunté, con la voz aún forzada por el humo y el fuego. Me invadió una sensación de alivio al tocarla, al saber que aún estaba viva.

—Tenemos que irnos —dijo Kai, mirando hacia Wren con una expresión sumamente preocupada.

Tenía razón. Debía de haber más guardias dirigiéndose hacia nosotros. Le tiré del brazo a mi hermana para que se pusiera detrás de mí, pero ella se apartó.

—Espera.

Miró hacia atrás y yo tiré de ella con más fuerza.

—Tenemos que irnos, Wren.

—Lo sé, pero no me iré sin ella. —Señaló con la cabeza a una chica que estaba sentada en el suelo, con las rodillas pegadas al pecho.

—No vamos a llevarnos a nadie más. —Le rodeé el brazo a Wren con mis dedos, suavemente, y la pegué a mí.

—Tiene la marca de la rebelión, Dacre. —Wren tenía la voz ronca, como si no hubiera bebido nada desde que la habían capturado.

—Me importa una mierda lo que tenga. —Posé la vista en la chica, pero su rostro estaba oculto por la capucha de su capa. La suciedad y el polvo cubrían sus harapos, y tenía restos de tierra y sangre seca incrustados en sus manos. Debía de haber luchado con uñas y dientes antes de que por fin hubieran conseguido meterla en esa jaula.

—No voy a dejarla. —Wren se soltó de mis manos y dio un pequeño paso hacia atrás, hacia la chica—. Deberías haber oído lo que decían esos guardias.

Sacudí la cabeza, tratando de ignorar esas palabras, intentando no pensar en lo que los guardias podían haber soltado antes de que yo llegara y me convirtiera en el tipo de monstruo contra el que luchaba toda nuestra rebelión.

—Está bien. —Miré hacia Kai—. Llévate a Wren.

Él asintió, pero yo no necesitaba que me tranquilizara. Sabía que Kai la protegería con su vida.

Pasé junto a mi hermana, me acerqué a la chica, la agarré del delgado brazo e hice que se pusiera de pie.

—¡Suéltame! —siseó, intentando zafarse de mis manos, pero sentía entre los dedos lo frágil que era.

—No tengo tiempo para esto. —La pegué a mí, y su capucha se deslizó hacia atrás; cuando mi mirada se cruzó con la suya, fue como si me hundiera en las profundidades del mar. Sus ojos eran del mismo color que el cielo cuando el sol desaparecía tras las nubes y se avecinaba una tormenta en el horizonte.

Una tormenta preciosa que en ese instante estaba estudiando mi rostro.

Podía sentir los rápidos latidos de su corazón bajo mis dedos mientras su mirada frenética recorría la celda tenuemente iluminada. El cabello castaño oscuro le tapaba el rostro, pero no se molestó en apartarlo.

—Te conozco —dije, aunque no conseguía recordar de dónde.

—No. No nos conocemos. —Apretó los dientes con un chasquido seco y un destello de altivez brilló en sus deslumbrantes ojos azules. Cambió nerviosamente el peso de un pie al otro y tironeó de las mangas de su camisa. Todos los músculos de su cuerpo estaban tensos, como si no quisiera que yo supiera quién era.

—Te recuerdo de algún sitio.

Se oyó un golpe seco en una puerta a lo lejos, aparté la vista de ella un

segundo para encontrarme con mi hermana. Estaba a punto de abrir la boca para decirles que se fueran cuando el pequeño puño de la chica se estrelló contra mi mandíbula.

Di un paso atrás, sorprendido por la fuerza del golpe, pero rápidamente recuperé el equilibrio. Me llevé la mano a la mandíbula dolorida y la miré con ira, con los ojos ardiendo con el mismo fuego que me había consumido solo unos instantes antes.

—Te había dicho que me soltaras —replicó; justo en ese momento llegó a nosotros el sonido de unos pasos que atravesaban uno de los pasillos.

—Vamos —gruñó Kai, e hizo que Wren se pusiera detrás de él, pero yo seguía mirando a la puñetera chica que tenía delante.

—Por mí, puedes pudrirte aquí. —Me pasé la mano por la mandíbula y di un paso atrás, pero ahí había algo. Algo que no conseguía identificar.

Algo que me exigía no dejarla a su suerte. La conocía.

—Joder. —Sentí el poder de Kai sin siquiera mirar atrás y supe que se nos acababa el tiempo—. Déjame ver tu marca —exigí. Si era una de los nuestros, podría justificar ante mí mismo por qué no estaba dispuesto a dejarla atrás.

—Vete a la mierda. —Se agarró las mangas para que no pudiera verle las muñecas, sin dejar de mirar de forma frenética toda la estancia, sin fijarse en ningún punto durante demasiado tiempo—. Me pudriré aquí igual, tenga marca o no.

Tenía razón, por supuesto, pero no iba a preocuparme por eso.

Me agaché, puse uno de mis hombros contra su estómago y la levanté con demasiada facilidad. Podía sentir los afilados huesos de sus caderas clavándose en mi hombro, y me pregunté en silencio cuándo había sido la última vez que había comido.

Ella maldijo, pero yo miré a Kai y lo seguí hasta salir de la celda sin prestarle ninguna atención.

El humo negro de Kai se deslizó ante nosotros mientras recorríamos los mismos pasillos por los que habíamos entrado. La agarré con más fuerza de los muslos y ella se resistió, y si no hubiera sido tan ligera, probablemente la habría dejado caer.

—Te arrepentirás de esto —prometió, aunque apenas se la entendía por culpa de sus jadeos entrecortados.

Aunque tuviera razón, no la abandoné.

3

NYRA

Alcé la vista por encima de los imponentes árboles, con todo el cuerpo dolorido, cuando el hombre me dejó en el suelo. Podía oír el familiar rugido de la cascada, un sonido lejano y relajante, pero que significaba que estábamos más lejos del palacio de lo que yo había llegado nunca. Llevábamos caminando lo que me parecía una eternidad.

—Tenemos que bajar al subsuelo —dijo el hombre que estaba junto a Wren, pero yo no podía mirarlo. Estaba demasiado ocupada fijándome en el que me había sacado de allí como si fuera una puñetera cría.

Tenía revuelto el cabello negro azabache y algunos mechones le acariciaban el rostro. Su color hacía juego con sus ojos, que seguían clavados en mí. Eran tan oscuros que me recordaban a una noche tormentosa con un cielo tan negro que se tragara la luz de las estrellas. Era alto, tenía la mandíbula fuerte y llevaba la barba bien afeitada, y sus labios carnosos se fruncieron mientras me escudriñaba el rostro.

Era guapo, aunque su expresión era dura, y yo aborrecía cómo me miraba.

«Te recuerdo de algún sitio».

Esas palabras que había dicho se repetían en mi mente y hacían que estar con la rebelión fuera mucho más peligroso de lo que yo creía. Si él hubiera sabido quién era yo…

Desconocía qué suponía un riesgo mayor: ser prisionera en el palacio de mi padre o estar con la rebelión si descubrían quién era yo en realidad.

Se agachó a mi lado, extendió la mano y me agarró del antebrazo para hacer que me acercara a él. Los músculos de sus brazos se tensaron cuando me subió la manga de la camisa para dejar al descubierto la marca falsa.

Pasó el pulgar lentamente por toda la longitud de la marca y un escalofrío me recorrió de la cabeza a los pies. Intenté apartarme de él, pero se mantuvo firme, clavándome los dedos en la piel.

—Llevas la marca de una traidora. —Su voz era baja y embriagadora, y me

sorprendí a mí misma mirando sus labios mientras hablaba—. Pero la próxima vez deberías buscar a alguien que te la falsifique mejor.

—¿Qué? —preguntó Wren, que estaba detrás de él, y una parte de mí se sintió mal por haberle mentido: había sido amable conmigo.

—Levántate. —Se puso de pie, tirando de mí, y no tuve más remedio que obedecer. El aire nocturno era frío, y mi ropa rasgada no servía para protegerme—. Es falsa. —Me agarró del brazo y les mostró la marca a los demás, sin preocuparse lo más mínimo por el daño que me estaban haciendo esos dedos clavados en mí.

—Se la vi en la celda, Dacre. A mí no me pareció falsa.

Dacre. Había oído a Wren pronunciar ese nombre en la celda, pero al escucharlo en ese momento, cuando ya lo tenía al alcance de la vista, cuando sentía que su piel quemaba la mía, recordé dónde había oído ese nombre antes.

—Eres el hijo del comandante.

Había oído a mi padre y a sus consejeros hablar de él y de su padre una y otra vez. Contaban historias de su crueldad, de cómo mataban sin piedad en nombre de su causa.

Sus dedos se cerraron con más fuerza alrededor de mi brazo, pero no respondió a lo que acababa de decir.

—Mírala con más atención —le dijo a Wren, y tanto ella como el otro hombre se acercaron y examinaron mi brazo antes de levantar la vista hacia mí.

Los ojos verdes de Wren rebosaban decepción, pero no podía dejar que aquello me causara ningún efecto, y menos sabiendo que necesitaba escapar.

—¿Por qué? —preguntó Wren, pero apartó la mirada de mí y la dirigió a Dacre.

—Porque es una puñetera traidora. Esa es la única razón por la que alguien falsificaría una de nuestras marcas. Está traicionando a su reino y es demasiado cobarde para luchar contra él. ¿Cuál era tu plan? ¿Usar esta marca para escapar del diezmo, que sabes que es cruel, sin mover un dedo para ganártela? —Dacre deslizó los dedos entre mi cabello y tiró de él para obligarme a echar la cabeza hacia atrás, hasta que no me quedó más remedio que mirarlo. Él me escrutó el rostro—. ¿Quién eres? —Me estaba haciendo mucho daño en el cuero cabelludo, pero tensé los músculos de la mandíbula y me negué a responderle; él entrecerró los ojos.

—Kai, detenlo —suplicó Wren, pero Dacre no le prestaba ninguna atención. Estaba demasiado ocupado inspeccionando mi rostro, como si pudiera

descifrar todos mis secretos.

Apreté los puños para intentar que dejaran de temblar.

—Te vi en la incursión —dijo, con tanta naturalidad que no dejaba lugar a dudas ni a confusiones. Y el corazón me dio un vuelco al escuchar esas palabras.

—Eso no es cierto. —Me temblaba la voz y mi tono delataba lo falsa que era esa seguridad al elevarse con cada sílaba. Inspiré hondo e intenté calmar mis nervios—. No te había visto en mi vida.

No lo había visto. Esa parte no era mentira. Lo habría recordado.

—¿Estabas en el palacio ese día? —Podía sentir la ira que irradiaba de él, saborearla en mi lengua, y supe que debía tener cuidado con mi respuesta.

—Dacre, déjala. —Wren puso su mano sobre el brazo de Dacre, pero él no me soltó—. Tenemos que irnos. Ya te encargarás de esto cuando lleguemos a casa.

«A casa».

Había oído historias sobre su ciudad oculta; las suficientes como para saber que, una vez que me llevaran allí, no iba a tener posibilidad de escapar, y Dacre estaba demasiado cerca de la verdad como para que yo pudiera estar a salvo allí.

—¿Estabas en el palacio ese día? —repitió con voz baja y amenazante.

Dudé un momento antes de responder, buscando las palabras adecuadas.

—Sí. —Asentí—. Mi madre vivía y trabajaba allí.

Mi madre. Dioses, en ese momento no tenía fuerzas para pensar en ella, porque habría flaqueado bajo su escrutinio.

—No te creo. —Pude sentir la aspereza de la curtida palma de su mano contra mi piel mientras escupía las palabras. Por fin apartó la mirada de mí y me soltó, lo que me hizo tambalearme—. Vámonos a casa. Allí podremos ver qué hacemos con sus mentiras.

Kai asintió y se puso en marcha, y Wren se quedó a mi lado. Me rozó con el brazo un momento y sentí su mirada clavada en mí, pero mantuve la mía al frente. Me sentía demasiado culpable como para enfrentarme a ella, y sabía que iba a sentirme aún más culpable por lo que tenía pensado hacer a continuación.

Avanzamos entre los árboles; el bosque se volvía más denso con cada paso que dábamos, y yo los seguía. Dacre no dejaba de mirarme por encima del hombro, pero yo me negaba a corresponder a su gesto. Tenía la mente

demasiado ocupada tratando de decidir cuál iba a ser mi próximo movimiento.

La oscuridad me oprimía, sofocante e implacable. Todos los músculos de mi cuerpo me dolían por el agotamiento, y había perdido el sentido de la orientación en el laberinto de los árboles, por culpa del miedo abrumador que me recorría al pensar que todas las opciones que se me presentaban acababan con mi muerte.

El hambre me desgarraba el estómago, y me esforzaba por reprimirla. Intentaba no pensar en la última vez que había comido; no me atrevía a contar los días.

¿Cuánto tiempo llevaba en esa celda?

Kai levantó la mano y tanto Dacre como Wren redujeron la velocidad de inmediato. Intenté aguzar mis sentidos, pero no oí ni vi nada. Lo que significaba que se estaban preparando para llevarnos a la ciudad oculta. Si iba a huir, tenía que hacerlo entonces.

Nunca iba a ser libre en el reino de mi padre ni en la rebelión, y la libertad era lo único que anhelaba.

Inspiré hondo e hice acopio de las escasas fuerzas que me quedaban. El corazón me latía con fuerza en el pecho cuando di un pasito atrás, con cuidado de no hacer ruido.

Nadie se volvió en mi dirección, así que, sin previo aviso, salí corriendo hacia la oscuridad del bosque. Me moví tan rápido como pude, jadeando entrecortadamente.

El crujido y el chasquido de las hojas y las ramitas sonaban a mis pies mientras corría hacia la espesura; me escondí detrás de un robusto roble, con la esperanza de que me ocultara de los ojos de mis captores.

Contuve la respiración como pude tras la carrera, miré por encima del hombro y no vi a ninguno de ellos siguiéndome.

—Pequeña traidora… —Dacre me sobresaltó con su voz baja y amenazante; sus palabras estaban impregnadas de veneno.

—Mierda —maldije entre dientes, y miré a toda prisa en la otra dirección, pero seguía sin haber ni rastro de él.

Salí sigilosamente de detrás del árbol, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho, buscándolo en la oscuridad. Llené mis pulmones de aire antes de volver a correr, moviendo frenéticamente mis piernas debilitadas para alejarme lo más posible de él.

El aire nocturno del bosque era fresco y húmedo, y sentí cómo la ropa se

pegaba a mi piel. El sonido de los pasos detrás de mí me impulsó a seguir adelante, y aceleré el ritmo, sintiendo dolor en los muslos al hacerlo.

Una mano me agarró del hombro con tanta fuerza que me hizo darme la vuelta y chocar contra mi perseguidor. Dacre. Sentí como si el corazón fuera a salírseme del pecho por el susto e intenté recuperar el aliento y recomponerme. La mano que me sujetaba el hombro era firme e inflexible, como un tornillo que se cerraba sobre mí.

Él me sonrió con aire burlón, clavándome los dedos en el hombro.

—¿Qué pasa? ¿Estás huyendo de mí?

—Deja que me vaya.

—Eso no va a suceder, pequeña traidora.

Me estremecí cuando sus dedos se clavaron en mi hombro, con una presión aguda. Luché por liberarme de sus manos, con el pánico creciendo en mi pecho.

—No me llames así. —Tragué saliva con dificultad; levanté la barbilla y alcé la vista para contemplar sus rasgos duros, que contrastaban de forma sorprendente con la sonrisa burlona con la que respondía a mis palabras.

—Pero eres una puñetera traidora. —Su voz era baja y embriagadora, y me sorprendí a mí misma contemplando sus labios mientras hablaba. Levantó mi muñeca frente a él como si estuviera inspeccionando la marca una vez más—. Es casi como si tuvieras algo que ocultar.

—¿La tienes, Dacre? —preguntó Kai, acercándose, y me invadió el pánico. Levanté la pierna y le di una patada con todas mis fuerzas a Dacre, apuntando con mis pesadas botas a la herida en proceso de curación en su muslo que le habían hecho en las celdas.

—¡Joder! —Soltó un gemido agonizante, se dobló de dolor y me soltó. No perdí tiempo y volví a alejarme de él corriendo tan rápido como podía.

Pero no di más que unos pocos pasos antes de sentir un impacto en la espalda que me hizo caer al suelo con tanta fuerza que me oprimió el pecho y me dejó sin aliento. Sentí el peso de Dacre sobre mi espalda y arañé frenéticamente la tierra y el musgo que tenía debajo de mí, desesperada por encontrar un punto de apoyo.

—¡Suéltame! —grité; me di la vuelta hasta quedar tumbada boca arriba, peleando por liberarme de sus manos. Pero Dacre era implacable; clavó sus dedos en mi carne y me empujó contra el duro y húmedo suelo. Me retorcí violentamente, tratando de empujarlo de una patada, pero él me inmovilizó las

piernas con las suyas hasta que solo pude menearme inútilmente debajo de él.

Intenté apartarlo con el peso mi cuerpo para quitármelo de encima, pero eso solo sirvió para que se echara más sobre mí.

—Estás poniéndotelo más difícil. —No había forma de mover su cuerpo ni un ápice, y podía sentir el calor que irradiaba. Se echó hacia mí, hasta que su rostro quedó a poca distancia del mío, y me habló en voz baja—. Ríndete ya y no te haré más daño del necesario. —La amenaza en sus palabras me heló la sangre, y mi corazón volvió a acelerarse.

Sabía que si me llevaban a su ciudad iba a enfrentarme a un peligro mayor que la muerte: allí me esperaban cosas mucho peores si descubrían quién era yo.

Luché contra él, con fuego en la mirada.

—Prefiero morir antes que ir contigo —gruñí entre dientes.

Era mentira. No quería morir, pero, por encima de todo, no quería convertirme en un peón en el juego de mi padre.

Los labios de Dacre se curvaron en una sonrisa y su mirada peligrosa pareció atravesarme. Una extraña sensación se apoderó de mí: el miedo se entremezclaba con algo desconocido que me infligía un profundo dolor en el vientre.

—Entonces haré que desees la muerte. —Su voz era apenas audible, apenas un susurro, y me provocó un escalofrío. Tensé los músculos de los muslos para lanzarle una patada en la ingle, pero lo único que conseguí fue darle un golpe en un costado—. Vas a arrepentirte de haber hecho eso. —Se acercó a mí hasta que su aliento me rozó la oreja; su tono era grave y ronco. Antes de que pudiera reaccionar, su mano aferró con fuerza mi cuello, y vi una ira ardiente en sus ojos. Rozó mi pulso con el pulgar y me sentí como si el fuego inundara mis venas—. No tienes ni idea de lo que soy capaz de hacer. —Se echó lentamente hacia atrás, hasta sentarse a horcajadas sobre mis caderas.

Me agarró con fuerza y sentí sus manos curtidas sobre mí. Intenté calmar el temblor de mis dedos mientras asimilaba la gravedad de la situación, que no me dejaba ninguna esperanza de escapar.

Por el rabillo del ojo pude ver a Kai a la luz de la luna, junto a nosotros, mirándome con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados por la ira. Pero lo único en lo que pude concentrarme fue en cómo se dilataron las pupilas de Dacre cuando cruzó su mirada con la mía.

—Llevémosla bajo tierra. —La voz de Kai era grave y amable, pero exigía

atención—. Tenemos que llegar antes de que los guardias se atrevan a buscarnos en el bosque.

Pero los ojos de Dacre eran como fuego ardiente sobre mi piel, y le sostuve la mirada a pesar del miedo que amenazaba con consumirme. Apreté la mandíbula, negándome a ceder.

—No regresaré a la capital —dije, desafiante, aunque solo fue poco más que un susurro—. Me niego a volver allí.

La piel morena alrededor de los ojos de Dacre se arrugó mientras me estudiaba. Me cogió las muñecas como si sus manos fueran grilletes de hierro e hizo que me levantara. El miedo inundó mis venas al pensar en las historias apenas susurradas sobre lo que los rebeldes hacían con sus cautivos. Imágenes de tortura y dolor pasaron por mi mente. Iban a llevarme a la ciudad oculta. La ciudad de la que habíamos oído hablar durante años, pero que el monarca nunca había podido encontrar. Ese monarca cuya estirpe terminaba conmigo.

4

NYRA

Se movían como un todo, cada uno de ellos vigilando las espaldas de los demás con precisión, y no redujeron la velocidad en lo más mínimo para adaptarse a mi ritmo. Wren se volvió para mirarme, con el cabello claro acariciándole el rostro. Su expresión era de pura tristeza al dedicarme una pequeña sonrisa comprensiva.

Las gruesas ramas se enganchaban en mi ropa mientras avanzaba a trompicones por la ruta que me indicaban. Dacre me había atado las manos, y la áspera cuerda se me clavaba en las muñecas; Kai me obligaba a avanzar, sujetándome con firmeza, como si temiera que fuera a escaparme de nuevo. Sus brazos musculosos se marcaban bajo el uniforme de cuero mientras me llevaba a rastras por el denso bosque. Tropecé con una gruesa raíz y apreté los dientes para soportar el dolor que sentí en las rodillas al caer al suelo.

Kai me ayudó a levantarme, pero no dijo ni una palabra.

Anduvimos en silencio durante lo que me pareció una eternidad. Me dolían los pies y el estómago seguía gruñéndome por la falta de alimento. De tarde en tarde echaba miradas furtivas a los anchos hombros de Dacre, que nos guiaba en una dirección desconocida. No me había dirigido la palabra desde que me había atado las manos y me había dejado bajo la custodia de Kai.

Tampoco había mirado en mi dirección.

Pero yo lo contemplé, con la luz de la luna arrancando destellos de su cabello negro azabache, hasta que los frondosos árboles dieron paso a una pequeña zona despejada.

La luna llena proyectaba un resplandor plateado sobre el claro que resaltaba el enorme árbol que se encontraba en su centro. El tronco era más ancho que cualquier otro que hubiera visto antes, y sus ramas se elevaban hacia el cielo como si intentaran abrazar a la propia luna. Una intrincada red de raíces nudosas se extendía desde la base, anclándolo al suelo.

—Quédate ahí —gruñó Kai; me miró fijamente y sacó una de sus dagas de

la funda para cortar la cuerda que mantenía sujetas mis manos; esta se rompió sin esfuerzo con un solo golpe.

Me restregué las muñecas para intentar devolverles la sensibilidad.

Sentí la áspera corteza del árbol contra mi espalda mientras permanecía inmóvil. Dacre se puso justo delante de mí y extendió las manos, con las palmas abiertas, susurrando palabras que no entendía en una lengua que sonaba antigua. Una fina capa de sudor brotó de mi frente al ver cómo la magia salía de sus dedos en brillantes hilos dorados.

El suelo tembló bajo nuestros pies y aparecieron pequeñas grietas en la tierra, que acabó hundiéndose; los árboles se balancearon y las hojas revolotearon hasta caer; yo trastabillé y me aferré al tronco que tenía a la espalda para mantener el equilibrio.

La magia había estado presente en mi vida a diario, pero en comparación con esto me parecía algo mundano.

—¿Qué estás haciendo? —susurré, y mi tono delató el miedo que sentía.

Dacre no me respondió, concentrado únicamente en el suelo que tenía delante, como si pudiera alcanzar y controlar físicamente los elementos. Un rugido sordo inundó el aire y el temblor bajo nuestros pies se acrecentó. Sentí la caricia de la magia sobre mi piel a medida que las sacudidas se hacían más fuertes.

El árbol vibró con ímpetu y su tronco crujió de forma siniestra cuando la madera se astilló por culpa de los violentos balanceos.

La tierra cubierta de hierba desapareció de repente en una avalancha de barro y piedras que se precipitaron hacia la oscuridad.

Solté un fuerte grito mientras caía, braceando con urgencia en un intento por encontrar algo, cualquier cosa, que detuviera mi caída. Pero ya era demasiado tarde. Me hundí en la oscuridad y me sumergí en un agua helada que me robó el aliento.

Jadeé en busca de aire, abriendo la boca, pero, en lugar de eso, un líquido salado llenó mis pulmones. Me debatí furiosamente, tratando de encontrar el camino a la superficie. Mi pecho se tensó, desesperado por recibir oxígeno, y mi visión se opacó en la oscuridad total. El pánico me consumió mientras balanceaba los brazos, buscando algo a lo que agarrarme, pero el agua no ofrecía salvación alguna. Era implacable y me empujaba cada vez más hacia las profundidades.

La capa, que se había aflojado por el esfuerzo de mantenerme a flote, de

pronto se ciñó en torno a mi cuerpo. Me debatí y pataleé para evitar que me arrastrara hacia el fondo, y entonces algo tiró de mí hacia arriba, hacia la superficie. La primera bocanada de aire me quemó los pulmones cuando emergí jadeando y escupiendo agua.

Una mano fuerte me agarró por la parte trasera de la capa y tiró de mí hacia arriba con facilidad, hasta que mi tronco quedó apoyado en tierra firme, con el pecho jadeante sobre una dura superficie rocosa.

—¿Estás bien? —preguntó Wren, bajando el último escalón de una oscura escalera, con Kai detrás de ella. Escudriñó mi rostro buscando una respuesta, pero yo me limité a asentir.

Últimamente mentir se había vuelto muy fácil.

Me levanté y Dacre me empujó hacia la base de las escaleras de madera; yo trastabillé hasta el rellano. El agua era un abismo negro, como un mar a medianoche, sin rastro de luz ni movimiento.

La luz del sol seguía entrando por la grieta en la tierra sobre nosotros, y parpadeé al mirar las escaleras que llegaban hasta la cima y terminaban en la base del suelo de la cueva.

Podrían haberme preparado para lo que estaba pasando, dejarme usar las escaleras que ellos mismos habían utilizado para descender, pero me habían dejado caer.

—Por aquí. —La voz de Dacre era como papel de lija áspero mientras señalaba con la cabeza una delgada franja de tierra rodeada de agua.

A medida que nos adentrábamos en la caverna, las paredes cobraban vida con el cálido resplandor de docenas de antorchas flotantes. La luz del fuego bailaba y parpadeaba a lo largo de la piedra escabrosa, proyectando sombras que parecían bailar junto a ellas.

Seguí de cerca a Wren, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho y el miedo y la curiosidad luchando en mi interior por prevalecer.

Al doblar una curva cerrada formada por rocas irregulares, me frené en seco. Ante mí se extendía una ciudad etérea, de otro mundo; una inmensa extensión de arquitectura antigua medio sumergida en las aguas inquietantes, un reino velado por la falta de luz solar. Las siluetas irregulares de las vidrieras rotas reflejaban la luz parpadeante de cientos de lámparas que parecían colgar del cielo como estrellas y dejaban entrever las piedras desmoronadas que habían quedado sobre el lecho del sinuoso río.

Los edificios y las pequeñas extensiones de terreno estaban conectados por

cientos de puentes colgantes y senderos. En lo más alto, el espeso musgo y las enredaderas se aferraban a los tejados de los edificios y se enroscaban por los laterales hasta besar el borde del agua, como si tuvieran sed.

Tenía los nervios a flor de piel, pero no podía negar el asombro que me invadió al contemplar ese lugar por primera vez. Una parte de mí quería atesorar ese momento para siempre, mientras que otra parte ya intentaba racionalizar por qué no debía estar ahí, en la ciudad que mi padre había pasado toda su vida buscando.

Por dondequiera que mirara había gente deambulando; la mayoría iban vestidos con trajes de combate de cuero, como Dacre, pero algunos llevaban ropa normal en lugar de uniforme.

Había al menos un centenar de personas cruzando los puentes y recorriendo los estrechos caminos de tierra. Algunas entraban y salían de los edificios, mientras que otras se acomodaban para pasar el día, según me mostraban las imágenes que veía a través de las ventanas.

—Esto es imposible. —Suspiré temblorosamente, y mi tono apenas fue un poco más alto que el de un murmullo.

Dacre dirigió una mirada hosca hacia mí.

—Imposible para ti, tal vez. Pero para nosotros es el único hogar que hemos conocido.

—No lo entiendo. —Me temblaba la voz, y estaba tensa de la cabeza a los pies—. ¿Cómo podéis mantener algo así en secreto?

El rostro de Dacre se volvió severo; su voz fue baja y grave, como una tormenta que se avecinaba desde el horizonte:

—Como si fuéramos a decírtelo. Ni siquiera sabemos a quién estás traicionando. No confío en ti.

Aparté la mirada de él y me concentré en las imágenes y los sonidos de la ciudad oculta, tratando de ignorar sus duras palabras. Aquello se alejaba mucho de las leyendas que me había relatado mi padre: él me había contado historias de terror y de rebeldes despiadados, pero esto parecía, de algún modo…, algo diferente.

Al mirar a mi alrededor solo veía una ciudad poblada por gente que solo intentaba sobrevivir, intentar reconstruir algo de lo que mi padre les había arrebatado.

Sin embargo, no podía sacudirme el miedo que se me había clavado en las entrañas.

Las palabras de odio y desprecio de mi padre hacia este mundo invisible resonaban en mi mente, pero al contemplar la extensa red de puentes y túneles excavados en la tierra, no pude sentir el mismo desdén. Las antorchas titilantes brillaban como estrellas esparcidas por un cielo infinito, y era incapaz de concebir que alguien deseara destruir aquello.

—Muévete. —La mano enérgica de una mujer me empujó hacia delante, arrancándome de mis pensamientos, y me di la vuelta para mirarla. Tenía más o menos mi edad, vestía de pies a cabeza con ropa de combate de cuero y llevaba más armas atadas al cuerpo de las que yo había visto jamás. Sus mirada me atravesó con intensidad y su escrutinio me hizo sentir incómoda. Estaba tan ocupada contemplándolo todo que no me había dado cuenta de que se había acercado. Apartó la vista de mí para dirigirse a Dacre y señaló con la cabeza hacia la izquierda—. Tu padre te está esperando.

—No me cabe duda, Mal. —Dacre pasó junto a ella sin prestarle apenas atención.

—Han traído un montón de reclutas. —Pronunció la palabra «reclutas» con una mueca de desprecio en el rostro, y se me hizo un nudo en el estómago—. Quiere que te ocupes de ellos.

Dacre soltó un suspiro hastiado y se dirigió hacia un puente deteriorado por el uso. Los demás lo seguimos y las tablas crujieron bajo nuestros pies; yo crucé mirando hacia abajo, hacia el agua color ébano. Suspiré aliviada cuando llegamos al otro lado, donde se alzaba ante nosotros una imponente estructura. Las altas paredes estaban hechas de gruesa piedra gris y en lo alto había un letrero de madera desgastado en el que se leía *«Rebelión»* con letras negras descascarilladas.

Al entrar encontramos a un puñado de gente apiñada en un pequeño grupo. Pero lo que me llamó la atención fueron las siete personas alineadas contra la pared del fondo.

Todos tenían la ropa manchada de suciedad, llena de mugre, pero yo no podía apartar la vista del hambre que mostraban en sus expresiones; el hambre que me decía que estaban tratando de escapar de la crueldad de mi padre.

—Poneos en fila. —Mal señaló con la cabeza a los que estaban delante de mí, y, tontamente, miré a mis espaldas antes de dar otro paso.

Wren esquivó mi mirada y se puso a jugar con el dobladillo de su camisa mientras permanecía cerca de la puerta. Dacre y Kai se acercaron al pequeño grupo y hablaron entre ellos, ladeando las cabezas uno hacia el otro. Erguí los

hombros y me uní a la fila, ignorando las miradas y los susurros de los que nos rodeaban.

Observé los rostros de esas siete personas que estaban junto a mí, pero no reconocí a ninguna de ellas. Tenían que ser de Marmoris para estar en este lugar, pero aun así podía estar tranquila: la gente de mi reino no me conocía, solo conocían un nombre, el personaje sobre el que se contaban historias.

Yo no era más que la princesa a la que mi padre mantenía oculta, aquella a la que se negaba a reconocer como su heredera.

Mi mirada se cruzó con la del hombre que estaba más cerca de mí, que abrió los ojos de par en par al verme. Sentí un nudo en el estómago al acercarme lentamente a él.

No lo reconocí, pero podía sentir la intensidad de su mirada como si me quemara. Eso me paralizó, y me forcé a no revelar lo nerviosa que estaba.

—¿Princesa?

Se me aceleró el corazón cuando su susurro llegó a mí, tan bajo que apenas había podido oírlo.

—No soy quien crees.

Clavó la vista en mí, con una feroz determinación ardiendo en sus ojos. Pero cuando Dacre dio un paso adelante, la mirada del hombre se apartó de mí, revelando un atisbo del mismo miedo que me invadía a mí. Mal se acercó y le tendió un pergamino a Dacre que este examinó rápidamente antes de volver a centrar su atención en nosotros.

—Bienvenidos a la rebelión —dijo Dacre, con una voz que acaparó la atención de todos los presentes en la sala. No había ni rastro de esa bienvenida en su rostro severo.

El hombre que estaba a mi lado movió los pies, pero yo permanecí quieta con la vista fija al frente.

—Algunos de vosotros estáis aquí por voluntad propia, pero para aquellos que no lo estáis permitidme que os ilustre: la protección del reino de Marmoris termina en el momento en que descendéis por la montaña en la que os encontráis ahora. Estáis en las tierras del Reino Velado: uníos a nosotros o pereced bajo el filo de nuestras espadas. —La voz de Dacre retumbó como un trueno, vibrando en el aire que nos rodeaba. Sus ojos eran fríos como el acero, sus anchos hombros se mantenían rectos en una postura decidida—. No vamos a permitir que las serpientes del rey Roan atraviesen nuestras tierras hacia la costa sur. O lucháis con nosotros contra su tiranía o seréis

considerados traidores por los nuestros.

El corazón me latía con fuerza en el pecho y el sudor me perlaba la frente. No lo había dicho en serio, ¿verdad?

El hombre que estaba a mi lado se puso a hablar y yo me tensé aún más.

—Nunca nos uniremos a vosotros, traidores asquerosos. El rey Roan es el único gobernante verdadero.

—¿Y, sin embargo, huyes de su diezmo? —Dacre ladeó la cabeza, y ese movimiento me recordó al de un depredador.

—Regresaré a la capital, pero ahora mismo no tengo magia que ofrecerle a mi rey.

El hombre apenas había terminado de hablar cuando Dacre estiró el brazo hacia delante y lanzó una daga que ni siquiera le había visto coger. El arma voló por los aires con un silbido agudo antes de clavarse en el cuello del hombre.

El ruido repentino me hizo dar un respingo, y algo cálido y húmedo me alcanzó la mejilla. Bajé la vista hacia mi capa y vi sangre sobre la tela aún húmeda. Me temblaron los dedos al intentar limpiarla, y solo conseguí extenderla más.

Alguien a mi izquierda soltó un grito desgarrador al que siguieron unos sollozos ahogados cuando el cuerpo del hombre se desplomó en el suelo.

Mi respiración era entrecortada y superficial mientras contemplaba el cuerpo sin vida. Aparté la vista y la mirada de Dacre se clavó en mí; algo siniestro parpadeó en sus profundidades. Dacre tensó la mandíbula y sus ojos relucieron como brasas ardientes.

—No toleramos a los partidarios de la Corona —gruñó. Sus palabras hicieron eco en las paredes de la sala y el ambiente se cargó de tensión—. Uníos a nosotros o compartiréis el destino de este hombre.

Se me nubló la vista y eché una ojeada a la gente que tenía junto a mí: todos se habían quedado callados, y parecían paralizados.

El corazón me latía con fuerza mientras estudiaba a Dacre: apretaba los dientes y fruncía el ceño; su rostro parecía una máscara de odio. Temblé de miedo y rabia, de la cabeza a los pies, al ser testigo de la indiferencia con la que había quitado la vida a otra persona.

¿Cuántas vidas había arrebatado solo esa noche?

Mis pensamientos se desviaron hacia mi padre y las atrocidades que había cometido en su búsqueda del poder. Las personas inocentes a las que había

hecho daño, las mentiras que había difundido.

Nuestro mundo estaba lleno de crueldad, y la culpa me reconcomía al saber que la brutalidad y la angustia que prosperaban en nuestro reino se debían a él.

Le había infligido tal sufrimiento a nuestro pueblo que este se había visto obligado a rebelarse, a formar el ejército rebelde ante el que me encontraba en ese momento, y luego los había castigado por no celebrar su tiranía.

Los había convertido en monstruos.

—¿Nombre? —Dacre señaló con la cabeza a la primera persona de la fila, la más alejada de mí.

—Irina. —A la mujer le temblaban los labios mientras hablaba—. Soy la esposa de… Era la esposa de un granjero.

Dacre mantuvo la compostura, pero su expresión lo delataba. Recorrió con la mirada el rostro de la mujer, fijándose en cada detalle con una mezcla de tristeza y nostalgia.

—¿Y cuál es tu elección? —preguntó con sencillez, como si la vida de la mujer no estuviera en juego.

—El rey Roan mató a mi marido. —Levantó la barbilla y no quedó ni rastro de ese temblor cuando sus ojos se inundaron de rabia—. No podía pagar el diezmo y lo asesinó por eso. —Se me hizo un nudo en la garganta cuando Dacre tensó la mandíbula, pero no dijo ni una palabra—. Quiero unirme. —La determinación en la voz de Irina era tan clara que inundó la estancia y llamó la atención de todos. Su boca se había convertido en una fina línea, apretaba los puños a sus costados y sus ojos ardían con pasión.

—Tu magia. —Dacre la estudió atentamente cuando ella enarcó las cejas con expresión de desconcierto—. Necesitamos conocer qué magia posees para saber dónde serás más útil.

Yo apreté los puños como ella. Irina echó un vistazo a la sala antes de volverse de nuevo hacia Dacre. Inspiró hondo, espiró lentamente y su voz escapó en un murmullo casi inaudible.

—Tengo magia de tierra.

—Bien —respondió Dacre, suavizando ligeramente la expresión—. Nos vendría bien un poco más de ese poder. —Miró por encima del hombro hacia un hombre mayor, de piel oscura y cabello tan blanco como la nieve recién caída—. Irás con Calix. Es el jefe de proyectos.

Irina se acercó al hombre sin mostrar ni una pizca de vacilación en sus pasos.

Dacre se volvió rápidamente hacia la siguiente persona de la fila, un chico

con cabello rubio y grandes ojos del color del mar que no aparentaba siquiera la edad suficiente como para dejarse crecer la barba, y mucho menos para unirse a una rebelión.

—Nombre y ocupación.

El chico tragó saliva, nervioso, con los ojos muy abiertos y la expresión frenética al otear la sala.

—Cedric Fallon, señor.

Dacre enarcó una ceja, y le dedicó una mirada penetrante.

—¿De dónde eres, Cedric?

Cedric volvió a recorrer la estancia con la vista como si intentara encontrar algo invisible para todos los demás. Se quedó en silencio y quieto durante un momento, con la mente claramente en otra parte, antes de hablar en voz baja.

—A mi padre lo capturó la rebelión hace más de un año.

La nuez de Dacre se movió mientras hablaba, y una insoportable sensación de temor me invadió.

—¿Cómo se llama tu padre?

—Ammon —respondió Cedric rápidamente.

Dacre miró a Kai, y este se acercó a él al instante; hablaron en voz baja, y no pude entender lo que decían.

—Ve con Kai. —Dacre señaló en su dirección—. Él te guiará.

La ira se apoderó de mí. ¿Estaba vivo el padre de Cedric o le habían clavado una daga en el cuello porque no había querido traicionar a su reino?

Pero Cedric no hizo esas preguntas. Se movió rápidamente para llegar hasta Kai y lo siguió por la puerta por la que yo acababa de entrar momentos antes. Seguí atenta cada uno de sus pasos mientras se alejaba, y no les presté la más mínima atención a Dacre ni a la siguiente persona a la que interrogó.

Se me hizo un nudo en el estómago y un escalofrío me recorrió de la cabeza a los pies cuando el chico desapareció de mi vista. Dacre continuó con la fila, interrogando y asignando a cada uno donde consideraba apropiado. Había un par de sanadores, otro cuya magia también dependía de la tierra y uno que podía manipular los elementos. Era solo cuestión de tiempo que Dacre llegara a mí, e incluso cuando intentaba concentrarme en las palabras que les decía, solo había un pensamiento que no se me iba de la mente: iba a morir.

No tenía magia que ofrecerle a su causa. Aunque nunca descubrieran quién era en realidad, no les servía para nada.

—¿Y tú? —Dacre rodeó con cuidado el cuerpo del hombre que aún yacía en

el suelo a mi lado y se puso delante de mí, bloqueándome la vista a todo lo demás.

Sus ojos oscuros solo mostraban frialdad cuando me estudió con el ceño fruncido; apretaba tanto las muelas que podía ver cómo se movían los músculos bajo la piel. Levanté la barbilla, esperando que la determinación de mi rostro igualara el desdén del suyo.

—¿Y yo qué? —le respondí entre dientes.

—¿Nombre? —Su rostro solo mostraba suspicacia cuando ladeó la cabeza, aguardando mi respuesta.

Casi podía saborear las sílabas de mi nombre en la lengua, pero tan pronto como estuve lo bastante cerca como para pronunciarlas, me mordí hasta sentir el sabor metálico de la sangre en la boca.

—Nyra. —Me tembló la voz al pronunciar el nombre de mi madre, un nombre que había sido olvidado en el momento en que la habían nombrado reina. Un nombre que nadie parecía recordar cuando la habían enterrado bajo la fría tierra y le habían quitado el título para dárselo a otra.

Mi padre solo tardó unos días en encontrar a otra mujer que estuviera a su lado, una mujer que le diera un verdadero heredero, una mujer que nunca sería mi reina.

Aún podía sentir los azotes que mi padre me había propinado en la espalda cuando me negué a hacerle una reverencia a esa mujer tras la muerte de mi madre.

—¿Y por qué la guardia del rey te tenía encerrada en esa celda? —Los ojos de Dacre eran oscuros e inquebrantables, y su mirada se clavó en la mía con intensidad. Cambié el peso de un pie al otro, luchando contra el impulso de apartar la vista.

—Porque le robé diez monedas al hombre equivocado. —Mi voz apenas tembló en esa ocasión: era la verdad. Una de las primeras lecciones que Micah me había enseñado en las calles era *«Haz que tu historia se parezca lo más posible a la verdad»*.

—¿Porque era un hombre del rey? —preguntó Dacre con desprecio.

—Porque hizo que me atraparan.

Los labios de Dacre se curvaron en una sonrisa burlona mientras me miraba de arriba abajo. Sus ojos brillaban con diversión, y no pude evitar sentir una punzada de irritación ante su aire de suficiencia.

—¿Tu magia no te ayudó a escapar? —Dacre entrecerró los ojos y se fijó en

que había apretado los puños con tanta fuerza que los nudillos se me habían puesto blancos.

Su pregunta se repitió una y otra vez, persistente, en mi cerebro. Yo era la primogénita del rey Roan, heredera al trono de Marmoris, pero los herederos de un reino no podían carecer de magia.

Mi padre lo sabía muy bien, y sus palabras quedaron grabadas en mi mente, un recordatorio constante de su decepción. Yo no tenía ningún don, y eso me hacía inútil para un reino que prosperaba gracias al poder.

—No tengo por qué decirte qué poder tengo. —Erguí los hombros y levanté la barbilla, decidida a no permitir que me viera vacilar. Sus labios se curvaron en una sonrisa de satisfacción y dio un paso hacia mí.

Su voz era baja y fría cuando habló.

—¿Prefieres acabar como tu amigo de ahí? —Señaló al hombre que aún yacía a nuestros pies, y la repulsión y el miedo se apoderaron de mí antes de que lograra controlar mi rostro y mostrar una máscara estoica.

—¿Así que me estás pidiendo que me una a una lucha contra un gobernante opresor solo para mostrarme más brutalidad de la que jamás le he visto a él?

La sonrisa burlona de Dacre se evaporó y tensó la mandíbula. Las personas que nos rodeaban intercambiaron miradas y susurros, pero yo estaba demasiado concentrada en Dacre como para prestarles atención.

—Si crees que esto —señaló con la mano al hombre que estaba a nuestro lado— supone más crueldad de la que tu rey es capaz, entonces eres una de las peores necias que hemos traído jamás a este lugar. —Negó lentamente con la cabeza, y mi estómago se contrajo con una mezcla de rabia y terror. Tenía las palmas de las manos húmedas y la espalda empapada en sudor, a pesar de que todavía tenía frío por culpa del chapuzón de hacía un rato en las aguas oscuras —. Es una pena. —Empezó a alejarse de mí.

—Una crueldad no merece otra. —Me crucé de brazos y me quedé mirando los tensos músculos de su espalda—. ¿Estás enfadado con el rey pero castigas a los hombres y mujeres de su reino?

Los pies de Dacre se detuvieron a mitad de un paso y se quedó paralizado. Habló sin volverse hacia mí.

—Castigamos a aquellos que son tan insensatos como para seguir a un rey que prefiere esconderse en su castillo y ver morir a su pueblo antes que hacer algo para salvarlo. Un leal al rey es un enemigo para nosotros. —Se detuvo un instante y volvió despacio la cabeza, revelando unos ojos tan oscuros que

parecían no reflejar la luz. Eran como dos piezas de ónix, inmóviles y escrutadores—. ¿Dónde está tu lealtad, pequeña traidora?

—No me llames así. —Mi voz estaba llena de rencor, ya que ese apodo que me había dado se acercaba demasiado a la verdad.

—Te llamaré como quiera. —Dacre se volvió muy despacio en mi dirección, con los ojos entrecerrados y la expresión severa—. Te lo preguntaré una vez más: ¿dónde está tu lealtad?

—No tengo lealtad hacia mi… —estuve a punto de decir «mi padre», pero las palabras se me atragantaron a tiempo— el rey.

Me miró fijamente a los labios, como si pudiera leer la verdad que ocultaba tras ellos.

—¿Y tu poder?

Sentí que mis cuerdas vocales se paralizaban, pero me forcé a hacer salir las palabras de mis labios.

—No tengo ningún poder.

Los susurros a mi alrededor se hicieron más audibles, como si la multitud estuviera reuniendo fuerzas para mostrar su desaprobación. Me ardían las mejillas, y se me aceleró el pulso tras inspirar bruscamente. Ser un hada sin magia era algo inaudito en el reino, y, sin embargo, ahí estaba yo, sin ni una pizca de magia que fuera capaz de conjurar. A pesar de los años de entrenamiento bajo la atenta mirada de mi padre, todos mis esfuerzos habían sido en vano: nunca había habido una chispa ni una oleada de poder que me hiciera saber que tenía un ápice de potencial.

Dacre me miró fijamente y clavó sus ojos oscuros en los míos en busca de respuestas. Frunció el ceño y tensó la mandíbula, y un pesado silencio inundó el ambiente mientras intentaba decidir si podía confiar en mí o no.

—¿Qué quieres decir con que no tienes poder?

Ladeé la cabeza como si entonces fuera yo quien lo estuviera estudiando a él, y no pude controlar la irritación en mi voz.

—Significa que no tengo magia —insistí—. ¿Nunca habías escuchado algo así?

Él negó con la cabeza distraídamente, como si yo no hubiera hablado.

—¿Cómo es posible?

Apreté los dientes ante su pregunta.

—Llevo toda mi vida intentando averiguarlo. Pero si puedes llamar a los dioses y preguntárselo, te agradecería mucho que me ofrecieras una respuesta.

Se quedó plantado como una estatua y me contempló sin pestañear a pesar de la rápida y aguda carcajada que surgió desde un rincón de la sala. Entrecerró los ojos hasta que pude sentir su suspicacia.

—Estarás con los guerreros.

—¿Qué? —exclamé, incrédula.

—Guerreros. ¿Has escuchado hablar de ellos? Empuñan una espada y luchan por lo que es justo.

Puse los ojos en blanco, sintiendo cómo me invadía la frustración.

—No he dicho que quisiera unirme a vuestra rebelión.

—¿Prefieres morir?

No quería morir, pero tampoco me apetecía mucho seguir cautiva en otra prisión, atrapada por las circunstancias. Apenas había empezado a recuperar el aliento desde que había huido del palacio de mi padre y ya sentía que me lo robaban de nuevo de los pulmones. Cuando no respondí, Dacre asintió una vez.

—Entonces serás una guerrera.

—No soy una guerrera.

—Créeme, lo tengo más que claro. Pero si no puedes manejar la magia, aprenderás a manejar una espada.

Se dio media vuelta, pero, antes de que llegara a dar un par de pasos, sentí cómo el miedo corría por mis venas a borbotones.

—¿A quién voy a obedecer? ¿Quién es el líder de los guerreros?

En ese momento, su mueca burlona se convirtió en una sonrisa de oreja a oreja.

—Yo.

5

DACRE

Uno de los nuevos reclutas se apartó de mi camino en cuanto me vio adentrarme en el campo de entrenamiento, y me alegré. No me apetecía nada tratar con ellos a esas horas de la noche.

—Tu padre está con Reed —comentó Kai en voz baja, andando a mi lado; yo gruñí a modo de respuesta y doblé la esquina hacia donde se encontraba mi padre.

Tampoco me apetecía tratar con él. Aunque ya casi nunca me apetecía estar con él.

—He oído que has traído a alguien con tu hermana —dijo mi padre sin apenas mirarme. No preguntó por Wren.

Joder, estaba empezando a odiarlo.

—Sí. Y también he pasado revista al resto de los reclutas. —La palabra «reclutas» me supo amarga—. Solo uno ha decidido no unirse a nosotros. —Mi padre asintió, como si no le acabara de contar que me había visto obligado a matar a un hombre. Pero la sangre en mis manos siempre le había parecido un problema insignificante. Me giré y miré a mi alrededor, a los guerreros que seguían entrenando—. ¿Has podido averiguar algo con la información que teníamos?

—No he conseguido lo suficiente —resopló, mirándome por fin—. Pero se ha corrido la voz de que el rey ha sido visto en los terrenos del palacio. Si sigue allí, entonces la princesa también tiene que estar.

La princesa. Esa era su obsesión del momento, porque creía que ella sería la clave para ganar toda esta revolución.

Era una chica apenas lo bastante mayor como para ser considerada adulta, y todo lo que estábamos haciendo dependía de encontrarla.

El rey la había mantenido oculta desde que era niña, y mi padre estaba convencido de que había una razón para ello.

—Si ella sigue allí, no tenemos ninguna posibilidad de encontrarla.

Entrar en las mazmorras era una cosa, pero rescatar a una princesa custodiada que era la heredera al trono era algo completamente distinto.

Ella era lo que mis padres estaban buscando cuando tuvo lugar la primera incursión. Cuando mi madre… Negué con la cabeza. No podía pensar en eso en ese instante.

—Tenemos que hacerlo. —Clavó su mirada en mí y me estremecí al ver el dolor que había en ella—. Solo hay una razón por la que el rey la ha mantenido oculta toda su vida. El rey ansía el poder por encima de todo y está ocultando su magia hasta que la necesite. —Sabía que mi padre debía de tener razón. El rey siempre había sido muy reservado con respecto a la princesa, pero después de la incursión se había vuelto obsesivo. No podía evitar preguntarme qué clase de magia poseía la princesa que la hacía tan valiosa. Era su heredera, pero era más que eso. Mucho más. Y aunque no se había visto al rey ni a la princesa desde la incursión, la verdad era que hacía años que no se veía a la princesa antes de eso tampoco—. No hay razón para esconderla a menos que él sepa que podemos utilizarla.

Abrí la boca, dispuesto a contarle a mi padre lo de la chica que había traído, lo de Nyra, pero me detuve. Ella afirmaba que no tenía poderes mágicos, y yo nunca había conocido a nadie que no los tuviera, y, por supuesto, no la había creído. Estaba ocultando algo, y no había razón para ello a menos que supiera que íbamos a utilizarla.

Y en cuanto se lo contara a mi padre, iba a hacer justo eso: intentar utilizarla de todas las formas posibles.

Pero ella no era una recluta cualquiera. Había crecido en el palacio, lo que significaba que su lealtad estaba dirigida hacia las personas que habían asesinado a mi madre, hacia las personas que habían masacrado a miles de habitantes de nuestro reino mientras drenaban la magia del resto a través del diezmo del rey.

Apreté los puños pensando en el fuego que había en sus ojos cuando había intentado luchar contra mí. Debería haber estado más que feliz de permitir que mi padre la doblegara, que descubriera sus secretos y los explotara para beneficiarnos de todas las formas posibles.

Pero aun así, mantuve la boca cerrada.

—¿Crees que alguno de los reclutas de hoy tendrá información? —Mi padre me miró a los ojos, y, aunque sentía una necesidad imperiosa de no contarle nada sobre Nyra, sabía que pronto iba a enterarse de su existencia y a darse

cuenta de que le había mentido por ella.

—No lo sé —respondí negando con la cabeza—. Una de las chicas que hemos traído se crio en palacio.

Sus labios dibujaron una mueca de desprecio, y frunció el ceño con un gesto amenazador. Sus ojos eran fríos e irradiaban una hostilidad tácita que casi se podía palpar en el aire.

—Tráela ante mí.

—No tiene magia. —Me moví, incómodo, y mi mirada se cruzó con la de Kai por un momento antes de volverme hacia mi padre—. Trabajaba junto a su madre y afirma no tener ni una pizca de poder.

Mi padre resopló.

—Eso es imposible.

Asentí.

—Yo he pensado lo mismo, pero no he podido sentir magia de ninguna clase en ella.

—¿Ninguna? —Sus ojos se entrecerraron aún más.

—Ninguna.

—Aun así hay que interrogarla. No puede haber vivido toda su vida en el palacio sin saber nada. Tendrá información sobre la princesa.

—Comenzará el entrenamiento por la mañana. —Me crucé de brazos y miré fijamente a mi padre—. La haré hablar.

Los ojos de mi padre brillaron con aprobación antes de darse la vuelta.

—Consígueme respuestas, Dacre, y descansa un poco.

Fruncí el ceño y vi cómo mi padre desaparecía entre las sombras del campo de entrenamiento. Me volví hacia Kai, con la mente puesta únicamente en esa maldita chica.

—Quiero que la vigiles —le pedí—. No confío en ella, y necesito saber si está tramando algo.

Kai asintió, con expresión decidida e inquebrantable.

—Por supuesto. Aunque no tengo muy claro qué iba a poder hacer.

Gruñí como respuesta, con la mente a mil por hora. Había algo en ella que me inquietaba. Me pasé los dedos por las sienes, frustrado.

—Vigílala y punto. No podemos permitirnos que nadie se rebele.

—¿De verdad vas a entrenarla? —preguntó con una sonrisa burlona, cruzándose de brazos.

Ya casi nunca entrenaba a nadie, solo corregía posturas o criticaba la falta de

concentración cuando a alguien lo derrotaba un luchador inferior. No tenía tiempo de más.

—No confío en ella —reiteré mi afirmación anterior.

Sus labios se curvaron en una sonrisa presumida que reveló un pequeño hoyuelo en su mejilla izquierda.

—Nunca confías en nadie —se burló—. Pero tampoco te molestas en entrenarlos.

Solté otro gruñido. No pensaba justificar mis actos.

—Ella es diferente —señalé, con voz baja y cautelosa—. Creció en el palacio. —Los ojos de Kai brillaron con diversión, pero no dijo nada más—. Mañana comenzaré a entrenarla.

6

NYRA

La enorme cueva estaba iluminada por pequeñas lámparas de lava; algunas lucían colgadas de las vigas del techo y otras parecían suspendidas en el aire. Las volutas de humo grisáceo se arremolinaban a su alrededor como conjuradas por alguna magia olvidada. La sutil luz proyectaba un tenue resplandor sobre las paredes, que se reflejaba en las brillantes estalactitas que colgaban del techo como carámbanos de hielo.

—No te retrases —ordenó Mal, con su figura bañada por el suave fulgor del fuego.

La seguí por un estrecho puente de madera cuyos tablones desgastados crujían bajo mis pies. El puente conectaba con una roca irregular que sobresalía de la pared de la cueva, y miré hacia abajo, al oscuro río que serpenteaba al fondo. Crucé de puntillas, agarrándome a la barandilla de madera como si fuera mi salvavidas, e intenté ignorar el frío glacial que parecía filtrarse a través de las grietas de la madera.

No tenía ningún interés en volver a meterme en el agua.

Seguimos un camino sinuoso en el que la única luz procedía de las escasas hogueras que iluminaban nuestro camino de forma intermitente. La oscuridad nos seguía como el humo, y nos acompañaba el sonido del agua goteando en las paredes húmedas a medida que descendíamos más y más hacia las profundidades.

—¿Dónde estamos exactamente? —Miré a mi alrededor, a pesar de que casi nunca había salido del castillo y todo lo que sabía sobre nuestro reino lo había aprendido estudiando mapas. Y, por supuesto, la ciudad oculta no aparecía en ningún mapa que yo hubiera visto.

Mal volvió lentamente la cabeza hacia mí, con una sonrisa burlona en los labios.

—Esa información es demasiado secreta para una rata como tú.

Di un respingo como si me hubiera abofeteado.

—¿Así que soy lo bastante buena como para luchar por vosotros pero no lo suficiente como para saber dónde estamos?

—Tampoco eres lo bastante buena como para luchar por nosotros. —Mientras hablaba, en su rostro apareció una mueca de desprecio, y me lanzó una mirada fulminante, como si fuera lo más repulsivo que hubiera visto jamás —. Tendrás que demostrar tu valía y tu lealtad antes de que se te conceda ese honor.

Solté un resoplido, pero ella ya se había dado media vuelta y se alejaba por el sendero. Se agachó bajo una roca que sobresalía más que el resto. Yo la imité, encogiéndome todo lo que pude para pasar por debajo y salir al otro lado, y parpadeé, sorprendida por lo que vi.

Ante nosotras se alzaba un enorme edificio de piedra cuyos bordes se estaban desmoronando. La hiedra crecía por sus laterales, envolviéndolo en una red verde y cubriendo sus piedras más oscuras con hojas marrones. Bajamos unos escalones hasta un túnel abovedado que conducía hacia un costado de la construcción que parecía haber sido excavado directamente en la pared de la cueva.

La hiedra se enroscaba alrededor de las columnas, incrustadas en la propia roca.

La inmensidad de todo aquello era abrumadora, y no pude evitar preguntarme qué secretos se escondían tras los muros de la ciudad oculta.

A medida que nos acercábamos, un conjunto de hombres y mujeres se agrupó frente a la entrada, mirándome con recelo. Mal pasó junto a ellos con aspecto de estar muy segura de sí misma y yo la seguí rápidamente.

Sabía que ninguna de esas personas podía reconocerme a menos que hubiera trabajado alguna vez en el castillo, pero aun así mantuve la cabeza gacha sintiendo un escalofrío de temor.

—Vas a estar en el segundo piso —explicó Mal cuando atravesamos la enorme puerta y entramos en el edificio.

La seguí por los escalones inestables de la escalera de caracol, con las manos temblorosas sobre la fría barandilla metálica. Tomó por un pasillo envuelto en sombras antes de detenerse ante una puerta de madera astillada que parecía camuflarse entre las descoloridas paredes de piedra.

—Esta es tu habitación. —Giró el pomo, de un dorado mate, y empujó la puerta para abrirla. La habitación era diminuta, con dos camas individuales apoyadas contra las paredes y un pequeño escritorio entre ellas. Encima había

una ventana por la que solo se colaba la tenue luz del fuego, la única fuente de iluminación en ese espacio por lo demás oscuro. Una de las camas estaba perfectamente hecha, mientras que la otra estaba desordenada; bajo ella había dos pares de botas negras—. Descansa un poco —dijo Mal, dándose la vuelta para marcharse—. Mañana comenzarás tu entrenamiento.

Quería abrir la boca y hacerle un millón de preguntas, pero era imposible que ella estuviera dispuesta a darme ninguna de las respuestas que yo exigía. Así que me limité a asentir; vi cómo cerraba la puerta tras de sí y me senté con cuidado en el borde de la cama, con la mente a mil por hora.

Me dolieron todos los músculos del cuerpo cuando me estiré sobre el colchón, y aunque la cama era un agradable cambio respecto al duro suelo de piedra en el que me había acostumbrado a dormir últimamente, una parte de mí echaba de menos los barrios bajos a los que había llamado hogar.

Y echaba de menos a Micah.

Al cerrar los ojos, no pude evitar pensar en él. Los dos conocíamos la regla tácita: si no regresábamos, significaba que nos habían capturado o que estábamos muertos.

Y recé para que él pensara que era lo segundo, porque no había nada que pudiera hacer para salvarme.

Intenté apartar mis pensamientos de él y me concentré en los sonidos que me rodeaban. Las gotas de agua, los débiles ecos de susurros y pasos que se filtraban a través de las pequeñas rendijas de la puerta.

Tenía muchas ganas de acostarme y de dormir, pero no confiaba en esa gente.

Una parte de mí los odiaba. Odiaba todo lo que habían hecho, odiaba que mi padre hubiera presionado a mi madre para que tuviera otro heredero porque temía que le arrebataran el poder.

Siempre había sabido que la rebelión iba tras él y su corona, y no podía protegerla con una heredera a la que nunca iba a permitirle ocupar su trono.

Y mi madre no podía darle más descendientes. Había perdido la vida intentándolo; la suya y la de su hijo, mi hermano, cuando trató de dar a luz a otro heredero después de que los curanderos le hubieran advertido que no lo hiciera.

En el fondo, sabía que estaba mal odiarlos. Después de todo, habían sufrido mucho más a manos de mi padre de lo que yo jamás iba a poder sufrir. Pero la ira y el resentimiento seguían ardiendo en mi interior.

Las bisagras oxidadas de la puerta chirriaron ruidosamente al abrirse. Sobresaltada, salté de la cama y la cabeza me dio vueltas, así que me sujeté al borde del escritorio para mantener el equilibrio. El miedo me corría por las venas mientras me preparaba para lo peor.

Wren estaba en la puerta, con una toalla sobre los hombros y el pelo húmedo recogido en una trenza floja que se deslizaba por su espalda. Parecía cansada, y entró con cautela en la habitación, escudriñándome con atención antes de cerrar la puerta.

—Supongo que compartiremos algo más que una celda… —Atravesó la habitación y se sacó una daga de la bota.

Me puse tensa, pero ella se limitó a posar la daga sobre el escritorio antes de dejar caer la toalla sobre el respaldo de la silla.

—Supongo que sí —respondí, encogiéndome de hombros con poco entusiasmo; retrocedí un paso para dejar más espacio entre nosotras—. Mal me ha dicho que esta era mi habitación y me ha dejado aquí.

—Claro. —Se cruzó de brazos y se volvió en mi dirección. Me miró fijamente durante un largo momento y yo abrí la boca para hablar, pero la volví a cerrar de golpe—. ¿Por qué has intentado huir?

Mierda. Supongo que le debo una explicación.

—Porque tenía miedo.

—¿Decías la verdad sobre lo de vivir en el palacio? —Ella miró por la ventana, como si pudiéramos verlo desde donde estábamos.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué estabas en esa celda? —Entrecerró un poco los ojos, pero pude sentir la intensidad de su mirada. Se había negado a dejarme atrás en esa celda y yo la había decepcionado.

—Llevo casi un año en la calle. Desde la incursión. —Me crucé de brazos y aparté la vista de su rostro, tratando de no pensar en ello—. Me pillaron robando, y la guardia del rey no trata bien a los ladrones.

—¿Estabas allí?

—Sí. —Asentí, clavando la mirada en el suelo—. Es casi imposible escapar del palacio si ellos no quieren que lo hagas, y la incursión creó tal caos que nadie se fijó en mí cuando hui.

Echó un rápido vistazo a la habitación, y, cuando por fin volvió a hablar, su tono era tenso y ronco, como si la hubieran llevado a rastras por un cementerio lleno de fantasmas.

—Mi madre murió en esa incursión.

No sabía qué decir, pero me di cuenta de que los mismos demonios que la atormentaban también me acechaban a mí. Mi madre era lo único en lo que podía pensar cuando cerraba los ojos, cuando no conseguía distraerme lo suficiente como para no tenerla en mi mente.

—Lo siento.

—Ya. —Asintió como si intentara ignorar la repentina emoción—. Conocía los riesgos. Murió luchando por algo en lo que creía.

Me mordí el labio porque no sabía qué responder. Su madre murió asaltando mi casa. Murió luchando contra mi padre y contra el poder que él ejercía sobre el reino.

El silencio se extendió entre nosotras como una espesa niebla. Me invadió la culpabilidad, aunque en el fondo sabía que no había tenido nada que ver.

—Yo perdí a mi madre hace unos años. —Tragué saliva. Nunca hablaba de mi madre. Jamás—. Que ella conociera los riesgos no lo hace más fácil.

—No. —Negó con la cabeza, mirando al suelo—. No lo hace.

Todavía estaba cruzada de brazos, y los acuné contra mi pecho, encogiéndome como si intentara sostener algo entre ellos.

—Tenemos que buscarte algo de ropa limpia. —Se apartó del escritorio, cogió la daga que había dejado ahí y se la guardó en la bota—. Vamos. Mal se merece una buena paliza por dejarte así.

Una sonrisa se dibujó en mis labios por primera vez desde que los guardias me habían atrapado en ese callejón.

La seguí hasta la puerta y bajamos por la escalera de caracol hasta la zona principal, donde aún había un par de personas merodeando. No pude evitar sentir sus miradas sobre mí mientras pasábamos.

Me pregunté cuántos de ellos serían como Wren, cuyos padres habían muerto luchando contra los míos.

—¿Todos los que están aquí pertenecen a la unidad de guerreros? —pregunté en voz baja, y Wren aminoró el paso hasta que llegué a su lado.

—Mierda. Mal no te ha dicho nada, ¿verdad?

—No. —Me recorrió un escalofrío al pensar en ella—. Creo que puede ser incluso más imbécil que Dacre.

La risita que se escapó de los labios de Wren me pilló desprevenida.

—Sabes que él te rescató de esa celda, ¿verdad? —La sonrisa que apareció en su rostro era suave.

—Por supuesto que lo sé, y le estoy agradecida por ello. Pero…

—¿Pero? —Me hizo un gesto con la mano para que continuara.

—Pero puedo estar agradecida y seguir pensando que es un imbécil insoportable, ¿no?

—Ah, claro. —Volvió a reírse y se dio la vuelta, andando de espaldas por el pasillo como si hubiera pasado toda su vida allí—. Si lo sabré yo, que he pasado toda mi vida con él.

Mi sonrisa se desvaneció al instante.

—¿Es tu hermano?

—El único que tengo.

—Lo siento mucho.

Ella sonrió con tantas ganas que le aparecieron hoyuelos en las mejillas.

—¿Por llamarlo imbécil?

—No. —Negué con la cabeza—. Sigo pensando que es un necio, pero no debería habértelo dicho.

Wren se echó a reír, se acercó a mí y me pasó el brazo por los hombros.

—Creo que tú y yo nos vamos a llevar muy bien, Nyra. Al menos tendré a alguien de mi lado que no bese el suelo por donde pisa Dacre.

—Créeme, eso no va a pasar jamás.

Me abrazó con más fuerza mientras nos adentrábamos en un largo pasillo.

—Te tomo la palabra.

7

NYRA

—Está demasiado ceñida. —Le di un tirón a la tela cuando Wren se apartó de mí para evaluar mi vestimenta.

—Así es como debe ser. Luchar con ropa holgada es una desventaja, y no creo que puedas permitirte más.

Puse los ojos en blanco, exagerando el gesto, y me crucé de brazos para ayudarme a ignorar el dolor punzante que sentía en los músculos. Después de pasarme la noche anterior dando vueltas en la cama durante lo que me habían parecido horas, por fin logré conciliar un sueño profundo que duró hasta que Wren hizo tanto ruido que no tuve más remedio que despertarme.

La cama no se parecía en nada a aquella a la que estaba acostumbrada en el palacio. Era dura y las sábanas picaban, pero aun así suponía una diferencia fabulosa con respecto a los fríos y duros adoquines en los que había estado durmiendo.

—Toma. —Se echó hacia delante y sacó una daga de su chaleco cuya hoja plateada brillaba a la luz del fuego. Luego la deslizó con cuidado en una vaina vacía que yo tenía en el pecho, y pude sentir el peso del metal sobre mi piel.

—Gracias. —Tragué saliva con dificultad, porque no le había dado ningún motivo para ser tan amable conmigo.

Me pregunté si seguiría mostrándome esa amabilidad si supiera quién era yo en realidad. Si supiera que mi padre había sido el responsable de la muerte de su madre.

—Bueno, tenemos que irnos o llegarás tarde. —Se subió los calcetines hasta los tobillos y cogió las botas de cuero oscuro que tenía debajo de la cama. Se las puso rápidamente con las dos manos y tiró con fuerza de los cordones, haciendo un nudo apretado en cada vuelta. Miré por encima del hombro solo un instante mientras ella terminaba y me encontré con mi reflejo en el pequeño espejo que había sobre el escritorio.

Apenas podía reconocerme.

Recorrí con las manos todo mi cuerpo, siguiendo las curvas del uniforme de cuero que se ceñía a mi piel. Iba vestida de pies a cabeza con un traje de combate negro, un traje que antes me infundía muchísimo miedo. Y, sin embargo, allí estaba yo, con el aspecto de ser uno más de ellos. Aunque nunca iba a serlo.

Wren se palmeó el cuerpo para asegurarse de que llevaba todas sus armas antes de salir de la habitación. Recorrimos el pasillo tenuemente iluminado, que tenía la pintura descolorida y desconchada en algunos lugares.

Cuando llegamos a la entrada principal, Wren empujó la pesada puerta y una ola de aire frío y húmedo nos envolvió.

Salimos, y yo vacilé al contemplar la oscuridad. La luz del fuego se esforzaba por llenar el vacío, pero su calor no podía compensar el cielo sin estrellas ni la ausencia del sol naciente.

—¿Qué es exactamente este lugar?

Wren miró a su alrededor como si no supiera cómo responderme.

—La ciudad oculta.

—Eso ya lo sé. —Solté una suave risa—. ¿Pero cómo puede esconderse?

Su expresión cambió y se volvió pensativa. Sus ojos, normalmente brillantes, se entrecerraron de forma casi imperceptible, y tensó la mandíbula en una sutil muestra de irritación antes de hablar.

—La mayoría de los edificios de piedra que ves están en ruinas. —Señaló con la mano la construcción de la que acabábamos de salir—. Son de la época del rey Nevan.

—¿Qué? —Volví a mirar a mi alrededor. Había oído hablar sobre los años en los que el rey Nevan era el gobernante, pero había pasado tanto tiempo que esas historias parecían fábulas—. Eso tuvo que ser…

—Hace más de tres siglos. —Wren asintió; cruzamos un pequeño puente, y yo miré con atención las oscuras aguas al pasar—. Una época en la que nuestro reino vivía en paz. Una época que hace tiempo que ha caído en el olvido.

Una sensación de vacío me invadió el estómago y un escalofrío me recorrió la espalda. Esas palabras me cargaban con el peso de una culpa de la que nunca podría deshacerme.

—¿Cómo encontrasteis este lugar?

—La desesperación es un buen acicate… —Wren se encogió de hombros mientras atravesábamos la ciudad. Los sonidos del agua goteando y de nuestras pisadas eran lo único que se oía en los caminos de tierra—. Todo lo

demás que ves fue construido por la rebelión. Hemos levantado pequeñas viviendas junto a las cuevas y tenemos nuestros propios mercados y curanderos.

—¿No tienes una casa aquí? —pregunté; estúpidamente, porque compartía habitación conmigo.

Carraspeó antes de responder.

—Sí, pero Dacre y yo no hemos vivido allí desde que mataron a mi madre. Preferimos quedarnos en los cuarteles de los guerreros.

Asentí, comprensiva, porque después de la muerte de mi madre yo también quería estar en cualquier otro lugar que no fuera ese puñetero castillo. Estaba maldito por todos los recuerdos felices de ella que nunca iba a volver a disfrutar, por sus gritos el día en que murió.

—¿Y tu padre? —No tenía derecho a hacerle tantas preguntas cuando yo no estaba dispuesta a responder a ninguna de las suyas.

Ella frunció el ceño.

—El amor de mi padre es esta rebelión. No le importa vivir solo.

Delante de nosotras apareció un largo puente colgante que cruzaba todo el ancho del río. Tenía los dedos en carne viva de agarrarme con tanta fuerza a las cuerdas, y esa era la parte más ancha de la corriente que había visto desde mi llegada.

El enorme agujero en el suelo era un oscuro abismo que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Su profundidad me provocó un nudo en el estómago, e instintivamente di un paso atrás, con el corazón latiéndome con fuerza por el miedo.

«Encuentra tu magia». Prácticamente podía oír las órdenes de mi padre en mi mente.

«El agua no puede vencerte si usas tu poder».

El mar esa noche estaba tan oscuro como el agua que tenía debajo.

—Ya casi hemos llegado. —Wren pareció darse cuenta de mi inquietud, ya que se volvió hacia mí y aminoró el paso.

La orilla opuesta estaba cubierta por una gruesa capa de musgo verde, y traté de concentrarme solo en ella mientras me obligaba a cruzar.

Cuando mis pies tocaron tierra firme dejé escapar el aire que había estado conteniendo y seguí rápidamente a Wren para alejarme del agua; atravesamos un túnel tan estrecho que tuve que ponerme de lado para poder pasar. El frío de las paredes rocosas que me rozaban el uniforme penetró en mis huesos, y

me eché a temblar.

Cuando llegamos al otro lado apareció un gran espacio abierto ante nosotras. El suelo estaba cubierto de tierra y manchas de musgo, y un pequeño rayo de sol se colaba por el techo en algún lugar muy por encima de nuestras cabezas.

También había varias lámparas flotantes que ayudaban a iluminar el espacio, pero fue la gente lo que me llamó la atención. Nos abrimos paso entre la multitud y me fijé en las diferentes armas que adornaban sus cuerpos. Algunos llevaban espadas largas colgadas de vainas ornamentadas, mientras que otros portaban dagas cortas como la de Wren, envainadas en sus cinturones y chalecos. Vi a algunos con flechas que sobresalían de los carcajes que llevaban a la espalda.

Wren me empujó hacia delante y yo eché un vistazo al claro. En la esquina más alejada un grupo de guerreros formaba un círculo; estaban cruzados de brazos y su expresión era de alerta. Cuando nos acercamos, su atención se centró en nosotras. Algunos saludaron con la cabeza al ver a Wren.

—Buenos días, Wren —dijo uno de los hombres, y no pude evitar fijarme en cómo recorría las curvas de ella con la mirada.

—Buenos días, Tavian —respondió Wren con una sonrisa; hizo un gesto con la mano en mi dirección—. Esta es Nyra. Hoy entrenará con nosotros.

Tavian me miró de arriba abajo antes de asentir.

—Bienvenida.

—¿Dónde está Dacre? —preguntó, escudriñando el claro de un lado a otro, y sentí un calor incómodo en las mejillas. A pesar de que Dacre era un idiota, era imposible no darse cuenta de lo irritantemente guapo que era.

—Ha salido a hacer un reconocimiento. Esta mañana temprano se ha detectado movimiento en la base de las cataratas. No creo que tarde —dijo Tavian con indiferencia, pero yo registré cada una de sus palabras.

¿Qué clase de movimiento?

—Buenos días —saludó un hombre mayor, con el pelo oscuro y canas en las sienes, que se situó delante del grupo y carraspeó—. Anoche enviamos a tres grupos a hacer una batida y hoy enviaremos a tres más. El resto de vosotros os quedaréis aquí para ayudar a entrenar a los nuevos reclutas. En total, han llegado veinte en las tres últimas semanas.

Su voz era autoritaria y apagaba el resto de los sonidos de la sala. Me sobresalté y me volví hacia Wren, que permanecía completamente inmóvil, con los ojos clavados en él.

—¿Vas a salir de exploración?

Cuando por fin se volvió hacia mí, su expresión era un poco más suave.

—Hoy no. Me quedaré contigo. —No pude ocultar mi alivio. Ni siquiera la conocía, pero me sentía más cómoda con ella que con cualquier otra persona que hubiera ahí—. Vamos. —Me hizo un gesto para que me acercara y la seguí hacia un círculo blanco en el suelo que parecía estar dibujado con polvo de alguna clase. Cuando las dos estuvimos dentro del círculo, ella sacudió los brazos, se quitó todas las armas que llevaba encima y las dejó caer fuera de la zona delimitada por el polvo. Yo saqué con vacilación la daga que ella me había dado e hice lo mismo—. Esto es un círculo de entrenamiento —dijo, señalando el perímetro—. Aquí es donde entrenaremos, pero al principio no usaremos magia.

Se me hizo un nudo en la garganta al escuchar esas palabras, y le respondí con un único y rígido movimiento con la cabeza. Debería haberle dicho que no tenía ningún poder, pero no lo hice.

Dos personas se acercaron al círculo que estaba situado junto al nuestro, y las estudié con atención cuando se pusieron a moverse en círculos. Las dos llevaban armas, pero no las habían desenfundado.

Uno de los luchadores cargó hacia delante y logró dar una patada en el torso del otro, y yo hice una mueca de dolor.

—¿Qué clase de entrenamiento tienes?

Volví a centrar mi atención en Wren, que se echó hacia delante y se tocó los dedos de los pies.

—¿Perdón?

—Entrenamiento. ¿Lucha? ¿Armas? ¿En qué tienes experiencia y en qué necesitas más ayuda? —Se puso de pie y yo di un respingo al oír el sonido del metal chocando.

—No tengo ninguna experiencia —dije en voz baja, para que solo ella me oyera. Se le pusieron los ojos como platos.

—¿Ninguna?

—No. —Negué con la cabeza y apreté los puños para disimular mi nerviosismo ante su escrutinio.

—De acuerdo. —Asintió, como si yo no fuera la guerrera más insignificante que había entrenado jamás—. Entonces empezaremos por lo más sencillo. —Wren dio unos pasos atrás y me indicó con un gesto que la siguiera—. Algunos pasos básicos y técnicas de evasión.

Fui hacia ella, tratando de imitar la forma elegante y natural en que se movía. Ella daba vueltas a mi alrededor mientras yo intentaba torpemente colocar los pies de la misma manera que ella. Con cada paso en falso, Wren me ofrecía palabras de aliento, y, después de varios intentos, logré equilibrar mi peso entre las dos piernas.

Ella siguió dando vueltas a mi alrededor, estudiando mi cuerpo de arriba abajo, y yo ya podía sentir el sudor que perlaba mi frente.

—La postura es lo más importante que vas a aprender. Los pies deben estar separados a la altura de los hombros, y las rodillas, ligeramente flexionadas. Distribuye el peso uniformemente entre los dos pies, con el dominante un poco más atrás del otro. —Seguí sus instrucciones, modificando mi postura hasta que me sentí cómoda. Wren asintió en señal de aprobación y se acercó —. Ahora vamos a trabajar tus golpes. —Bajó la barbilla, dio un paso adelante y le lanzó un gancho al oponente imaginario que tenía ante sí. Imité sus movimientos, sintiendo cómo se tensaban mis hombros al tratar de simular la fuerza de su puñetazo. Tenía los dedos tensos y mis movimientos eran torpes.

Wren me miró con ojo crítico y empezó a corregir mi postura poco a poco, guiando con suavidad mis manos y mis pies hasta que alcancé la posición correcta. Practicamos varios golpes y movimientos de los pies durante lo que me pareció una eternidad. Me dolían los músculos y el sudor me goteaba de tal forma por la frente que me vi obligada a secármelo.

Pero ella no había terminado.

Se puso delante de mí, y yo no aparté la vista de su rostro.

—Ahora vamos a poner en práctica lo que has aprendido. —Avanzó a un ritmo alarmante, con agilidad y un equilibrio perfecto, y se movió a mi alrededor sin esfuerzo. Por mucho que intentara anticipar sus gestos o sus golpes, siempre conseguía pillarme desprevenida. Me dio una patada en la pierna en un ángulo calculado con maestría, y caí de espaldas. El impacto contra el suelo envió una onda de choque a través de mi abdomen y me dejó sin aliento—. Se suponía que debías bloquearme. —La cálida risa de Wren fue como un bálsamo que alivió mi vergüenza. Acepté a regañadientes la mano que me estaba tendiendo y ella me levantó con una fuerza sorprendente; trastabillé un poco, pero conseguí recuperar el equilibrio—. ¿Estás bien? —preguntó con los ojos muy abiertos.

Asentí, intentando respirar con normalidad.

—Sí, estoy bien.

Me dedicó una pequeña sonrisa antes de señalar hacia el círculo.

—Vamos otra vez.

Inspiré hondo y me preparé, con los pies bien separados y las manos en posición de bloqueo. Me concentré en cada detalle: los movimientos de sus pies, la tensión de sus músculos, la intensidad de su mirada. Cuando se abalanzó hacia delante, logré bloquear el golpe, pero una oleada de dolor me recorrió el cuerpo entero. Apreté los dientes e intenté lanzarle un puñetazo, pero antes de alcanzarla siquiera, ella me agarró por la muñeca y me desequilibró. En un instante, estaba de rodillas, jadeando en busca de aire.

—Eso ha sido patético.

Al oír la voz grave y ronca de Dacre, di un respingo y tensé los hombros. Él me miró con desdén mientras yo me ponía en pie a toda prisa.

—No seas idiota, Dacre. —Wren se cruzó de brazos y se interpuso entre nosotros.

Se me aceleró el corazón al mirarlo: era muy guapo, con esa mandíbula angulosa y los ojos tan penetrantes que parecían atravesarme como un cuchillo. Pero sus palabras y la forma en que se burlaba de mí me ponían los pelos de punta.

—No soy idiota. Es la verdad. Es un lastre. —Me señaló con la cabeza, como si yo no pudiera oírlo.

Wren tensó la espalda.

—Suaviza el tono. ¿Qué has encontrado?

Me sacudí el polvo de los pantalones e intenté aparentar que no estaba pendiente de cada palabra que decían.

Dacre soltó un gruñido.

—Nada. —Se produjo un tenso silencio entre los dos, y me pregunté si estaba siendo sincero o si le ocultaba a su hermana la verdad porque yo estaba allí, porque me consideraba una traidora. Tenía unas oscuras ojeras que mostraban lo agotado que estaba y permanecía inmóvil, con los hombros tensos—. ¿Te ha hablado de su magia? —Dacre ladeó la cabeza como si me estuviera estudiando, y una oleada de rabia bulló en mi interior.

Wren me miró por encima del hombro, pero yo estaba muy ocupada dedicándole una mirada asesina a su hermano.

—No. ¿Por qué debería saber algo de su magia?

La mandíbula de Dacre se tensó mientras me miraba fijamente.

—Porque no tiene.

Wren giró la cabeza tan rápido hacia su hermano que resultó casi cómico.

—Eso es imposible.

—Estoy de acuerdo. —Asintió y entró en el círculo. Apretó los puños, evaluándome—. Lo que significa que tu nueva amiguita está ocultando algo.

—No estoy ocultando nada —dije entre dientes.

—Ya lo veremos. —Se acercó a mí y yo di un paso atrás.

—No quiero entrenar contigo. —Eché un vistazo en dirección a Wren, pero ella seguía mirando a su hermano.

—No tienes otra opción.

La forma en que me observaba era tan inquietante que apenas podía recordar la postura que Wren acababa de enseñarme. Tropecé al dar otro paso atrás y Dacre aprovechó para atacar.

Era rápido, mucho más rápido que Wren, y me tiró al suelo antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba pasando.

Extendió la mano como si fuera a ayudarme a levantarme, pero la ira se apoderó de mí. No le cogí la mano: levanté la pierna —un movimiento que Wren no me había enseñado— y le di una fuerte patada en el abdomen.

El impacto lo hizo tambalearse hacia atrás, y yo me puse en pie rápidamente, lista para defenderme.

Sus labios se curvaron en una sonrisa burlona y volvió a avanzar hacia mí, con los ojos brillando en la penumbra.

—Ahí está esa fuerza interior —dijo con una sonrisa, y se abalanzó sobre mí. Me agaché y me moví, utilizando los pasos básicos que Wren me había enseñado para intentar esquivar sus ataques. Conseguí librarme del puñetazo que iba dirigido a mi cabeza, pero Dacre era demasiado rápido y me dio un golpe brutal en el muslo con la otra mano; yo siseé de dolor—. Usa tu magia para desviar mis golpes. —Hizo un barrido con una de sus piernas, con un movimiento inquietantemente similar al que había hecho su hermana antes, y me volvió a tirar al suelo.

Jadeé en busca de aire mientras él se alzaba sobre mí. Él respiraba con normalidad, mientras que mi pecho temblaba por el esfuerzo.

—Ya te he dicho que no tengo ningún poder. —Levanté una mano temblorosa y me aparté el pelo que se me pegaba a la cara.

—¿De verdad vas a seguir aferrándote a esa mentira? —Ladeó la cabeza, estudiándome.

No le respondí, porque daba igual lo que dijera. No me iba a creer de

ninguna de las maneras. Pensaba que podía doblegarme, pero ya no quedaba nada en mi interior que pudiera romper—. Mañana entrenarás conmigo. —Se irguió en toda su estatura y yo resoplé cuando Wren dio un paso adelante.

—Déjala, Dacre.

—No. —Se apartó de mí y yo me moví hasta conseguir sentarme—. No confío en ella, y entrenará conmigo hasta que sepamos más sobre su poder.

—¿Y si no miente? —Wren se cruzó de brazos y cambió el peso de un pie a otro. No le tenía ningún miedo a su hermano, y yo la envidiaba.

Dacre se volvió hacia mí con una expresión indescifrable. Sus ojos oscuros parecían perforar mi alma, como si intentara descubrir todos mis secretos, y supe que el más mínimo movimiento por mi parte iba a quebrar ese intenso momento que parecía prolongarse eternamente.

—Está mintiendo. Pero no tengo claro sobre qué.

8

NYRA

Cuando Wren me dejó salir por fin del área de entrenamiento, casi no podía andar: los músculos de mis muslos temblaban con cada paso que daba. Me mordí el labio para evitar hacer una mueca de dolor.

La voz de Wren, suave y vacilante, rompió el silencio.

—Siento lo de Dacre. A veces puede ser… difícil.

Enarqué una ceja.

—¿Difícil?

Ella soltó una risita suave.

—Te prometo que no siempre es así.

La miré, la miré fijamente, y sentí la desesperada necesidad de que supiera que estaba diciendo la verdad. Sobre mi magia, al menos.

—No miento cuando digo que no tengo poderes. —Bajé la vista hacia mis manos y pensé en lo inútiles que habían sido cuando mi padre obligó a mi entrenador a golpearlas hasta que pudiera conseguir que mis dedos invocaran alguna clase de hechizo—. Nunca he sido capaz de conjurar magia.

Los labios de Wren se curvaron en una suave sonrisa, y me hizo señas para que la siguiera al otro lado del pintoresco puente de madera. Con cada paso que dábamos me sentía más y más desorientada: todos los caminos parecían iguales, pero estaba casi segura de que nunca había estado allí antes.

—Te creo. Es solo que nunca hemos oído hablar de un hada que no tuviera al menos algo de magia. Me parece imposible. —Erguí los hombros y me tensé de la cabeza a los pies—. Hay ocasiones en las que la magia de alguna gente tarda en aparecer. Hay personas que no saben cómo hacer que se manifieste hasta que son mayores.

Una pequeña chispa de esperanza se encendió en mi interior.

—¿De verdad?

Ella asintió.

—Sí, aunque normalmente hay algún indicio de lo que van a poder utilizar.

Lo que ocurre es que no comprenden su alcance hasta que son mayores. Pero nunca he oído hablar de nadie que haya llegado a la edad adulta sin ella. —Me flaquearon las rodillas al escuchar esas palabras, y todo el aire escapó de mis pulmones. Tenía diecinueve años. Si hubiera tenido poderes mágicos, ya se habrían manifestado—. Vamos. —Señaló con la cabeza un edificio de madera muy alto que parecía a punto de derrumbarse en cualquier momento. Se encontraba en el extremo más alejado de la cueva, donde el agua oscura fluía lentamente y parecía gemir con el movimiento del río—. Vamos a comer algo.

Entré detrás de Wren en el edificio, que resultó ser una pequeña taberna. El interior era acogedor, con mesas y sillas que no hacían juego. Las paredes estaban adornadas con armas viejas y oxidadas y con pinturas descascarilladas de criaturas míticas que habían caído en el olvido. El olor a pan recién horneado y a carne asada inundaba el aire, haciéndome gruñir el estómago. Wren me guio hasta una pequeña mesa situada en una esquina.

Había un puñado de gente sentada a otras mesas, y, como estaba mirándolos, me pilló desprevenida la mujer que se acercó a nosotras. Di un respingo y el sonido de mi silla al arrastrarse por el suelo hizo que la mujer entrecerrara los ojos, de un azul cristalino.

—Hola, Wren —saludó con voz aguda y melodiosa—. ¿Quién es tu nueva amiga?

—Hola, Kit. Ella es Nyra. Es una nueva recluta.

—Encantada de conocerte, Nyra.

Asentí a modo de saludo.

—Lo mismo digo.

—¿Qué vais a tomar? —preguntó Kit, y mi mirada se desvió de su rostro hacia las primorosas alas iridiscentes que brotaban de su espalda. Aleteaban suavemente bajo el cálido resplandor de las lámparas, aunque pude ver que estaban deshilachadas y desgastadas en los delicados bordes.

—Lo de siempre para los dos.

—Enseguida os lo traigo. —Sus alas revolotearon suavemente con cada paso que daba para alejarse de nuestra mesa, como si tuvieran vida propia.

—¿Tiene alas? —le susurré a Wren para que nadie más me oyera.

—¿Cuánto tiempo dices que trabajaste en ese palacio? —Se rio entre dientes y se recostó en la silla—. Te tenían muy protegida, ¿eh?

Miré hacia Kit, pero ya se había ido.

—He pasado ahí toda mi vida, y mi madre antes que yo.

Era otra verdad a medias; otra mentira a medias.

—Es una pena. —Wren carraspeó—. Las hadas aladas son una rareza, y la mayoría no vive cerca del palacio si puede evitarlo. Si el rey Roan no puede encontrarlas, no podrá cobrarse ningún tributo de ellas. Se pasó años cortándoles las alas en cada diezmo para que no pudieran volar. —*Les cortó las alas*. Se oyó un pequeño estallido en el aire y la comida que Wren había pedido apareció en nuestra mesa, humeando, pero yo sentía náuseas—. Joder, sí… —Wren cogió el tenedor y se abalanzó rápidamente sobre la comida; yo cogí el mío y busqué a Kit con la mirada; estaba detrás de la barra, riéndose de algo que alguien había dicho, y esa vez, al mirar las alas, presté más atención a los bordes deshilachados que había notado antes. Ya no sabía si sus alas estaban aleteando o temblando. ¿Mi padre había hecho eso? Ella levantó la cabeza y se dio cuenta de que la miraba fijamente; aparté rápidamente la vista y me centré en la comida. Era alguna clase de pescado, rodeado de tubérculos, y aunque todavía sentía náuseas al pensar en la crueldad de mi padre, tomé un bocado —. ¿Sabes? —dijo Wren, dando unos golpecitos distraídos con los nudillos en la mesa—. No creo que Dacre te odie. —Una carcajada brotó de mis labios y los dos hombres sentados más cerca de nosotras se volvieron en nuestra dirección. Le di otro bocado al pescado—. Lo digo en serio —sonrió Wren—. Solo es protector.

—¿Protector? —pregunté, burlona.

—Sí. De todo esto. —Hizo un gesto con la mano—. Nuestros padres dedicaron su vida a montar la rebelión, mi madre dio su vida tratando de protegerla, y él siente ahora más que nunca el peso de esa responsabilidad.

Quería preguntarle por su padre; también tenía un millón de preguntas sobre Dacre, pero pedirle que las respondiera significaba que yo tenía que estar dispuesta a hacer lo mismo.

—¿Estaba protegiendo la rebelión cuando me ha dado una paliza en el círculo de entrenamiento?

—No te ha dado una paliza. —Wren puso los ojos en blanco con aire juguetón—. Te estaba alentando.

Enarqué una ceja.

—¿A qué? Estoy convencida de que tengo un moratón en el coxis por culpa de su empujón.

La expresión de Wren se volvió seria.

—Lo sé. Pero créeme, no es así con todo el mundo. Solo intenta librarse de

cualquiera que represente una amenaza para la rebelión.

Me mordí el labio y asentí.

—Me muero por ver lo que pasará mañana —ironicé, y solté una risa carente de humor—. Confío en que descargue parte de su agresividad esta noche, para que mañana se comporte de un modo más amable.

Wren frunció el ceño y simuló tener una arcada.

—No quiero pensar en mi hermano descargando su agresividad —dijo con tono dramático, y yo sentí que me ruborizaba de la cabeza a los pies.

—Ay, dioses. No me refería a eso —balbucí.

—Prefiero pensar en mí descargando mi propia agresividad. —Wren apoyó la barbilla en el puño—. Y más si es con alguien que sabe lo que hace.

Solté una carcajada, incapaz de ocultar lo incómoda que me hacía sentir esa conversación. Yo ni siquiera había besado a un hombre, ya ni hablar de haber hecho algo más, y ahí estaba, sentada a una mesa, pensando en Dacre y en si sabría lo que se hacía.

Wren me dedicó una sonrisa cómplice y yo intenté apartar su atención de mí.

—Hoy he visto a un chico que parecía interesado en ti.

—¿Tavian? —Abrió mucho los ojos y negó con la cabeza—. Ni hablar.

—¿Por qué no? —Era guapo y la miraba como si fuera lo mejor que había visto en su vida.

Ella hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—Solo es un amigo.

—Entonces, ¿quién te interesa? —Di otro bocado y casi solté un gemido cuando el sabor llegó a mi paladar.

Wren se sonrojó y apartó la vista.

—No puedo contarte todos mis secretos. —Sentí una punzada de culpabilidad, pero la ignoré lo más rápido que pude y me acabé la comida—. Vamos a las aguas termales. —Wren se levantó y se estiró—. Mañana tu cuerpo va a vengarse del entrenamiento.

Tenía razón: ya podía sentir el dolor en los músculos al levantarme. La seguí a través de la puerta y nos abrimos paso entre más senderos y puentes; ese lugar se parecía más y más a un laberinto con cada paso que dábamos.

—¿Dónde están las aguas termales? —pregunté, ya que Wren parecía andar en círculos.

—Un poco más adelante. —Se agachó bajo una gran roca colgante y yo la imité.

Al instante sentí el olor a azufre que flotaba en el aire, pero fueron las docenas de piscinas de agua oscura que teníamos delante las que me hicieron frenarme en seco.

Las piscinas estaban rodeadas de pequeñas rocas que impedían que el agua se mezclara entre sí. El vapor se elevaba de la superficie como si fuera humo, y desde las rocas de arriba les caían gotas de agua, como si estuviera lloviendo.

En medio del vapor que se elevaba de las termas, vi a un hombre que sumergía con cuidado en el agua un brazo con la piel ampollada y descamada. Hizo una mueca de dolor y soltó un pequeño suspiro. A su lado estaba sentada una mujer con una camisa y unos pantalones de color crema que cogía agua con la mano y la vertía suavemente sobre la piel dañada del hombre. Sus suaves palabras de ánimo flotaban en el silencioso espacio.

—Nunca había visto nada igual —le confesé en voz alta a Wren mientras me guiaba a una pequeña piscina al otro lado de la amplia caverna.

Ella captó mi mirada, que seguía fija en el hombre que se retorcía de dolor; se había sumergido en la piscina hasta que su hombro había quedado cubierto por completo por el agua.

—Las aguas termales tienen muchas propiedades curativas. —Tiró de las correas que ceñían su chaleco, se lo quitó con todas sus armas y lo dejó en el suelo a sus pies—. Lo admito, los guerreros probablemente las usamos más que nadie. —Yo hice lo mismo que ella: me deshice del chaleco y lo dejé junto al suyo. Las aguas termales eran aún más hermosas de cerca, y el calor era casi sofocante. Wren se quitó las botas y se desnudó hasta meterse en el agua vestida solo con la ropa interior. Se sumergió en la piscina y me miró, expectante. Yo todavía llevaba puesto el uniforme; me quité las botas y moví los dedos de los pies contra las rocas—. Vamos —me animó señalando mi ropa con la cabeza.

Yo me crucé de brazos

—Aquí hay mucha gente…

Ella soltó una risita y miró por encima de su hombro.

—Está muy tranquilo. Además, nadie te va a mirar. Todos están demasiado ocupados con sus propios cuerpos doloridos. Te lo prometo.

Miré a mi alrededor y vi que tenía razón: nadie nos miraba. Ya tenían bastante lidiando con sus propios dolores y molestias.

Eché un vistazo una vez más antes de bajarme lentamente los pantalones. La camisa era lo bastante larga como para taparme gran parte del cuerpo, y me la

levanté hasta las caderas al meterme en el agua.

Siseé cuando el calor rozó mi piel, pero a medida que me sumergía más en el agua, la calidez comenzó a parecerme relajante. Solté un suspiro, hundiéndome más, y gemí cuando el calor llegó a mis hombros.

Estás a salvo.

—Ya te lo he dicho. —Wren se recostó contra las rocas y cerró los ojos—. Estas aguas termales son milagrosas.

El calor se extendió desde mi cuello hasta los dedos de los pies, y me dejé llevar por esa agradable sensación. Cerré los ojos y asentí con un suspiro de satisfacción.

Estaba a punto de quedarme dormida cuando el sonido de unas voces masculinas me sacó de mi trance. Abrí cautelosamente un ojo y vi a Dacre y a Kai, andando con actitud segura, uno junto al otro.

Aún no me habían visto; les daba la espalda, pero estaba claro que se dirigían hacia nosotras. Sentí un nudo en el estómago a medida que se acercaban.

—¿En serio, Wren? —Kai se rio entre dientes, y yo me hundí más en el agua y volví a centrar mi atención en mi compañera de cuarto—. He oído que hoy apenas has hecho ejercicio. ¿Y estás aquí? ¿En los manantiales?

Wren se tensó y entreabrió un ojo.

—Que te jodan, Kai. —Estiró los brazos por encima de la cabeza con desgana, y yo miré en su dirección justo a tiempo para ver cómo él contemplaba su cuerpo—. Hago ejercicio todos los días. Pero te agradezco tu preocupación.

Dacre se estaba quitando las botas en silencio, y la expresión de su rostro era letal.

No me atreví a decir ni una palabra que llamara su atención.

—Desde luego, hoy no has hecho ejercicio.

Dacre se despojó de la camisa y dejó al descubierto un torso esbelto, esculpido por horas y horas de entrenamiento. Sus bíceps se contrajeron cuando tiró la prenda descuidadamente al suelo, y no pude evitar volverme hacia él y recorrer con la vista, fascinada, las líneas de sus músculos bien definidos.

Él seguía sin reparar en mi presencia, y me obligué a apartar la vista cuando metió los pulgares en la cintura de sus pantalones.

Wren me sonreía desde el otro lado del manantial, y yo le hice un gesto con la cabeza para que dejara esa expresión de complicidad.

—Estoy bastante seguro de que te iría mejor con un compañero de entrenamiento que hubiera perdido las piernas en combate antes que con ella. —Dacre se rio entre dientes, pero a mí esas palabras me dejaron sin aliento.

—Ah, ¿sí? —Wren ladeó la cabeza y observó a su hermano—. Por favor, explícate.

Kai se metió en el agua a mi izquierda, entre Wren y yo, soltó una risa seca y me guiñó un ojo.

—Sí, Dacre. ¿Qué tiene esta chica que te pone tan nervioso?

Me había llevado a ese lugar con las manos atadas a la espalda solo un día antes, y tenía el descaro de guiñarme un ojo…

—No me pone nervioso. No me gusta y ya.

Me senté más erguida cuando Dacre entró en la piscina e hice una mueca al ver cómo el agua le acariciaba la pantorrilla. Tenía varias cicatrices y unos moratones que ya se estaban desvaneciendo.

Me pregunté si eso se debía solo al entrenamiento o si ese cabrón engreído había entrado en combate.

—No te preocupes. Tú tampoco me caes bien.

Al oír mi voz, Dacre dirigió su atención hacia mí y se quedó parado un momento. Nuestras miradas se cruzaron, y bajo su escrutinio sentí un escalofrío que me recorrió la columna. Apartó la vista de mis ojos con rapidez, no sin antes detenerla en mis pechos y bajarla luego hacia las oscuras aguas.

Sentí que se me subían los colores a la cara y me hundí más en el agua, tratando de ocultar mi cuerpo.

—No me había dado cuenta de que estabas aquí. —El tono de Dacre era bajo y peligroso, y carecía de la alegría que había mostrado hacía un instante.

—No, ¿en serio? —Lo miré como si no acabara de ser sumamente cruel—. Me he dado cuenta cuando te has puesto a hablar mal de mí tan tranquilo.

Apreté los dientes e intenté ignorarlo mientras se metía en el agua. Se sentó lo más cerca que pudo de su hermana, lo más lejos posible de mí, aunque yo podía alcanzarlo y tocarlo con el pie si quería.

—Créeme, no habría venido si hubiera sabido que estabas aquí.

—Lo mismo digo. —Me crucé de brazos y Wren le dio un codazo a Dacre en el costado.

—No seas idiota. —Wren avanzó por la pequeña piscina hasta sentarse justo a mi lado—. Tenías razón.

Dacre enarcó una ceja y sus labios dibujaron una fina línea.

—Al parecer no soy el único que habla mal del otro.

—He dicho que eras un imbécil. Eso no es hablar mal: es la verdad.

La comisura de sus labios dibujó una media sonrisa.

—Y yo he dado a entender que eres débil. Así que los dos hemos dicho la verdad.

Apreté los puños bajo el agua, obligándome a no reaccionar ante sus burlas.

—No me importa lo que pienses de mí —le espeté con voz baja y firme.

Me sostuvo la mirada un instante y asintió de manera casi imperceptible.

—Ya lo veremos.

Puse los ojos en blanco; estaba demasiado pagado de sí mismo. Fuera o no el hermano de Wren, era un imbécil, y no tenía ningún interés en pasar con él más tiempo del imprescindible.

Cerré los ojos e intenté concentrarme en la calidez del agua, en cómo el calor relajaba mis músculos, pero podía sentir su mirada sobre mí incluso cuando los tres se pusieron a hablar.

—Hoy han traído a tres reclutas más —comentó Kai, y por fin abrí los ojos.

—¿Y? —preguntó Dacre, recostando la cabeza contra las rocas irregulares, con los músculos del cuello tensos bajo la piel. No pude evitar fijarme en las líneas de tensión que recorrían su cuerpo cuando soltó el aire.

—Dos de ellos eran devotos seguidores del rey y decidieron no unirse. —Kai lo dejó caer sin más, pero yo sabía exactamente lo que significaba: habían elegido morir.

—¿Les has dado siquiera la oportunidad de escoger? —pregunté antes de poder contenerme, y Dacre se volvió hacia mí.

—Siempre os damos una opción a los traidores. Sabían exactamente por quién luchaban, por qué luchaban, y eso ha sido lo que han elegido.

—¿Alguna vez te has parado a pensar que el pueblo de Marmoris no lucha por nada más que por su propia seguridad? ¿Por saciar su hambre? —Me senté más erguida en el agua, impulsada por la ira—. No todo el mundo está interesado en la guerra entre el rey y la rebelión. Les preocupa llenar el estómago, no morir.

La mirada de Dacre era tan oscura como el agua que nos rodeaba, y ni Kai ni Wren dijeron una palabra.

—En este mundo no existe la opción de no elegir bando. El rey Roan lleva años esquilmando este reino, y nadie puede sobrevivir bajo su mandato. Los que no se unen a nosotros suponen un peligro para la rebelión porque siguen

pagándole el diezmo a ese tirano. Lo están haciendo más fuerte solo por estar sentado en su palacio mientras nosotros nos matamos cada día para hacer de este reino un lugar mejor. —Los músculos de su cuello y hombros se tensaron cuando apretó los dientes—. No hables de cosas de las que no tienes ni idea. Has pasado tu vida en ese palacio y no sabes nada de lo que ocurre fuera de él.

El pánico se apoderó de mí hasta que recordé que él solo sabía lo que yo le había contado.

Pero había una parte de mí que quería decirle la verdad, que quería escupírsela en la cara, sin importarme las consecuencias, hasta que se diera cuenta de que no podía saber cómo era la vida en ese palacio, en esa jaula.

Pero no pude.

—Tú tampoco deberías hablar de lo que no sabes. No tienes ni idea de lo que era crecer en ese palacio. Crees que el rey es un monstruo, pero ¿alguna vez lo has conocido? ¿Has tenido que enfrentarte a él todos los días de tu vida?

Las siguientes palabras que salieron de su boca me sorprendieron.

—Quizás tengas razón. —Apartó la mirada de mis ojos, y habría jurado que me estaba mirando la boca. Me mordí el labio inferior y me obligué a sumergirme antes de hacer o decir alguna estupidez. El agua me cubrió la cara, y cerré los ojos con fuerza.

Me quedé bajo la superficie todo el tiempo que pude aguantar hasta que mis pulmones me suplicaron que emergiera, hasta que mi cuerpo me rogó que saliera del agua oscura.

Pero había algo en mí que me hacía sentir más fuerte que antes, en ese momento en el que estaba fuera del reino de mi padre y lejos de su alcance. Dacre era poderoso, pero yo no tenía pensado acobardarme ante él, como él pretendía.

Me incorporé y salí del agua hasta que mis hombros quedaron al descubierto, y tan pronto como abrí los ojos, lo único que vi fue la mirada de Dacre clavada en mí.

Wren sonrió y paseó la vista de su hermano a mí.

—¿Estás lista?

—Sí. —Asentí y aparté mi atención de él. Salí del manantial, obligándome a no taparme ni un resquicio de piel mientras lo hacía.

Cogí la ropa que había dejado tirada antes de volverme de nuevo hacia Dacre. Estaba contemplando mi cuerpo casi desnudo, y se quedó clavado al

llegar a mi trasero.

Se me puso la carne de gallina mientras recogía las botas con las manos empapadas. Quería alejarme de él lo más posible.

—Nos vemos por la mañana para entrenar. No llegues tarde —dijo Dacre con voz ronca.

Me volví hacia él y le hice un gesto de despedida con la mano con la que sujetaba los pantalones.

—No tengo pérdida: seré la más débil.

9

NYRA

No podía ver el sol, pero sabía que aún no había salido cuando Wren me despertó. Gemí e intenté taparme la cabeza con la manta, pero ella se limitó a reírse y me la quitó de un tirón.

Estaba agotada.

Pero me vestí y seguí a Wren hasta la zona de entrenamiento, igual que había hecho el día anterior. Me detuve en seco cuando vi a Dacre, con aspecto de estar muy irritado, esperándome en uno de los círculos de combate. Tenía la cara enrojecida y la frente cubierta de sudor, como si llevara horas allí. Se cruzó de brazos y entrecerró los ojos cuando me acerqué.

Entré en el área de entrenamiento y él se colocó en el extremo opuesto, con los músculos tensos. No dijo ni una palabra, pero su intensa mirada seguía cada uno de mis pasos, como si estuviera estudiando mis puntos débiles.

Giramos en círculos con cautela, esperando a que el otro hiciera un amago. Estaba alerta y me estudiaba con una intensidad que me incomodaba.

Siguiendo las instrucciones de Wren, inspiré profundamente y me concentré hasta en el más pequeño movimiento de mi cuerpo. Pero cada vez que lo veía por el rabillo del ojo, perdía el equilibrio. Esas miradas furtivas eran como imanes que me atraían hacia él y me alejaban de mi concentración.

Y así, por cuarta vez desde mi llegada, me encontré tirada en el suelo gracias a lo mucho que me distraía su presencia.

—Tu postura es totalmente incorrecta —refunfuñó, y me tendió la mano para que se la agarrara, pero me puse rígida y me levanté por mis propios medios.

Cuando me incorporé hasta quedar de pie me temblaban las piernas, y sentí un fuerte dolor en mis muslos sobrecargados.

—He adoptado exactamente la postura que me has dicho. —Me sacudí el polvo de los pantalones y me crucé de brazos en un intento de parecer tan molesta como él.

—No, de eso nada. —Anduvo a mi alrededor, rozándome ligeramente el muslo derecho con la yema de los dedos antes de darle un suave golpecito; yo lo moví un poco. Su aliento era cálido en mi nuca cuando pasó a mi lado. Apreté los dientes y moví aún más el pie hacia delante, pero él no estaba satisfecho—. Más.

Hice el amago de dar un nuevo paso, pero él me hizo cambiar el peso al otro metiendo un pie entre los míos para conseguir que me moviera hacia la derecha.

—Podrías pedírmelo con palabras, ¿sabes? —le dije en tono burlón cuando casi me hizo perder el equilibrio.

—Podría, pero he descubierto que no se te da muy bien escuchar.

Luché contra el impulso de soltar un gruñido mientras él seguía moviéndose a mi alrededor. Deliberadamente se quedó de nuevo en mi línea de visión, y yo puse los ojos en blanco antes de soltar un hondo suspiro.

—¿No notas que así tu peso se distribuye de forma más uniforme? ¿No sientes más firmes los pies?

Sí, pero no quería darle la satisfacción de saberlo.

—La verdad es que no.

Apretó los labios y la comisura de mi boca se curvó en una sonrisa burlona.

—Tus brazos deben estar delante de ti, listos para bloquear cualquier cosa que se te acerque. —Una fuerte mano me agarró la muñeca como una serpiente e hizo que la levantara a la fuerza frente a mí. Podía sentir sus firmes dedos quemándome la piel, como si me estuviera marcando—. ¿Sabes que la única vez que me han atacado en mi vida ha sido por tu culpa? —Los ojos de Dacre brillaron peligrosamente mientras seguía moviendo mis manos lenta y firmemente hasta dejarlas donde él quería. Su forma de agarrarme era segura, firme, inflexible—. Fuiste capturada por la guardia del rey, y, si hubieras estado mejor entrenada, habrías podido escapar, pero aquí estás. —Dio un paso atrás, estudiando mi postura con expresión crítica. Su mirada recorrió lentamente mi cuerpo, se detuvo un instante en mis manos y bajó lentamente hasta mis pies —. ¿Tus padres nunca te enseñaron defensa personal?

—No. —Levanté la barbilla, aunque un escalofrío me recorrió la piel—. Supongo que pensaban que no iba a necesitarla.

Dio otro paso atrás y entrecerró los ojos sin dejar de dar vueltas a mi alrededor. Yo permanecí inmóvil, con las mejillas ardiendo y las manos exactamente donde él las había colocado mientras evaluaba su obra.

—¿Y ahora dónde están tus padres?

Sentí un nudo apretado que me oprimía la garganta al escuchar esas palabras, pero me obligué a inspirar profundamente.

—No sé dónde está mi padre.

No era mentira. No lo había visto desde la incursión. Desde entonces, la presencia de guardias en la capital había aumentado. Todos pensaban que buscaban a un simpatizante de los rebeldes, pero yo sabía que me buscaban a mí. Por eso no hice mi primer trabajo como ladrona con Micah hasta meses después de que nos encontráramos, aunque mi padre jamás se habría atrevido a mostrar su rostro fuera del palacio.

Había rumores de que seguía a salvo tras los muros del palacio, pero también había otros rumores de que había huido.

Sin embargo, yo conocía a mi padre mejor que eso.

—¿Y tu madre? —Volvió a colocarse delante de mí y me miró los pies.

—Mi madre está muerta.

Alzó la vista para encontrarse con la mía, y vi una sombra pasar por sus ojos. Su expresión se suavizó brevemente en lo que parecía culpa, pero no tardó en endurecerse de nuevo.

—Lo siento.

—No te preocupes. Tu preciosa rebelión no fue la responsable de su muerte.

Sus nudillos se pusieron blancos al apretar los puños, y las venas de sus antebrazos se marcaron en su piel. Apartó la mirada de mí, y odié sentirme culpable por mis palabras mientras veía cómo se le dilataban las fosas nasales.

—Tu pie derecho siempre debe estar atrasado. Así tendrás más control. —Dio un paso atrás y adoptó la misma postura que acababa de indicarme—. Debemos entrenarte para que estés preparada para dar patadas con la izquierda.

—Ya has visto que no sé dar patadas —refunfuñé.

—Entonces, te entrenaremos hasta que sepas hacerlo. —Se abalanzó hacia delante tan rápido que no tuve tiempo de pensar. Sentí que se me cortaba la respiración mientras intentaba desesperadamente retroceder para alejarme de él, pero me costaba mantener el equilibrio.

—Da una patada —me gruñó, y levanté las manos, intentando recordar lo que me había enseñado—. Al menos intenta bloquearme.

Lancé el pie hacia delante con todas mis fuerzas, pero fue inútil. En una fracción de segundo, él me agarró el tobillo y lo sostuvo en el aire tan

tranquilo.

Me tiró del pie hasta que choqué contra él. Sentí el calor de su cuerpo junto al mío y sentí que me sonrojaba, intentando sin éxito apartar la mirada de la suya.

Pero él no me soltó. Me agarró por la nuca, con una mano firme y segura, y me obligó a mirarlo, deslizando lentamente la otra mano por mi pierna hasta que sus dedos se posaron con suavidad en la parte posterior de mi rodilla. Sus ojos oscuros se clavaron en los míos, intensos e inmóviles.

—Un niño podría haber bloqueado esa patada. —Su tono era mordaz, y podía sentir su cálido aliento en mi mejilla. Tragué saliva con dificultad, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. Se me cortó la respiración y el pánico comenzó a apoderarse de mí. Sus dedos se clavaron en mi pantorrilla y apretó más y más con cada segundo que pasaba. Intenté soltar la pierna de su presa, pero él la sujetaba con fuerza y con una determinación férrea que me enfureció—. Patético —murmuró en voz muy baja, pero la palabra me atravesó como si la hubiera gritado.

Hice fuerza con la pierna que me estaba agarrando y lancé el resto de mi peso contra su pecho. Él no se lo esperaba, y los dos perdimos el equilibrio.

Dacre abrió los ojos de par en par cuando cayó de espaldas; yo aterricé encima de él con un gemido cuando mis rodillas chocaron contra el duro suelo de tierra. Nuestros cuerpos quedaron pegados uno contra el otro, con su mano ahora agarrándome el muslo, y yo podía sentir cada parte de su cuerpo a través de nuestras prendas de cuero.

Durante un momento, ninguno de los dos se movió; estábamos tan cerca que podía sentir su aliento recorrerme como una cálida brisa.

—Hijo.

El sonido de una voz masculina cortó el aire como un cuchillo, y Dacre me empujó con fuerza. Caí hacia atrás, con el pulso acelerado, mientras él se ponía en pie de un salto. El sudor le goteaba por la frente y a mí se me escapó todo el aire de los pulmones.

—Creo que ya es suficiente por hoy —dijo Dacre con severidad, evitando mirarme a los ojos; se volvió hacia el hombre que estaba al otro lado del círculo de entrenamiento.

El hombre entrecerró los ojos y me estudió con calma durante un largo instante. Se parecía mucho a Dacre, excepto por los ojos —que eran de un tono verde muy vivo, idénticos a los de Wren— y las hebras de cabello gris

que salpicaban su melena negra. Abrió los labios y volvió a hablar, y la intensidad de su mirada me hizo sentir incómoda.

—Tienes que salir de patrulla esta tarde.

Dacre enderezó la espalda y asintió.

—Por supuesto —respondió con voz tensa.

El hombre por fin apartó la mirada de mí y la dirigió a Dacre.

—Termina lo que estés haciendo y ven conmigo —dijo; se dio media vuelta y se alejó de nosotros.

Cambié el peso de un pie al otro y entrelacé las manos nerviosamente, permaneciendo a espaldas de Dacre, unos pasos más atrás. No apartó la vista de la dirección en la que acababa de irse el hombre, y yo carraspeé antes de volver a hablar con tono cauteloso.

—Voy a buscar a Wren.

—No. —Se volvió lentamente hacia mí, con una expresión tensa e indescifrable en el rostro. Tenía los dientes apretados y los ojos entrecerrados, como si estuviera tratando de resolver un problema—. Wren es demasiado blanda contigo. Necesitas a alguien más exigente.

Puse los ojos en blanco y me pasé las manos por los músculos doloridos, prueba de que Wren me había exigido mucho. Cuando nos metimos en la cama la noche anterior pensaba que iba a ponerme a llorar por lo mucho que me dolían los músculos.

—Se lo pediré a Kai. —Recorrió con la mirada la gran caverna, con el ceño fruncido por la concentración. Lo observé, estirando el cuello para intentar encontrar a Kai, aunque no lo había visto en toda la mañana. Pero eso no importaba: lo único en lo que podía concentrarme era en la forma en que se movía Dacre, en cómo se tensaban los músculos de su espalda mientras buscaba a su amigo. Era toda una distracción—. Mierda —maldijo entre dientes cuando no lo encontró.

—No te preocupes. Vete de patrulla tranquilo. Ya lo encontraré yo. ¿Debo darle alguna instrucción especial aparte de que intente matarme?

La comisura de los labios de Dacre se levantó tan ligeramente que casi podía haberlo imaginado. Sus ojos oscuros se clavaron en los míos. Sentí un hormigueo en el vientre y el calor se extendió por todo mi cuerpo.

—Con eso debería bastar —murmuró.

Me escrutó durante un instante y yo me forcé a permanecer impasible, intentando ocultar los escalofríos que me recorrían la espalda.

—De acuerdo —dije, esperando que no se diera cuenta de lo incómoda que me sentía a su lado.

Él me miró una vez más a los ojos y asintió; se dio la vuelta y se marchó, con los músculos enfundados en cuero flexionándose con cada paso. Cuando desapareció de mi vista, sacudí la cabeza para despejar la niebla que se había apoderado de mí e inspiré hondo, armándome de valor para ir a buscar a Kai.

Me detuve y por un instante valoré dar media vuelta, tentada por la idea de mi cálida cama, pero mis pies siguieron llevándome hacia adelante. Había una parte de mí que estaba desesperada por demostrarle a Dacre que se equivocaba. Por demostrarle que no era tan débil como él creía.

No tardé mucho en encontrar a Kai. En cuestión de segundos, sus anchos hombros se hicieron visibles desde el otro lado de la sala; estaba dando vueltas alrededor de un oponente mucho más pequeño que él en uno de los círculos de entrenamiento.

—Hola. —Carraspeé y me moví, incómoda, mirando a mi alrededor con incertidumbre—. Dacre dice que quiere que entrene contigo hoy.

Kai se volvió muy despacio hacia mí y clavó la mirada en mis ojos. Se detuvo un instante y luego volvió a enfrentarse a su oponente, con una expresión decidida en el rostro.

—Claro que sí. En cuanto le haya dado una paliza a este.

El hombre que tenía enfrente sonrió, dejando ver unos dientes amarillos. Me recosté con cautela contra una roca irregular, con las palmas de las manos sudorosas, mientras observaba cómo los dos seguían dando vueltas en círculos.

—Yo estoy libre —dijo una voz a mis espaldas, y me di la vuelta para localizar su origen. Un hombre estaba detrás de mí; un hombre con una mata revuelta de cabello castaño que apuntaba en todas direcciones. Sus deslumbrantes ojos azules resplandecían con calidez mientras me sonreía. Me miró de la cabeza a los pies, con curiosidad, y mis mejillas se sonrojaron bajo su escrutinio.

Había algo en él que me recordaba a Micah.

—¡Ni lo sueñes, Eiran! —exclamó Kai, aunque el hombre que tenía enfrente se había abalanzado sobre él; me estremecí al oír cómo sonaba la patada que le había dado a Kai en el muslo.

—De acuerdo —asentí, incorporándome.

—Que ni se te ocurra, Nyra. Vas a entrenar conmigo —gruñó Kai, y su

contrincante aprovechó para darle otro golpe.

—Claro… Me quedaré aquí sentada y veré cómo pierdes…

—No le va a pasar nada. —Eiran hizo un sutil gesto con la cabeza y señaló hacia la izquierda de forma casi imperceptible.

—Si tantas ganas tienes de morir, Eiran… —advirtió Kai, y rápidamente seguí a Eiran antes de que Kai pudiera detenerme.

Avanzamos en silencio por la caverna, pasando junto a otros que estaban entrenando, hasta llegar a un rincón donde las sombras eran lo bastante densas y oscuras como para ocultarnos de miradas y oídos indiscretos.

—Bueno, ¿qué es lo que Dacre quiere que entrenes hoy? —Eiran se metió dentro de un gran círculo de combate y yo lo seguí.

—Estoy convencida de que solo pretendía humillarme, pero hemos estado trabajando en la postura y el bloqueo.

Esbozó una sonrisa divertida y deslizó la mirada por mi cuerpo, desde mi rostro hacia mi pecho y más abajo, muy despacio. Sentí cómo se me enrojecían las mejillas y me removí, incómoda por su atención.

—Veamos qué puedes hacer, entonces. —Adoptó la posición, con los brazos extendidos y los pies firmemente plantados en el suelo, tal y como había hecho Dacre. Inspiré hondo para tranquilizarme e intenté recordar lo mejor que pude las instrucciones de Dacre sobre la postura. No podía mantener la vista fija en Eiran; sus penetrantes ojos azules me ponían nerviosa—. Relájate —dijo con una risita—. No vas a poder bloquear nada si no respiras.

Cerré los ojos y me forcé a respirar con calma, obligándome a concentrarme en Eiran mientras se abalanzaba sobre mí. Era rápido, pero no tanto como Dacre.

Cada vez que su puño o su pie volaban hacia mí, sentía cómo se tensaban mis músculos al prepararme para bloquear el ataque. Eiran parecía completamente relajado, pero a mí me corría el sudor por la espalda y me costaba recuperar el aliento.

Se estaba conteniendo y no me estaba atacando con todas su fuerzas, lo cual odiaba y agradecía a la vez. A medida que continuábamos, mi cuerpo se fue adaptando a los movimientos y ya no me sentía tan rígida ni tan tensa. Podía presentir cuándo estaba a punto de golpearme y reaccionaba rápidamente, anticipándome a sus movimientos antes de que los llevara a cabo.

—Buen trabajo. —Dio un paso atrás y se cruzó de brazos, ofreciéndome una de esas sonrisas despreocupadas que ya había aprendido a esperar de él—.

Parece que tienes un talento natural. —Sus palabras eran como miel caliente que me envolviera de pies a cabeza.

—No estoy yo tan segura… —Negué y puse los brazos en jarras, intentando recuperar el aliento—. Creo que Dacre me ha dado tantas palizas que mi instinto de lucha o huida está empezando a activarse.

Eiran se rio y se pasó la mano por la mandíbula.

—Quizá, si te entreno lo suficiente, puedas tirar al suelo a Dacre, para variar.

Se me escapó una risita al imaginarlo.

—Haría falta un milagro para que eso ocurriera.

—No lo sé… —Nos miramos fijamente y sentí un cosquilleo en el estómago. Sus ojos azules eran intensos, y su mandíbula se tensó un poco—. Cosas más raras se han visto —murmuró—. Venga, intentémoslo de nuevo.

Me indicó que me acercara con un movimiento de los dedos y me permití imaginar que era Dacre quien estaba frente a mí. Levanté la guardia justo a tiempo para desviar un puñetazo.

Aprovechando un hueco, lancé todo mi peso en una patada que le dio en las costillas y sonreí.

10

DACRE

Avanzamos por las calles irregulares y accidentadas con dificultad, con los pies destrozados, y yo intentaba con todas mis fuerzas mantener los ojos abiertos.

Me dolía todo el cuerpo con cada paso, pero mi padre andaba con confianza delante de mí, como si apenas sintiera el peso de la espada larga que llevaba envainada a su espalda. Nunca se quejaba del cansancio, por mucho tiempo que hubiera estado de patrulla; solo la ligera curva de sus hombros delataba algún signo de fatiga.

—Descansa un poco. —Estiró el brazo, con la mano abierta y los dedos extendidos, en un movimiento fluido y familiar. Dibujó un círculo con la mano y la suave luz de las lámparas brillantes parpadeó y se onduló antes de apagarse y convertirse en humo—. No sabemos lo que nos depara el futuro.

Era lo que siempre decía cuando se marchaba. Antes me llenaba de emoción por la aventura que nos esperaba, pero en esos momentos me parecía siniestro. Todo lo relacionado con la rebelión se había vuelto incierto desde que había perdido a mi madre.

—Buenas noches. —Me di media vuelta, con un nudo en el estómago, y me alejé arrastrando los pies en la dirección opuesta. Eché un vistazo a la casa a la que se dirigía, la que guardaba un millón de recuerdos de lo que solíamos ser. Los fantasmas de aquellos días parecían flotar en las sombras que la rodeaban.

Crucé un largo puente para encaminarme a los cuarteles de los guerreros; estaba deseando llegar a mi cama. Me habría venido bien una larga sesión en los manantiales, pero desde la noche anterior, cuando pensaba en ellos, solo podía ver a Nyra.

Y eso me cabreaba.

Ella me cabreaba.

Yo no era la clase de persona que otorgaba su confianza con facilidad, y la que tenía en Nyra era inexistente.

Empujé con vacilación la pesada puerta de madera, haciendo una mueca ante

el sonoro crujido que emitió al abrirse, y el sonido de una fuerte carcajada llegó hasta mí. En una esquina de la estancia, la figura de Kai se recortaba contra el resplandor parpadeante de la chimenea.

Clavó la vista en mí cuando me acerqué, y me crucé de brazos con actitud decidida.

—¿Habéis encontrado algo? —me preguntó.

Negué con la cabeza porque la exploración de esa noche había sido inútil. Mi padre seguía detectando oleadas de energía cerca de la base de la cascada, debajo del palacio que se alzaba en lo alto, y no habíamos podido rastrearlas hasta nada concreto.

Pero él era implacable, siempre lo había sido.

—¿Cómo ha ido el entrenamiento? —Hice una mueca de dolor al intentar apoyar uno de mis doloridos pies sobre la superficie fría y dura de la pared que tenía a mi espalda.

—¿El entrenamiento con quién? —Kai rio entre dientes—. Tu chica me ha dicho que querías que yo la entrenara, pero le he pedido que me diera un momento para acabar con el combate que tenía entre manos, y Eiran ha intervenido.

Tensé la mandíbula y aparté la mirada de mi mejor amigo para echar un vistazo a las personas que estaban sentadas alrededor de la chimenea.

Eiran era tan engreído y arrogante que la idea de que ayudara a Nyra a entrenarse me daba ganas de darle un puñetazo a la pared. Me la imaginaba compartiendo con él los secretos que yo me moría por conocer, y no pude evitar soltar un gruñido de frustración que brotó de lo más profundo de mi ser.

—Ella no es mi chica. —Recorrí con la vista la sala abarrotada y por fin la vi. Estaba sentada cómodamente junto a Eiran. Tenían las cabezas muy juntas y charlaban y reían, completamente ajenos a mi presencia. Sentí una oleada de náuseas y rechiné los dientes hasta hacerme daño.

Eiran se acercó a ella, con los labios a poca distancia de su oído, y movió las manos dramáticamente en el aire para enfatizar sus palabras. Se me nubló la vista y me inundó la ira.

Me aparté de la pared y atravesé la sala con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. El grupo estaba sentado en un círculo cerrado y todos los ojos estaban clavados en Nyra, que reía a carcajadas.

Wren me dedicó una sonrisa irritante, como si me hubiera leído los

pensamientos.

—Hola, hermano.

Nyra se enderezó y me miró a los ojos. Inspiré hondo e intenté no dejarme llevar por esa mirada, por el incómodo deseo de ser el destinatario de su sonrisa.

—¿Eres incapaz de seguir hasta las instrucciones más simples? —le pregunté, y Wren soltó una risita de lo más molesta.

—¿Qué? —dijo Nyra, parpadeando.

—Te he dicho que entrenaras con Kai después de que me fuera, y ni siquiera has podido de hacer algo tan sencillo —resoplé.

—Cálmate, Dacre. —Eiran esbozó una lenta y exasperante sonrisa, y en las comisuras de sus ojos aparecieron unas arruguitas que delataban su diversión. Sutilmente, se acercó más a ella, hasta rozar su cuerpo—. Ha entrenado conmigo.

Al volverme hacia Eiran se me agotó la escasa paciencia que me quedaba.

—Entrenarla no es cosa tuya —gruñí, con voz baja pero cargada de ira—. Y no está aquí para entretenerse.

Nyra se atragantó con una risa seca.

—¿Perdón? —Entrecerró los ojos con expresión airada. Un rubor se extendió por sus mejillas, y casi pude sentir el calor que irradiaba su piel. Debí haber dejado de presionarla y haberme ido a la cama. Pero quería seguir presionándola.

La gente cometía errores cuando estaba enfadada. Cometían errores que revelaban lo que fuera que estuvieran tratando de ocultar.

Y yo estaba desesperado por que ella cometiera uno.

—¿Qué parte de lo que he dicho no te ha quedado clara? —Ladeé la cabeza y el rubor de sus mejillas alcanzó la piel suave de su cuello.

—He entrenado con Eiran porque Kai estaba ocupado. Tampoco es para tanto…

El sentimiento de posesividad que se apoderó de mis entrañas me sorprendió incluso a mí mismo, y me esforcé por mantenerlo bajo control.

—Claro que es para tanto —repliqué con una voz que a duras penas parecía la mía—. Entrenas con quien yo te diga o no entrenas con nadie.

Nyra se mordió el labio inferior como si intentara contener las palabras que quería pronunciar, y me quedé cautivado contemplando ese gesto.

—He aprendido más con Eiran que contigo.

Mi hermana tuvo el descaro de reírse por lo bajo, pero no le presté atención.

—Vamos. —Señalé con la cabeza hacia la escalera.

—¿Qué? —Su voz apenas era un hilo débil y tembloroso. Abrió mucho los ojos y se volvió hacia mi hermana, como si ella pudiera protegerla de mí.

—Si tanto has aprendido de Eiran, entonces, vamos. Puedes mostrarme exactamente todo lo que te ha enseñado.

—Ya se ha hecho muy tarde, Dacre.

Apreté los puños y apreté la mandíbula cuando la voz arrogante de Eiran inundó la estancia. Sentí una opresión en el pecho y la imperiosa necesidad de demostrarles a todos que nada de lo que Eiran pudiera darle a ella sería mejor que lo que yo tenía para ofrecer.

—Nadie te ha pedido tu opinión, Eiran. —Ni me molesté en mirarlo al replicarle—. Vamos, Nyra.

Ella maldijo entre dientes mientras se levantaba, y yo no pude ocultar la sonrisa burlona en mi rostro: me odiaba tanto como yo la odiaba a ella.

Me siguió al exterior del edificio, y el aire fresco y húmedo de la noche nos recibió al poner un pie fuera. La conduje por el camino hacia el campo de entrenamiento. Aunque no había podido detectar ningún rastro de poder en ella, sabía que, si lo hubiera tenido, me habría reducido a cenizas.

No dijo ni una palabra cuando llegamos al claro; una oleada de expectación se apoderó de mí al entrar en el círculo de combate.

Llevaba suelto el cabello y las espesas ondas le acariciaban los hombros; sus caderas redondeadas se balanceaban mientras caminaba delante de mí.

—¿Siempre eres tan agradable cuando regresas de patrullar? —preguntó, rompiendo el silencio que nos rodeaba.

La ignoré.

—Enséñame lo que has aprendido.

Su expresión era difícil de descifrar, pero la forma en que estudiaba mi cuerpo parecía calculada. Bien.

Ella adoptó la postura de combate que le había enseñado esa mañana, y me sorprendió lo poco que tuvo que corregirla.

—Eso te lo he enseñado yo —dije, cruzándome de brazos mientras la evaluaba.

—Ah, ¿sí? —Enarcó una ceja y ladeó la cabeza, imitando la forma en que yo la estaba estudiando—. Estoy segura de que ha sido Eiran.

—¿Y qué más te ha enseñado Eiran? —Prácticamente escupí su nombre.

Nyra entrecerró los ojos ante mi tono severo; al parecer, los dos buscábamos pelea.

—¿Por qué te importa tanto? —preguntó, con un tono cargado de ira—. Tú querías que entrenara, ¿no?

—Quiero que entrenes con alguien que sepa lo que hace. Confío en Kai.

Ella se relajó un poco.

—¿Y no confías en Eiran?

—No confío en la mayoría de la gente —respondí con sinceridad.

—Eso es más que obvio. —Ella hizo un gesto con la mano en mi dirección —. ¿Qué he hecho para enfadarte tanto?

—¿Quieres que te lo enumere todo?

—Si crees que va a servir para algo…

Di una vuelta lentamente a su alrededor y ella levantó las manos, adoptando con naturalidad la postura que le había enseñado, como si ya se hubiera convertido en algo innato.

—En primer lugar, eres una puñetera traidora.

Ella giró bruscamente la cabeza y me miró por encima del hombro.

—¿Porque soy de Marmoris?

—Porque vivías en ese puto palacio, veías lo que hacían esos cabrones cada día y aun así tuviste el descaro de llevar nuestra marca como si fuera un salvoconducto hacia la libertad y no una sentencia de muerte para la mayoría de nosotros.

Ella negó suavemente con la cabeza.

—Eso no es lo que…

—Te reconocí de la incursión. —Los músculos de mi mandíbula se crisparon cuando me puse frente a ella una vez más—. Estábamos allí para liberar a nuestro pueblo, al que vuestro rey había encerrado. Estábamos allí para intentar detener a un monstruo que planeaba devorar nuestro poder hasta que el resto de nosotros muriera de hambre.

—Él no es mi rey.

—Mi madre murió por esta marca. —Me subí la manga y señalé el símbolo que me había ganado—. Ella murió, y tú te burlas de todos los que murieron por la rebelión al llevarla cuando no has hecho nada para merecerla.

Ella se tapó la muñeca con la mano, casi como para protegerla, pero la falsificación ni siquiera se veía a través de la manga.

—Lo siento —tartamudeó.

—Muéstrame lo que te han enseñado.

Ella me miró a los ojos, pero yo no le dejé ver nada de lo que sentía, salvo la rabia que estaba dejando que me consumiera.

Confiaba en que ella esperara a que yo diera el primer paso, pero se abalanzó hacia mí y me lanzó una patada. La esquivé con facilidad, pero se recuperó mucho más rápido que por la mañana.

Quizás Eiran le había enseñado algo, después de todo.

Movió su codo izquierdo hacia mis costillas y yo lo bloqueé con el antebrazo y rápidamente contraataqué dándole un puñetazo en el estómago. Ella gruñó y trastabilló hacia atrás, pero recuperó el equilibrio con rapidez.

En ese instante había un fuego en sus ojos que antes no había estado allí.

Dimos vueltas el uno alrededor del otro, tratando de anticipar nuestros movimientos. Admiraba la redondez de sus caderas y la forma en que su pecho subía y bajaba rítmicamente con cada respiración mientras daba un paso y después otro.

—¿Eso es todo lo que te ha enseñado? —La sonrisa burlona en mi rostro hacía juego con el tono insultante de mi voz; vi cómo fruncía más el ceño, con expresión airada.

—No. Todos esos movimientos los he aprendido de ti.

No pude contener la risa que brotó de mi pecho, y ella aprovechó la distracción. Se lanzó hacia delante y me dio un golpe con la rodilla en el muslo; yo maldije cuando un dolor agudo me atravesó la pierna.

Sin dudar un instante me rodeó el cuello con los brazos, como si pensara que así podría tirarme al suelo, pero lo único que consiguió fue que yo la levantara en el aire. Le rodeé la cintura, la pegué a mí con fuerza y ella me empujó por los hombros, tratando de escapar.

—Veo que has aprovechado muy bien el tiempo que has pasado con Eiran. —La estreché más fuerte contra mí y sentí cómo su cuerpo se adaptaba al mío a la perfección—. ¿Intentaba enseñarte algo más que cómo meterte en su cama?

Nyra se tensó contra mí.

—¿Qué demonios te pasa? —masculló, con voz baja y entrecortada, debatiéndose contra mis brazos. Su cuerpo se retorcía contra el mío y yo me sentía completamente descontrolado.

La solté y la dejé caer al suelo; ella tropezó y dio un paso atrás.

—Lárgate de aquí. —Señalé hacia el camino que llevaba a nuestros

aposentos.

—¿Qué? —Se cruzó de brazos, pegándolos al pecho como si fueran una armadura que pudiera protegerla—. No puedes despedirme así sin más.

—Acabo de hacerlo. —La miré con ira, tratando de controlar mi respiración acelerada; tratando de controlarme por entero—. No vas a volver a entrenar con Eiran. Yo seré el único que te enseñe.

—Tú no serás el único en nada de lo que se te ocurra hacer conmigo. —Dio un pequeño paso atrás.

Estaba enfadado y frustrado, y no podía dominar el sentimiento de posesividad que me invadía.

—Entrenarás conmigo y solo conmigo. Si te vuelvo a pillar con él…

—¿Qué vas a hacer? —espetó, con los brazos en jarras—. ¿Vas a matarme?

Di un paso hacia ella, con la mirada clavada en sus ojos. En ese momento se veían tan azules que me sentí como si me hubiera perdido en el mar.

—¿Le has mostrado tu poder?

—No tengo ninguno —respondió ella con los músculos del cuello tensos, escupiendo las palabras.

—Todo el mundo tiene magia. —Lo dije con tanta ligereza que ella bajó la vista, incapaz de sostenérmela. Estaba ocultando algo.

—Eso es lo que decía mi padre. —Su expresión era atormentada, incluso a pesar de que la ira hervía a fuego lento en su interior—. ¿Sabes cuántas horas me he pasado entrenando para buscar mi magia? ¿Cuántas personas diferentes hicieron acudir al palacio para que la encontrara?

Cerró la boca de golpe.

—¿No eras la hija de una sirvienta?

—No quiero seguir con esta conversación. —Se dispuso a irse, pero le agarré la muñeca antes de que pudiera alejarse.

—Pues yo sí. ¿Qué coño hacías en ese palacio? Dime la verdad por una vez.

—No es asunto tuyo.

—Las mentiras te convierten en una traidora. —Le apreté la muñeca con más fuerza, pero sin llegar a hacerle daño.

—Ya piensas que soy una traidora. Que guarde un secreto no te va a hacer cambiar de opinión.

—Guardar secretos hará que acabes muerta. —Tiré de su muñeca hasta hacer que quedara frente a mí. Las puntas de sus botas chocaron contra las mías, pero no fui capaz de prestarles atención cuando inspiró y su pecho rozó

el mío. Podía sentir el calor de su cuerpo contra mí, y, durante un momento, me permití entregarme al deseo que había estado bullendo bajo la superficie. Me eché hacia ella y nuestras caras quedaron a solo unas pulgadas de distancia —. Sabes que no voy a parar hasta descubrir la verdad —le susurré, rozándole la sien con mis labios. Ella no dijo nada, solo miró fijamente mi pecho—. Luego no digas que no te lo he advertido. —Le solté la muñeca y di un paso atrás antes de hacer alguna tontería. A Nyra se le cortó la respiración, y, por un instante, creí ver en su mirada el mismo deseo que, no sabía cómo, de algún modo apagaba mi ira. Di otro paso para alejarme de ella—. No vuelvas a entrenar con Eiran.

—Por supuesto, señor. —Hizo una reverencia exagerada ante mí—. No me atrevería a desobedecerle.

Me mordí la lengua para no decir algo de lo que me fuera a arrepentir. ¿O acaso algo de lo que no iba a poder arrepentirme?

Le di la espalda, me aparté de ella y me dirigí al borde del círculo de entrenamiento. Necesitaba calmarme.

—Duerme un poco. Mañana empezaremos a entrenar temprano. —No oí ningún ruido que indicara que se había puesto en marcha, y, cuando me volví, ella seguía exactamente donde la había dejado—. ¿Pasa algo?

Apretó los puños, con los brazos estirados a sus costados, miró hacia la entrada de la cueva y luego se volvió de nuevo hacia mí.

—No sé cómo llegar a mi habitación.

Agaché la cabeza y sonreí ante su frustración. Entender el sistema de cuevas de nuestra ciudad oculta era difícil, pero yo llevaba tanto tiempo viviendo allí que lo conocía como la palma de mi mano. A veces se me olvidaba lo complicado que podía llegar a ser.

—Solo tenías que decir que necesitabas mi ayuda. —Le sonreí abiertamente y ella entrecerró los ojos.

—No he dicho que necesitara tu ayuda —dijo, cruzándose de brazos—. ¿No puedes usar tu magia para llamar a Wren o a Eiran?

Sus palabras me atravesaron como pequeñas dagas. La ira se acumuló en mi interior, amenazando con estallar en cualquier momento.

—¿Qué pretendes? ¿Has decidido que tu misión esta noche es cabrearme?

Ella se encogió de hombros y apartó la mirada.

—¿Funciona?

Me pasé un dedo por los labios, estudiándola. Después de un instante, me

dirigí hacia el camino de regreso y ella me siguió.

—Para que lo sepas, cuanto más me enfades esta noche, más duro será el entrenamiento mañana.

Ella soltó un resoplido al llegar a mi lado.

—Dudo que me trataras con indulgencia aunque me comportara de la mejor manera posible.

No se equivocaba.

—No voy a negarlo —respondí con brusquedad—. Pero si sigues presionándome así, seré aún más duro contigo.

Nyra abrió mucho los ojos y sentí cómo me subía una ola de calor por el vientre. Sentí cómo se hinchaba la parte delantera de mis pantalones al recrearme en los pensamientos sobre ser duro con ella, que en ese momento nublaban mi mente.

Era una traidora.

Me recoloqué discretamente los pantalones mientras andábamos en silencio; le hice una seña para que pasara delante de mí cuando llegamos a la roca que colgaba sobre nuestras cabezas y que separaba el campo de entrenamiento del resto de la ciudad.

Llegamos a una bifurcación en el camino y Nyra frunció el ceño.

—¿Por dónde? —preguntó, mirando a su alrededor, estudiando los túneles tenuemente iluminados.

—A la derecha. —Señalé.

Ella asintió y encabezó la marcha; el suave sonido de sus pasos era lo único que quebraba el silencio.

—Supongo que no hay ninguna posibilidad de que me dejes dormir hasta tarde mañana, ya que me has mantenido despierta mientras el resto de la puñetera cuidad ya está durmiendo, ¿verdad? —Todo estaba inquietantemente silencioso, y una pizca de culpabilidad se apoderó de mí.

—Ni lo sueñes.

—Era de esperar. —Levantó la mano y deslizó los dedos por la húmeda pared de la cueva—. Todavía no puedo creer que todo esto haya estado aquí abajo todo este tiempo. Es como otro mundo.

Sabía que estaba hablando consigo misma y no conmigo, pero aun así le respondí.

—Es nuestro mundo y nos mantiene a salvo.

Ella soltó un suave *«Mmm»,* y, de pronto, sentí la desesperada necesidad de

saber qué estaba pasando por su mente, pero ella no volvió a compartir ningún otro pensamiento conmigo.

Avanzamos en silencio durante unos minutos más hasta que por fin llegamos a los cuarteles de los guerreros. Se volvió hacia mí, y por un segundo pensé que iba a decir algo, pero se limitó a hacer un gesto con la cabeza, una única vez, y se metió las manos en los bolsillos; dio media vuelta y desapareció por la puerta.

La seguí y ella miró hacia atrás por encima del hombro al oírme subir las escaleras a sus espaldas. Vivíamos en la misma planta. La seguridad de Wren era mi máxima prioridad.

—¿Me estás siguiendo? —Se dio la vuelta para quedar frente a mí cuando llegamos a lo alto de las escaleras.

—No —respondí con tono burlón, y continué andando hasta que tuve que rozar su cuerpo al pasar por la estrecha escalera junto a ella, que contuvo el aliento cuando mi pecho rozó el suyo—. Solo voy hasta mi habitación.

Resopló, me siguió por el pasillo y se detuvo ante su puerta.

—¿Tu habitación está tan cerca de la mía? —Frunció el ceño.

—Créeme, me encantaría que hubiera una habitación libre en otro sitio, pero te han tenido que alojar aquí. —Ella apretó los labios y puso la mano sobre el pomo de la puerta—. Nos vemos por la mañana, traidora.

—Me muero de ganas —espetó por encima del hombro antes de cerrar la puerta tras de sí.

11

NYRA

Hice una mueca de dolor cuando Dacre me propinó otro puñetazo en el estómago, a pesar de que después de los tres últimos días de entrenamiento apenas conseguía pillarme con la guardia baja.

Esa mañana, al llegar al campo de entrenamiento, me sentía más tranquila, y él se mostró más amable que nunca.

Pero yo no me fiaba de él.

—Presta atención —gruñó—. Estás encajando golpes que yo no debería poder darte.

—Me duele todo —protesté, jadeando para intentar recuperar el aliento.

—El dolor no es una excusa —dijo Dacre con voz severa, mirándome a los ojos—. Tienes que aprender a ignorarlo. —Se abalanzó hacia mí y yo me agaché y me giré en el último segundo. Sentí un soplo de aire cuando su mano no llegó a tocarme por los pelos—. Ni siquiera lo estás intentando.

Apreté los dientes y me obligué a concentrarme. Dacre había sido implacable en su entrenamiento durante los últimos días, y sus instrucciones se repetían una y otra vez en mi mente. Pero el recuerdo de sus manos cálidas sobre mi piel mientras realizábamos las rutinas me hacía perder la concentración. A nuestro alrededor, el aire se llenaba del intenso olor de nuestro sudor; las gotas resbalaban por sus anchos hombros y su pecho.

Inspiré hondo para hacer a un lado esos pensamientos que me atormentaban, me eché hacia delante y le lancé un puñetazo a la cara. Él lo esquivó fácilmente, pero no dejé que eso me detuviera. Seguí con una patada hacia su estómago y escuché un sonido sordo cuando conseguí acertarle.

Dacre trastabilló, sorprendido por mi repentino intento de entrenar de verdad, y me agarró de la mano, llevándome con él.

Cayó al suelo y una nube de polvo flotó a su alrededor justo antes de que yo aterrizara a su lado. Sin dudarlo, me puse de rodillas y me abalancé sobre él. Lo agarré por los hombros e intenté inmovilizarlo contra el suelo, pero era muy

fuerte. No tardó en hacerse con el control, se dio la vuelta conmigo encima y me dominó sentándose a horcajadas sobre mi torso. Me sujetó las muñecas con fuerza por encima de la cabeza mientras yo me debatía para escapar.

Podía sentir el calor de su cuerpo por todas partes.

—Bien —gruñó—. Por fin lo estás intentando.

Yacía en el suelo, paralizada de la cabeza a los pies por la intensidad de su mirada. Los dos estábamos sin aliento por el esfuerzo, pero yo jadeaba por más razones que esa.

—Oye, Nyra. —Oí una voz y aparté la mirada de Dacre para ver a Eiran plantado al borde de nuestro círculo de entrenamiento, cruzado de brazos.

Intenté liberar mis muñecas de las manos de Dacre, pero sus dedos estaban aferrados a ellas como tornillos. Podía sentir un ligero temblor en mis dedos.

—Hola, Eiran. —Tragué saliva con dificultad para disimular el nudo que se me había formado en la garganta. Dacre apretó con más fuerza mis muñecas cuando pronuncié el nombre de Eiran.

La mirada de Eiran pasó rápidamente de uno a otro, una y otra vez, y en cada ocasión en la que recaía sobre mí se detenía un poco más. Sentí cómo se me enrojecían las mejillas al darme cuenta de la posición en la que me tenía Dacre.

—¿Podemos ayudarte en algo, Eiran? —Dacre apartó a regañadientes la vista de mi rostro para volverse hacia Eiran, pero sus fuertes manos permanecieron firmemente ancladas a mis muñecas. Mis músculos se tensaron debajo de él y me debatí con más fuerza, pero cambió su peso y me mantuvo quieta con los tensos músculos de sus piernas clavados en mis costados.

—Algunos de nosotros vamos a salir a beber esta noche y quería saber si te gustaría venir, Nyra. —Eiran se dirigió a mí directamente, y no me pasó desapercibido que hubiera pronunciado mi nombre en concreto.

Abrí la boca para responderle, para decirle que estaba demasiado cansada como para siquiera considerar su oferta, pero Dacre se enderezó, me soltó las manos y respondió antes de que yo pudiera hacerlo.

—Nyra y yo estábamos a punto de ir a los manantiales. No va a poder aguantar otro día de entrenamiento si no dedica algo de tiempo a curarse. —Volví la cabeza hacia él, sorprendida por lo que acababa de decir, pero él seguía mirando a Eiran—. Gracias por la invitación, de todos modos. —Dacre le dedicó a Eiran una sonrisa que no tenía nada de amistosa.

Dacre se levantó por fin, dejándome libre de su peso, y Eiran abrió y cerró la

boca como si quisiera decir algo cuando Dacre me tendió la mano para ayudarme a ponerme de pie. Quería rechazar su ayuda, pero sabía que era muy posible que no consiguiera levantarme del suelo si él no me echaba una mano.

Me cogió de la mano y me levantó sin esfuerzo. Al dar un paso en falso, mi pecho chocó contra el suyo y tuve que apoyar las manos en sus brazos para no caer sobre él. Me sonrojé y aparté rápidamente la vista de sus intensos ojos oscuros.

—Gracias, Eiran. Quizás podríamos quedar mañana…

—Sí. —Se pasó la mano por el pelo y le echó un vistazo a Dacre antes de darse media vuelta—. Hablamos mañana.

En cuanto desapareció de nuestra vista, me di media vuelta y me topé con el pecho de Dacre frente a mí. Levanté la vista hasta que me encontré por fin con sus iris oscuros, que brillaban bajo la tenue luz.

Se agachó hacia mí y su aliento me hizo cosquillas en la mejilla.

—¿Qué pasa? —susurró.

—¿Y si hubiera querido ir? —No quería, pero esa no era la cuestión.

—Pues sería una pena. —Se pasó las manos por el pecho, revisando meticulosamente sus armas—. Acabas de decirme lo dolorida que estabas. Necesitas una noche en los manantiales.

—No sé yo. Una noche bebiendo vino también podría hacerme olvidar lo mucho que me duele todo el cuerpo. —Su mirada recorrió mi cuerpo desde las puntas de mis pies hasta que por fin alcanzó mis ojos.

Fue como si me dedicara una lenta caricia, como una exploración que ninguno de los dos debería haber permitido.

—Y mañana te despertarías con dolor de cabeza y el cuerpo tan hecho polvo como ahora. ¿Quieres beber? Compraré una botella de vino de camino a las termas. —Se apartó de mí, cogió todas sus cosas y echó a andar, dejándome atrás.

Rápidamente lo alcancé, a pesar de que me dolieron las piernas por el esfuerzo.

Dacre no dijo nada mientras avanzábamos por los túneles y pasábamos junto a varias personas que deambulaban por allí. Me fijé en que casi todos lo saludaban con un gesto de la cabeza al pasar.

No confiaban en mí.

—Esta gente te adora, ¿verdad?

Dacre se detuvo ante un pequeño edificio y llamó rápidamente a la puerta.

—No me adoran —refunfuñó—. Me respetan.

La puerta se abrió y una hermosa joven con una larga melena roja nos saludó con una enorme sonrisa en el rostro. Una sonrisa dirigida a Dacre.

—¿Me das una botella? —preguntó Dacre, sin decir ni «hola», pero la mujer se limitó a asentir y desapareció apenas un instante antes de regresar con una gran botella de color oliva oscuro que le tendió a Dacre.

—Este es peligroso. Pero estoy segura de que puedes con ello.

—Gracias —respondió Dacre con brusquedad antes de alejarse sin añadir palabra.

La mujer se quedó contemplándolo al marchar y yo me eché a reír, aunque, en lo más profundo de mi ser, me carcomieron los celos.

—Casi consigues que me lo crea.

—¿De qué hablas? —Me miró con el ceño fruncido, como si no tuviera ni idea de lo que quería decir.

—Apenas le has dicho dos palabras a esa chica y ella te ha mirado como si fueras el hombre más maravilloso del mundo. Está claro que esta gente nunca ha entrenado contigo.

Eso hizo que Dacre soltara una carcajada, y yo sonreí.

—De hecho, muchas de estas personas han entrenado conmigo.

—Bueno, pues te garantizo que a mí no me vas a caer bien cuando termine de entrenar contigo. Puede que incluso esté planificando tu muerte ahora mismo, mientras hablamos. —Estaba bromeando, pero aun así me arrepentí de mis palabras. Él ya no confiaba en mí. Lo último que necesitaba era que cuestionara aún más mis motivaciones.

—Podría entrenarte durante un siglo y seguirías sin poder derrotarme.

—Eres muy engreído —resoplé; en ese momento doblamos la esquina hacia las aguas termales y el calor pegajoso del aire me cortó la respiración.

Dacre se rio entre dientes.

—Tengo motivos para serlo. Llevo luchando por esta rebelión la mayor parte de mi vida.

Nos acercamos a uno de los manantiales más cercanos, miré a mi alrededor y me di cuenta de que solo había otra persona allí, una mujer que estaba en una de las piscinas del fondo, y por la forma en que tenía la cabeza recostada contra las rocas, parecía estar dormida.

—¿Dónde está todo el mundo?

Dacre dejó el vino cerca del borde del manantial y usó la punta del pie como

ayuda para quitarse una de las botas.

—Es tarde. —Se quitó la otra bota y soltó un suave gemido cuando se libró del chaleco lleno de armas que le protegía el pecho—. La mayoría de nuestros guerreros ya han estado aquí si lo necesitaban. —Ojalá Wren hubiera estado con nosotros, o Eiran. O cualquiera, a decir verdad, porque esa situación me parecía demasiado íntima. El ambiente a nuestro alrededor parecía oprimirnos, asfixiarnos a los dos. Era como si el espacio que había entre nosotros se hubiera convertido en una mezcla de calor y tensión, completamente distinto al frío glacial de los campos de entrenamiento al que había empezado a acostumbrarme—. Desnúdate, traidora. —Dacre se tomó un instante para recorrer con la mirada la forma de mi cuerpo antes de levantar la vista para encontrarse con mis ojos. Luego agarró el cuello de su camisa y se la quitó con un movimiento rápido que dejó al descubierto su musculoso pecho—. No puedes entrar en los manantiales con toda la ropa puesta.

—La verdad, creo que hoy no me hace falta meterme en las termas —tartamudeé, forzándome por apartar la vista de su abdomen y de los músculos marcados bajo su piel bronceada.

Él entrecerró los ojos y se cruzó de brazos.

—He podido oír cómo gemías de dolor con cada paso que hemos dado hasta aquí. Te vas a meter en el agua sí o sí.

Tenía razón, por supuesto, pero eso no me hacía sentir menos cohibida. Hice una mueca de dolor al agacharme para desatarme las botas y así poder quitármelas.

Dacre se desabrochó los pantalones y los dejó caer al suelo. Pasó por encima de la botella de vino que había dejado allí y, sin dudarlo, se dirigió hacia la piscina humeante. Contemplé su espalda ancha mientras se sumergía en el agua llena de vapor.

Admiré cómo sus músculos definidos se flexionaban con cada movimiento y entonces alcancé a ver un moratón oscuro y moteado que afeaba la belleza de su suave piel. Comenzaba en el omóplato y se extendía por el costado, y sus intensos tonos violáceos resaltaban sobre el bronceado de su cuerpo.

—¿Qué te ha pasado ahí? —Me quité el chaleco y lo dejé caer al suelo a mi lado.

—¿A qué te refieres? —El vapor se deslizó por su cuerpo, e inspiró hondo cuando el agua le lamió el cuello y los hombros. Su piel brillaba con la humedad bajo la tenue luz, y sus dedos se clavaron profundamente en las

piedras rugosas del borde de la piscina al recostarse contra ellas.

—A eso que tienes en el costado. —Señalé con la cabeza hacia su cuerpo mientras me desabrochaba los pantalones con dedos temblorosos y me los bajaba. Dacre estudió mi cuerpo, deteniéndose en cada curva con una expresión de deseo que me provocó un escalofrío. Su mirada era intensa, como la de un depredador evaluando a su presa, y no pude evitar sentirme expuesta bajo su escrutinio—. ¿Qué te ha pasado ahí? —Me crucé de brazos y me acerqué poco a poco al agua, con el pulso acelerado latiéndome a toda prisa en las sienes.

—La camisa también.

—¿Qué? —Le escruté el rostro, fijándome en las oscuras ojeras que tenía debajo de los ojos.

—Que te quites también la camisa. El agua tiene que tocarte la piel para acelerar la curación.

—Estás evitando responder a mi pregunta.

—Y tú estás evitando quitarte esa puta camisa. —La forma en que ladeó la cabeza me hizo sentir incómoda. Apenas se había movido, pero todo su cuerpo parecía una amenaza.

Gemí cuando por fin me metí en la piscina de agua humeante y el calor relajó los músculos de mis tobillos doloridos. Dacre no apartó la vista de mí mientras me adentraba poco a poco, y pronto la tela de mi camisa se pegó a mi piel empapada por el agua y por el calor sofocante, algo que a Dacre no le pasó desapercibido. Se me puso la piel de gallina en los brazos y un escalofrío me recorrió de la cabeza a los pies. Me sumergí más en el agua y sentí el calor relajante penetrar en mis músculos hasta llegar a mi pecho.

—No es nada —murmuró finalmente Dacre, con voz baja y ronca—. La consecuencia de un pequeño encontronazo con un grupo de los tuyos.

Sus palabras me hicieron estremecerme.

Los míos.

—¿Te duele? —le pregunté, señalando su costado magullado.

Dacre apretó los labios en una fina línea mientras negaba con la cabeza; un fino velo de sudor se formó en su frente.

—No es nada —repitió—. Apenas me duele. ¿Cómo estás tú?

—Me duele todo —dije apretando los dientes. Una leve risa se escapó de mis labios mientras intentaba no pensar en lo mucho que me dolía todo en realidad.

Los labios de Dacre se curvaron ligeramente y unas arruguitas rodearon sus ojos al sonreír.

—Ya te acostumbrarás.

—Me muero de ganas —gemí dramáticamente, y él se echó a reír.

Nos quedamos sumergidos en silencio durante unos instantes; los únicos sonidos provenían del suave chapoteo del agua y los ocasionales suspiros que lanzábamos.

Dacre cogió la botella de vino y, con mano experta, le quitó el corcho con un satisfactorio «pop». Echó la cabeza hacia atrás y dejó que el líquido rojo intenso se derramara como una cascada en su boca. Cuando terminó, se pasó el dorso de la mano por los labios y me tendió la botella, y yo la acepté con entusiasmo.

Hacía mucho tiempo que no probaba el vino, e incluso cuando vivía en palacio solo se me permitía consumir en las cenas una pequeña cantidad que se considerara apropiada.

Si es que me permitían asistir a las cenas.

Me temblaban las manos cuando llevé lentamente la botella a mis labios. Cerré los ojos y saboreé el rico y amargo regusto que me inundó la boca, y solté un profundo y placentero gemido. El vino tenía un deje dulce y terroso, y era mucho mejor que cualquier otro que hubiera probado antes.

—Está bueno —dije antes de volver a llevarme la botella a los labios y dar otro trago.

—Sí que lo está. —Dacre se echó hacia delante, me quitó la botella de las manos y bebió él mismo de ella—. También es peligroso. Sobre todo con este calor.

Levantó la botella y el destello de la luz del fuego iluminó el contorno de su perfil, la curva de su barbilla y la forma de su mandíbula. Echó la cabeza hacia atrás y dio un largo trago, y yo seguí el movimiento de los músculos de su garganta mientras bebía el vino.

—Al parecer, aquí todo es peligroso. —Apoyé las manos en el suelo, hundí los dedos en la capa de guijarros que parecía un mosaico y pasé las palmas contra la superficie firme. Las diminutas piedras se desplazaron alrededor de mis dedos al hundirlos en ellas.

—Para ti sin duda. —Se adelantó hasta que su cuerpo ocultó la luz del fuego y me devolvió la botella.

Dudé, sabiendo que no debía beber más, pero no quería decir que no, así que

le quité la botella y la estreché con fuerza contra mi pecho.

—¿Pero para ti no? —Ladeé la cabeza y lo miré fijamente. Parecía muy seguro de sí mismo, pero en ese momento una pequeña parte de mí se preguntó cuánta de esa seguridad era solo apariencia. Desvió la mirada, evitando la mía, y apretó los labios hasta que formaron una línea fina.

—Para mí también hay cosas peligrosas aquí, cómo no. —Volvió a clavar la vista en mí y el corazón comenzó a latirme con fuerza en el pecho. Me llevé la botella de vino a los labios para evitar su escrutinio.

—Podrías haber salido a beber con los demás esta noche. Podría haber venido a los manantiales yo sola. —Me sequé los labios con la manga mojada; sentía el calor del vino y del agua de las termas recorriéndome las venas y calentándome las mejillas.

—¿Y dejar que te perdieras? —Una chispa traviesa brilló en sus ojos y la comisura derecha de su boca se curvó en una sonrisa burlona—. No volveríamos a encontrarte jamás.

—¿Y eso habría sido tan malo? —Me encogí de hombros hasta que casi me rozaron las orejas, y antes de poder detenerme los dejé caer, deseando poder retirar mis últimas palabras.

—No lo sé. —Tenía los ojos vidriosos y su expresión era escrutadora—. ¿Hay algo por lo que valga la pena que regreses corriendo al palacio?

—Ya te dije que no quería volver a ese lugar —dije con un susurro apenas audible. El aire cálido y húmedo era agobiante; miré hacia arriba y vi una gota de agua solitaria suspendida en el borde del techo bajo. Cayó sobre mi mejilla y me refrescó un poco la piel acalorada. Cerré los ojos y me dejé llevar por la nostalgia de mi hogar, de mi madre. Pero ella se había ido, y, con ella, también se había ido todo rastro del hogar que una vez conocí—. No me queda nada allí.

Aguardé, esperando la respuesta de Dacre, pero no me ofreció ninguna. El aire estancado parecía crepitar a mi alrededor mientras saboreaba el pesado silencio.

—¿Qué es lo que más te duele?

Me sobresalté al oír la voz de Dacre, y, cuando volví la cabeza hacia él me encontré con su mirada.

Apreté los puños, buscando las palabras adecuadas para responderle. Los recuerdos de todas las veces que mi padre me había hecho daño inundaron mis pensamientos, pero sabía que no era eso lo que me estaba preguntando. El

silencio entre nosotros era tan denso como una húmeda tarde de verano, y sentí cómo el sudor me resbalaba por el cuello.

—El tobillo izquierdo.

Dacre asintió lentamente y me señaló el borde del manantial. Se puso de pie y el agua le acarició el vientre. Me tendió la mano, con la palma hacia arriba.

—Déjame ver.

Se me hizo un nudo en la garganta cuando se acercó y sus ojos oscuros me atravesaron.

—¿Qué? —La palabra se quedó temblando en el aire.

—Arriba. —Se detuvo frente a mí y yo me tomé un instante antes de levantarme lentamente.

La camisa se me pegaba a la piel y dejaba entrever el contorno de mi cuerpo cuando me senté en el borde de la pequeña piscina. Sus ojos recorrieron cada curva y cada recoveco, y se demoraron durante lo que me pareció una eternidad, provocándome escalofríos.

El vino corría por mis venas como un incendio forestal, nublando mi juicio, pero no quería que él se detuviera. Había sido cruel conmigo, pero aun así no quería que parara.

Lentamente extendió la mano hacia mí, y, antes de que tuviera tiempo de reaccionar, ya me había agarrado el tobillo. Su pulgar trazó pequeños círculos a lo largo del hueso y no pude evitar la reacción de mi cuerpo ante ese contacto repentino. A pesar de que todos mis instintos me decían que me apartara, me quedé clavada en el sitio.

Me sacó el pie del agua con suavidad y lo inspeccionó con ternura. Sus dedos rozaron ligeramente la articulación hinchada, y tensó los hombros mientras lo examinaba con cuidado.

—Solo es una torcedura —dijo por fin, con los dedos aún posados sobre mi piel—. Las aguas termales te ayudarán, pero aun así necesitarás unos días para curarte. —Asentí sin atreverme a pronunciar palabra. Cada parte de mi piel cobraba vida bajo sus suaves caricias, y sentía pequeños chispazos que me provocaban unos escalofríos que me recorrían de la cabeza a los pies. De repente, no quería que dejara de tocarme, pero no sabía cuánto tiempo más podría soportar estar tan cerca de él—. O podría curártelo yo. —Sus ojos ardían con una intensidad que parecía alcanzar y acariciar mi piel con la misma intensidad que sus dedos. Asentí de nuevo y cerré los ojos cuando sus dedos comenzaron a masajear los músculos doloridos de la parte inferior de mi

pantorrilla. Sus dedos se afianzaban más y más a cada lento círculo que dibujaba sobre mi piel, y el calor de sus yemas trazaba una estela de cosquilleos por mi pierna. Me mordí el labio con fuerza para contener el suave gemido que amenazaba con escapar de mis labios. Cambié de postura y los ojos de Dacre siguieron el movimiento de mis piernas cuando apreté los muslos. Su mirada era abrasadora—. Esto te va a doler un poco.

Los curanderos del palacio me habían sanado docenas de veces antes porque mi padre no quería pruebas de sus métodos despiadados. Esos curanderos no eran hadas comunes: estaban por encima del resto y habían sido entrenados para atender al propio rey, y mi padre se había asegurado de que no me quedara ni una sola marca después de que terminaran su trabajo.

Yo era la heredera sin poderes, y él se aseguraba de que su crueldad no me dejara ninguna señal.

Las únicas cicatrices que tenía eran las que me habían quedado después de que Micah me curara. La primera vez fue justo después de la incursión. Los curanderos de mi padre no tuvieron tiempo de corregir su brutalidad antes de que los rebeldes irrumpieran en nuestro palacio.

Y, aun así, le había mentido a Micah sobre el origen de los latigazos que me cubrían la espalda hasta rodearme parte del estómago. Le había mentido a pesar de que me había curado, a mí, una completa desconocida a la que había encontrado refugiándose en los barrios bajos.

—No pasa nada. —Mi voz era apenas audible cuando me rozó el borde del tobillo.

Sin previo aviso, levantó la otra mano y sus dedos húmedos se deslizaron por la parte posterior de mi pantorrilla para sacarla todavía más fuera de agua. Eso me obligó a separar un poco las piernas, y respiré con dificultad al sentir su poder extenderse desde sus dedos y penetrar en mi piel.

No me estaba haciendo demasiado daño, pero clavé el pie libre en el suelo, jadeando y con los pulmones ardiendo por la necesidad de llenarse de aire.

Una cálida sensación me recorrió las venas, y me quedé como en trance cuando sus dedos rozaron mi piel y una suave luz dorada me rodeó el tobillo.

Me estrechó la pierna con fuerza durante un largo momento mientras su magia ardía contra mi piel.

—¿Cómo te sientes?

—Bien —respondí, pero no estaba pensando en mi puñetero tobillo. Apenas podía concentrarme en nada que no fuera la forma en que sus dedos me

agarraban y en los chorritos de agua que corrían por su pecho desnudo ante mí.

—Bien. —Carraspeó con suavidad y me bajó el pie hasta que quedó de nuevo bajo el agua caliente. Su mirada se posó en mi boca y yo me pasé la lengua por los labios para saborear el vino que aún permanecía allí—. Deberíamos irnos. —Pronunció esas palabras, pero no se apartó de mí. Podía sentir el calor de su piel mientras me contemplaba con intensidad, y me sentí muy expuesta.

—Deberíamos. —Asentí; el agua del manantial me lamió los muslos y él siguió sin moverse. Yo tampoco lo hice.

El ambiente que nos rodeaba parecía haberse espesado, inmovilizado, y el silencio solo se veía interrumpido por el sonido de nuestra respiración superficial.

—Debería acompañarte a tu habitación. —Se apartó de mí y se dirigió a la pila que habían formado nuestras pertenencias, que yacía en el suelo cerca de nosotros.

—De acuerdo. —Asentí una vez más y me pasé una mano temblorosa por el cuello.

Dacre me miró, pero yo ya me estaba levantando, con las piernas temblorosas, y pasé junto a él para salir del manantial, con la camisa pegada al cuerpo como una segunda piel.

Él inspiró bruscamente, y el sonido hizo eco en paredes de las cuevas. Tenía el corazón acelerado cuando, con los dedos temblorosos, cogí una toalla que colgaba cerca del borde de la piscina y me sequé las piernas apresuradamente.

Sostuve la toalla entre las manos para llevarla a mi pecho, sintiendo la tela áspera y húmeda de mi camisa, que estaba pegada a mí como si la hubieran encolado. Me pasé la toalla por encima para intentar absorber al menos un poco de la humedad, pero fue inútil.

Sentía la imponente presencia de Dacre a mis espaldas, abrumadora, y escuché el suave repiqueteo de sus pasos cuando se puso a andar. No me atreví a darme la vuelta, con la cabeza aún nublada por el vino y demasiado consciente de lo atractivo que era cuando no se comportaba como un idiota.

No confiaba en mí misma.

Así que rápidamente cogí los pantalones y me esforcé por subírmelos por la piel húmeda de las piernas; después me calcé las botas y cogí mi chaleco del suelo y lo sostuve contra mi pecho.

Sintiéndome un poco más segura, me giré y, con cautela, lo miré a los ojos. Él ya estaba casi completamente vestido, y me permití contemplarlo un instante mientras se pasaba lentamente la camisa negra por la cabeza y ocultaba sus musculosos brazos y su amplio pecho, lo que provocó una oleada de calor en mi cuerpo.

Él me estudiaba con atención, con demasiada atención, cuando se echó hacia delante y cogió su chaleco y sus armas del suelo. Se lo puso y lo recolocó todo antes de hacerme señas para que avanzara.

Y yo lo seguí.

12

NYRA

Anduvimos con dificultad en la oscuridad, rozándonos los brazos el uno al otro en silencio. El ambiente estaba cargado con las palabras que no habíamos llegado a pronunciar; el calor me abrasaba las mejillas por culpa del vino, y de vez en cuando se me ocurría una frase, pero la reprimía a toda prisa, tragando saliva solo con pensar en ponerla en voz alta.

—Gracias por curarme el tobillo. —Observé las tablas desgastadas del puente por el que caminábamos—. La verdad es que me siento mejor.

—De nada. —Asintió sin apartar la vista de mí—. No vales nada si no puedes luchar, y mucho menos si no puedes andar.

Sus palabras atravesaron la neblina de vino que enturbiaba mi mente y me sobresaltaron. Su gélida claridad me pinchó como mil agujas y me devolvió de golpe a la realidad.

—Por supuesto. —Le hice un gesto cuando nos acercamos a la puerta principal. Detestaba el nudo que tenía en el estómago—. Supongo que curas así a todos tus guerreros.

En cuanto las palabras salieron de mi boca, me invadieron pensamientos sobre él tocando a otras mujeres de la misma manera, sobre todo de él tocando a Mal.

Alguien a quien respetaba.

Una ira irracional bulló dentro de mí y me ayudó a pensar con claridad por primera vez en toda la noche.

Antes de darle a Dacre la oportunidad de responder, subí corriendo la oscura escalera y me adentré en el pasillo en penumbra. El pulso me rugía con fuerza en los oídos mientras me alejaba frenéticamente de él.

Tendría que enfrentarme a él tras tan solo unas horas, cuando comenzara de nuevo el entrenamiento, pero necesitaba respirar un momento en un lugar donde su aroma no impregnara el aire.

—¿Pero qué…?

Me frené en seco ante mi puerta y estudié con los ojos entornados el par de botas que colgaban del tirador de mi puerta por los cordones.

El profundo estruendo de la risa gutural de Dacre llenó el pasillo al pasar junto a mí de camino a su puerta.

—Buena suerte. —Se pasó la mano por el pelo oscuro.

—No lo entiendo.

Su respuesta fue otra carcajada profunda que sacudió su cuerpo con oleadas de alegría.

Levantó un brazo y lo sacudió hacia la puerta.

—Las botas en la puerta solo pueden significar una cosa.

—¿Cuál?

—No molestar. —Tan pronto como pronunció esas palabras, un suave gemido salió de mi habitación y yo di un paso atrás.

—¿Quieres decir que Wren está ahí dentro con…?

—Eso es algo que preferiría no saber. —Sacudió la cabeza y alcanzó el pomo de su puerta—. Mi hermana es una mujer adulta y puede hacer lo que quiera, pero no me interesa en absoluto saber con quién lo hace.

Di otro pequeño paso atrás y envié una silenciosa plegaria a los dioses para que, hicieran lo que hicieran, no estuvieran haciéndolo en mi cama, porque era lo único que esperaba con ilusión cada noche.

Atravesé el pasillo y me desplomé contra la pared. Estaba más cansada y más agotada de lo que había estado en toda mi vida, incluso si contaba el tiempo que había pasado en las calles.

—Hay sillones abajo, ¿verdad? —Moví la cabeza para volverme hacia Dacre, y me sorprendió la forma en que me estaba observando.

—Sí, pero no vas a dormir ahí. —Su voz era tranquila, pero le temblaba un músculo en la mandíbula.

—¿Por qué no? —Me abracé a mí misma, tratando de contener la oleada de escalofríos que me invadía al sentir la tela húmeda de la camisa enfriándome la piel.

—Porque aquí nadie se fía de ti, y yo no me fío de lo que puedan hacer contigo. —Esas palabras no tenían ningún sentido para mí, pero aun así lograron llenarme de ira.

—¿Tienes idea de cuál es la habitación de Eiran? Estoy segura de que no le importará acogerme esta noche.

El gruñido grave y amenazante de Dacre resonó en el pasillo y me hizo

temblar de la cabeza a los pies. Tenía la mirada clavada en mí, y podía ver su mandíbula tensa por la ira. A pesar de lo mucho que quería hacerlo, no aparté la vista.

—Eso no va a pasar, joder. —Lanzó algo a través de la puerta abierta de su habitación antes de volverse hacia mí.

—Yo también soy adulta —dije, señalando enfáticamente mi pecho—. Igual que tu hermana. Puedo dormir donde quiera.

—Entra —gruñó mientras señalaba el interior de su habitación, y sentí un nudo en el estómago.

—No voy a dormir ahí contigo. Eres la persona en la que menos confío de todo este puñetero lugar.

Sus fosas nasales se dilataron al oír mis palabras, y me quedé hechizada por el movimiento de la nuez en su cuello cuando tragó saliva.

—O entras en mi habitación o te quedas en el pasillo hasta que ella termine. Tú eliges. —Su voz era grave y peligrosa, y su mirada oscura no se apartó de mí.

No dudé ni un segundo la respuesta.

—El pasillo —contesté con la voz quebrada; me deslicé por la pared para evitar, por los pelos, caerme desplomada en el suelo.

Dacre suspiró profundamente. Sentí un nudo en el estómago y luché contra el impulso de levantarme y entrar en mi habitación. Aunque no tenía ni idea de lo que estaba haciendo Wren, no podía ser peor que el hecho de pasar la noche con su hermano.

—Entra en mi habitación, Nyra. Estoy cansado y no me apetece nada preocuparme por ti si te quedas toda la noche en este pasillo. —La naturalidad de sus palabras contradecía la intensidad de su expresión.

Eché lentamente la cabeza hacia atrás hasta que descansó contra la pared.

—¿Estás preocupado por mí?

Él soltó un gruñido profundo y gutural que resonó entre nosotros; cerró de un portazo y se acercó a mí. El corazón me latía con fuerza, y estreché aún más los brazos a mi alrededor, pegando el chaleco a mi cuerpo para sentir el frío metal del mango de mi daga rozándome la piel. Sus pasos retumbaban contra el suelo y hacían eco por todo el pasillo.

Me apresuré a recordar todo lo que me había enseñado en los últimos días, pero mi mente estaba en blanco al ver que él se aproximaba a mí con aire amenazador.

Sin dudarlo, se agachó y me agarró por la parte posterior de los muslos con sus manos curtidas y me levantó en el aire. Solté un grito involuntario cuando mi vientre chocó contra su duro hombro.

Le di un puñetazo en la amplia y musculosa espalda, pero él ni se inmutó.

—¡Bájame! —exclamé con voz temblorosa por la rabia—. Lo digo en serio, Dacre. Bájame o…

Cerró la puerta de una patada tras nosotros después de entrar en su dormitorio y me tiró sobre la cama.

—¿O qué? —Se echó hacia delante, con la mandíbula tensa y una expresión desafiante en el rostro. Separó un poco los labios y se acercó tanto que pude sentir el calor de su aliento en mi cara.

—No voy a dormir aquí. —Apenas podía ver más allá de sus anchos hombros y sus brazos firmes, que tenía apoyados en el colchón a mis costados.

—No tienes otra opción. —Dudó un momento, con la respiración entrecortada y la mirada clavada en mis labios. De repente se apartó y se aproximó a la cómoda alta que había en una esquina de la habitación; abrió el cajón superior de un tirón, sacó una camisa blanca arrugada y unos pantalones grises suaves y tiró las dos cosas sobre la cama sin volver la vista atrás—. El baño está ahí —dijo, señalando la puerta de la derecha—. Al menos quítate esa camisa empapada para no mojarme la cama.

Lo miré, desafiante, sin moverme, sin querer ceder a la irritación que exudaba por todos mis poros. En ese momento supe que no iba a obedecerlo mucho más. Esa noche no; en su habitación no.

Dejé caer descuidadamente mi chaleco sobre una silla antes de quitarme las botas. Me desprendí de ellas de una patada y aterrizaron cerca de un extremo de la cama. Dacre seguía de espaldas a mí, y yo puse los ojos en blanco.

Me mordí el labio e inspiré bruscamente mientras me quitaba la camisa por la cabeza. Mis dedos temblorosos se pelearon con la tela húmeda hasta que conseguí dejarla caer al suelo, cerca de mis botas; se me puso la carne de gallina en todo el cuerpo.

No había querido estar desnuda delante de él en los manantiales, pero en ese momento deseaba presionarlo, deseaba demostrarle que él no era el único que podía ejercer control sobre los demás aunque él creyera lo contrario.

Metí los dedos en la cintura de mis pantalones y me los bajé lentamente por las caderas, dejando al descubierto poco a poco hasta el último tramo de mi piel desnuda. Miré por encima del hombro al sentarme en su cama y vi cómo

los músculos de Dacre se tensaban bajo la camisa, aunque seguía negándose a mirarme. El ambiente se cargó con una tensión que pareció hacer crepitar el aire entre nosotros.

—¿Ya has terminado? —Su voz era ronca y seca, como si hablara entre los dientes apretados.

—Acabas de verme prácticamente desnuda en los manantiales. —Intenté mantener la voz tranquila—. ¿Qué más da?

—Estás en mi habitación —gruñó, enfatizando cada palabra.

—Puedo irme —respondí sin dudar.

Se volvió lentamente hacia mí, con la mandíbula tensa y los ojos entrecerrados. Me escrutó el rostro durante unos segundos antes de hablar.

—¿Siempre tienes que ser tan difícil?

—¿Siempre tienes que ser tan idiota?

La mirada de Dacre se volvió más fría, como si una nube oscura de tormenta hubiera pasado sobre él, y, aunque sabía que estaba jugando con fuego, no era capaz de reprimirme.

Abrió la boca y me preparé para su respuesta arrogante, pero esta no llegó.

En cambio, clavó la vista en mi espalda y se quedó paralizado. Era como si hubiera visto un fantasma o…

Mis cicatrices.

—¿Quién te hizo eso? —preguntó con un tono que indicaba que ya no conservaba ni un ápice de control.

Rápidamente cogí la camisa que me había lanzado poco antes y me la puse a toda prisa.

—No es nada.

—Es mucho más que nada. —Estaba mirando la camisa como si aún pudiera ver las cicatrices debajo—. ¿Quién coño te hizo eso? —Pronunció cada palabra con lentitud, y el miedo me invadió por completo. Nunca lo había visto tan enfadado.

—No importa.

—No importa… —Repitió mis palabras con una risa que no tenía ni una pizca de humor—. ¿Quién sería capaz de hacer algo así?

—Soy una traidora, ¿recuerdas? —Le lancé a la cara el adjetivo que él mismo me había puesto—. Los traidores no se escapan sin conseguir un par de cicatrices.

—Termina de vestirte —gruñó con una voz tan grave que me dolió el

estómago al oírla.

Lo miré a los ojos y me esforcé por mantenerme firme.

—No puedes decirme lo que tengo que hacer.

Me recorrió todo el cuerpo con la mirada, escudriñando cada curva y cada parte de mí con un hambre y una irritación como no había visto jamás. Cuando por fin llegó de nuevo a mis ojos, fue como sumergirse en las profundidades de la oscuridad que rodeaba toda esa ciudad. Su seriedad amenazaba con devorarme por completo.

Se pasó la mano por la mandíbula, deslizando los dedos por sus labios carnosos. El silencio se hizo pesado, y flotó en el dormitorio como una nube de tormenta, dejándome expuesta a su fría y grave presencia.

Desdoblé con cuidado los pantalones que me había lanzado sobre la cama. No apartó la vista de mí, observando cada uno de mis movimientos mientras me ponía de pie y me los subía por las piernas. Me quedaban enormes, así que los remangué y los enrollé alrededor de mi cintura.

Abrí la boca para hablar, pero él me frenó con un gesto, sin apartar la vista de mí.

—Acuéstate. Mañana tenemos que madrugar.

Apreté los puños; la ira que me provocaban sus órdenes nublaba cualquier otra emoción. Pero había algo en su forma de hablar que debilitó mi determinación, y me encontré subiéndome a la cama con movimientos vacilantes.

Dacre se metió en el otro lado, y pude oír el roce de su ropa cuando le di la espalda y tiré de la manta para taparme los hombros.

Estaba lo más alejada posible de su lado de la cama, pero aun así pude sentir el calor que irradiaba su cuerpo cuando el colchón se movió bajo su peso.

El armazón de madera de la cama crujió cuando se acomodó a mi lado. Su pecho se alzaba al inspirar, y yo me eché a temblar al sentir cómo crepitaba el aire con una energía mágica; era la misma sensación que había tenido cuando él había usado su poder para curarme el tobillo. Antes de que pudiera pronunciar palabra, las luces de las lámparas de la habitación se apagaron silenciosamente.

Solo el sonido de nuestras respiraciones entrecortadas rompía el silencio. Me pesaban los párpados, pero no conseguía conciliar el sueño mientras yacía allí, escuchando los suaves crujidos de la cama, a mis espaldas, que delataban cada movimiento que hacía Dacre.

Me retorcí y me revolví en la cama, intentando desesperadamente encontrar una postura cómoda, hasta que me rendí y terminé tumbada boca arriba. Clavé la vista en el techo e intenté relajarme, pero no tardé en volverme hacia Dacre, y me di cuenta de que él estaba tumbado del mismo modo que yo. Tenía el brazo apoyado sobre el vientre, con el codo a un pulgada del mío, y el calor que emanaba de él parecía caldear todo el dormitorio.

Era muy consciente de todos y cada uno de sus movimientos: la forma en que su pecho subía y bajaba con cada inspiración y espiración, la forma en que su brazo rozaba el mío cuando se movía…

Mi cuerpo me estaba traicionando.

—Duérmete ya, Nyra. —Su voz grave rompió el silencio de la noche y yo di un respingo, sobresaltada por el ruido.

—Estoy intentándolo —susurré, y me moví bajo la manta—. No consigo desconectar la mente.

El silencio nos envolvió durante unos instantes. Dacre tenía los ojos cerrados y respiraba lenta y regularmente. Entonces, de repente, su voz sonó como un murmullo bajo que llenó el espacio como un bálsamo.

—Cierra los ojos y concéntrate en tu respiración.

Inspiré hondo y cerré los ojos para seguir sus instrucciones. Mi pecho se elevaba con cada inspiración, y luego me hundía en el colchón al espirar lentamente. Una ola de calma me invadió, y mis músculos comenzaron a relajarse.

El brazo de Dacre rozó el mío cuando se estiró para llevarlo por encima de la cabeza, y, antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, me encontré acercándome hacia él.

A pesar de la calidez que desprendía su cuerpo y envolvía el mío, se me puso la carne de gallina al sentir su piel. Él no hizo ningún movimiento para alejarse, y yo tampoco.

Me sumergí en la densa oscuridad del dormitorio mientras yacía ahí y me permitía pensar en cómo sería todo si esa no fuera mi vida. Si ese no fuera nuestro mundo.

Dejé que ese pequeño punto en el que nos tocábamos me inspirara, e imaginé cómo sería dejar que sus manos recorrieran mi cuerpo. Apreté los muslos con tanta fuerza como los ojos, e inspiré hondo.

El brazo de Dacre volvió a moverse y sentí cómo su cuerpo se acercaba al mío. Me dejé llevar por ese contacto, sintiendo cómo el calor de su cuerpo

calaba en el mío. Y, antes de darme cuenta, me quedé dormida.

13

DACRE

El estruendo de unos golpes contra mi puerta me despertó bruscamente, y gemí, frustrado. Me pesaban los párpados al intentar abrirlos, y, cuando lo conseguí, vi la tenue luz de una lámpara que entraba por la ventana desde el exterior.

Tenía los músculos rígidos y me dolía un poco el hombro por haber dormido sobre él.

Intenté cambiar de postura, pero una suave calidez estaba pegada a mi piel.

Entrecerré los ojos ante la luz y estudié a Nyra, que dormía a mi lado. Su pálida piel tenía un luminoso tono dorado, su pecho subía y bajaba con cada respiración y podía sentir la suavidad de sus curvas a través de la ropa. Mi pecho estaba pegado al suyo y nuestros cuerpos estaban entrelazados; sus muslos rozaron los míos cuando se acurrucó más cerca de mí.

La noche anterior, antes de quedarnos dormidos, se había asegurado de mantener las distancias conmigo, y yo se lo había agradecido.

Pero luego había dejado de hacerlo.

Dejar que entrara en mi dormitorio había sido una mala idea.

No me fiaba de ella. Joder, ni siquiera me gustaba, pero había algo en tener su aroma inundando mi espacio, en no poder mirar a ningún sitio sin ver sus curvas, que me volvía loco. Incluso en ese mismo instante me sorprendí a mí mismo contemplando sus labios carnosos y recorriéndole el cuerpo con la mirada hasta llegar a la curva de su cintura.

Volvieron a llamar a la puerta y maldije entre dientes antes de apartarme con cuidado de los brazos de Nyra y sentarme en la cama.

La tapé con la manta, aunque estaba vestida con mi ropa, antes de dirigirme rápidamente hacia la puerta.

Agarré el frío tirador de latón y abrí de un tirón. El cálido resplandor de las lámparas se derramó en la oscura habitación como luz líquida, proyectando sombras en la pared. Con cuidado de hacer el menor ruido posible, salí al

pasillo y cerré con suavidad a mis espaldas.

Mi padre estaba ante mí, completamente vestido con su ropa de cuero y con todas sus armas atadas al cuerpo, y su rostro era indescifrable, como siempre.

—¿Qué hora es? —pregunté con la voz ronca por el sueño.

—Temprano. —Se cruzó de brazos y pude sentir su mirada escrutadora—. Uno de los nuevos reclutas nos ha dado información sobre cómo acceder al palacio por debajo de él.

Al oír eso, levanté la vista de golpe.

—¿Por debajo? —repetí. Habíamos buscado diferentes formas de entrar en el palacio, pero, dado que estaba rodeado de agua y de enormes cataratas, nunca había habido otra forma que no fuera atravesar la puerta principal y encontrarse con el ejército del rey.

—Los túneles. —La respuesta de mi padre fue seca mientras se movía de un lado a otro.

Las leyendas hablaban de un túnel secreto que conducía directamente al palacio por debajo de las cataratas, pero habíamos buscado por todas partes sin encontrar ningún rastro de él.

Mi mente voló automáticamente hasta Nyra, que seguía tumbada en mi cama. Si había trabajado en el castillo todo ese tiempo, era muy probable que lo supiera.

Era una de las primeras reclutas que habíamos incorporado a nuestras filas que había pasado toda su vida en ese lugar, pero aunque sabía que podía ser la clave para encontrar las respuestas que buscábamos, no quería mencionárselo a mi padre.

Al menos, no quería hacerlo cuando estaba durmiendo en mi cama.

—De acuerdo. Déjame vestirme. Nos vemos en el campo de entrenamiento.

Mi padre asintió sin decir nada más y yo volví a entrar silenciosamente en mi habitación.

Nyra seguía tumbada donde la había dejado, en la misma postura, salvo que en ese momento abrazaba mi almohada con el brazo izquierdo y la estrechaba con fuerza contra su pecho.

Me permití contemplarla mientras me desvestía y me ponía ropa limpia. Probablemente debería haberla despertado para decirle que me iba, pero aún era temprano y estaba casi seguro de que iba a pedirme que le permitiera regresar a su habitación.

Conociendo a Wren, probablemente ya habría echado al hombre con el que

se había acostado la noche anterior, y Nyra habría podido entrar sin problemas y dormir el resto de la mañana en su propia cama, pero no la desperté.

Y eso me frustró muchísimo.

Metí las dagas en las vainas que llevaba en el pecho sin dejar de estudiar la delicada forma de su cuello.

Mientras yacía en mi cama, su pequeño cuerpo parecía hundirse en las suaves sábanas. Admiré cada parte de su silueta, deteniéndome en la forma de sus pechos, que las sábanas me permitían entrever, y en cómo su cabello se deslizaba sobre mi almohada. El deseo me inundó, y sentí una necesidad desesperada por saber si sería igual de audaz cuando le abriera las piernas y la saboreara con mi lengua.

Aparté la mirada de sus curvas y me até las botas.

No tenía por qué pensar en ella de esa manera. No tenía por qué dejar que estuviera en mi habitación, pero cuando había pronunciado el nombre de Eiran y había dicho que iba a buscarlo, me invadió una súbita necesidad de tenerla en mi dormitorio.

Eiran era un imbécil. Lo habían destinado a la unidad de guerreros solo porque su padre era amigo de mi padre. No confiaba en él ni en qué podía hacer con sus pringosas manos cerca de ella.

Por supuesto, en cuanto la había visto conmigo no había tardado en pegarse a ella, lo que no me resultaba en absoluto sorprendente. Nunca había podido soportar que yo tuviera algo que él no tuviera.

Por eso se había acercado tanto a mi padre en cuanto vio que nos estábamos distanciando.

Me permití otro momento para memorizar los detalles del rostro de Nyra, la forma en que sus oscuras pestañas le acariciaban las suaves mejillas, y después aparté la mirada de nuevo. Sentí una opresión en el pecho al salir de mi habitación para adentrarme en el pasillo. El aire era denso y húmedo, lo que me dificultaba respirar, y no podía dejar de pensar en ella y en su imagen de la noche anterior en las termas.

Joder, esas putas termas.

Había sido una idea malísima.

Salí del edificio e inspiré hondo para intentar despejarme la cabeza. Tenía un trabajo que hacer, y no podía realizarlo pensando en cómo habría sido si le hubiera quitado la ropa y la hubiera tocado de la forma que inundaba mi mente cuando entrenábamos.

La ciudad aún dormía a mi alrededor, y debería haber estado ansioso por enterarme al detalle de la información que le habían dado a mi padre, pero solo podía pensar en ella.

Atravesé el camino y me dirigí hacia el campo de entrenamiento, donde me esperaba mi padre. Los edificios por los que pasaba eran antiguos y estaban en ruinas, y los caminos se desmoronaban por haber pasado años ocultos sin nadie que los cuidara.

Ralenticé mis pasos cuando alcancé a ver una lámpara que emitía una tenue luz en la tienda que tenía frente a mí.

Mi mirada se detuvo en el grabado de la ventana de cristal, y se me hizo un nudo en la garganta. Me dolía el pecho, y tragué saliva con dificultad sin apartar la vista del vitral, con esas flores de camelia de color rosa claro que lo cubrían; los recuerdos de mi madre me inundaron.

Mi madre había sido una guerrera en todos los sentidos de la palabra, pero, ante todo, siempre había sido mi madre y la de Wren. Era un papel que se tomaba muy en serio, y yo aborrecía que todo el mundo en esa ciudad la alabara por cómo había luchado y por cómo había muerto en lugar de por lo mucho que nos había amado. Hasta mi padre lo hacía.

Una parte de mí se preguntaba si él era capaz de recordar cómo nos había amado a los tres antes de la incursión. Yo sí podía, y para mí ella no era una guerrera: era mi madre, y al pasar junto al cristal y dejarlo atrás, el dolor amenazó con destrozarme el pecho.

Llegué al campo de entrenamiento y me agaché bajo la roca que colgaba baja, intentando esquivar los recuerdos de ella que acudían a mi mente. Me obligué a no pensar en nada más que en lo que se esperaba de mí cuando pisara el campo de entrenamiento.

Mi padre estaba allí, al otro lado del campo, esperándome, junto al padre de Eiran, Reed, y de las otras tres personas que siempre estaban a su lado.

—Pongámonos en marcha —ordenó mi padre tan pronto como me acerqué a ellos.

14

NYRA

Cuando abrí los ojos esa mañana Dacre no estaba en su habitación. Yo estaba tumbada en su cama, con sus sábanas enrolladas alrededor de las piernas, y todavía llevaba puesta su ropa, impregnada de su aroma, y él no estaba por ninguna parte.

Al despertarme, me sentía medio enfadada y medio avergonzada, por darme cuenta de que estaba abrazada a una almohada que olía exactamente como él.

Rápidamente recogí la ropa que había dejado esparcida por todo el suelo y salí de puntillas de su habitación como una ladrona en plena noche para regresar a la mía como si hubiera hecho algo malo.

Y que Wren no hubiera podido dejar de sonreírme, incluso durante el entrenamiento de ese día, me hizo sentir que no lo había conseguido.

—Estás mejorando mucho. —Eiran se pasó la mano por la cara y se secó el sudor de la frente. Acababa de darme una paliza en el círculo de entrenamiento, pero prefería sus cumplidos a los gritos de Dacre cada vez que hacía algo mal.

Y por eso me odiaba a mí misma, porque estaba buscándolo por todo el recinto.

No solo no estaba en su habitación cuando me había despertado, sino que tampoco estaba en el campo de entrenamiento cuando había llegado ahí esa mañana.

Estaba totalmente preparada para ignorarlo y para esforzarme al máximo por no dirigirle ni una sola palabra, pero ni siquiera tuve la oportunidad.

Y eso solo consiguió que me pusiera aún más furiosa de lo que ya estaba esa mañana.

—Esta noche vamos a salir todos juntos. —Wren me rodeó los hombros con el brazo; yo estaba tan distraída buscando a su hermano que no la había visto acercarse.

—¿Qué? —Todavía estaba tratando de recuperar el aliento después de la

paliza de Eiran.

—Hemos estado entrenando muy duro y nos merecemos un descanso. —Sonrió como si fuera la mejor noticia que podía darme, y, sinceramente, lo era. Mi cuerpo necesitaba una tregua, y, al parecer, yo necesitaba apartarme de Dacre como fuera—. Así que, querida, esta noche te toca aguantarme.

Ella enarcó las cejas y yo le di un codazo en el costado.

No quería que nadie supiera que había pasado la noche en la habitación de su hermano, y mucho menos, que se enterara Eiran.

—A ti también te toca aguantarme a mí. —Eiran sonrió, y era una sonrisa que debería haberme hecho sentir un cosquilleo en el vientre, pero no fue así —. Voy a mi habitación para asearme un poco. ¿Nos vemos antes de salir?

—Me parece bien. —Wren me cogió del brazo y, sin darme opción, me alejó del campo de entrenamiento y me llevó a nuestra habitación.

Tampoco me había dado otra opción cuando me tiró la ropa nada más terminar de bañarme.

—Todo el mundo está acostumbrado a verte con tu uniforme de cuero. Si queremos encontrarte un hombre en esta rebelión, tenemos que cambiar eso.

—No me interesa encontrar a nadie —resoplé; me dejé caer sobre la cama y aparté las prendas de un empujón.

—Ajá. —Entrecerró los ojos y me miró fijamente. Sus labios se fruncieron y una sonrisa maliciosa apareció en ellos sin que se molestara en evitarlo—. Por eso has entrado esta mañana con la ropa de mi hermano puesta.

—¡Ha sido por tu culpa! —señalé, y su sonrisa se desvaneció por fin.

—¿Sabes cuántas de mis compañeras de habitación se han quedado en el pasillo mientras yo tenía una visita? —Enarcó una ceja.

—Por los dioses, no quiero saberlo.

—Demasiadas. —Ella se rio entre dientes y puso los brazos en jarras—. ¿Sabes a cuántas de ellas Dacre las ha dejado dormir en su cama porque no quería que pasaran frío ahí fuera?

—No, pero seguro que me lo vas a contar.

—A ninguna —respondió incluso antes de que yo terminara de pronunciar la frase—. Y desde luego no mete en su cama a ninguna chica que no parezca completamente destrozada a la mañana siguiente.

Hice una mueca de dolor al sentir cómo me invadía la envidia. No pude evitar pensar en la mujer de la noche anterior que le había vendido el vino y lo había mirado como si lo conociera muy bien.

—Es tu hermano.

—Créeme, soy muy consciente de ello. —Ella hizo un ruido como si tuviera arcadas, y yo puse los ojos en blanco—. El que él insistiera en que nuestras habitaciones estuvieran una al lado de la otra para poder vigilarme nos ha salido mal a los dos.

Levanté la camisa que me había dado y se me pusieron los ojos como platos. Tenía menos tela que cualquier otra prenda que hubiera visto antes, y la dejé caer a mi lado a toda prisa.

—Creo que estás tan loca como tu hermano.

—Quizás. —Se encogió de hombros antes de señalarme—. Ahora vístete. Ya es tarde.

Fruncí el ceño y me puse a regañadientes la ropa sin dejar de refunfuñar; me quedaba demasiado ceñida, y me pasé un rato intentando desesperadamente que llegara hasta la cintura de los pantalones, pero por mucho que tirara de ella, la tela se tensaba contra mi pecho y se negaba a estirarse.

—Deja de hacer eso. Estás preciosa —me susurró Wren cuando bajamos las escaleras.

Eiran se volvió hacia nosotras y me dedicó una mirada apreciativa.

—Vámonos de aquí —sonrió, y nos indicó que lo siguiéramos.

Wren abrió la marcha por la ciudad y Eiran se quedó a mi lado. No dejaba de contemplarme con una suave sonrisa en el rostro, y yo correspondí a su gesto.

No fue hasta que hubimos cruzado media docena de puentes y que vi que las lámparas cada vez estaban más separadas entre ellas que empecé a preguntarme adónde íbamos.

—¿Adónde me lleváis? —Mi voz hizo eco en las paredes de la cueva y Wren se echó a reír.

—No te lo puedo decir. —Se acercó a mí y ladeó la cabeza—. Se supone que no debemos ir a ese lugar.

—Suena prometedor. —Suspiré profundamente y miré a Eiran.

Aunque me moría por no recelar de Wren, ella formaba parte de la rebelión, y yo no podía confiar del todo en ninguno de ellos.

En ese momento Wren era mi amiga, pero si hubiera sabido la verdad…

A medida que nos adentrábamos en la cueva el aire se volvía más frío y la luz más tenue. Apenas podía ver nada, pero Eiran extendió la mano y agarró la mía para ayudarme a orientarme.

Intenté no pensar en lo diferente que era de Dacre. El simple roce de la piel

de Dacre contra la mía me hacía arder con la fuerza de las llamas de una hoguera, mientras que los dedos de Eiran alrededor de los míos solo me hacían sentir bien.

Dacre no me había hecho sentir nada agradable.

Doblamos la esquina y un tenue resplandor anaranjado apareció en la distancia. Cuanto más avanzábamos, más brillante se hacía, hasta que las lenguas de fuego iluminaron nuestro camino. Cuando salimos de las sombras, vi a varias personas alrededor de una hoguera, con los rostros iluminados por las llamas danzantes. Había botellas de vino esparcidas por el suelo junto a ellos y el sonido de las risas flotaba en el aire.

La oscuridad en esa parte de la cueva era casi absoluta, y la única fuente de luz provenía de las llamas titilantes del fuego. Las estalactitas sobresalían de las paredes rocosas como dientes afilados.

—Este es nuestro lugar secreto. —Wren se volvió hacia mí y anduvo de espaldas con una sonrisa iluminando su rostro—. Que te hayamos traído aquí significa que no puedes contárselo a nadie más.

—¿A quién se lo voy a contar? —Solté una carcajada y eché un vistazo a mi alrededor.

—A mí. —Sentí la voz de Dacre como un escalofrío que me recorriera la espalda y me volví para verlo recostado contra una gran roca. Tenía una rodilla doblada y un brazo apoyado sobre ella, y de los dedos de la otra mano colgaba una botella de vino casi vacía. Sus ojos oscuros tenían una expresión penetrante—. Yo estoy a cargo de tu entrenamiento. Ni siquiera deberías estar aquí.

Mi cuerpo se tensó junto a Eiran, y sentí que un profundo rubor se apoderaba de mi cuello al escuchar esas palabras de Dacre. Su tono era condescendiente, y una parte de mí quería ignorarlo y marcharse, pero el orgullo me mantuvo clavada en el sitio.

—Bueno, como hoy no has venido al entrenamiento, Eiran te ha sustituido, y ha sido él quien me ha invitado a venir. —Mientras las palabras salían de mi boca, sentí que mis mejillas se sonrojaban aún más y deseé fervientemente que Dacre no pudiera verlo. La verdad era que no habría ido a ese lugar si no hubiera sido por Wren.

Dacre ladeó la cabeza y me estudió. Dioses, me miró de arriba abajo con lentitud, como si no le importara que todos a nuestro alrededor pudieran ver exactamente lo que estaba haciendo. La mano de Eiran se tensó alrededor de

la mía, como si pudiera protegerme del escrutinio de Dacre.

Dacre llevaba puesto su traje de cuero, pero le faltaba el chaleco, y solo vi una daga a su lado. Su cuerpo estaba relajado, su mirada, vidriosa por el vino, y estaba increíblemente guapo.

—Así que Eiran se ha hecho cargo de entrenarte, ¿no? —Se llevó la botella a los labios y dio un largo sorbo. Su nuez se movió al tragar y la botella tintineó contra sus dientes antes de que volviera a bajarla.

Por el rabillo del ojo capté que Wren nos estaba observando, pero no me atreví a apartar la mirada de él.

—¿Eso significa que esta noche te vas a desnudar en su habitación y dormirás en su cama?

Eiran se puso rígido a mi lado y Wren inspiró bruscamente, rompiendo el silencio que se había formado cuando todos se pusieron a escuchar la conversación. Pero Dacre solo me miraba a mí.

Sentí cómo el calor me subía por el cuello, y de pronto fui muy consciente de lo pequeña que era mi camisa, de lo ceñida que me quedaba al cuerpo. Los dedos de Eiran se crisparon contra los míos cuando me estrechó la mano con más fuerza, pero yo estaba demasiado concentrada en la expresión ardiente de Dacre, que parecía como si fuera a estallar en llamas en cualquier momento.

—¿Qué demonios te pasa? —le espeté, mostrando los dientes.

Dacre se echó hacia delante, con los ojos brillantes y una inquietante expresión divertida. Soltó una risa baja y maliciosa que me provocó un escalofrío.

—¿Qué me pasa? Nada en absoluto. Solo le estaba diciendo la verdad al pobre hombre. —Levantó la botella de vino y señaló con el cuello de esta hacia Eiran—. ¿No crees que se merece saber que anoche estuviste en mi cama? Porque te está agarrando como si esta noche fueras a estar en la suya.

Me tensé de la cabeza a los pies y me recorrió una oleada de humillación. Quería soltarle la mano a Eiran, pero me negué a darle esa satisfacción a Dacre.

No me atrevía a pronunciar palabra, así que me giré un poco y dejé que el silencio hablara por mí. Sentí la mirada de Dacre sobre mí, quemándome la espalda como mil soles. Cambié el peso de mi cuerpo y me volví hacia Eiran, quien tenía los ojos clavados en Dacre. Eiran ni siquiera se había dado cuenta de que me había girado hacia él.

Abrí la boca para hablar, pero Dacre no había terminado.

—Ven aquí, pequeña traidora —susurró, y yo me eché a temblar. Odiaba que lograra provocarme una reacción en así con tanta facilidad—. Ven a mostrarme lo que Eiran te ha enseñado hoy.

Pude oír a los demás riéndose a nuestro alrededor. Hasta la última parte de mi cuerpo me gritaba que me fuera, pero no podía controlar la rabia que me hacía apretar los puños.

Me solté de la mano de Eiran y me di la vuelta, con la cara ardiendo. Cuando Dacre se fijó en mi expresión, sus labios dibujaron una sonrisa engreída y un hoyuelo apareció en su mejilla derecha. Se puso de pie, con el cuello de su botella de vino todavía colgando entre dos dedos.

Me acerqué a él, dejando atrás a Eiran y a Wren e ignorando a todos los demás.

—Toma un trago. —Me tendió la botella—. Anoche te ayudó a relajarte.

El tono de su voz era burlón, pero la forma en que miraba por encima de mi hombro a Eiran con ojos oscuros y entrecerrados no lo era en absoluto.

—Ahora vuelvo —dijo Eiran a mis espaldas, pero no me giré para ver qué hacía.

Me crucé de brazos y la mirada de Dacre descendió hasta el contorno de mis pechos. Sentía un nudo en la garganta, pero me forcé a hablar.

—¿Por qué eres tan cruel?

Extendió la mano y me apartó delicadamente un mechón de pelo de los hombros, rozándome la piel cuando se echó hacia mí. Sentí su aliento cálido en la mejilla cuando me susurró al oído:

—No me has visto ser cruel. Si lo fuera, te metería la verga en la boca para impedirte hablar cuando me cansara de oírte.

Sus palabras me sacudieron como un puñetazo; me dio un vuelco el estómago y mis músculos se contrajeron de forma involuntaria. Dacre se acercó aún más, acortando del todo la distancia que nos separaba, y sus labios me cosquillearon en el cuello. Casi podía palpar su calor a pesar de que no nos tocábamos.

—No puedes decirme cosas así. —Me temblaba la voz, y no estaba segura de si era la ira o la lujuria lo que impregnaba mis palabras.

—¿Por qué no? —Su voz era como un líquido que se derramaba sobre mí—. ¿Porque te cabrea o porque te estás mojando entre esos muslos perfectos que estás apretando uno contra otro al imaginártelo?

Contuve el aliento y me aparté de él, tambaleándome y con el corazón

acelerado; sus ojos oscuros se clavaron en mis labios, y la forma en que se lamía los suyos me hizo sospechar que estaba mucho más ebrio por el vino de lo que yo había pensado hasta entonces.

—Eso no es cierto.

Bajó la vista hasta mis muslos sin ningún tipo de consideración.

—¿Vas a mostrarme lo que él te ha enseñado?

Cambié el peso de mi cuerpo hacia las puntas de los pies, lista para moverme.

—Creo que lo que necesitas beber es un poco de agua —dije, y tendí la mano para quitarle la botella, pero antes de que llegara a tocarla levantó el otro brazo a la velocidad del rayo y me agarró de la muñeca, fuerte, pero no demasiado; incluso borracho, seguía siendo más rápido que yo.

—Vamos. —Señaló con la cabeza hacia algún punto detrás de él—. Quiero enseñarte algo.

Miré por encima de su hombro y lo único que vi fue oscuridad. La luz del fuego no alcanzaba a iluminar esa zona, pero algo en la expresión de Dacre me retaba a aceptar.

Se me revolvió el estómago cuando la palabra «Sí» escapó de mis labios, aunque la parte racional de mi cerebro me gritaba que me negara. Dudé, con la boca ligeramente abierta.

—Toma. —Di un respingo cuando Eiran apareció de nuevo a mi lado y me tendió la pequeña copa que llevaba en las manos, llena de un líquido rojo oscuro, con una sonrisa forzada—. Te he traído algo de beber. —Su mirada no dejaba de pasearse de Dacre a mí.

—No hace falta, gracias. —Dacre alzó la botella de vino, y Eiran frunció los labios con disgusto y una expresión furiosa en el rostro.

Cogí la copa que me tendía Eiran, me la llevé a los labios y di un gran trago para calmar mis nervios. Mis dedos temblaban alrededor del borde, y, de repente, me di cuenta de que no era por miedo. Lo único que recorría mi cuerpo era el deseo, y ese deseo no tenía nada que ver con Eiran.

—Gracias, Eiran. —Me pasé los dedos por los labios para limpiarme las gotas de vino que habían quedado en ellos. Dacre me observaba fijamente, sin pestañear—. Dacre, mañana te enseñaré lo que he aprendido en el campo de entrenamiento.

Me di la vuelta, desesperada por escapar de la presencia de Dacre, y su risa presumida me persiguió. Sin embargo, Eiran había tenido la misma idea que yo

y me alejó de Dacre tan rápido como pudo.

Me senté frente al fuego, junto a Wren, y Eiran se sentó a mi otro lado.

Wren frunció el ceño y le echó un vistazo a su hermano, que seguía con su atención fija en mí.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó con voz suave pero exigente.

—No lo sé. —Puse las manos frente al fuego crepitante y las mantuve quietas hasta que sentí que el calor comenzaba a descongelar mis dedos helados, aunque el resto de mi cuerpo parecía arder por dentro—. Está claro que ha bebido demasiado.

Wren frunció el ceño, pero no hizo ningún comentario.

La gente charlaba a nuestro alrededor, sobre la vida, sobre la rebelión, y yo intentaba escucharlos e ignorar a Dacre. Trataba de no ser tan consciente de cómo me miraba. Y cuando se acercó y se sentó frente al fuego, justo enfrente de mí, me esforcé por no mover ni un músculo.

—¿Te duele? —Eiran me tocó el muslo, me tensé y me aparté de sus manos con disimulo.

—No. —Negué con la cabeza, intentando restarle importancia—. Estoy bien. Anoche pasé bastante tiempo en los manantiales. —Su mirada se desvió hacia donde estaba sentado Dacre, pero fingí no darme cuenta—. ¿Qué tal tú? No te habré exigido demasiado hoy, ¿verdad?

Eiran se rio entre dientes y se apartó el pelo de la cara.

—Me he enfrentado a cosas bastante peores, pero tú te has defendido muy bien en el campo de entrenamiento.

Estaba mintiendo, y los dos lo sabíamos. Pero Eiran era amable y no quería restregarme lo patética que era, como sí habría hecho Dacre.

—Es muy amable por tu parte, pero se me da fatal, y lo sabes. —Le di una palmadita en la mano a Eiran y él se rio.

—Sí, bueno, es una forma de verlo. —No me miraba de la misma manera que Dacre: Eiran me miraba como si yo tuviera algo especial, no como si escondiera algún secreto que quisiera descubrir, sino como si yo tuviera una historia que él estuviera deseando escuchar. Un hombre como Eiran se tomaría su tiempo conmigo y me adoraría de un modo inimaginable. Pero mientras intentaba pensar en ello, lo único que acudía a mi mente era el hombre que estaba al otro lado del fuego. Y que podía acabar conmigo.

—Eiran, hoy he estado con tu padre —dijo Dacre, alzando la voz para hacerse oír por encima todos los demás, y yo cerré los ojos cuando Eiran

apartó la vista de mí y se volvió en su dirección.

—Ah, ¿sí?

—Sí. —Dacre levantó lentamente la botella, dio un largo y profundo trago al vino tinto y luego se pasó una mano por su espeso cabello oscuro—. Es una pena que no hayas podido venir con nosotros.

—Dacre —dijo Wren con severidad, pero él no le prestó atención.

—Nos habría venido muy bien tenerte allí. —La cara de Dacre se ensombreció mientras se reía entre dientes—. No estaría tan hecho polvo ahora mismo si hubiera tenido un compañero.

Paseé la vista de él a Eiran; la tensión entre ellos era tan palpable que casi me ahogaba.

—Quizá deberías visitar los manantiales si estás tan mal. Y dejar el vino. —La voz de Eiran era más dura que solo un momento antes.

—Podría. —Dacre asintió y le dio vueltas a la botella entre las manos, muy despacio—. Pero cada vez que estoy en los manantiales y cierro los ojos, solo puedo pensar en su cuerpo y en lo suaves que sentía sus piernas bajo mis manos.

—Vale. Ya está bien. —Wren se levantó antes de que Dacre pudiera decir nada más, y sentí cómo me ardían las mejillas mientras me movía, inquieta—. Creo que ya es suficiente.

—De eso nada. —Dacre alejó la botella del alcance de Wren cuando ella se acercó a él.

—Hablo en serio, Dacre. No sé qué te pasa esta noche, pero se acabó. —Wren se cruzó de brazos y enarcó una ceja, pero él ni se molestó en mirarla: mantuvo la vista clavada en mí.

—A mí no me ha parecido bastante… —Tomó otro trago, ignorándola por completo.

—Dacre, ya está. Dame la botella.

—De acuerdo. —Dacre asintió y echó la cabeza hacia atrás para mirar a su hermana—. Te la daré con una condición.

—¿Cuál?

—Nyra.

Maldije entre dientes y sentí que todos nos miraban a los dos.

—Nyra es una persona y no una condición, idiota.

Dacre se volvió en mi dirección.

—Quiero enseñarle algo.

Tenía que estar bromeando.

—Ni de coña —respondió Eiran con voz severa y protectora, y, aunque podía entender sus motivos, me cabreó que se creyera con derecho a hablar por mí.

—No es un perro, Eiran. Puedes soltarle la correa.

Eiran abrió la boca para responder, pero yo ya me estaba levantando.

—Bueno, si ya habéis acabado de cabrearme, vámonos.

Dacre me miró con una sonrisa perezosa en el rostro, como si no acabara de meterme con él.

—Vamos entonces.

Se puso de pie, y, cuando Wren fue a coger la botella, le hizo un gesto de reprobación.

—Te la daré en cuanto Nyra cumpla su parte del trato.

Eiran miró fijamente a Dacre, pero no dijo ni palabra cuando se echó hacia delante, y, por un segundo, ocultó el rostro entre las manos.

A regañadientes, rodeé el fuego crepitante sin apartar la mirada de las sombras mientras me acercaba a él. No me esperó: ya se dirigía a grandes zancadas hacia el fondo de la cueva, dando por sentado que iba a seguirlo sin dudarlo. Y así lo hice.

Mi cuerpo se tensó más y más a medida que la luz del fuego quedaba en la distancia. Las piedras crujían bajo mis botas con cada paso, haciendo eco contra las húmedas paredes de la cueva.

—¿Adónde vamos? —Me apresuré para seguirle el ritmo, con la oscuridad acechándome por todas partes. Apenas podía distinguir su silueta entre las sombras, y el corazón me latía con fuerza por el miedo que tenía de perderme ahí.

Él ladeó la cabeza hacia un punto que no podía ver y habló en voz baja.

—Ya lo verás. —Un escalofrío me recorrió de la cabeza a los pies al darme cuenta de que no había nada más que un denso velo de oscuridad delante de mí.

—Si pensabas matarme, deberías haberlo hecho el primer día. —Miré por encima del hombro, pero apenas podía distinguir a los demás—. Le he cogido mucho cariño a Wren.

—¿Solo a Wren? —Me miró con una ceja enarcada—. Me ha parecido que también le habías cogido mucho cariño a Eiran.

—Los celos no le sientan bien a un chico tan guapo.

Se frenó en seco y yo choqué contra él por detrás. Estiró el brazo que tenía libre para sujetarme cuando trastabillé. Su roce era tan suave que me estremecí.

—¿Acabas de decir que soy guapo?

—En realidad estaba hablando de Eiran.

—No lo creo. —Se humedeció los labios, y, aunque me daba la impresión de que lo había hecho de forma distraída, me resultó muy irritante—. No pasa nada si piensas que soy guapo.

—También creo que eres idiota, pero solo te has quedado con lo de guapo, ¿no?

—Sí. —La sonrisa en su voz me hizo dar un paso adelante antes de poder detenerme a pensarlo.

—¿Es aquí adonde querías que fuera? —Intenté normalizar mi respiración, pero fue inútil; sabía que él podía oír mis jadeos.

—No. —Me agarró de la muñeca y me hizo seguir avanzando—. Ya casi hemos llegado. Cuidado con la cabeza.

Me levantó la mano hasta que tocó el techo frío y húmedo que se alzaba sobre nosotros y después se agachó y desapareció por una abertura pequeña, más pequeña que cualquier otra que hubiera visto en la cueva, pero acallé la ansiedad que latía en mi pecho y lo seguí.

Pude ver un destello de luz azul, y cuando me puse de pie al otro lado, contuve el aliento. Un lago de agua clara brillaba con un azul frío y proyectaba una luz inquietante sobre las húmedas paredes de la cueva. Las estalagmitas nos rodeaban, y los pasos de Dacre sonaron a mis espaldas mientras yo miraba a mi alrededor.

—¿Qué es este lugar?

—La mayor parte del agua de la cascada va allí. —Señaló hacia la izquierda, donde había una pequeña abertura que parecía no tener fin. El suave murmullo del río, que transportaba el agua hacia abajo, rompía el silencio—. Pero, por alguna razón, en esta poza la corriente no va en la misma dirección, y por eso siempre está tan clara. —Dacre se agachó junto al estanque y sus dedos extendidos dibujaron ondas en la superficie cristalina. Me acerqué y me maravillé ante la luz azul que parecía provenir del fondo del lago.

—Por favor, no te caigas. Te ahogarás antes de que pueda sacarte de ahí.

Dacre sonrió con aire burlón.

—¿Estás preocupada por mí?

—Lo que me preocupa es saber cómo iba a regresar sin ti. —Miré por

encima del hombro hacia la pequeña abertura por la que habíamos entrado y él se echó a reír.

—No te preocupes. Estoy seguro de que Eiran no descansará hasta encontrarte.

—Pues sí que te cae mal. —Me di la vuelta para escudriñar su expresión. Seguía rozando el agua con la punta de los dedos, suavemente.

—Eso es quedarse muy corta. —De pronto, me encontré acercándome a él y al borde del lago.

—¿Por qué?

—Esta noche no quiero hablar de eso. —Se echó hacia delante y yo dudé cuando sus dedos se entrelazaron con los míos para tirar de mí hasta que no tuve más remedio que sentarme a su lado, al borde del agua. Se acomodó a mi lado y me tendió la botella de vino. Se la cogí, pero no bebí: me limité a dejarla al otro lado, fuera de su alcance—. No eches a perder el momento. —Él entrecerró los ojos y yo puse los míos en blanco.

—¿Por qué estás bebiendo tanto esta noche? —Me aparté el pelo de la cara, me agaché y pasé los dedos por el agua. Estaba mucho más fría de lo que esperaba, y me dio un escalofrío.

—Necesitaba relajarme un poco.

—¿Por qué?

Dacre contempló mi rostro, apretando los labios, pensativo. Su expresión era intensa y calculadora, como si quisiera descubrir si confiaba lo suficiente en mí como para revelarme lo que tenía en mente.

—¿Cuánto sabes sobre la rebelión? ¿Cuánto sabes de verdad? —Si sus palabras no me hubieran llenado ya de dudas, la forma en que me miraba lo habría hecho.

—Todo lo que sé es lo que aprendí en el palacio. —Me encogí de hombros, porque era la verdad—. Imagino que no quieres saber lo que dicen sobre la rebelión.

Él asintió, y me pregunté si ya lo sabía. ¿Era consciente de lo que hacía mi padre cada vez que capturaban a alguien que conspiraba activamente como rebelde? Yo sabía muy bien de lo que era capaz mi padre cuando se trataba de aquellos que intentaban derrocar el reinado: me vinieron a la mente recuerdos de traidores colgados de las murallas del castillo al amanecer, con sus cuerpos sin vida balanceándose con el viento. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo al recordar todas aquellas noches que había pasado luchando por borrar esas

imágenes de mi mente.

—Bueno, nuestra rebelión no es lo que la gente de ese palacio quiere haceros creer. Sé que nos odias por traerte aquí y por obligarte a unirte a nuestra causa, pero ¿sabes a cuántas personas hemos salvado de la ira del rey Roan? ¿Cuántas personas temían por sus vidas hasta que las trajimos aquí? —Negué con la cabeza, porque no estaba segura de querer saberlo. Conocía de primera mano la crueldad de mi padre, pero no podía imaginar lo que les habría hecho a unos desconocidos después de lo que le había visto hacer a las personas a las que se suponía que debía amar—. Hoy, cuando estábamos patrullando, mi padre nos ha llevado a la base de la cascada. —Dacre tragó saliva con tanta fuerza que pude ver cómo se le movía el cuello por la tensión—. Últimamente hemos sabido que ha habido movimiento cerca de allí, y mi padre ha obtenido información sobre una posible forma de entrar en el castillo. —Me puse tensa, porque esperaba que Dacre me preguntara sobre eso, sobre lo que yo sabía del tema, pero él siguió hablando sin más—. Pero cuando llegamos allí… —Sacudió la cabeza y su mirada se oscureció, como si lo persiguieran los recuerdos—. Había dos niños tendidos al pie de la cascada. Los dos muertos. Era su padre quien nos había estado proporcionando información. —Apartó la mirada de mí y un destello de remordimiento cruzó sus ojos—. Llevaba años espiando para mi padre desde el interior del castillo. No tenemos ni idea de cómo lo han descubierto.

Sus palabras me dejaron helada.

—¿Quién era?

—¿Qué? —Se pasó la mano por el pelo.

—El hombre que os daba información. ¿Quién era? —Conocía a casi todos los hombres y mujeres de ese castillo. Había pasado toda mi vida con ellos, y contuve la respiración mientras esperaba la respuesta de Dacre.

—Griffin. Era consejero del rey. —Me observó atentamente para ver mi reacción, pero me esforcé por permanecer impávida, aunque sentía que el corazón me latía con fuerza en el pecho. No me había gustado nada Griffin durante el tiempo que fue asesor de mi padre, pero me importaban sus hijos.

Y si lo que decía Dacre era cierto…

No. No podía pensar en ello.

Tragué saliva para contener la pena que amenazaba con ahogarme e intenté que Dacre no viera ni rastro de ella en mi rostro. ¿Mi padre había sido el responsable de su muerte?

—¿Lo conocías? —preguntó Dacre, y su voz era suave, como si de verdad le importara que hubiera perdido a un ser querido.

Se me hizo un nudo en la garganta y se me quebró la voz cuando respondí.

—Solo de vista. —Eché un vistazo a mi alrededor para no enfrentarme a su expresión. Intenté no pensar en el tiempo que había pasado con sus hijos—. Pero sí conocía a sus hijos.

—Lo siento. —La disculpa de Dacre fue como una flecha en mi pecho, y luché por mantener la compostura. Sus palabras me hicieron dolorosamente consciente de que lo único que me salvaba de ser considerada una traidora más a los ojos de mi padre era el hecho de que él no sabía nada de mi paradero.

Pero yo era una traidora, tal y como Dacre me había llamado desde el momento en que nos conocimos.

Yo era la princesa de Marmoris, y ahí estaba, sentada con nuestro enemigo, hablando de las crueldades de mi rey.

Un rey que no debería haber tenido súbdito más leal que su heredera.

Mi corazón se aceleró al imaginar lo peor. Si Dacre descubría mi verdadera identidad, me mataría sin piedad. O quizá me utilizaría de un modo que me habría hecho desear la muerte.

Había oído hablar de las crueldades de la rebelión tanto como había experimentado las de mi padre. No quería pensar en cuál de ellas era peor.

—Me gusta venir aquí. —El sonido de la voz de Dacre me arrancó de mis pensamientos, y lo observé mientras contemplaba el agua—. Vengo aquí cuando el día ha sido demasiado duro o cuando los recuerdos de mi madre no dejan de atormentarme.

—Lamento lo de tu madre. —No recordaba si ya se lo había dicho, pero sentí la necesidad imperiosa de ponerlo en voz alta en ese instante. También habría querido confesarle lo mucho que lamentaba que mi propia familia hubiera contribuido a apartar a su madre de su lado. Lo mucho que lamentaba que su madre hubiera pasado la vida luchando contra un rey al que le daba igual si estaba viva o muerta.

Mi padre consideraba la rebelión una molestia, y no creía que se la hubiera tomado en serio hasta que habían asaltado el castillo. En ese momento sí que había visto el miedo en sus ojos. Mi padre acumulaba magia del diezmo, la guardaba para alimentar sus ansias de poder, pero ese día había encontrado una pizca de duda en su rostro. Quizá todo lo que les había quitado no había sido suficiente.

Ese hombre lo tenía todo, y, aun así, no había sido bastante para protegerlo cuando su pueblo decidió contraatacar por fin.

No creía que nada pudiera ya ser suficiente.

Dacre asintió, se recostó y cerró los ojos.

—Estoy demasiado borracho para mantener esta conversación.

Me reí suavemente, aunque no tenía gracia.

—Entonces, ¿de qué te gustaría hablar?

—De ti llevando solo mi camisa puesta. —No lo dudó un instante: sus palabras salieron lentamente, como si pudiera saborearlas, y quedaron suspendidas en el aire como una promesa tácita, haciendo que mi piel se estremeciera de anticipación—. Es lo único en lo que puedo pensar desde anoche.

Tragué saliva y lo miré fijamente. Sus pestañas le acariciaban las mejillas y parecía muy relajado.

—Llevaba puesto algo más que tu camisa.

—Lo sé. —Gimió suavemente—. Pero lo único en lo que podía pensar mientras me quedaba tumbado en la oscuridad era en qué habría pasado si no hubiera sido así. —Giró lentamente la cabeza hacia mí y me miró a los ojos con una intensidad que me dejó sin aliento. Su voz me sorprendió: era suave y profunda—. No dejaba de fantasear con la idea de desnudarte del todo, hasta que no te quedara nada detrás de lo que esconderte.

Sentí cómo se me subían los colores a la cara y aparté la vista, porque me sentía incapaz de enfrentarme a su escrutinio.

—Creo que ya es hora de que nos vayamos —dije, con la voz tensa, tragándome las palabras que quería pronunciar en realidad.

—Sería lo mejor, sí. —Se echó hacia delante y me pasó los dedos por el borde de la camisa. Jugaba con la tela de forma distraída, y eso contrastaba con el fuego que se estaba avivando dentro de mí con cada caricia—. ¿Te has puesto esto esta noche para castigarme?

—¿Cómo voy a castigarte con esto?

—Porque no eres mía.

Sus palabras me embriagaron mucho más de lo que cualquier vino hubiera podido hacer.

—No soy de nadie.

Su expresión se endureció y su contacto se volvió más firme.

—¿Eiran te ha tocado?

Tartamudeé, y apenas logré articular un «¿Qué?» antes de que un bufido incrédulo se escapara de mis labios. Negué con la cabeza, sin poder creerlo.

—No puedes hablar en serio.

—Hablo completamente en serio. —Levantó la mirada de mi abdomen hasta alcanzar mi rostro, y sentí una oleada de rabia que me recorría por entero. Sus ojos me provocaban con el mismo desdén que había mostrado en cada sesión de entrenamiento a la que me había sometido.

Me levanté rápidamente y me aparté de él antes de hacer algo de lo que me pudiera arrepentir.

Pronunció mi nombre, pero no me detuve: seguí alejándome hacia la entrada de la pequeña cueva. Dacre estaba borracho y yo no estaba de humor para discutir con él esa noche, y menos si me tocaba de esa manera, porque sabía que podía caer rendida por muy cruel que fuera conmigo.

Me agaché con cuidado, bajando la cabeza, y sentí el borde frío y dentado de la roca rozándome la espalda. Suspiré con alivio cuando por fin salí al otro lado del estrecho pasadizo, pero entonces me vi sola en una oscuridad aterradora. El tenue destello de luz que me había guiado a través del estrecho túnel ya no estaba, y luché contra el pánico que me invadía mientras contemplaba la posibilidad de darme media vuelta y regresar.

—Nyra, espera. —Estaba a punto de alejarme cuando Dacre salió tambaleándose de la oscura abertura y chocó contra mi espalda. Extendió las manos y me agarró por los brazos antes de que pudiera caer—. ¿Qué estás haciendo?

—¡No veo una mierda! —dije, un poco histérica.

—Si usaras tu magia, podrías producir luz.

—Oh, gracias a los dioses. No has perdido tu capacidad de ser un idiota ahí dentro. —Debería haberme alejado de él.

—No podríamos seguir adelante si no lo fuera. —Se echó a reír a mi espalda y pude sentir el calor de su aliento en mi nuca.

Temblé y supe que él lo había notado.

—Tú no podrías seguir adelante sin serlo porque es la base de toda tu personalidad. Yo estaría perfectamente. —Di un respingo cuando Dacre me tocó la nuca, y casi pude sentir su sonrisa mientras me rozaba la piel con la nariz—. ¿Qué estás haciendo?

—Disfrutando de ti por un momento. —Inhaló mi olor y apreté los muslos cuando sentí la vibración de su voz profunda—. Ahora no tienes ningún lugar

al que huir.

—Podría gritar para llamar a Eiran. —No lo decía en serio, pero sabía que esas palabras iban a enfadarlo. Y quería enfadarlo tan fácilmente como él me enfadaba a mí.

—Hazlo. —Me pegó a él, rodeándome la cintura con su musculoso brazo. Sus dedos rozaron mi vientre desnudo mientras me susurraba al oído—: Me encantaría que Eiran viniera y nos viera así.

—No le importaría. —Mi cuerpo temblaba bajo sus fuertes brazos cuando se acercó más y se pegó a mi espalda. Su cálido aliento me acarició la oreja—. No vamos a hacer nada.

—¿De verdad? —Se pegó más a mí y sus caderas quedaron contra las mías, y pude sentir el duro bulto de su excitación contra mi trasero, lo que me provocó una inmensa satisfacción al darme cuenta del poder que tenía sobre él.

Cerré los ojos y sentí su calor a través de mi ropa mientras sus fuertes brazos me rodeaban.

Quería quedarme anclada a ese momento, pero no podíamos hacerlo.

—Deberíamos irnos —dije en voz baja.

—No, no deberíamos —protestó Dacre junto a mi cuello, y el sonido me provocó una punzada de dolor en el estómago—. Aún no estoy listo para regresar.

Estaba a punto de rogarle que me tocara, pero no quería darle nada que pudiera usar en mi contra más adelante.

—Estás borracho, Dacre —murmuré, como si no quisiera que fuera cierto.

—Estoy pensando con más claridad que en mucho tiempo.

Esas palabras me inundaron como una ola de calor que se intensificó cuando sus labios me rozaron el lóbulo de la oreja.

—Juraría que se han ido por aquí… —La voz de Eiran llegó hasta el fondo de la cueva donde estábamos, aunque no podíamos verlo, y Dacre se tensó detrás de mí—. ¿Los ves?

—No. Vamos, Eiran. —Era Wren—. Dacre es más que capaz de cuidar de Nyra.

La mano de Dacre recorrió lentamente mi cuerpo y me provocaron un escalofrío cuando se demoraron en la suave piel de mi cuello. Me tapó la boca con sus largos y suaves dedos, apretando lo justo para mantenerme callada.

Sus labios me rozaron la oreja cuando pronunció un enfático *«Shhh»,* y su

otra mano se deslizó bajo el dobladillo de mi camisa para acariciarme el vientre con suavidad.

—Dacre. —El sonido de su nombre quedó amortiguado por la palma de su mano, y él gimió contra mi nuca.

—Dioses, me encanta cuando dices mi nombre. —Usó la mano que tenía sobre mi vientre para pegarme con más fuerza a él, más cerca de la evidencia de lo mucho que me deseaba—. Y me encanta aún más saber que Eiran te está buscando.

Abrí la boca, dispuesta a responder con una réplica ingeniosa, pero antes de que pudiera articular palabra, deslizó un dedo entre mis labios hasta llegar a la punta de mi lengua.

—¡Nyra! —gritó Eiran, y Dacre se rio suavemente.

—Te dejaré ir con él con una condición —susurró Dacre en mi oído—. Dime que no me deseas y te dejaré huir con él.

Abrí la boca, dispuesta a hacer justo lo que me había ordenado. Pero antes de que pudiera hablar, una de sus manos se deslizó desde mi boca hasta bajar por mi cuello, y la otra se movió lentamente y alcanzó mis pantalones; sus dedos trazaron suaves círculos que me dejaron sin aliento.

Lo único en lo que podía pensar era en esa puñetera mano suya y en cómo la punta de uno de sus dedos se deslizó bajo la cintura de mis pantalones.

—¿Estás mojada, pequeña traidora? —me susurró al oído, y de mis labios escapó un gemido que no pude contener. Deseé poder controlar las reacciones que me provocaba, pero había dicho tantas mentiras que no pude resistirme a decirle la verdad, así que asentí. Pero eso no fue suficiente para él—. Ponlo en palabras, Nyra. Quiero oírte decir lo mucho que me deseas.

Me invadió la vergüenza, pero no pude conseguir que me importara en ese momento, en la oscuridad, donde nadie más podía verme ni oírme.

—Te deseo.

—¿Qué es lo que deseas? —preguntó con voz ronca.

—Estoy mojada por ti. —Podía notar la humedad acumulándose entre mis muslos, y sentía que iba a morir si él no me tocaba.

Un gemido gutural y grave escapó de mis labios cuando sus manos exploraron mi cuerpo. Sus dedos se movían con seguridad sobre mi piel, y sentí el calor que irradiaba de él mientras los deslizaba lentamente bajo mi ropa. Mi respiración se aceleró cuando sus dedos se doblaron sobre mi carne, dibujando círculos que hicieron que mis piernas temblaran de anticipación.

Me cogió de la barbilla y me acarició delicadamente la piel con su curtido pulgar hasta que mis labios colisionaron con los suyos.

El beso no fue suave ni provocador, fue castigador y brutal; me rozó los labios con los dientes antes de entrar a la fuerza en mi boca y chocar su lengua con la mía. Sus dedos exploraron y empujaron con más firmeza contra mí, y yo me estremecí en sus brazos.

Era la primera vez que me besaban, y no fue para nada como esperaba. Había soñado con ese momento durante años, pero, de alguna manera, era más de lo que imaginaba.

Sus dedos se deslizaron hacia abajo, jugando conmigo y recorriéndome todo el cuerpo; soltó un gemido cuando se encontró con la humedad que lo aguardaba entre mis muslos.

—Dioses, estás tan húmeda por mí…

Lo besé con fuerza, tratando de contener mis gemidos de placer, pero él alzó la mano y me levantó el labio, acariciándolo con rudeza con el pulgar; volvió a besarme y deslizó su lengua en mi boca, justo cuando uno de sus dedos se deslizaba dentro de mí. Me quedé paralizada por un segundo antes de que su palma comenzara a trazar suaves círculos sobre mi sensible clítoris.

Nunca me habían tocado así, nunca me había sentido tan completamente fuera de control.

Me recosté contra él, sintiendo cómo se tensaban sus músculos bajo mi contacto. Su respiración se entrecortó en mi boca cuando deslicé mi mano por su muslo y le clavé las uñas en su ropa de cuero.

—¡Nyra! —gritó Eiran de nuevo, y volví la cabeza a toda prisa en dirección a su voz. Aún no podía verlo, pero sí alcanzaba a distinguir una luz que se acercaba hacia nosotros.

—Dacre.

—No te atrevas. —Sus dedos comenzaron a entrar y salir de mí suavemente, y mis muslos se tensaron alrededor de su mano—. No te dejaré ir a ningún lado hasta que pueda saborear tu orgasmo en mis dedos. —Contuve el aliento, porque nunca me habían hablado así. Yo era la princesa y todos me trataban como si fuera a romperme en cualquier momento. Pero Dacre no lo hacía, y sus palabras solo consiguieron que le mojara aún más los dedos mientras seguía estimulándome—. ¿Quieres correrte? —me preguntó, tan bajito que pensé que lo había imaginado.

—Sí —susurré, y él introdujo un segundo dedo dentro de mí.

Me sentí tan llena… Demasiado llena, y gemí cuando movió su mano con más fuerza y rapidez.

—Me estás haciendo sentir tan bien, pequeña traidora… —Me mordisqueó la oreja, y sentí esa leve punzada hasta lo más profundo de mi ser—. Dioses, ya puedo imaginar lo bien que me vas a recibir. Moriría tranquilo si te tuviera envolviéndome en tu interior, ciñéndome como si tu sexo estuviera hecho para mí. —Tensé el estómago tanto que noté una punzada de dolor, y me apoyé contra Dacre, dejando que él soportara mi peso mientras me concentraba únicamente en perseguir el éxtasis que me estaba proporcionando—. Te gusta esa idea, ¿verdad? Que te penetre mientras gritas mi nombre. —Asentí, pero su orden fue inmediata—. Dilo con palabras.

—Sí.

—Buena chica. —Su miembro me rozó el trasero y yo gemí de nuevo—. Te recompensaría muy bien. —Su palma presionó con más fuerza contra mi clítoris y pensé que no podría aguantar ni un segundo más—. Te devoraría como si llevara años sin comer. —Solté un gritito, pero él no había terminado —. He estado hambriento desde que te conocí, Nyra.

La presa se rompió dentro de mí y grité su nombre mientras el placer recorría cada tramo de mi cuerpo. Su mano no dejó de acariciarme, y la euforia que sentía era tan intensa que me daba ganas de llorar. Era demasiado, el placer era demasiado extremo, y apreté los labios para que nadie en toda la puñetera ciudad me oyera gritar su nombre.

—Nyra. —Era la voz de Eiran de nuevo, esa vez más cerca, y Dacre sacó su mano de mis pantalones con facilidad.

Gemí al sentir que perdía su contacto, y él se rio suavemente detrás de mí.

—Límpiamelos. Ya. —Llevó los dedos a mis labios—. A menos que quieras que Eiran te vea chupándome los dedos cuando llegue aquí. —Abrí la boca inmediatamente, con avidez, y no quería admitir ante mí misma que no tenía absolutamente nada que ver con Eiran ni con lo que él pudiera ver. Me saboreé en los dedos de Dacre, y él los hundió dentro de mi boca hasta que tocaron el fondo de mi garganta. Justo antes de que yo pensara que iba a vomitar, se detuvo—. Chupa —me ordenó suavemente, y yo obedecí.

Tensé las mejillas y chupé sus dedos más profundamente. Pasé la lengua por sus yemas, saboreándolas, hasta que finalmente él sacó los dedos de mi boca. Entonces me besó, lamiéndome los labios, y dejó escapar un gemido contra ellos justo cuando la luz inundaba mi visión.

—Nyra, ¿estás bien?

Dacre me soltó y yo parpadeé para mirar a Eiran. Estaba a unos quince pies de nosotros y parecía muy preocupado. No podía imaginar cuál era mi aspecto en ese momento, pero la vergüenza me inundó, aunque las oleadas de placer aún se aferraban a cada parte de mi cuerpo.

—Sí, estoy bien. —Me temblaba la voz, y esperaba que Eiran no lo notara—. Ya nos íbamos.

Paseó la mirada de mí a Dacre y regresó de nuevo a mí.

—Estábamos preocupados por ti. Sabemos lo mucho que ha bebido Dacre esta noche.

Sus palabras calaron hondo en mí, y la vergüenza que sentía un segundo antes no fue nada comparada con lo que sentía en ese instante. Era como si Eiran me estuviera recordando que lo que había pasado entre Dacre y yo esa noche era consecuencia del vino y nada más, y quizá tenía razón.

Dacre me odiaba, pero esa noche había sido… Bueno, no sabía lo que había sido, pero todavía podía sentir sus dedos entre mis muslos.

Podía sentir sus dedos por todas partes.

—Yo también estoy perfectamente bien, Eiran —dijo Dacre detrás de mí, y me sobresalté al oír su voz—. Gracias por tu preocupación.

—No estaba preocupado por ti, sino por ella.

—Yo diría que Nyra está mejor que bien. ¿Verdad, pequeña traidora? —Dacre se puso delante de mí, y me quedé boquiabierta al verle deslizar dos dedos entre sus labios. Me guiñó un ojo cuando pasó la lengua por ellos. No se molestó en disimular lo que estaba haciendo delante de Eiran, y cuando por fin se sacó los dedos de la boca, me entraron ganas de matarlo—. Incluso diría que está perfectamente.

—De acuerdo. —Eiran me miró con los ojos entrecerrados, y no me gustó lo cauteloso que era su gesto. ¿Sabía lo que acababa de hacer Dacre? ¿Lo que yo le había permitido hacer?—. ¿Quieres que os deje solos?

—No. —Di un paso adelante a toda prisa y esquivé a Dacre antes de que me diera tiempo a reconsiderarlo—. Por favor, vámonos.

Dacre se rio entre dientes detrás de mí, pero Eiran se limitó a asentir.

Me acerqué a él, pero esa vez no me cogió de la mano como había hecho antes. Seguía mirando a Dacre, y la expresión de disgusto de su rostro era evidente.

—Vamos. —Eiran me hizo señas para que avanzara y yo eché a andar

delante de él sin tardanza, confiando en que me seguiría.

—Nos vemos en el entrenamiento. —La voz de Dacre inundó la estancia, pero no me detuve. Tenía que salir de ahí.

15

NYRA

Tenía las palmas de las manos sudorosas cuando eché un vistazo al campo de entrenamiento, fijándome en cada detalle. Wren estaba a mi derecha, con sus largas piernas estiradas ante sí, y yo asentí a algo que estaba diciendo.

—¿Me has oído?

—¿Qué? —Parpadeé y la miré.

—Deberías estirar más. Te prometo que te ayudará con el dolor más tarde. —Se echó hacia delante y se tocó los dedos de los pies, y yo hice lo mismo.

El dolor.

El único dolor que se me ocurría era el que sentía entre los muslos al recordar el contacto con Dacre. Dacre, que había desaparecido después de que me hubiera ido con Eiran la noche anterior.

—¿Has visto a tu hermano esta mañana? —Estiré los brazos por encima de la cabeza, mirando a mi alrededor.

—No. —Ella se rio entre dientes—. Si me haces apostar, diría que probablemente está durmiendo para recuperarse del vino que bebió anoche. No sé qué le pasó.

Me mordí la lengua porque yo tampoco sabía qué le había pasado, pero no era algo que estuviera dispuesta a discutir con ella.

Al fin y al cabo, era su hermano.

—¿Eso significa que puedo regresar a nuestra habitación y dormir un poco más? —pregunté riendo, porque sabía que eso nunca iba a suceder.

—Hoy no —dijo una voz masculina grave a mis espaldas que no reconocí.

—Papá. —Wren se puso de pie y se plantó frente a su padre. No se acercó a él ni lo abrazó, como yo esperaba. Se quedó ahí, firme, como un guerrero ante su comandante, así que hice lo mismo.

—Tú debes de ser Nyra. —Se parecía tanto a su hijo que resultaba inquietante. Tenía canas en las sienes y el rostro marcado por el paso de los años, pero sus rasgos eran idénticos en todo, salvo en los ojos.

Solo lo había visto antes en una ocasión, cuando se había llevado a Dacre del entrenamiento, pero esa era la primera vez que me hablaba.

—Sí —asentí, y me moví, incómoda, bajo su escrutinio.

—He oído que mi hijo te ha estado entrenando. —Miró a su alrededor—. ¿Sabes dónde está ahora?

—Anoche no se encontraba bien —respondió Wren antes de que yo pudiera decir nada—. Escuché a través de la pared cómo vomitaba.

Me mantuve en silencio porque las mentiras que le contara a su padre no eran asunto mío. Tenía mis propias mentiras de las que preocuparme.

—Entonces, hoy vendrás tú conmigo, Wren. —Sus palabras eran una orden que ella acató con un asentimiento—. ¿Y qué hay de ti? —Ladeó la cabeza y me estudió. Su expresión era muy similar a la de Dacre, pero me ponía más nerviosa de lo que Dacre había conseguido jamás. Erguí la espalda bajo su mirada escrutadora.

—¿Qué?

—¿Has salido ya al campo?

—Apenas lleva unos días entrenando —respondió Wren por mí, pero su padre no le prestó atención.

—Vendrás con nosotros. —Echó a andar para apartarse de nosotras—. Nos vamos ahora mismo.

—Mierda —maldijo Wren entre dientes, y yo abrí mucho los ojos. Su padre ya se había alejado y ella sacó dos dagas diferentes de sus fundas en su chaleco para guardarlas en el mío—. Voy a matar a Dacre. —Miró por encima de mi hombro, como si fuera a aparecer de repente.

—¿Debería preocuparme? —Me temblaban las manos, a pesar de que no tenía ni idea de qué significaba «salir al campo». Pero no podía quitarme de la cabeza la imagen de lo que Dacre me había contado el día anterior en aquella cueva. Aquellos chicos. No sabía cómo iba a soportar algo así. No sabía si iba a ser capaz ni qué iba a hacer si me obligaba a acercarme al palacio.

—Quédate a mi lado. —Me tiró de las correas del chaleco y me miró con expresión preocupada—. Todo irá bien.

Ella fue tras su padre, y yo hice exactamente lo que me había dicho y me mantuve a su lado mientras nos acercábamos a él, a otros dos hombres y a Mal.

Abrió la boca como si fuera a hablar, pero luego la cerró de nuevo. No la había visto desde el día en que había llegado, y la verdad era que me alegraba

de ello.

—Bien. Vamos. —El padre de Wren apenas nos miró antes de guiarnos por un sinuoso sendero que nos alejaba del campo de entrenamiento y nos adentraba en las cuevas, cada vez más estrechas.

Andaba tan rápido que apenas podía seguirle el ritmo, pero me mantuve al lado de Wren todo el tiempo; llegamos al final de una enorme cueva y subimos una escalera de caracol tan cubierta de enredaderas que no habría sabido que estaba allí si no me la hubieran mostrado.

Cuando el padre de Wren llegó a la cima, levantó la roca circular que tapaba la entrada y dio paso a la luz cegadora del sol. Había pasado tantos días en la ciudad oculta que tuve que protegerme los ojos mientras se adaptaban a la luminosidad del día.

El padre de Wren y los demás desaparecieron por el agujero del techo, y Wren y yo los seguimos. Wren extendió la mano para agarrar la mía y me ayudó a subir antes de que entre las dos volviéramos a colocar la roca sobre la abertura.

Estábamos en medio del bosque, rodeados de árboles y sobre un suelo cubierto de espeso musgo. No tenía ni idea de dónde nos encontrábamos ni a qué distancia quedaba el palacio, pero podía oír el fuerte estruendo del agua al chocar contra la superficie. Era un sonido que solía anhelar por las noches. Abría la ventana y dejaba que ese murmullo lejano y familiar me arrullara hasta dormirme, porque mi madre ya no estaba allí para hacerlo.

Pero en ese momento ese ruido me hizo estremecerme y la ansiedad me poseyó. Estábamos lo bastante cerca como para oírlo, lo que significaba que también estábamos cerca de mi padre.

—Davian, tenemos que dirigirnos hacia el este —dijo Mal, mirando a su alrededor—. Se supone que debemos encontrarnos con él en breve.

El padre de Wren nos miró y asintió secamente.

—Acabemos con esto de una vez. —Fuimos tras ellos cuatro mientras se movían por el bosque como si fueran parte de él. Sus pasos eran silenciosos, y caminaban tan rápido que se me aceleraba la respiración al intentar seguirles el ritmo. Wren era casi tan sigilosa como ellos, pero se notaba a la legua que habían entrenado muchos más años que ella, incluida Mal.

El sudor me goteaba por la nuca cuando por fin se detuvieron detrás de un grupo de árboles grandes, e intenté serenar mi respiración entrecortada mientras examinaban el pequeño claro que teníamos delante.

No sabía a qué estaban esperando, pero la tensión en el ambiente era densa y sofocante. Podía oír el rugido de mi sangre en los oídos cuando observé a los hombres, que oteaban el claro.

—¿Por qué la has traído? —preguntó Mal en voz baja, aproximándose a Wren.

—Ha sido una orden de Davian —respondió Wren entrecerrando los ojos —. ¿Te gustaría ser tú quien le dijera que no era buena idea?

Mal no le respondió; en cambio, se agachó y miró hacia el claro.

Me quedé sin aliento cuando un movimiento entre los arbustos cercanos reveló una figura alta y de hombros anchos, con una mandíbula fuerte y cabello negro corto.

Faris.

Nos conocíamos desde hacía años, desde que yo era una niña pequeña que jugaba en los patios del castillo. Era uno de los principales comandantes del ejército de mi padre, y era imposible que no me reconociera. Sentí un mareo cuando el miedo se apoderó de mí, y me obligué a respirar con calma.

Davian nos indicó que nos quedáramos quietos mientras él y los otros hombres desaparecían entre los árboles.

Wren me agarró de la mano, me dio un apretón firme y tranquilizador y se acercó más a mí. Nos acuclillamos junto a la base de un árbol enorme, cerca de Mal, y pude sentir la tensión en el cuerpo de Wren.

No había duda de que ellas también podían sentirla en el mío.

—¿Sabes quién es ese? —le pregunté a Wren en voz tan baja que apenas pude oír mi propia frase.

Ella negó con la cabeza sin apartar la vista de Faris.

—No lo había visto antes.

—Es un comandante del ejército del rey Roan —siseó Mal sin volverse hacia nosotras.

Observé cómo Faris paseaba de un lado a otro en el claro, con expresión inquieta. Parecía que llevaba días sin dormir: tenía el rostro demacrado y angustiado.

Sentí un escalofrío que me recorrió la espalda. Faris era conocido por lo despiadado que podía llegar a ser en la batalla. Las historias que mi padre solía contar sobre sus grandes hazañas bélicas habían sido lo suficientemente duras como para revolverme el estómago, y no me sentía segura con él allí, delante de nosotros.

—Él me conoce —le susurré al oído a Wren antes de poder pensarlo mejor. Si tenía que enfrentarme a eso, quería hacerlo con alguien en quien confiaba y que al menos supiera parte de la verdad. La única parte de la verdad que podía darle.

Wren me evaluó con la mirada, y no vi ni rastro de juicio u odio en su expresión.

—Esperaremos y observaremos. —Su voz era firme y tranquila—. Nos mantendremos ocultas a menos que mi padre nos diga lo contrario.

Asentí, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho.

Vi cómo Davian daba un paso al frente para situarse delante de los demás.

—Tú eres quien ha solicitado esta reunión —le dijo a Faris—. ¿Qué quieres?

Los ojos de Faris se posaron en el padre de Wren, y se aproximó a él.

—Tengo información que podría serte de gran utilidad. —La expresión de Davian era indescifrable mientras esperaba a que Faris continuara—. Sobre el paradero de la princesa. —La voz de Faris era baja, y sentí que Wren me apretaba la mano con más fuerza.

—¿Qué te hace pensar que eso nos interesa? —El tono de Davian era duro, pero vi cómo se acercaba un poco a Faris.

—La princesa Verena es una valiosa moneda de cambio —respondió Faris, oteando el claro con rapidez—. El rey lleva meses enviando a sus hombres a buscarla. —Era la primera vez que oía mi nombre en mucho tiempo, y me sentí desfallecer. Davian irguió los hombros y cambió el peso de un pie a otro.

—Porque es su hija. —Se mostraba casi aburrido por la conversación, pero no apartaba la vista de Faris, esperando su respuesta—. Eso no la convierte en algo valioso para mí.

—No le importa porque sea su hija —espetó Faris, y me invadió la vergüenza—. Si ella le hubiera bastado, no se habría pasado años matando lentamente a su reina al obligarla a que intentara darle otro heredero.

La culpa y el dolor eran peores que cualquier espada que alguien pudiera clavarme, y la agresividad de las palabras de Faris hizo que me temblaran las manos.

—Entonces, ¿qué quiere de ella? Ahora tiene una nueva reina. —La mano de Davian se movió casi imperceptiblemente, pero vi cómo se acercaba lentamente a las espadas que llevaba a la cintura.

Faris negó con la cabeza; su mirada se posó en la mano de Davian y luego volvió a su rostro.

—Está desesperado por encontrarla. —Mi padre ni siquiera se había preocupado por saber dónde estaba yo cuando los rebeldes habían asaltado el palacio. Su nueva reina estaba protegida, pero ¿y yo? No ocupaba ni uno solo de sus pensamientos, y esa había sido la única razón por la que había podido escapar sin que ninguno de ellos me hubiera visto. Faris bajó la voz hasta convertirla en un susurro y siguió mirando a su alrededor con expresión inquieta—. Ella es su única heredera. Se rumorea que su nueva reina le está fallando, igual que le falló la primera.

Me quedé sin aliento, y la opresión que sentía en el pecho amenazó con aplastarme.

Siempre había sido cruel, pero seguía siendo mi padre y yo seguía siendo la única hija de la reina a la que él había amado.

Extendí la mano rápidamente y la apoyé en el árbol para evitar caerme.

Wren me estrechó la otra mano para que me volviera en su dirección, pero yo no podía dejar de pensar en lo que Faris acababa de decir. Si mi padre quería matarme, nada iba a detenerlo.

—¿Qué ha sido eso? —Faris se llevó la mano a la daga, retrocedió y miró hacia donde estábamos escondidas—. ¿Hay alguien más aquí?

La mirada de Davian se desvió hacia nosotras, y sentí que Wren me pegaba más a ella. La tensión en el aire era sofocante, y yo ya apenas podía respirar.

—¡¿Quién anda ahí?! —gritó Faris, con la daga desenvainada, escudriñando la zona.

Davian dio un paso adelante, con la mano apoyada en la empuñadura de su propia espada, escondiéndonos de él.

—Tranquilo, Faris. Solo son dos de mis aprendices.

—¿Qué hacen aquí? —Faris esquivó a Davian para intentar localizarnos—. Mostraos.

Davian hizo un gesto con la cabeza en nuestra dirección y Wren se puso de pie. Me tiró del brazo para que la imitara, pero yo dudé.

El miedo, puro e implacable, se apoderó de mí y me paralizó. No podía moverme. No podía respirar. Sentí que Wren me tiraba de nuevo del brazo, pero no me atrevía a enfrentarme a Faris.

—No pasa nada, Nyra. —La voz de Wren era tranquila y tranquilizadora, pero ella no podía entender lo que pasaba.

Faris le dio vueltas a su daga en la mano, y yo estaba ansiosa por coger la mía. Pero, por mucho que Dacre me hubiera presionado en los

entrenamientos, no tenía ninguna posibilidad de luchar contra él, y mucho menos contra todos los demás.

—Faris —advirtió Davian, con la mano aún posada sobre su espada, mientras Wren salía de detrás del árbol que nos servía de refugio.

Con su mano aún aferrada con fuerza a la mía, se mantuvo erguida y orgullosa, con la barbilla alta. Sus ojos no se apartaron ni un instante de Faris mientras yo inspiraba hondo y salía detrás de ella.

Faris parpadeó, con la daga aún firmemente desenvainada en la mano, y un instante después se le pusieron los ojos como platos al verme.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con voz baja y peligrosa.

Vi por el rabillo del ojo que Davian y los demás se volvían para mirarme, pero yo no me atrevía a apartar la vista de Faris.

—Faris, por favor. —Levanté la mano hacia él, con la esperanza de calmarlo. Pero entrecerró los ojos solo un segundo y la daga salió volando de su mano.

Se me aceleró el pulso al ver el destello de la hoja yendo hacia nosotras, apuntando directamente a Wren, que se había interpuesto entre Faris y yo. El tiempo se ralentizó y todo a mi alrededor pareció difuminarse.

Apreté con fuerza la mano de Wren y tiré de ella. La hoja se movía tan rápido que apenas me di cuenta de que la punta afilada me atravesaba la camisa y me rozaba el brazo hasta provocarme un dolor ardiente; siguió su camino y se clavó profundamente en el árbol que estaba detrás de nosotras.

El padre de Wren había desenvainado su daga, pero no antes de que Faris sacara otra daga de su vaina.

Pero Wren no se inmutó ni vaciló.

Ella ya tenía su propia espada desenvainada en la mano, que no temblaba como la mía.

—¿De qué la conoces? —le preguntó Davian a Faris, señalándome con la punta de su espada, pero antes de que Faris pudiera responder, Wren ya se había puesto en guardia.

No podía creer la velocidad con la que había reaccionado. Sus movimientos eran elegantes y fluidos, y le hizo un corte letal a Faris en el cuello. La sangre brotó de la herida y Faris trastabilló hacia atrás, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—La princesa… —Las palabras de Faris eran ininteligibles, y luchaba por respirar, pero no había duda de lo que había dicho.

—¿Qué pasa con la princesa? —preguntó Davian con voz atronadora y

desconcertada.

—Él os matará a todos por ella. —No apartó la vista de mí—. Os matará.

Faris cayó hacia delante; sus rodillas golpearon con fuerza la dura tierra con un ruido sordo y la daga se deslizó de sus dedos sin vida.

Sin dejar de mirarme fijamente, su cuerpo se debilitó y Faris se desplomó en el suelo, con la cara apoyada en la tierra húmeda cubierta de musgo. Me quedé paralizada, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho, mientras veía cómo intentaba insuflar de aire sus pulmones, tendido sobre la hierba.

—¿Qué coño ha sido eso? —dijo uno de los hombres que acompañaban al padre de Wren.

Davian se giró en mi dirección, frunció el ceño y tensó la mandíbula, con la ira y la confusión reflejadas en su rostro. Me temblaban de forma incontrolable las manos, que había dejado caer laxas a los costados, y el dolor que me recorría el brazo se intensificaba con cada segundo que pasaba.

La sangre me corría por la piel hasta llegarme a los dedos y caer goteando al suelo, pero no me atrevía a apartar la mirada de los hombres que tenía delante el tiempo suficiente para comprobar los daños. La expresión de Davian se transformó en pura rabia, y sus músculos se tensaron cuando se abalanzó hacia mí. Me preparé para el impacto, sabiendo que la herida que tenía no era nada comparada con lo que él iba a hacerme. Trastabillé, resbalé en el espeso musgo y tropecé con las raíces que sobresalían de la superficie, que parecían querer aferrarse a mis tobillos. Apenas logré apoyarme contra el tronco del gran árbol que tenía detrás e hice una mueca de dolor al apoyar el peso sobre mi brazo herido.

Davian se me echó encima antes de que pudiera pensar o incluso respirar, y, aunque podía oír a Wren decirle a su padre que se detuviera, él no le hizo ni caso.

Me rodeó el cuello con una mano y, con la otra, me clavó los dedos en la herida del brazo, y yo grité de dolor, aunque apenas podía respirar.

—¿Quién demonios eres? —exigió saber, y su saliva aterrizó en mi barbilla.

Levanté la otra mano para aferrarme a la suya, que no me permitía coger aire. No podía hablar, pero, aunque hubiera podido, nunca le habría dicho la verdad.

Mi mente se aceleró y el pánico se apoderó de mí cuando él me apretó con más fuerza la herida.

—¡¿Cómo coño va a contestar?! —exclamó Wren desde algún punto cerca

de mí; yo solo podía ver el rostro de Davian, idéntico al de su hijo.

Davian le echó un vistazo distraído a la mano que tenía sobre mi cuello y, por fin, aflojó su presa, pero solo lo suficiente como para que yo pudiera hablar.

—Ya os he dicho quién soy.

—No me mientas, joder. No soy mi hijo. —Su mano se tensó contra mi cuello y su mirada se aceró mientras me escudriñaba el rostro—. ¿Cómo es que Faris te conocía?

—He vivido en el palacio toda mi vida. —Era la verdad.

«Haz que tu historia se parezca lo más posible a la verdad».

—¿Y la princesa? —Apretó con más fuerza las manos, y un gemido que intenté contener se escapó de mis labios.

—¿Y ella qué? —Tenía los dedos manchados de sangre.

—Tenemos que encontrar a la princesa.

—Ya le has oído. Eso es buscarte la muerte.

La mano que me sujetaba el cuello se tensó y él me sacudió la cabeza hasta que la parte posterior de mi cráneo se estrelló contra la corteza. Se me nubló la vista y volví a luchar por respirar cuando sentí que se acercaba aún más a mí.

Wren gritaba, pero ya no podía entender lo que decía.

Sentí la sombra de la barba de Davian arañándome la mejilla y quise empujarlo, sacar la daga de mi chaleco como Dacre había intentado enseñarme, pero no podía concentrarme en nada más que en parpadear para alejar el humo oscuro que parecía nublar mi mente.

—Los traidores no tienen cabida en esta rebelión. —Su boca estaba tan cerca de mi oído que podía sentir cómo se movían sus labios mientras me hablaba solo a mí—. Sabes más de lo que dices. Nos ayudarás a encontrar a la princesa o morirás en el intento.

No podía respirar. Me pesaban los párpados y ese humo oscuro llegaba a todos los rincones de mi visión. Parpadeé de nuevo, intentando eliminarlo, pero su atractivo era demasiado embriagador.

Davian me soltó y, cuando el aire volvió a llenar mis pulmones, me flaquearon las rodillas. Me derrumbé sobre el suelo y agradecí el grueso musgo que amortiguó mi caída, incluso cuando las lágrimas brotaron de mis ojos al intensificarse el dolor punzante de mi brazo.

Davian dio otro paso atrás y Wren llegó a mi lado al instante.

—Mierda —maldijo entre dientes, y cuando levanté la vista hacia sus ojos,

que eran como miel cálida mezclada con un mar verde, pude ver su propio miedo reflejado en ellos.

—Lleva a tu aprendiz de vuelta bajo tierra, Wren —espetó su padre, sin mirarme siquiera—. Ahora que has matado a nuestro informante, tenemos que hacer control de daños. —Nos dio la espalda, y las manos temblorosas de Wren me recorrieron las mejillas.

—Nyra, voy a necesitar que me ayudes a ponerte de pie. —Nyra. Dioses, la echaba de menos. Intenté recordar el sonido de su voz, la expresión de su rostro cuando reía, pero todo me parecía vacío. La echaba muchísimo de menos, y apenas podía recordarla—. Nyra, mírame. —Parpadeé y obedecí, deseando desesperadamente poder decirle mi verdadero nombre. Deseaba poder contárselo todo a Wren—. No pasa nada —susurró con un gesto de asentimiento. —Déjame ayudarte.

—¡Vamos, Mal! —gritó Davian, y me volví hacia a mi derecha para ver a Mal arrodillada a mi lado, poniéndome una fina venda blanca alrededor del brazo. No me miró a los ojos mientras trabajaba.

—¡Ya voy! —gritó por encima de su hombro, y acercó la cabeza a la de Wren.

—Llévala bajo tierra —exigió—. Llévasela a Dacre.

16

DACRE

Apenas podía concentrarme en nada de lo que Kai decía porque me dolía muchísimo la cabeza.

—Me preocupa lo que harán si no encuentran nada pronto. Están inquietos, y la impaciencia puede ser el fin de una rebelión.

—Yo diría que están más que inquietos. —Me crucé de brazos, observando a los reclutas mientras entrenaban—. Mi padre ha estado sediento de sangre desde el momento en que abandonamos el palacio sin mi madre. En realidad, mucho antes de eso.

Kai asintió, y pude ver los mismos fantasmas que me atormentaban nublando su mirada. Su padre había muerto en el mismo asedio que se había llevado a mi madre. Era una misión absurda, y todos habíamos pagado el precio.

—¿Dónde está mi hermana? —Miré a mi alrededor en el campo de entrenamiento y evité hacer la pregunta que de verdad quería hacer: *«¿Dónde está Nyra?»*.

La noche anterior había ido demasiado lejos, había sido demasiado brusco, pero no pensaba arrepentirme. Porque, aunque odiaba a Nyra, deseaba desesperadamente volver a tocarla. Había sido tan dócil bajo mis manos, se había mostrado tan ansiosa por sentir mis caricias cuando estaba seguro de que iba a rechazarme…

Y aunque me había mirado con total repugnancia cuando se había ido con Eiran, yo solo podía sonreír, porque ella me deseaba tanto como yo la deseaba a ella.

—No la he visto. —La voz de Kai interrumpió mis pensamientos, y volví a mirar a mi amigo, que se reía entre dientes—. ¿Estás preocupado por tu hermana o por su nuevo acompañante?

—No me importa nada de lo que haga Nyra, aparte del hecho de que no está aquí entrenando. Con lo mal que pelea, es capaz de conseguir que nos maten a

uno de nosotros.

—Cierto. —Kai se pasó la mano por la boca, que esbozaba una sonrisa cómplice—. Por eso esta mañana, durante el desayuno, todo el mundo hablaba sin parar de ti y de ella, y, al parecer, del ridículo que hiciste anoche.

Me invadió la frustración al pensar que alguien pudiera estar hablando de ella y de mí.

—No hice el ridículo. Me porté como un idiota. Hay una gran diferencia. —Observé a los dos hombres que tenía delante y tomé nota mentalmente para acordarme de corregir la postura del de la derecha cuando por fin se detuvieran.

—Si tú lo dices… —Se echó a reír de nuevo—. ¡Joder! —soltó al cabo de un instante.

—¿Qué? —Me volví en su dirección.

Kai había clavado la vista al frente, cerca del fondo de la cueva, y cuando me volví hacia ahí, sentí el rugido de la sangre en los oídos.

—Nyra —maldije entre dientes mientras corría hacia ella y Wren. Nyra se apoyaba laxamente en Wren para mantenerse en pie, y pude ver la preocupación en el rostro de mi hermana, que paseaba la vista de Kai a mí—. ¿Qué ha pasado? —pregunté al acercarme.

Nyra tenía un vendaje ensangrentado en el brazo, que mantenía pegado al cuerpo, y por la cantidad de sangre seca que le cubría hasta la punta de los dedos, supe que debía de estar sufriendo mucho dolor.

—Solo un poco más —le dijo mi hermana con calma a Nyra, pero yo aún no había visto su rostro.

—Esto no pinta bien —gruñó Kai, y vi cómo Nyra levantaba la cabeza y lo miraba a los ojos antes de volverse finalmente hacia mí.

La ira nubló mi visión como una gruesa capa de hielo sobre un estanque negro, y apreté los puños hasta que los nudillos se me pusieron blancos.

Su delicado cuello estaba cubierto de marcas amarillentas inconfundibles, que ya comenzaban a volverse de un color púrpura intenso en los bordes.

Alguien la había agarrado por el cuello.

—¡¿Qué coño ha pasado?! —bramé, incapaz de controlar la ira.

—Estoy bien. —Nyra no apartó los ojos de mí, pero pude ver la desesperación que intentaba ocultar en lo más profundo de su mirada—. Solo necesito sentarme un momento.

Estaba mintiendo.

Me eché hacia delante y apreté y aflojé el puño antes de ayudar a mi hermana a sostener el peso de Nyra; le echamos una mano para que pudiera sentarse en una gran roca al borde de la cueva.

—No te lo voy a volver a preguntar, Wren. ¿Qué coño ha pasado?

A Wren le temblaban las manos mientras jugueteaba con la empuñadura de una de sus dagas.

—Ha sido nuestro padre. —Wren habló tan bajito que casi no la oí, pero sus palabras me impactaron como si las hubiera gritado. Mis manos dejaron de moverse sobre la herida que Nyra tenía en el brazo.

—¿Perdón?

—Ha sido Davian.

—Ya sé quién es nuestro padre —espeté, y Nyra se enfureció y por fin se dirigió a mí.

—No seas idiota con ella. —Las marcas de su cuello se oscurecían por segundos; ahí estaba, sentada frente a mí, y, a pesar de sus heridas, estaba defendiendo a mi hermana contra mí.

—No estoy siendo idiota.

—Ya lo creo que sí. —Resopló y se volvió hacia Wren, que había vuelto a hablar.

—Te estaba buscando, y cuando le he dicho que no te encontrabas bien, ha querido que yo fuera al campo con él. No le ha importado que Nyra solo llevara unos días entrenando. También quería que ella fuera.

Me invadió la culpabilidad. Joder. Si hubiera estado ahí, eso nunca habría pasado. No se habría llevado a Nyra, y mucho menos a Wren, ahí arriba con él. Ya sabía lo que pensaba sobre poner a Wren en peligro innecesariamente.

Pero su vida no le importaba. Ella era solo otra soldado más. Todos lo éramos.

—¿Y qué ha pasado entonces? —pregunté con mucha más calma, aunque apenas podía contener la ira mientras desenrollaba con cuidado la gasa manchada del brazo de Nyra para examinar la herida que había debajo.

Wren abrió la boca para hablar, pero luego cruzó la mirada con Nyra. Fuera lo que fuese, o era algo malo, o no querían que yo lo supiera.

—¿Qué ha pasado? —repetí; retiré por fin la venda de la herida de Nyra y ella hizo una mueca de dolor cuando me llevé un poco de sangre seca al tirar.

Estudié el brazo herido de Nyra. El corte era profundo pero limpio, como si le hubieran atravesado la carne con una cuchilla.

Pasé suavemente el pulgar sobre la sangre seca para ver mejor cómo estaba y Nyra gimió.

—Davian se ha reunido con un informante —explicó Wren.

—¿Con quién? —Conocía a casi todos los informantes de mi padre. Yo era quien se los conseguía.

—Con Faris —respondió Nyra antes que Wren tuviera ocasión de hacerlo.

—¿Ha sido Faris quien le ha hecho esto? —pregunté, señalando con la cabeza el brazo de Nyra.

Ella asintió y Wren volvió a hablar.

—No paraba de hablar de la princesa y de cómo el rey se ha vuelto loco porque ella ha desaparecido.

—¿Ha desaparecido?

—Según Faris. Pero, por cómo lo contaba, parecía que el rey no quisiera recuperar a su hija. Quiere a *su heredera,* pero es como si deseara verla muerta.

Nyra se tensó en mis brazos e intentó soltarse, pero yo no se lo permití. Busqué respuestas en el lado de su rostro que me permitía ver, pero no revelaba nada.

—¿Y entonces?

—Y entonces nos ha visto a Nyra y a mí —susurró Wren, y se acercó un paso a nosotros, al igual que Kai—. Me ha lanzado una daga antes de que yo tuviera tiempo de reaccionar. Me habría dado en el pecho si Nyra no hubiera tirado de mí.

El corazón me latió con fuerza en el pecho al escuchar las palabras de Wren. Mi hermana casi había sido asesinada, y no había sido mi padre quien la había salvado. Había sido la pequeña traidora que tenía delante.

Había sido uno de ellos toda su vida, y, aun así, había salvado a mi hermana.

—¿Y lo del cuello? —Señalé con la cabeza los moratones que se oscurecían en su piel.

—Eso ha sido papá. —Wren apartó la mirada de mí y la dirigió hacia el lugar por donde acababan de llegar, como si nuestro padre pudiera aparecer en cualquier momento.

Me quedé con la mano paralizada sobre el brazo de Nyra y busqué el rostro de mi hermana.

—¿Qué?

—Se ha enfurecido cuando he matado a Faris. Estaba muy enfadado porque Faris conocía a Nyra. —Wren echó un vistazo a su alrededor—. Le ha hecho

eso del cuello mientras le exigía respuestas que ella no podía darle.

Apreté el brazo de Nyra sin darme cuenta.

—Joder, ¿ha intentado estrangularla?

Sin pensarlo, mi otra mano se movió para cogerla de la barbilla y girársela suavemente hacia mí para poder ver bien las marcas que mi padre le había dejado.

Sus cálidos ojos azules se encontraron con los míos, y, donde esperaba encontrar dolor y miedo, lo que vi fue determinación.

—¿Dónde está?

—Dijo que iba a hacer control de daños. —Wren se cruzó de brazos, y pude ver el miedo en la expresión de mi hermana—. Mal me ha dicho que te trajera a Nyra.

—¿Mal estaba allí?

Nyra soltó un leve gemido. Me volví hacia ella y relajé los dedos que le apretaban el brazo: le estaba haciendo daño.

—Tenemos que limpiarle esta herida.

Y necesitaba alejarme de ella antes de hacer alguna tontería. Los recuerdos de cómo la había tocado la noche anterior, de las cosas que le había dicho, me habían estado atormentando desde el momento en que se había marchado con Eiran, y ver la marca de mi padre en su cuello en ese momento me hacía sentir posesivo hacia ella, a pesar de que no era mía.

Pero quería asegurarme de que todos los que formaban parte de la puñetera rebelión supieran que lo era.

—Si no encuentra algo pronto… —Wren se detuvo y se mordió el labio inferior antes de pronunciar las siguientes palabras—. Estoy preocupada por él.

—Wren, llévala a ver a los curanderos y luego a los manantiales. —Me puse de pie y me pasé las manos por el pecho, catalogando mis armas sin pensarlo siquiera—. Necesito hablar con nuestro padre.

Yo también estaba preocupado por él. Preocupado por el hombre en el que se estaba convirtiendo desde que habíamos perdido a mi madre. Ya no era el padre que yo conocía: se había convertido en un hombre al que yo *no quería* conocer.

Mi mirada se cruzó con la de Kai, y me aparté. Tenía que salir de allí antes de perder los nervios, pero Nyra me agarró de la mano.

Su contacto fue como un susurro contra mi piel, pero no me miró a los ojos

cuando me soltó.

—No quiero ir a los curanderos.

—Nyra, tienes que ir a que te miren el brazo —dijo Wren en voz baja, aproximándose a Nyra—. Y el cuello.

Nyra negó con la cabeza, y no me gustó nada verla tan perdida.

—No quiero que me toquen. No confío en ellos lo suficiente como para permitir que me toquen.

—Tenemos que curarte.

Estudié los movimientos de Nyra, cómo me miró de soslayo antes de bajar la vista con rapidez.

—Dacre puede curarme.

Sentí cómo la atención de Wren y Kai se dirigía a mí, pero me negué a apartar la mirada de Nyra.

—Dacre ya no cura a nadie —dijo Wren con un susurro, como si sus palabras pudieran molestarme.

No se equivocaba. Yo ya no curaba a nadie, al menos no lo hacía desde que el poder que había heredado de nuestra madre me había fallado cuando más lo necesitaba.

Mi madre tenía más poderes curativos que cualquier otro soldado de la unidad guerrera, al igual que yo, pero eso no había servido de nada, porque la magia que se había utilizado para quitarle la vida había sido demasiado fuerte como para combatirla.

Había intentado salvarla una y otra vez mientras mi padre me gritaba que lo hiciera. Todavía podía sentir su sangre cubriéndome las manos mientras intentaba infundirle toda la magia que podía.

Pero no había sido suficiente. Y yo no había vuelto a curar a nadie desde entonces.

Hasta Nyra.

Nyra frunció el ceño.

—Él ya me ha curado antes.

—¿Qué? —El sonido de la voz de Wren fue suficiente para destrozarme, y quise salir de ahí cuanto antes.

—Vamos. —Le hice una seña a Nyra y le tendí las manos para ayudarla a levantarse—. Vamos a limpiar esta herida para poder verla mejor.

—De acuerdo. —Le echó un vistazo a Wren, pero no dudó en coger mis manos.

—Kai, ¿puedes llevar a Wren a que la examinen? Quiero asegurarme de que no tiene ninguna lesión.

—Estoy bien —protestó Wren, y algo en su expresión me incomodó profundamente.

—Es solo para quedarme tranquilo. —Ayudé a Nyra a ponerse de pie y la pegué a mi cuerpo—. Y avisadme en cuanto sepáis algo del regreso de padre.

17

NYRA

Me latía el brazo con un dolor sordo e implacable que parecía llegarme hasta los huesos, pero no quise ver hasta dónde alcanzaban los daños.

Dacre se movió a toda prisa por la estrecha estancia, que me resultaba totalmente desconocida. Era la primera vez que entraba en ese edificio, y me sentía fuera de lugar mientras él rebuscaba dentro un viejo armario de madera.

El edificio, que en su día debió de ser grandioso, estaba en ruinas; eso hacía un marcado contraste con las coloridas vidrieras que, de alguna manera, habían sobrevivido a los años de abandono. En el interior había unos cuantos camastros alineados contra las paredes, y el aire estaba impregnado del fuerte olor a antiséptico. Había guerreros por todas partes, una docena en total, pero Dacre me guio hacia una zona privada. Un sanador atendía diversas lesiones, algunas más graves que otras.

—¿No podríamos haber hecho esto en los manantiales? —pregunté; apoyé las palmas de las manos sobre el camastro en el que estaba sentada y doblé los dedos para aferrarme a su áspero borde, y un dolor más agudo me atravesó el brazo.

Ese lugar me recordaba demasiado a mi hogar. Me traía recuerdos de las docenas de veces que había tenido que visitar a mi madre en una sala similar cuando ella había fracasado una y otra vez en darle a mi padre un heredero legítimo.

Era donde había visto marchitarse su rostro.

Era la misma clase de puñetera estancia en la que había visitado su cuerpo frío y rígido antes de que mi padre encontrara a alguien nuevo para sustituirla.

Dacre dejó una botella de líquido transparente y unas gasas limpias en una mesilla que había junto al camastro.

—Primero hay que limpiar la zona. Mi magia tiene sus límites, y lo último que nos faltaba sería que se infectara antes de que te cierre la herida.

Asentí en silencio, y apreté los dientes cuando sacó el tapón de la botella. El

fuerte olor a alcohol me picó en la nariz e hice una mueca, imaginando el ardor que iba a sentir cuando entrara en contacto con mi piel. Las palabras que Wren había dicho sobre él, sobre que ya no sanaba, seguían dándome vueltas en la mente, pero me contuve y no le pregunté, aunque estaba desesperada por saber si era cierto. Estaba desesperada por saber por qué.

Me mordí el labio con más fuerza para evitar que se me escapara alguna pregunta.

Mis mente era un caos de pensamientos. La sensación persistente de haber tenido sus manos sobre mi piel la noche anterior me atormentaba, y odiaba que me hubiera evitado en nuestra sesión de entrenamiento matutina. Pero también podía sentir la mano de su padre alrededor de mi cuello, cortándome el suministro de aire. Podía sentir el pánico creciendo en mi pecho.

Me había amenazado porque no confiaba en mí, y tenía razón.

No tenían motivos para fiarse de mí, pero el recuerdo de sus amenazas me hacía sentir completamente expuesta y vulnerable ante Dacre.

Yo era una traidora.

Una traidora a mi familia, una traidora a mi reino, y él iba a despreciarme cuando descubriera que también era una traidora aún mayor para él.

Yo era la auténtica heredera al trono de mi padre, y, a pesar de cómo Dacre me había tocado la noche anterior, sabía que iba a ponerme una daga en el cuello si se enteraba.

Yo era la baza que necesitaban para ganar la guerra, y al ocultarles mi identidad solo prolongaba su sufrimiento.

Como no podía hacerle ninguna de las preguntas que me atormentaban, pensé en otra cosa.

—¿Me va a doler?

Dacre se puso delante de mí, arrastrando un taburete por el suelo de piedra rugosa. Lo pensó un instante antes de responder, con expresión vacilante.

—Quizá te pique un poco, pero no puede ser peor que el dolor que ya estás sintiendo. —Señaló los suministros que había dejado a su lado y añadió—: En cuanto te limpie la herida, te curaré lo mejor que pueda. Luego Wren te llevará a los manantiales.

Moví un poco la cabeza, asintiendo en silencio cuando acabó de hablar. Él evitó mirarme a los ojos y se concentró en la botella que tenía en la mano. Sentí vergüenza al recordar sus caricias de la noche anterior.

Había estado desesperada por él. Le había suplicado. Y en ese instante ni

siquiera podía mirarme.

Con manos firmes, Dacre dejó caer con cuidado unas gotas del líquido que contenía el frasco sobre sobre la gasa limpia. Luego me levantó el brazo para dejar al descubierto la herida enrojecida e inflamada. Apreté los dientes anticipándome al frío que iba a sentir cuando el líquido tocara mi piel; cuando por fin lo hizo, noté una sensación punzante y aguda por todo mi cuerpo. Luché por mantener una expresión estoica, sin querer mostrarle a Dacre cuánto me dolía. Respiraba entrecortadamente y luchaba por controlar el dolor.

—Respira, Nyra. —Presionó la gasa con más fuerza sobre la herida y yo grité —. Es un tajo profundo pero limpio. Solo tenemos que quitar la suciedad y la sangre seca de tu brazo antes de que pueda curarlo.

Abrí la boca y tragué saliva ruidosamente mientras intentaba asentir. Mi mente se aceleró con los recuerdos de sus crueles palabras de la noche anterior, que me habían atravesado como cuchillos. Pero a pesar de la ira sentí la familiar atracción hacia él que hacía que mi cuerpo respondiera a su cercanía a pesar de mi buen juicio.

Bajé la mirada al suelo mientras reunía el valor para hacerle una pregunta.

—¿Dónde estabas esta mañana?

Los dedos curtidos de Dacre se detuvieron brevemente en mi brazo y luego reanudaron sus meticulosos movimientos sobre mi piel. Esperé su respuesta con el corazón en un puño, temiéndome lo que pudiera decir.

—Mi padre no volverá a hacerlo. No te preocupes —dijo con severidad; dejó la gasa sucia sobre la mesa antes de coger otra.

—No me refería a eso.

Dacre se pasó la mano por los labios y siguió trabajando sin mirarme a la cara.

—Entonces, ¿a qué te referías?

—¿Me estabas evitando después de…? —No me atreví a decirlo en voz alta.

—¿Después de qué? —Dacre levantó la vista de su trabajo, y me quedé paralizada por la intensidad penetrante de su expresión.

Cuando volví a hablar, me temblaba la voz, que escapó de mis labios siendo apenas un susurro.

—Ya lo sabes —dije, tratando de ocultar la vulnerabilidad que se escondía tras mis palabras. Pero, en el fondo, odiaba lo débil y pequeña que me hacía sentir.

—Dilo, Nyra. ¿Después de qué? —Las manos de Dacre pasaron con cuidado la gasa por la piel alrededor de la herida y yo clavé las uñas en la cama.

—Después de que tú… —tartamudeé—. Después de que me hicieras eso —musité con la mirada clavada en el suelo. El peso de los recuerdos volvió a inundarme, y no pude evitar sentir vergüenza.

Dacre tiró descuidadamente la gasa sucia sobre la mesa y luego se echó hacia mí. Sentí su aliento cálido en mi cara e instintivamente me eché hacia atrás, pero él se acercó más.

—¿Cuando te hice correrte con mis dedos mientras Eiran te buscaba como un loco?

Me quedé conmocionada; el tono crudo de su voz contrastaba con el suave roce de sus dedos al acariciarme el codo. Era como si me estuviera castigando por mis deseos, por sucumbir al placer prohibido que me había ofrecido.

Sus palabras flotaban en el aire, cargadas con el peso de lo que yo había hecho.

—Dacre —comencé. Tragué saliva con dificultad, tratando de recuperar un ápice de compostura—. Eso no es…

—¿No es qué? —murmuró con voz tentadora—. ¿No me suplicaste todo lo que te di?

Sus palabras hicieron que una oleada de deseo me recorriera de la cabeza a los pies, apagando un poco el dolor y la vergüenza que aún se aferraban a mí como una segunda piel. Se me aceleró el pulso mientras luchaba por encontrar mi voz.

Sentí un hormigueo en el brazo, donde me tocaba, pero no podía apartar la mirada de sus ojos. Inspiré hondo, inhalando el embriagador aroma de su cuerpo mezclado con el ligero olor a alcohol esterilizado. La sala pareció encogerse a nuestro alrededor, y apreté los puños, tratando desesperadamente de recuperar el control sobre mí misma a medida que la sensación en mi brazo se hacía más fuerte.

—Dacre —dije con voz ronca. Me volví para estudiar mi brazo herido, pero los dedos de Dacre se posaron en mi barbilla y me levantaron la cara—. ¿Qué estás…?

—Ya casi he terminado —respondió él en voz baja, con una mezcla de intensidad y preocupación. Escudriñó mi expresión, buscando algo más que el dolor que sentía.

Mis músculos se tensaron y se contrajeron cuando sus manos se movieron

sobre mi cuerpo, canalizando una poderosa magia que me recomponía. Con cada oleada de energía, una intensa descarga de adrenalina me recorría las venas, me aceleraba el corazón y hacía que mi piel se estremeciera. Sentir su poder de una manera tan íntima era a la vez un estímulo y una tortura.

Casi podía saborear la energía cargada del ambiente, un sutil regusto metálico que me recordaba a una tormenta de finales de verano.

Jadeé, arqueando el cuerpo involuntariamente ante la explosión de poder. Era muy diferente a cuando me había curado antes. Aquella lesión no le había exigido tanta magia.

Su energía me resultaba familiar, pero a la vez diferente a todo lo que había experimentado antes, una mezcla de dolor y placer que me hacía desear su contacto cada vez que se detenía.

Su mirada no se apartó de la mía, y en sus ojos pude ver una mezcla de deseo y tormento. Estaban más oscuros de lo que jamás había visto, y era imposible que no me afectara de algún modo.

A medida que la intensidad de su magia disminuía, Dacre retiró lentamente sus manos de mi cuerpo. Dio un pequeño paso atrás y el aire a nuestro alrededor crepitó. El recuerdo de las huellas de sus dedos permaneció grabado en mi piel.

Mi cuerpo temblaba, sin saber cómo procesar las emociones conflictivas que se arremolinaban dentro de mí.

Me pasé los dedos temblorosos por el brazo. Todavía quedaba allí una molestia sorda, pero el dolor agudo de antes había desaparecido y mi piel estaba unida como si la herida nunca hubiera existido.

La voz de Dacre era ronca y estaba llena de emociones que se negaba a revelar cuando dio otro paso atrás.

—Ve con Wren a los manantiales. —Pasó la mano por una de sus dagas—. Tienes que dejar que eso termine de curarse para poder entrenar mañana.

Entrenar.

¿Era eso lo único que le importaba en realidad?

—Por supuesto.

Me ardían las mejillas cuando bajé las manos y apreté los puños para resistirme a tocarlo. Todavía estaba aturdida por la embriaguez que me había provocado su magia, pero sus palabras me hicieron recobrar la cordura.

—Mañana entrenaremos con arco y flechas. —Me dio la espalda y me quedé rígida.

—¿Qué? ¿Por qué? —Me bajé a toda prisa del camastro y me acerqué a él. Nunca había sostenido un arco ni unas flechas, y solo los dioses sabían con qué iba a ser peor: si con ellos o con una daga.

Apenas me miró por encima del hombro.

—Porque, al parecer, no sabes esquivar una daga ni sacar la tuya a tiempo para protegerte. —Escupió las palabras, y toda la emoción que había sentido solo un momento antes se desvaneció de mi cuerpo—. Quizás seas mejor con un arco en la mano.

—Wren puede enseñarme. —Me crucé de brazos, pasé junto a él y me dirigí hacia la puerta.

—Wren es una mierda con el arco —dijo con desdén.

—Entonces buscaré a otra persona. —Abrí la puerta, y el ruido que hacían los guerreros que se arremolinaban en las salas de curación inundó la estancia.

—Por encima de mi cadáver, Nyra —replicó con absoluta naturalidad mientras yo me alejaba de él—. Lo harás conmigo.

18

NYRA

Me dolía demasiado la cabeza como para seguir escuchando los fuertes golpes que sonaban en las paredes. Solté un gemido, cogí la almohada y me tapé los oídos en un intento inútil por ahogar el ruido.

Apenas había dormido la noche anterior, con la mente acelerada por los pensamientos sobre Dacre y las emociones contradictorias que tenía en mi interior.

Lo que más me irritaba era que, de alguna manera, seguía olvidando lo idiota que era Dacre hasta que él mismo me lo demostraba una y otra vez.

Pero cuando cerré los ojos fue a su padre a quien vi, con la mano aún alrededor de mi cuello, así que volví a abrirlos y permití que mis pensamientos regresaran a él.

Siempre acababan regresando a él.

—Wren. —Pronuncié su nombre, pero ella no se movió ni un ápice al oírlo. Los golpes todavía no habían cesado.

Dejé la almohada a un lado y me senté en la cama, con las piernas colgando del borde. La habitación estaba tenuemente iluminada por la luz de una única lámpara de fuego al otro lado de nuestra ventana que proyectaba sombras inquietantes en las paredes.

Me abracé a mí misma para protegerme del aire frío que me ponía la carne de gallina.

Me tambaleé hacia la puerta y la abrí de un tirón para ver si conseguía detener los insistentes golpes.

La mano de Dacre se quedó suspendida en el aire y yo fruncí el ceño. Era demasiado temprano para tratar con él.

Me apoyé en el marco de la puerta y capté su mirada tormentosa recorriendo mi camisa arrugada hasta mis pies desnudos. Enarcó una ceja en señal de desaprobación.

—¿Siempre abres la puerta así?

—¡¿Qué?! —exclamé, y señalé hacia la ventana—. Voy a suponer que aún no ha salido el sol, ya que la luz sigue siendo tenue. Lamento no haber tenido tiempo de arreglarme el pelo antes de abrir la puerta.

—No estoy hablando de tu pelo. —Bajó la vista hasta mis piernas y la dejó ahí demasiado tiempo.

Sentí cómo se me subían los colores, bajé las manos y tiré del borde de mi camisa, que apenas me llegaba a la mitad del muslo.

—Bueno, no esperaba visitas —espeté, dejando que la irritación se apoderara de mí. —Cuando no respondió y siguió contemplando mis muslos desnudos, resoplé—. ¿Necesitas algo o puedo volver a la cama?

—No te puedes permitir el lujo de dormir hasta tarde cuando tu entrenamiento va tan mal.

—Eres un capullo.

Por fin levantó la mirada hasta mis ojos.

—Eso ya me lo habías dicho.

—Creo que también te dije que buscaría a otra persona para que me entrenara.

Se apoyó contra el marco de la puerta.

—¿Y qué tal te va con eso?

—Wren va a entrenarme.

—No. No lo hará. —Su voz era baja y peligrosamente tranquila, un tono siniestro que me hizo estremecerme—. Vístete. Te espero en el campo de entrenamiento. Empezamos dentro de diez minutos.

No esperó a que yo respondiera. Se limitó a dar media vuelta y a echar a andar por el pasillo como si yo no me atreviera a desobedecerlo.

Lo vi alejarse, con los puños apretados a los costados. Qué descaro el suyo por pensar que podía controlar todos los aspectos de mi existencia…

Ya había sufrido esa clase de vida con mi padre y me había escapado de ella.

Aunque Dacre no me había tratado con la misma crueldad que mi padre, seguía estando encerrada; seguía bajo el control de otra persona.

Cerré la puerta y me vestí en silencio, alimentando la ira que bullía en mi interior. La respiración de Wren ni siquiera se alteró mientras me calzaba las botas y guardaba mi daga en su vaina.

Cuando llegué a la sala de entrenamiento, Dacre ya estaba allí, en la estancia tenuemente iluminada, cruzado de brazos y mostrando en su rostro una expresión aburrida. Me hirvió la sangre al verlo, pero en lugar de dejar que la

ira me consumiera, inspiré hondo y me obligué a mantener la calma.

—Por fin —dijo con voz arrogante, apartándose de la pared.

—Aquí no hay nadie más… —Arqueé una ceja, sin molestarme en ocultar mi enfado—. Todavía está oscuro.

—No vamos a entrenar aquí —respondió sin mirarme.

Se adentró en una cueva donde había un montón de armas apiladas contra la pared, y yo lo seguí.

—¿Qué?

Dacre cogió un arco y me lo tendió. Lo agarré antes de poder pensármelo dos veces.

—Eres demasiado lenta con la daga y en el combate cuerpo a cuerpo. Si vas a serle útil a la rebelión, tengo que conseguir que puedas luchar en algún frente.

Si iba a serle útil a la rebelión, no a sobrevivir a ella…

Todavía me dolía el cuello por lo que me había hecho su padre, y sabía que él no podía ver más allá de los moratones cuando me miraba.

—Quítate el chaleco y métete la daga en la cintura.

—¿Qué? —Me di cuenta de que por primera vez no llevaba el chaleco ni el arsenal habitual de armas que solía llevar consigo.

Parecía tan normal.

—¿Puedes hacer lo que te pido por una vez sin cuestionarme? —refunfuñó, revisando las armas.

—Por supuesto. —Me quité el chaleco y, siguiendo sus instrucciones, saqué la daga y la metí en la parte trasera de mis pantalones. Me sentía desnuda sin el peso ya familiar del chaleco sobre el pecho, pero me colgué el arco al hombro e inspiré hondo.

El peso del arma me resultaba extraño en la espalda, pero sostuve la intensa mirada de Dacre sin pestañear.

Dacre se acercó a un montón de flechas, seleccionó una, la examinó cuidadosamente y la metió en el carcaj junto con varias más.

—El arco requiere paciencia y precisión, pero puede darte más tiempo que casi cualquier otra arma.

Asentí, aunque estaba convencida de que iba a ser tan mala con el arco como lo era con la daga. Pasé los dedos por la gruesa cuerda que tenía cruzada sobre el pecho. Parecía tan simple y, sin embargo, tan complejo…

Dacre se echó el carcaj al hombro y me hizo una seña para que me adentrara

en la cueva. Íbamos en la misma dirección que nos había llevado su padre el día anterior.

El recuerdo me provocó un escalofrío. Me sentía más segura ahí abajo. Me sentía más segura en la ciudad oculta de mi enemigo que en la tierra que había conocido toda mi vida.

—¿Has disparado alguna vez? —preguntó Dacre, sacándome de mi ensimismamiento.

—Ni siquiera había tenido un arco en las manos hasta ahora —admití, sintiendo una punzada de vergüenza.

Él suspiró profundamente, como si mi respuesta le resultara incómoda.

El aire se volvió más frío y húmedo a medida que ascendíamos de las profundidades, y el sonido de nuestros pasos hacía eco contra las paredes. Dacre me llevó a una zona apartada, donde un único rayo de luz se filtraba a través de una grieta en el techo y proyectaba un suave resplandor sobre el suelo.

—¿Vamos a subir? —pregunté, sin poder ocultar el temblor de mi voz.

—Sí. —Dacre se volvió hacia mí con una expresión indescifrable—. Ahí arriba podemos practicar mucho mejor que aquí abajo.

Se subió a una gran roca y me tendió la mano. La ignoré y, en su lugar, metí los dedos en la hendidura donde había visto que los había puesto él momentos antes.

Me subí a la roca y sentí un pinchazo de dolor en el brazo. Dacre me lo había curado hasta el punto de que la herida era casi imperceptible, pero aún sentía un leve dolor que no me permitía olvidar lo que había pasado el día anterior.

Me había provocado un nudo de terror constante en el pecho que no podía quitarme de encima.

Mientras trepaba junto a él, sentí el peso de todo lo que me oprimía. Inspiré hondo, tratando de despejar mi mente, y me concentré en las instrucciones de Dacre cuando empujó la roca del techo y se impulsó hacia arriba.

Intenté hacer exactamente lo mismo que él, pero no tenía suficiente fuerza. Dacre se agachó, con cuidado de no hacerme daño en las heridas, y me ayudó a subir. Parpadeé una y otra vez cuando me cegó la luz del sol naciente.

Dacre volvió a colocar la roca en su sitio y se aseguró de taparla de nuevo con musgo y hojas hasta que fue casi imposible de distinguir.

Estábamos en las lindes del bosque y podía oler el profundo aroma a sal del mar que teníamos justo detrás de nosotros.

Me quedé parada bajo la luz del sol, con el pulso acelerado, echándole un vistazo a mi entorno. Estábamos tan cerca del reino que no pude evitar sentir la urgencia de ponerme en marcha de una vez.

—¿Adónde vamos? —pregunté, jugueteando con la cuerda del arco que aún llevaba atado a la espalda.

—Toma. —Cogió una capa oscura y la lanzó en mi dirección, y yo la cogí por los pelos—. Primero tenemos que dirigirnos al puente, y luego iremos a la costa.

—¿El puente? —pregunté con voz temblorosa, y sentí cómo la ansiedad se apoderaba de mí. No había regresado a ese lugar desde el día en que me habían capturado.

—Sí. —Asintió; cogió otra capa para él y se la puso rápidamente—. Es la única forma de llegar a la costa, y tengo algo que entregar. —Se dio una palmada distraídamente en el pecho.

Me puse la capa a toda prisa y escondí mi melena bajo la tela, tratando de controlar las náuseas que me revolvían el estómago.

—Vamos. —Se ajustó la capa y yo lo seguí de cerca.

Me guio con facilidad por el bosque, incluso cuando tropecé con unas raíces y el sonido de las ramas al romperse bajo mis pies resonó a nuestro alrededor.

La mirada de Dacre recorría el bosque mientras avanzábamos, sin relajarse ni un momento, y yo sentía que me iban a fallar las rodillas.

Cuando llegamos a las afueras de la ciudad, el sol ya estaba alto en el cielo.

Subimos la colina que separaba la ciudad de todo lo que había más allá, y con cada paso me sentía peor.

No debería hacer esto.

Entramos en uno de los callejones y escudriñé a la gente que se arremolinaba a nuestro alrededor. Algunos me resultaban familiares, mientras que otros me parecían completos desconocidos.

Dacre se movía con soltura por las calles secundarias y, tras unos breves instantes, pude ver el palacio alzándose en la distancia; pude ver a la niña que había sido una vez. Miré hacia el castillo: aún podía oír la voz de mi madre contándome historias de nuestro reino junto a la ventana de mi dormitorio.

Por aquel entonces no me dejaban ir al puente. No podía salir del recinto del castillo, y solía imaginarme cómo sería ese lugar. Las historias de mi madre habían sido lo único que tenía. Pero sus historias no eran más que fábulas que le contaba a una niña desesperada por ser libre.

Me obligué a inspirar hondo y me recordé todo lo que estaba en juego mientras nos acercábamos al puente. Agarré con fuerza la cuerda de mi arco, di un paso adelante y mi pie aterrizó en el primer adoquín.

Había un gran bullicio en el lugar, pero nosotros anduvimos en silencio entre los comerciantes y los miembros de la corte, elegantemente vestidos, que se habían levantado con el sol de la mañana para hacer sus negocios.

El rugido de la cascada era casi ensordecedor, y, curiosamente, me provocó una sensación de paz.

No pude evitar mirar a Dacre, tratando de leer su expresión, pero él mantenía la vista al frente, escudriñando a la multitud en busca de a quien quisiera que estuviera buscando.

Nos abrimos paso entre el gentío; a medida que avanzábamos, se nos hacía más y más difícil dar un paso, hasta que pasamos la puerta principal del castillo. Había cuatro guardias apostados en la entrada, y Dacre evitó acercarse a ellos cuando nos cruzamos en su camino.

El corazón me latía con fuerza en el pecho cuando noté la tensión en los hombros de Dacre. Era evidente que a él tampoco le gustaba estar tan cerca del palacio.

Me fijé en los rostros de las personas que nos rodeaban. A algunas las reconocí de mi estancia en el puente, a otras del propio palacio. Me recoloqué la capa para envolverme bien en ella.

—¿Estás bien? —preguntó Dacre, con un tono tan bajo que apenas lo oí, aunque pude ver la preocupación grabada en las arrugas que tenía alrededor de los ojos.

—Estoy bien —mentí. Estaba muy lejos de estar bien.

Oteé mi alrededor, nerviosa, tratando de ocultar lo tensa que estaba, mientras Dacre avanzaba hacia el otro lado del puente.

Nos acercamos a un comerciante que tenía una gran variedad de pasteles y panes calientes en su carrito, y se me hizo la boca agua. Reconocí al hombre porque yo le había robado varias veces. Era uno de los que me dejaba escapar. Yo misma sabía que no era una buena ladrona como para conseguirlo por mí misma.

—Dos pasteles de melocotón, por favor —pidió Dacre; metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda y un trozo de pergamino doblado.

Se echó hacia delante y dejó las dos cosas en la mano del comerciante, que no reaccionó de ningún modo: no abrió los ojos de par en par ni le tembló la

mano cuando se guardó los dos objetos en el bolsillo.

Nos estaba esperando.

—Por supuesto —murmuró, mirando primero a Dacre y luego a mí. Cogió los pasteles, los envolvió bien en papel y nos dio uno a cada uno.

Lo cogí con vacilación y lo estreché contra mi pecho; Dacre jugueteó con el papel que cubría su pastel y, casi imperceptiblemente, sacó otro trozo de pergamino de debajo.

—Gracias, señor. —Dacre le dedicó un breve gesto con la cabeza, y nos alejamos de ahí.

Continuamos por el puente como si nada hubiera ocurrido. Un niño pequeño pasó corriendo junto a Dacre, con algo entre las manos, y chocó contra mí al llegar a mi lado. El golpe me dejó sin aliento, y trastabillé. Dacre ni siquiera se inmutó, y me ayudó a mantener el equilibrio.

—¡Lo siento! —gritó el niño, con los ojos muy abiertos, y se perdió entre la multitud.

Dacre me agarró con más fuerza e hizo que me pusiera a su espalda. Dos guardias pasaron rápidamente junto a nosotros: estaban parando a la gente, sin duda buscando al chico que acababa de robar algo, pero ese chico había desaparecido entre las sombras como si nunca hubiera estado allí.

Esa era la habilidad que daba una vida de hambre.

Dacre siguió cogiéndome de la mano mientras atravesábamos el atestado espacio hasta llegar al otro extremo del puente. Al llegar, pude sentir la fuerte y húmeda corriente de aire que venía de la cascada que había debajo.

El empedrado ya no estaba formado por los elaborados adoquines del puente, sino por viejas y polvorientas losas. Estábamos a punto de cruzarlo cuando Dacre se detuvo tan repentinamente que choqué contra su espalda.

—¿Qué estás haciendo? —le susurré, pero él no se volvió: miraba fijamente a los dos guardias que hablaban y reían al borde del puente. Al principio no parecieron darse cuenta de nuestra presencia, pero aun así Dacre seguía sin moverse. Se quedó ahí parado, a corta distancia de ellos. Era como si hubiera visto un fantasma.

—Dacre… —Murmuré su nombre y le clavé los dedos en el brazo, pero permaneció quieto.

Entonces, los dos guardias se percataron de nuestra presencia cuando la gente que se movía por el puente se vio obligada a esquivarnos, y la alerta que se apoderó de sus rostros me recordó a la de una serpiente esperando para

atacar.

—Documentos. —Uno de los guardias, el corpulento, cuyo uniforme estaba arrugado y manchado en la parte delantera por lo que fuera que hubiera estado comiendo, dio un paso adelante y extendió la mano en nuestra dirección. Pero Dacre no apartó la mirada del segundo guardia; llevaba el mismo uniforme que su compañero, un uniforme que representaba a su rey, mi padre, pero el suyo estaba impecable, como si acabara de salir de las puertas del castillo, y se enderezó cuando Dacre no respondió al guardia que nos estaba hablando—. ¿Tienes tus documentos? —repitió el guardia, y yo me acerqué más a Dacre, deslicé las manos por debajo de su capa y le rodeé la cintura con los brazos.

Estaba invadiendo su espacio, pero en ese momento no me importaba.

Hundí los dedos bajo su camisa, tratando de llamar su atención, pero él estaba paralizado.

Tenía la mandíbula tan tensa como los músculos, y los ojos oscuros y vacíos.

—Dacre. —Levanté la mano derecha y la puse sobre su mejilla; le pasé los dedos por la nuca e hice que bajara la cabeza hasta que no le quedó más remedio que mirarme.

Parpadeó cuando cruzamos la vista, como si acabara de darse cuenta de que estaba a su lado, muy cerca.

—¿Tienes los papeles? —le pregunté con cautela, y mi pulso era tan fuerte que estaba segura de que él podía ver el movimiento de los latidos en mi cuello.

Volvió a parpadear y tragó saliva.

—Por supuesto.

Metió la mano en el bolsillo y yo empecé a apartarme de él, pero me pasó el brazo por la cintura y sus dedos se aferraron a mi cadera para pegarme a él hasta que no quedó un resquicio entre los dos.

Le puse la mano sobre el pecho e intenté mantener la calma.

Dacre le tendió dos documentos doblados al corpulento guardia, y, tan pronto como este los desdobló, reconocí al instante el Gran Sello Negro de la Corona.

Era casi imposible replicar los detalles del sello, lo que significaba que esos documentos eran robados.

—Señor y señora Harlow —leyó el guardia en los papeles, y luego nos miró —. ¿Adónde se dirigen? —Nos observaba detenidamente, escudriñando nuestra ropa y nuestros rostros, y sentí un nudo en el estómago.

Si se daba cuenta de quién era yo, no tardaría en llevarme de regreso a palacio, y Dacre no podría protegerme ni aunque se atreviera a hacerlo estando tan cerca del puente.

Me eché a temblar sin poder evitarlo, y Dacre me cogió la mano que descansaba sobre su pecho y se la llevó a los labios para darle un breve beso antes de responder.

Mantuvo esa mano entre las suyas para que el guardia no viera lo nerviosa que estaba.

—Nos dirigimos al mar. —Dacre sacó de algún lugar a su espalda una red de pesca que yo no había visto antes. La llevaba metida en la cintura de sus pantalones y parecía muy usada—. También tengo los papeles de la licencia de pesca, por si los necesita.

El guardia levantó la mano para detener a Dacre cuando este se puso a rebuscar en sus bolsillos.

—No será necesario. Siga su camino y deje de bloquear el puente.

—Sí, señor. —El guardia le devolvió los papeles a Dacre, sin darse cuenta de que su mirada se desviaba por un instante hacia el otro guardia. Percibía su cuerpo contra el mío, tenso de la cabeza a los pies, listo para luchar, y le agarré la mano con fuerza cuando avanzamos.

Salimos del puente y suspiré, aliviada, al sentir los toscos adoquines bajo mis pies. Dacre no me soltó la mano mientras avanzábamos por la concurrida calle, ni tampoco relajó la tensión de su cuerpo.

—¿Estás bien? —le susurré cuando estuvimos lo bastante lejos del puente, tratando de no llamar la atención.

Él asintió, pero el movimiento fue rígido; apretaba tanto los dientes que me preocupó que se hiciera daño.

Continuamos por las calles empedradas, y el viento de la cascada se fue debilitando a medida que nos alejábamos del puente. Dacre giró por calles secundarias y pequeños callejones hasta que llegamos a la parte trasera de una casa antigua construida con ladrillos rojos y cubierta por años de suciedad y maleza.

La casa en la que yo había dormido durante meses con mi amigo Micah.

—¿Qué estamos haciendo? —Intenté soltarme de su mano y mi inquietud aumentó, pero él se mantuvo firme. Miré a mi alrededor, buscando cualquier señal de Micah, pero no vi nada.

—Una parada más. —Levantó la mano que tenía libre y llamó tres veces a la

puerta trasera, que se abrió casi al instante para dejar ver a una mujer de cabello blanco y rostro profundamente arrugado.

—La has traído —dijo con voz inexpresiva.

Dacre me soltó la mano y dio un paso adelante.

—No tenía otra opción. —Ella asintió y se hizo a un lado para dejarnos entrar.

—Ella tampoco.

Al entrar en el oscuro pasillo, me invadió el olor a libros viejos y aire viciado, lo que me provocó una sensación de claustrofobia. Dacre cerró la puerta a nuestras espaldas sin apartar la vista de la anciana.

Quería preguntarle dónde estábamos, y mi cuerpo me pedía a gritos que huyera de aquel lugar, pero algo me lo impedía. Dacre me había dedicado una expresión inquebrantable e intensa, como rogándome en silencio que confiara en él. Jamás me habría hecho esa petición en voz alta, y yo detestaba haberlo obedecido tan fácilmente.

A medida que nos adentrábamos en la casa, tenuemente iluminada, las paredes parecían cerrarse sobre nosotros, y no podía quitarme de encima la gélida sensación que me recorría la espalda. El aire se volvió más cálido y el olor a madera podrida y polvo abrumó mis sentidos.

Nos condujo a una pequeña estancia con una sola ventana que daba a un jardín cubierto de maleza. La mujer se sentó a una mesa de madera desvencijada, donde una vela ardía débilmente, proyectando sombras inquietantes sobre el entorno polvoriento y desordenado.

Dacre soltó un profundo suspiro y se sentó, como la mujer, pero yo me quedé junto a la ventana. Me llevé la mano a la parte baja de la espalda para tocar la daga que guardaba ahí, y los profundos surcos del mango me proporcionaron el minúsculo consuelo que necesitaba.

La mujer contemplaba a Dacre con atención, casi con reverencia, y yo aparté la mirada porque me sentí como si estuviera entrometiéndome. Había mucho que ver en el resto de la sala: las pequeñas estanterías estaban repletas de baratijas, libros y retratos, pero de entre todo aquello destacaba un marco en la parte superior de la estantería.

Era el retrato de una niña sonriente, con el pelo negro largo y suelto, pero lo que me llamó la atención de verdad fueron sus ojos: eran idénticos a los de Dacre.

—Me resultas familiar, chica —dijo la anciana desde el otro lado de la mesa,

y cuando me volví para mirarla, me estaba evaluando con los ojos entrecerrados.

Tragué saliva, buscando una respuesta, pero no se me ocurrió ninguna.

—Es una de las nuevas reclutas —respondió Dacre, y se recostó en su asiento, lo que provocó que la silla crujiera de forma audible.

La mujer me estudió de la cabeza a los pies, como si pudiera atravesar el disfraz que había preparado con tanto cuidado. Me sentí expuesta y vulnerable bajo su escrutinio.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, sin esbozar ni una diminuta sonrisa siquiera. Dacre se movió en su silla, pero no se volvió hacia mí.

—Nyra —le respondí, y me crucé de brazos.

—¿Como la antigua reina? —preguntó, y entrecerró aún más los ojos.

Nadie llamaba nunca a mi madre por su nombre.

—Exacto. Me pusieron ese nombre en su honor. A mi madre le gustaba mucho la antigua reina.

Mentiras. Mentiras amontonadas unas sobre otras.

Ella asintió muy despacio y Dacre me echó una ojeada.

—Nyra trabajaba en el palacio —aclaró. Sacó otro trozo de pergamino de su bolsillo, y, por un momento, me pregunté cómo era capaz de tenerlos todos en orden.

—¿Y cómo conseguiste salir de ahí? —Ella ladeó la cabeza, estudiándome aún más detenidamente que antes.

—Hui. —Me moví, inquieta—. Hui durante el caos de la incursión. —Fui sincera, y esa sinceridad me costó caro, porque llevó a mi mente los recuerdos de aquel día. Dacre tensó los hombros al escucharme.

—¿Resultaste herida ese día? —preguntó ella, y aunque la mujer no confiaba en mí, había una nube de preocupación velando sus ojos. ¿Si resulté herida? Dioses, no podía pensar en ese día sin sentir un dolor punzante en el pecho.

—¿Qué más da? —Negué con la cabeza y volví a fijar la vista en el retrato de la niña—. Lo único que me importaba era salir de ese palacio.

—Bueno, Nyra… —Pronunció mi nombre como si no me perteneciera—. Pues me alegro de que salieras con vida. Muchos no lo consiguieron. —Asentí. Los recuerdos amenazaron con asfixiarme, y no podía permitírmelo—. Me alegro de que hayas llegado hasta aquí. —Señaló a Dacre con la cabeza—. Mi nieto gobernará todo este reino algún día.

Dijo esa frase con tanta confianza que, cuando volví a mirarla, no vi ni una

pizca de duda en su expresión.

Dacre hizo una mueca y pareció orgulloso y dolido al mismo tiempo; tensó la mano que sostenía el pergamino y lo arrugó un poco entre sus dedos.

—¿Has conseguido la información que necesitamos? —El tono de Dacre era serio, y fue directo al grano, al motivo por el que estaba allí.

Un punto del que yo había quedado completamente al margen.

—He conseguido lo que he podido. —Su abuela se dio la vuelta y la silla crujió bajo el peso de su frágil cuerpo; abrió un cajón del aparador de madera que tenía detrás—. Recuerda, muchacho —dijo con una severidad en su voz que hizo que se me pusieran los ojos como platos—. Davian no debe verlo. —Esas palabras captaron mi atención, pero Dacre se limitó a asentir y a guardarse los papeles en el bolsillo. ¿Estaba haciendo algo a espaldas de su padre?—. ¿Qué te ha pasado en el cuello? —Me señaló con el dedo, pero yo seguía pensando en lo que acababa de decir.

—No se me da muy bien pelear.

Me miró con demasiada intensidad antes de responder.

—No creo que eso sea cierto. —Me removí, incómoda, bajo su penetrante mirada.

Dacre carraspeó, rompiendo la intensidad del momento.

—Deberíamos irnos —dijo con voz tensa—. No tenemos mucho tiempo.

—Me recuerdas a ella. —Señaló con la cabeza hacia el retrato de la niña—. A mi Camilla. —Dacre se quedó congelado al oír su nombre. Sus ojos brillaron con una mezcla de dolor y nostalgia cuando se dio media vuelta para clavar la vista en el retrato—. Ella hizo muchos sacrificios por las personas que amaba. Como tú.

—Yo no he hecho ningún sacrificio.

—¿No?

Se puso de pie con un gemido y se apoyó en la mesa para sostenerse. Se acercó a mí y miró por la ventana.

—El chico con el que solías estar. —Señaló con la cabeza hacia la parte trasera de su casa—. Hace días que no lo veo.

—¿Qué? —Me volví rápidamente hacia ella.

—Siguió viviendo ahí después de que te fueras, pero lleva varios días sin venir.

—¿Cómo que lleva varios días sin venir? —pregunté con voz temblorosa por la preocupación. La mujer seguía con la vista fija en el jardín.

—¿Lo sabe?

—¿Saber qué? —Se giró en mi dirección y clavó sus ojos oscuros en mí durante un largo rato; yo tragué saliva, con la boca repentinamente seca, sintiéndome completamente al descubierto bajo su escrutinio.

¿Sabía quién era yo?

Noté los dedos entumecidos cuando apreté los puños. No me atreví a mirar a Dacre, pero estaba claro que nos observaba.

Negué con la cabeza muy despacio, sin saber por qué lo hacía. No conocía a esa mujer; no le debía nada.

Pero, por la forma en que me contemplaba, me dio la sensación de que sabía quién era yo. La verdadera yo: la princesa perdida de Marmoris.

Micah me había dicho que así era como habían llamado a la princesa durante años, ya que nadie en el reino la había visto —*me* había visto— desde que era pequeña, y habían supuesto que se había perdido.

Inspiré hondo y vi que Dacre me contemplaba con atención, con demasiada atención, y esa forma de examinarme me hizo sentir como si me ahogara.

—Tenemos que irnos. Ya nos hemos arriesgado demasiado al pasar tanto tiempo aquí.

Asentí, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. Dacre tenía razón. No podíamos permitirnos quedarnos más tiempo.

Me obligué a apartar la vista de Dacre y a concentrarme de nuevo en la mujer.

Sus ojos entrecerrados seguían clavados en mí. Ladeaba la cabeza.

—Si regresa, ¿le dirá que estoy bien? —No quería ni pensar en que podía no regresar. ¿Lo habrían arrestado por robar? ¿Lo habrían matado?

El miedo me invadió y amenazó con consumirme por completo.

—Le diré que te he visto, pero no sé si estás bien. —Me miró el cuello y yo tragué saliva.

—Entonces mienta —exigí, y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—Como desees… —De repente, agachó la cabeza en señal de reverencia, y su rostro quedó oculto bajo su cabello; ese gesto inesperado me dejó tan desconcertada que di un respingo y tropecé con la estantería que tenía a mis espaldas.

—Deberíamos irnos —le dije a Dacre.

Él asintió, se levantó y le dio un breve beso en la cabeza a su abuela antes de sacarme de la estancia.

Eché un vistazo sobre mi hombro y comprobé que la mujer seguía observándome atentamente.

—Ten cuidado, Dacre. Ahora más que nunca. —Él respondió con un bufido, pero la mirada de la mujer seguía clavada en mí—. Y tú, Nyra, quédate con mi nieto.

19

DACRE

Avanzamos por las sinuosas calles de la ciudad, acelerando el paso más y más.

Nyra escudriñaba todos los callejones de los barrios bajos por los que avanzábamos, buscando a alguien, buscándolo a él.

Y yo no podía controlar los celos irracionales que me corroían por dentro.

Mientras avanzábamos por los estrechos callejones, el hedor acre de la basura y la orina me inundaba la nariz. Pero al acercarnos al límite de la ciudad, una brisa salada me trajo alivio, y casi pude saborear el mar en mi lengua.

Por un instante estiré la mano para buscar la de Nyra cuando comenzamos el descenso por la empinada ladera rocosa que se fundía con la arena, pero me lo pensé mejor.

Ya había dejado que se acercara demasiado, a pesar de mi desconfianza, y había sido una tontería.

Quería matar a mi padre por lo que le había hecho. La noche anterior lo había amenazado con hacerlo.

A mi propio padre, joder.

Me había mirado con los ojos entrecerrados, con expresión suspicaz, pero yo no podía tener delante el cuello de Nyra sin recordar lo que él había hecho. Aunque en ese momento la capa que llevaba puesta le tapaba los moratones, su recuerdo estaba grabado a fuego en mi mente.

Cuando llegamos al pie de la colina, el rugido de las olas ahogó los sonidos de la ciudad que dejábamos atrás. El viento salado nos azotaba el pelo y la ropa, llenándonos los pulmones.

La inmensidad del mar se extendía ante nosotros; había media docena de barcos alineados entre la playa y el muelle, y el viento llevaba hasta nosotros los gritos de los hombres que subían y bajaban de ellos.

Uno de mis informantes se apoyó en el pantalán y me miró fijamente. Debía ir en su dirección: podía tener información, o, mejor aún, suministros, pero mi atención se centró de nuevo en Nyra.

Ya la había puesto en peligro al llevarla conmigo, pero no había sido capaz de dejarla cerca de mi padre sin estar yo presente.

Sus palabras de la noche anterior seguían resonando en mi mente.

«No pierdas la cabeza por el cuerpo de una traidora».

Él confiaba en ella mucho menos que yo, y su desconfianza no hacía más que crecer a cada instante.

Una oleada de instinto protector me invadió al ver cómo cerraba los ojos e inhalaba el aire salado como si nunca le hubieran permitido disfrutar de ese sencillo placer.

Volví a mirar al marinero. Estaba fumando en pipa y me observaba atentamente, pero le di la espalda y me acerqué a ella.

—¿Alguna vez has deseado subirte a un barco y marcharte lejos? —dijo, y su pregunta me pilló desprevenido; la vulnerabilidad que vi en su expresión me hizo sentir un nudo en las entrañas.

—¿De la rebelión?

—De todo. —Su respuesta fue inmediata—. Solía mirar hacia aquí desde las ventanas del palacio e inventaba historias en mi cabeza sobre subir a uno de esos barcos y marcharme. —Se rio suavemente y se bajó la capucha—. Me imaginaba que era marinera y que vivía solo para el mar. Pero creo que al cabo de una semana me habría cansado del pescado.

Le sonreí. Esa idea nunca se me había pasado por la cabeza.

Pero mientras contemplaba la inmensidad del mar, me permití sentir el tipo de anhelo del que ella hablaba. No por disfrutar de una vida de aventuras en alta mar, sino de una vida libre del peso de mis responsabilidades.

Una vida de libertad.

—La verdad es que nunca lo había pensado —respondí con tono hastiado —. Siempre he sabido cómo iba a ser mi vida.

Nyra se volvió hacia mí y me miró a los ojos.

—¿Merece la pena?

Su pregunta me pilló desprevenido una vez más. Dudé, sin saber cómo responder. El peso del deber me oprimía, y un profundo suspiro se escapó de mis labios.

—A veces no estoy seguro —admití en voz baja antes de señalar con la cabeza hacia la playa. Ella echó a andar conmigo sin cuestionárselo—. Hay días en los que la carga parece insoportable, pero entonces recuerdo por qué lucho, por qué aguanto. —La imagen de mi madre apareció en mi mente al

pronunciar esas palabras, y me forcé a recordar la vida que se había visto obligada a llevar antes de huir de la ciudad.

La expresión de Nyra se suavizó y se volvió comprensiva.

—¿Dónde se supone que vamos a entrenar?

—Allí. —Señalé más allá de la playa, donde se alzaba la escarpada pared del acantilado.

Anduvimos en silencio hasta llegar a la recóndita cala oculta de miradas indiscretas; su arena era lisa, y apenas tenía un puñado de rocas dispersas. Las olas rompían contra la orilla en una sinfonía rítmica, ahogando cualquier otro sonido.

Me quité la capa y la dejé caer sobre la arena; luego solté el carcaj y lo apoyé contra la pared rocosa.

—Practicaremos un poco aquí antes de regresar. —Vi que ya se estaba quitando el arco que llevaba colgado.

Las manos de Nyra temblaban ligeramente al sostener entre sus dedos la suave madera.

—¿Cómo conoces este lugar?

Me lo había enseñado mi madre, pero ese día ya no podía pensar más en ella.

Así que, en lugar de responder, le hice la pregunta que me rondaba la cabeza desde que habíamos salido de casa de mi abuela.

—¿Quién era el hombre por el que te ha preguntado mi abuela?

Nyra se sobresaltó y bajó la vista hacia la arena.

—Nadie.

Más mentiras.

No sabía cómo podía seguir mintiéndome.

—Te das cuenta de que os he oído hablar de él, ¿verdad? —Dejé que la ira se apoderara de mí. La prefería con mucho a las emociones que me abrumaban cuando pensaba en mi madre.

—Y tú te das cuenta de que no tienes derecho a saberlo todo sobre mí, ¿verdad?

Me atraganté con la risa al oír esas palabras.

—Dado que no sé nada sobre ti, creo que es algo que está muy claro.

Ella inspiró hondo, con la mirada fija en un objetivo imaginario delante de ella.

Tensó con fuerza el arco, hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Su voz sonó tensa cuando volvió a hablar.

—Se llama Micah. Es mi amigo.

Me quedé en silencio, estudiando su rostro en busca de cualquier signo de engaño. Una tumultuosa mezcla de emociones se arremolinaba en mi interior, luchando contra la razón y el instinto. Quería seguir presionándola, exigirle respuestas y desentrañar los secretos que guardaba con tanto celo.

Agarré el carcaj y me acerqué a ella. Cogí una flecha y me coloqué a su espalda.

Le puse la mano sobre la suya y la ayudé a sostener el arco de la forma correcta y a tensarlo.

Ella tenía la espalda pegada a mi pecho y mis brazos la rodeaban mientras intentaba prepararla.

—¿Alguna vez te tocó?

—¿Qué? —tartamudeó ella.

—Micah. —Prácticamente escupí su nombre—. ¿Alguna vez te tocó?

Su cuerpo se tensó contra el mío, pero no hizo ademán de apartarse. Podía sentir los rápidos latidos de su corazón contra mi pecho, un reflejo idéntico del ritmo de los míos. El calor de su cuerpo me envolvió y me distrajo de la tarea que tenía entre manos.

—No. Nunca.

Porque ella era mía.

Esa idea era absurda; por aquel entonces ni siquiera la conocía, pero no podía evitar sentir celos al pensar en que alguien más pudiera tocarla.

—Bien. —Apreté los dientes para tratar de reprimir ese sentimiento de posesividad. Nunca me había sentido así.

—Tienes que estar bromeando, Dacre —resopló ella, y yo inhalé su aroma.

—Concéntrate en tu respiración —le susurré, con mi aliento haciéndole cosquillas en la oreja. Pude sentir cómo vacilaba al sujetar el arco cuando le coloqué los dedos en la cuerda con suavidad—. Todo es cuestión de control. —Nyra contuvo la respiración y se acercó de forma instintiva a mis manos.

Cerré los ojos y me dejé guiar por la memoria muscular y los años de entrenamiento. Con un movimiento rápido, solté la flecha y la vi volar por el aire hasta clavarse en la arena al otro extremo de la cala.

Nyra jadeó y se volvió hacia mí para mirarme por encima del hombro.

—Enséñame —me pidió.

Y comenzamos.

Pasamos horas perfeccionando sus habilidades, corrigiendo su postura y

mejorando su puntería hasta que el sol empezó a ponerse en el cielo.

Nyra lo había hecho bien, pero aun así se sentía frustrada.

—Te estás adelantando —expliqué cuando una de sus flechas aterrizó muy lejos de donde apuntaba—. Concéntrate en tu respiración y deja que tus instintos te guíen.

—Mis instintos ahora mismo me están diciendo que apunte con esta flecha a tu cabeza.

Me eché a reír y me recosté contra la pared rocosa del acantilado.

—Me preocuparía si tuvieras algo de puntería. —Maldijo entre dientes y colocó otra flecha en el arco. Cuando la lanzó, aterrizó aún más lejos que la anterior—. Estás enfadada.

—¿Te has dado cuenta? —espetó ella, y se dirigió hacia la cala para recoger sus flechas.

—Estás dejando que tu ira te controle en lugar de controlarla tú. —Me pasé la mano por la barbilla—. Nunca podrás disparar bien si no consigues mantener la calma.

Nyra me lanzó una mirada fulminante mientras recuperaba sus flechas; la frustración que la dominaba era evidente en cada paso.

—Bueno, es difícil mantener la compostura cuando no paras de provocarme —replicó con voz sarcástica.

No pude evitar sonreír ante su respuesta.

—Para eso sirve el entrenamiento. Tómate un momento para… —Ella apuntó con la flecha que tenía en la mano en mi dirección.

—Si vuelves a decir «respirar» —me interrumpió—, juro por los dioses que haré todo lo posible por acertarte con esto.

—Qué irritable. —Levanté las manos en señal de rendición—. ¿Quieres que te ayude a calmarte? ¿A relajarte?

Puso los ojos en blanco, pero vi cómo apretaba las piernas.

—No te atrevas a tocarme.

Me aparté de la pared y di un pasito hacia ella.

—Entonces, usa el arco para detenerme.

Ella evaluó la distancia entre nosotros; su pecho subía y bajaba rápidamente con su respiración acelerada. La tensión crepitaba en el aire, densa y palpable.

Y, por los dioses, no quería que me detuviera.

La vi dudar un momento cuando se aferró al arco y lo subió. La determinación de sus ojos era gemela del fuego que ardía en mi pecho.

—No necesito tu ayuda —declaró, pero incluso mientras pronunciaba esas palabras su expresión se suavizó y sus ojos buscaron los míos con el anhelo reflejado en sus profundidades.

Sin romper el contacto visual, di un par de pasos hacia ella, acortando la distancia que nos separaba. La expectación flotaba entre nosotros, tan densa que casi se podía palpar.

—No he dejado de pensar en esa noche.

Ella cerró los ojos solo un instante antes de volver a mirarme. Estaban vidriosos por la lujuria y el desafío. Apretó con más fuerza el arco y yo sonreí cuando colocó la flecha en la muesca.

—Yo ya lo he olvidado. —Le tembló la voz por la evidente mentira.

—¿Qué parte? —pregunté, ladeando la cabeza—. ¿Cuando me suplicaste que siguiera o cuando me empapabas los dedos por lo mucho que me deseabas?

Soltó la flecha tan rápido que no lo vi venir. Pasó silbando a mi lado y se clavó profundamente en la arena a mi derecha.

—¿He tocado fibra sensible? —Abrí mucho los ojos y me pasé la mano por el pecho, riendo a carcajadas. Dioses, la deseaba.

Seguíamos estando a poca distancia, pero podía ver cómo le temblaba la mano y cómo sus ojos brillaban con una mezcla de ira y excitación que hizo que mi pene se endureciera dolorosamente contra mis pantalones.

—No te acerques más —me advirtió, pero su expresión me rogaba que lo hiciera.

—No has hecho nada para conseguir que me mantuviera alejado de ti. —Me volví para señalar la flecha que ni siquiera había pasado cerca de mí—. Y te deseo, aunque sé que me estás ocultando cosas. ¿Crees que una flecha mal disparada será lo que me detenga? —El calor entre nosotros era tan intenso que el viento parecía acallarse en nuestra presencia. No apartó la vista de mí cuando di otro paso en su dirección; ella retrocedió y el arco se le resbaló de las manos—. Eso ha sido un error. —Sonreí con aire burlón, y di otro paso para reducir aún más la distancia entre nosotros—. ¿Con qué vas a defenderte ahora? —dije con tono bajo y cargado de deseo. Quería provocarla aún más.

Quería que se resistiera.

Su respiración se había vuelto entrecortada y su pecho se agitaba con el esfuerzo. Sus labios se entreabrieron ligeramente cuando di otro paso lento, y ella respondió retrocediendo uno más.

—Está bien. Tú ganas. —El aire crepitaba a nuestro alrededor, y podía sentir cómo la lujuria se enroscaba en mis entrañas.

—Esto no funciona así. —Negué con la cabeza—. El enemigo no va a ofrecerte una tregua.

A medida que me acercaba a ella, podía sentir cómo el viento a nuestro alrededor se volvía denso y pesado, como si una tormenta se avecinara en el horizonte. Era como si la estructura misma de nuestra realidad se estuviera estirando y retorciendo, doblegándose a nuestra voluntad.

—¿Eso es lo que eres? —preguntó ella; plantó los pies en la arena y se mantuvo alejada de mí—. ¿Mi enemigo?

—Si eso es lo que quieres que sea…

El aire que nos rodeaba brillaba como si estuviera atrapado entre dos mundos. Su mirada se posó en su arco, que yacía en la arena, y luego regresó a mí.

Me lancé hacia delante, me agaché y estiré el brazo hacia el arco. Pero antes de que mis dedos tocaran la madera, un fuerte golpe me dejó sin aliento y tropecé, con el pecho ardiendo por el impacto.

Jadeé en busca de aire y me pasé la mano por el punto en el que el dolor era más intenso. Los ojos azules de Nyra se abrieron de par en par por la sorpresa.

—¿Qué…? ¿Qué ha sido eso? —jadeé, luchando por recuperar el aliento.

—No lo sé —respondió ella con la vista clavada en sus manos—. No sé qué ha pasado.

Nyra trastabilló hacia atrás, con los ojos cada vez más abiertos.

El aire crepitaba con una intensidad que me provocó un escalofrío, y por primera vez desde que la había visto en aquella celda, pude sentir su poder.

—Nyra.

Su expresión era de puro pánico.

—¿Qué acaba de pasar? —Su voz vibró como una hoja atrapada en un vendaval—. Yo… Yo no quería hacer eso.

Extendí una mano cautelosa hacia ella, pero cuando mis dedos rozaron su piel, una ráfaga de energía brotó de su interior y se adentró en mi cuerpo.

—Me dijiste que no tenías ningún poder mágico.

—Y no lo tengo. —Sacudió rápidamente la cabeza—. Nunca he…

Sus palabras se fueron apagando, y apretó los puños, temblando de la cabeza a los pies por la fuerza de su propio poder.

Volví a acercarme a ella, esa vez sin precaución, y la agarré del codo: su

poder palpitó bajo mis dedos.

Quería creerla, pero todos mis instintos me decían que no lo hiciera.

—Parece que ahora sí lo tienes. —Pude ver cómo el pánico se apoderaba de ella, amenazando con engullirla por completo—. O que eres mejor mentirosa de lo que pensaba.

Ella intentó apartarse de mí, pero yo la sujeté. Sus ojos buscaron los míos, desesperados por encontrar algo de paz. Pero yo no tenía nada parecido que ofrecerle porque me sentía como un puñetero idiota. Deseaba desesperadamente creerla, pero no podía.

—Dacre.

—Deberíamos regresar. —Me agaché y cogí una de las flechas de la arena—. No es seguro para nosotros, los traidores, cruzar el puente después del anochecer.

—¿Traidores? —Ella cuestionó la palabra.

—Yo soy un traidor a la Corona. —Me señalé el pecho y cogí mi capa—. No tengo ni idea de a quién estás traicionando tú.

20

NYRA

Debería haberme ido a dormir, pero la adrenalina corría por mis venas y me mantenía alerta. Todavía podía sentir mi poder.

La ciudad dormía mientras yo avanzaba rápidamente por los tranquilos senderos y me dirigía al campo de entrenamiento.

Llevaba el arco y el carcaj a la espalda y, aunque me dolían los dedos por las horas de práctica que habíamos pasado, sentía la imperiosa necesidad de seguir disparando. No se me daba bien, pero tenía más sensación de control que nunca.

Aceleré el paso al cruzar el viejo puente de madera, evitando mirar hacia abajo, al agua turbia que había a mis pies. Las tablas desvencijadas crujían y se balanceaban bajo mi peso, haciéndome sentir inestable mientras cruzaba al otro lado.

Las calles estaban silenciosas, y pude oír el eco de unos pasos en la distancia cuando estaba a punto de llegar al campo de entrenamiento. Un manto de oscuridad cubría los terrenos desiertos, y solo el tenue destello de la luz de los fuegos iluminaba el camino.

Era noche cerrada, y, como todos los demás estaban durmiendo, una incómoda sensación de quietud se apoderó del ambiente.

Pero seguí adelante y apoyé mi carcaj contra la pared; descolgué el arco y pasé los dedos por la cuerda tensa.

El aire nocturno era fresco contra mi piel, que aún me hormigueaba cuando saqué una flecha del carcaj y me coloqué a varios pasos delante de un blanco improvisado en la pared. Sostuve el arco en mi mano y miré el blanco fijamente.

«Traidora».

La palabra daba vueltas y más vueltas en mi cabeza, y, por más que lo intentaba, no podía dejar de pensar en ella.

Dacre apenas me había dirigido la palabra desde que habíamos salido de

aquella cala, convencido de que yo era una mentirosa; y lo era, pero no en lo que respectaba a mi poder.

Mi poder.

Esas sílabas me resultaban extrañas, pero el calor persistente de la magia aún recorría mis venas. Me costaba aceptar la realidad de lo que había sucedido.

Un dolor agudo y punzante se extendió por mi pecho cuando los recuerdos de los implacables intentos de mi padre por hacer surgir mi magia inundaron mi mente.

La culpa me invadió al recordar a mi madre. Las lágrimas amenazaron con brotar de mis ojos al pensar en lo que habría podido ocurrir si tan solo hubiera sido más fuerte.

Ella habría seguido siendo reina.

Habría seguido viva.

Mis manos, antes firmes, temblaban sin control. Estaba desesperada por recuperar el poder que Dacre había hecho surgir de mi interior, pero, a pesar de mis esfuerzos, seguían vacías e impotentes.

No sabía qué me pasaba.

—Te das cuenta de que mirar fijamente al objetivo no sirve de nada, ¿verdad?

Me sobresalté al oír de repente la voz de Dacre y lo busqué con la mirada en el campo de entrenamiento envuelto en penumbra. Se me aceleró el corazón al verlo sentado contra la pared, iluminado por una llama parpadeante que estaba cerca de él. Tenía una pierna doblada frente a sí y la cabeza apoyada en el brazo; el cansancio se reflejaba con claridad en cada línea de su cuerpo.

—¿Qué haces aquí? —Apreté los dedos alrededor de la madera lisa y pulida de mi arco y escondí las manos a la espalda.

Él entrecerró los ojos y se echó hacia delante, con la mirada clavada en mi cuerpo.

—Debería ser yo quien te preguntara eso —dijo con voz baja y depredadora —. Es tarde.

—No podía dormir. —Tragué saliva y me volví hacia el blanco un instante antes de mirar de nuevo hacia él.

Me ignoró por completo y entrecerró los ojos para evaluarme.

—Deberías irte.

Resoplé ante lo absurdo de su propuesta.

—No. Eres tú el que debería irse. —Apunté con la flecha en su dirección.

—Esta noche no, Nyra. —Su voz era fría y ronca, y todas sus palabras destilaban veneno. Se me puso la carne de gallina ante la maldad que percibía en él—. Esta noche no estoy de humor para tratar contigo.

—Nunca estás de humor para tratar nada conmigo. —Se me aceleró el pulso y una oleada de calor me recorrió por entero—. Siempre estás de mal humor.

Permaneció en silencio durante un largo rato, pero su mirada no se apartó de mí ni un solo instante

—Es cierto. —Asintió y se pasó lentamente una mano por la mandíbula—. Pero esta noche puede que me desquite.

Me latía el corazón con fuerza en el pecho y el pulso me rugía en los oídos al mirarlo a los ojos. En ese instante sentí, como una tormenta furiosa dentro de mí, la oleada de poder que me había impulsado hacía un rato. El dolor comenzó en lo más profundo de mi vientre, y luché por mantener la respiración controlada.

—¿Y si eso es lo que quiero?

Tragó saliva con dificultad y vi cómo se le movía la nuez.

—No, no es lo que quieres.

—Eso no lo sabes. —Me temblaba la voz, pero solo podía pensar en cómo me había tocado días atrás y cómo había actuado desde entonces, como si se arrepintiera.

No podía quitarme de la cabeza las palabras que me había dicho hacía un rato. El recuerdo de tenerlo frente a mí, con fuego en la mirada, acusándome de traición, se repetía una y otra vez. Incluso la tensión de su mandíbula y los puños que apretaba a los costados me transmitían su convicción.

Ya me había llamado traidora antes, pero esa vez lo había creído de verdad.

Dacre entrecerró los ojos, y un destello peligroso brilló en sus oscuras profundidades. Todavía podía ver la ira en su expresión, pero también había un hambre innegable que hervía bajo la superficie.

—Dime lo que quieres, pequeña traidora —exigió con tono bajo y amenazante, y sentí un nudo en el estómago cuando la última palabra escapó de sus labios.

Tragué saliva, tratando de controlar mis nervios. Era un juego peligroso, pero no podía resistirme a seguir jugando. No quería parar.

—No me llames así.

—No estoy de humor para que me des órdenes. —Recostó la cabeza contra la pared, como si quisiera verme mejor—. Dime lo que quieres.

—No lo sé —susurré, y hasta yo pude percibir la mentira en mi voz—. Pero no puedo dejar de pensar en ello. —Él soltó una risa ahogada, y ese sonido reverberó en las paredes del vacío campo de entrenamiento. Se incorporó y la luz parpadeante del fuego proyectó sombras sobre su rostro mientras apretaba y aflojaba la mandíbula—. ¿Qué quieres tú? —pregunté, con una voz apenas audible.

Él volvió la cabeza y un destello relampagueó en sus ojos oscuros mientras me escudriñaba con intensidad depredadora. Sus labios se curvaron en una sonrisa astuta, y sentí un escalofrío que me recorrió de la cabeza a los pies.

—Suelta ese arco y ponte de rodillas. —Se pasó la lengua por el labio inferior, y yo casi me derrumbé con ese simple gesto—. Después quiero que vengas arrastrándote hasta mí y me supliques.

No sabía lo que estaba haciendo, pero mi mano se aferró instintivamente al arco, como si fuera lo único que pudiera mantenerme anclada a la realidad. Moví la otra mano y mis dedos temblaron al envolver la cuerda; el frío de la madera contrastaba con el calor que me inundaba todo el cuerpo.

—No puedes darme órdenes. —Mi voz vibraba, y él sonrió con aire burlón al oírme.

—Sí puedo. —Sé pasó la mano por la rodilla, y ese gesto me hechizó—. Y tú quieres obedecer. —La forma en que pronunció esas palabras hizo que irguiera los hombros y se me tensara el vientre—. ¿No es así? —Tenía razón. No podía negar el deseo que se acumulaba en mi interior y amenazaba con consumirme. Pero también odiaba que él lo supiera. Con un simple vistazo había adivinado lo que me estaba haciendo. Empecé a negar con la cabeza para rechazar la verdad que los dos conocíamos, pero él no me lo permitió—. Ponte de rodillas, Nyra. No me hagas repetirlo.

—Yo… —Me quedé sin palabras, o tal vez tan solo era incapaz de articularlas. Se me aceleró el pulso y sentí una magia desconocida corriendo por mis venas. Quería hacer lo que me decía, y había algo en la forma en que me lo había ordenado que me hacía desearlo aún más, aunque tenía claro que debería haberme marchado y haber vuelto directamente a mi habitación, que debería haber salido corriendo de ese lugar.

Pero no fue eso lo que hice; dejé con cuidado el arco y las flechas en el suelo a mi lado y me arrodillé ante él.

El calor abrasador de la luz del fuego parpadeaba y bailaba en la oscuridad, dibujando sombras sobre los rasgos fríos y duros de Dacre, que me observaba

sin hacer ningún movimiento. Sentí como si sus ojos me devoraran, como si la oscuridad me consumiera y amenazara con engullirme por completo.

—Buena chica —ronroneó, con una sonrisa siniestra curvando sus labios, expectante. Tragué saliva, y el dolor en mi vientre se intensificó cuando clavé la vista en él—. Ven aquí. —Levantó una mano y dobló los dedos, invitándome a acercarme. Me temblaban las manos cuando me eché hacia delante y las apoyé en el frío y duro suelo. Bajé la cabeza y mi pecho se estremeció al intentar llenarse de aire—. Mírame. —Levanté la mirada de golpe ante su orden—. Quiero ver cómo vienes arrastrándote hasta mí. —Dacre se pasó la mano por la parte delantera de los pantalones, y se me cortó la respiración al ver el bulto que había allí. Por un momento me quedé paralizada, con el corazón acelerado por su orden. Pero entonces, en contra de la poca fuerza de voluntad que me quedaba, avancé y gateé lentamente hacia él. El suelo me raspó las rodillas y la arena se me clavó en las palmas de las manos. Cuando llegué junto a sus botas me detuve, todavía a cuatro patas, pero mirándolo con los ojos muy abiertos —. Más cerca —siseó. Sus ojos eran oscuros, casi negros, con un destello de deseo que me hizo sentir viva. Parecían devorarme, como dos profundos estanques de obsidiana que contuvieran un atisbo del fuego que ardía en su interior.

Inspiré hondo y él abrió las piernas y me dejó espacio para acercarme aún más. Gateé de nuevo y me acerqué a él despacio, poco a poco, hasta que me envolvió el intenso calor que emanaba de su cuerpo. Era embriagador.

Dacre se echó hacia delante cuando me detuve, y con un dedo me levantó la barbilla hasta que no tuve más remedio que mirarlo. Su pulgar me recorrió el labio inferior con rudeza, y me sentí impotente bajo su contacto.

A pesar de que mi magia estaba aflorando, él seguía logrando hacerme sentir débil.

—En esta postura eres una puta preciosidad —gimió, y bajó la mano para recorrerme el cuello. Jugó con mi cabello, con un gesto suave, casi tierno. Y, sin embargo, había una intensidad feroz detrás de ello, una promesa de algo más.

Se acercó más a mí, hasta que sus labios rozaron la piel de mi cuello. Jadeé, y un escalofrío me recorrió la espina dorsal cuando sentí humedad entre mis muslos temblorosos. Dacre era peligroso, pero el dolor en mi interior se hacía más fuerte con cada segundo que pasaba; mi necesidad por él se volvía casi insoportable.

—Por favor —susurré, con un hilo de voz.

—Me encanta oírte suplicar —murmuró contra mi piel, y no pude evitar que un pequeño gemido se escapara de mis labios—. A ti también te gusta, ¿verdad? —Me pasó la lengua por el punto en que el cuello se unía al hombro. Me temblaban las manos sobre el suelo y deseaba desesperadamente tocarlo de la forma que había estado imaginando durante días—. Suplícamelo, pequeña traidora —ordenó, y me rozó la piel con los dientes. El gemido que escapó de mi boca fue tan fuerte que noté que me sonrojaba de la vergüenza. Apreté los muslos y deseé desesperadamente alcanzar con mis dedos la zona entre ellos para aliviar el dolor que amenazaba con consumirme, pero en lugar de eso los clavé en el suelo y les supliqué a los dioses que Dacre hiciera algo. Que hiciera cualquier cosa—. Dioses, te encanta. —Se apartó y movió la mano hacia mi nuca. Me agarró el pelo con fuerza, me echó la cabeza hacia atrás y mi cuerpo se tensó al sentir el daño que me hacía. Su boca recorrió la mía, no con un beso, sino más bien con una caricia, y después me habló al oído—. Veamos cuánto te gusta suplicar mientras te saboreo.

Dejó de agarrarme el pelo de repente y me deslicé hacia delante. Se levantó y se puso a mi espalda. Me quedé sin aliento mientras me obligaba a permanecer inmóvil, de rodillas, con la vista clavada en el suelo, tratando de calmar mi acelerado corazón. Podía oír el crujido de su ropa al moverse; mis manos temblaban contra el suelo y la expectación se apoderó de mí.

Su mano rozó perezosamente la parte baja de mi espalda, y dejé escapar un pequeño gemido. Me tocaba con tanta delicadeza que habría pensado que lo había imaginado si no hubiera sido por los escalofríos que me provocaban sus dedos.

Intenté concentrarme en esa sensación, deleitarme con el calor de su contacto, pero mi mente estaba nublada por la necesidad de conseguir algo más.

Deslizó la mano hacia abajo, hasta llegar a mi trasero, y yo me eché un poco más hacia delante cuando recorrió mis curvas hasta alcanzar mis muslos.

No importaba que estuviera completamente vestida. Me sentía completamente desnuda ante él.

Miré por encima del hombro para ver su expresión ávida mientras me acariciaba. Sentí una oleada de timidez que él disipó rápidamente al apretarme los muslos con fuerza y dejar escapar un gemido entrecortado.

Se arrodilló detrás de mí; se me aceleró el pulso y tensé el abdomen.

Me acarició los muslos hasta alcanzar mi vientre, y yo arqueé la espalda en un intento desesperado por acercarme más a él.

—Qué cosita tan necesitada. —Soltó una risita carente de humor, llevó las manos hacia mis caderas y me agarró de la cinturilla de los pantalones. Sus pulgares se deslizaron bajo la tela, lo suficiente como para que no hubiera nada entre nosotros, y me ardió la piel como si me estuviera marcando a fuego. Dacre se echó hacia delante y sus labios me rozaron el cuello cuando apoyó su cuerpo sobre el mío—. Estás tan perfecta así… —susurró con voz ronca. Me clavó los dedos en las caderas, con aire posesivo, y todos mis músculos se tensaron involuntariamente. Volvió a descender por mis muslos y sentí contra mi piel la tela áspera de sus pantalones, que no ocultaba su deseo por mí. Me rodeó con un brazo y yo me estremecí cuando sus dedos se clavaron en mi sexo a través de los pantalones—. ¿Ya estás lista para suplicar? —Solté un jadeo cuando sus labios alcanzaron mi oreja y me dio un suave mordisco en el sensible lóbulo.

—Por favor —supliqué, con la voz ronca por el deseo.

Me clavó los dedos con más fuerza y el placer me recorrió por entero cuando empezó a acariciarme a través de la tela de los pantalones.

—¿Por favor qué, pequeña traidora?

—Por favor, tócame, Dacre. —Estaba demasiado necesitada como para avergonzarme de mis palabras. Sabía que lo más seguro era que al día siguiente me arrepintiera, pero en ese momento no había lugar para la timidez.

No lo había cuando lo deseaba con tanta intensidad.

No lo había cuando me sentía tan vulnerable por todo lo que había pasado ese día.

Su risa era oscura y seductora, y me estremecí al oírla.

—No me estás suplicando como es debido, pequeña traidora. —Su mano se ciñó a mi cuerpo, y pude sentir cómo me latía el clítoris bajo su roce—. Creo que tengo que darte más motivos para que me lo supliques. —No le respondí, y tampoco hacía falta; apartó la mano de mí y un gemido escapó de mis labios antes de que pudiera evitarlo. Me estaba volviendo loca, pero no me importaba. Deslizó la mano por mi abdomen hasta que su dedo pasó por mi ombligo, por debajo de la camisa. Empezaban a dolerme las manos y las rodillas, pero no pude concentrarme en eso porque volvió a bajar lentamente la mano y la metió en mis pantalones. Su piel cálida rozó la mía y empezó a acariciarme a un ritmo dolorosamente lento—. ¿Estás mojada para mí? —Me

pasó la otra mano por debajo del pecho e hizo que me incorporara hasta que mi espalda quedó apoyada sobre él. Asentí y él recorrió con la nariz toda la longitud de mi cuello mientras sus dedos seguían toqueteando mi sexo con suavidad, haciéndome más que consciente de lo desesperadamente que lo necesitaba—. Dilo en voz alta, Nyra.

Nyra. Dioses. Por primera vez desde que había llegado lamentaba no haberle dado mi verdadero nombre. Iba a odiarme por ser quien era, pero quería oírle pronunciar mi nombre; quería oír cómo se deslizaba desesperadamente entre sus labios.

—Por favor, Dacre —susurré, con la voz cargada de deseo—. Estoy tan húmeda por ti…

Soltó un fuerte gemido y sentí la vibración recorrerme el cuerpo.

—Creo que debería asegurarme de ello. —Su mano bajó lentamente y yo me eché hacia atrás y me agarré a su muslo para apoyarme. Clavé las uñas en sus pantalones cuando sus dedos encontraron la humedad que lo esperaba allí y me arqueé contra él. Su pene me rozó el trasero, y me contoneé contra él cuando sus dedos me rozaron el clítoris—. Joder. —Gimió contra mi nuca e introdujo dos dedos con facilidad en mi interior—. ¿Todo esto es por mí?

Extendió la humedad, jugueteando conmigo, y deslizó los dos dedos arriba y abajo por mi sexo como si intentara memorizarlo.

—Por favor. —Me contoneé con más ganas contra él y gemí al sentirlo detrás de mí. Estaba en todas partes, pero al mismo tiempo era como si estuviera fuera de mi alcance—. Dacre, por favor. —Detuvo el movimiento de sus dedos sobre mi clítoris y después apretó con fuerza. Levanté las caderas ante el cambio repentino de ritmo—. ¡Oh, dioses!

Movió los dedos en pequeños círculos, concentrando sus caricias exactamente donde yo las necesitaba, y yo imité sus movimientos con mis caderas.

Estaba tan concentrada en esos dos dedos que no me di cuenta de que su otra mano se deslizaba por mi pecho y llegaba a mi mandíbula. Me obligó a girar la cabeza hacia él, sin darme otra opción que mirarlo, y sus ojos oscuros se entrecerraron como si no pudiera decidir si quería follar conmigo o destruirme.

En ese momento, le habría dejado hacer lo que hubiera querido.

Mirar su expresión tormentosa mientras jugaba con mi cuerpo fue demasiado, y gemí, cerrando los ojos para intentar concentrarme solo en las

sensaciones que me provocaba.

—Mírame. —El tono autoritario de su voz me obligó a abrir los ojos de golpe, y le vi lamerse los labios; me apretó la mandíbula con más fuerza—. Eres una pequeña traidora tan necesitada… —Su pulgar me rozó el labio inferior. Estaba desesperada por que me besara. Lo deseaba más que nada en el mundo. Le mordí la punta del pulgar antes de que pudiera retirarlo y su mirada se oscureció aún más—. Eres la hostia de codiciosa… —Sus palabras sonaron como una súplica; me cogió de la barbilla y estrelló su boca contra la mía. Ese beso no tenía nada que ver con la delicadeza de sus dedos. Era como si algo se hubiera roto en su interior, como si no pudiera controlar su necesidad, que no podía controlar, y besarme fuera la única cura para los males que lo aquejaban. Sus labios eran rudos, su lengua suplicaba deslizarse entre ellos, y, cuando cedí, me mordió y me besó como si temiera no volver a saborearme nunca más. Introdujo sus dedos dentro de mí, y yo gemí contra su boca ante la plenitud de su presencia—. Dioses, mira lo bien que me recibes —murmuró contra mis labios mientras movía sus dedos dentro y fuera de mí y me clavaba la palma de la mano en el clítoris—. Cuando no puedo dormir por la noche es porque no puedo pensar en otra cosa que no sea qué aspecto tendrías debajo de mí con mi pene entrando y saliendo de este sexo tan estrecho.

Sus palabras me hicieron estremecerme y, a modo de respuesta, me arqueé hacia él. Era demasiado para mí: su contacto, sus palabras y el calor entre nosotros que amenazaba con quemarme viva.

La forma en que mi poder parecía vibrar dentro de mí con él tan cerca.

—Por favor —le supliqué de nuevo, con voz ronca y quejumbrosa. Meneé las caderas contra sus dedos para intentar desesperadamente encontrar algo de alivio.

Él gimió y su aliento cálido me acarició la mejilla.

—¿Quieres más? —Retiró sus dedos de mí y yo solté un jadeo en señal de protesta. Busqué en su rostro alguna pista sobre lo que estaba pensando, pero él no me miraba a mí, sino a su mano, que sacó de mis pantalones y me puso delante. Pude ver mi humedad cubriendo sus dedos, y el rubor se apoderó de mi rostro—. Tú has tenido el placer de probar esto, pero yo no. —Acercó la mano hasta que llegó junto a su boca—. Esta es otra cosa que me quita el sueño: imaginar exactamente a qué sabes. —Gemí, y él se llevó los dedos a los labios, mirándome fijamente a los ojos. En lugar de lamerlos de pasada, se

recreó deslizando la lengua por sus dedos, que estaban cubiertos con mi humedad. Se sacó los dedos de la boca y los pasó por mis labios. Luego me puso la mano en el cuello—. Es incluso mejor de lo que había soñado. —Su mano se ciñó a mi cuello y se acercó a mí hasta que su boca rozó la mía—. Ahora no podré dormir hasta que lo pruebe en tu piel. —Me mordió el labio inferior y lo chupó—. Creo que deberíamos solucionarlo. —Se apartó de mí, pero su mirada oscura seguía clavada en mi boca. Mi cuerpo temblaba de deseo, e intenté imaginar cuál iba a ser su siguiente movimiento—. Ponte de pie, Nyra.

El pulso me latía con fuerza, no podía detener el temblor de mis manos. Iba a saborearme, a posar su boca sobre mi cuerpo, y, aunque nunca había deseado nada más, el miedo se apoderó de mí.

—¿Y si eso no es lo que yo quiero? —Mi voz temblaba de deseo y contradecía mis palabras.

Él me sonrió, con un gesto siniestro y carente de calidez; extendió la mano y me acarició entre los muslos.

—Los dos sabemos que sí. Lo deseas, y vamos a hacerlo. —Me temblaban los muslos por lo mucho que lo necesitaba—. Levántate. No me hagas repetirlo. —Dudé solo un segundo antes de ponerme de pie. Dacre se irguió un poco sobre sus rodillas y me recorrió los muslos con las manos antes de posarlas sobre mis caderas. Me bajó un poco los pantalones de cuero y me miró fijamente—. Si no es esto lo que quieres, entonces deberías irte. —Su voz era letal—. Hablo en serio cuando te digo que haré contigo todo lo que quiera y que no saldrás de esta cueva hasta que lo único que puedas saborear en tu lengua sea mi nombre. —Su expresión era hambrienta; sus ojos, oscuros e intensos, y yo no hice ademán de marcharme. Los dos sabíamos que en ese momento él tenía todo el poder. Me invadió el alivio al aceptar que yo estaba a su merced. Ya no quería luchar contra lo que deseaba tan desesperadamente. Lentamente me bajó los pantalones y la ropa interior, hasta dejarme desnuda ante él. Tragué saliva con dificultad y reprimí el impulso de taparme—. Preciosa… —murmuró, tan bajito que apenas pude oírlo. Se echó hacia delante hasta quedar justo frente a mi pubis, y yo alcé la mirada al cielo al sentir que me besaba el interior del muslo antes de rozar mi centro con la nariz —. Mírame. —Su tono era bajo y autoritario, y me invadió una oleada de deseo al obedecer. Me recorrió los muslos de arriba abajo y temblé bajo su roce—. Quiero que me mires mientras saboreo lo que es mío por primera vez.

—No es tuyo. —De alguna manera logré recuperar la voz el tiempo suficiente para decir lo único que no debía.

Sus manos se detuvieron en la parte superior de mis muslos, y él sonrió antes de moverlas rápidamente hacia mi sexo y abrirme con sus pulgares.

—Vamos a ver cuánto tiempo puedes mantener esa determinación, pequeña traidora.

Abrí la boca para discutir con él, pero se echó hacia delante y su lengua recorrió mi centro. Casi caí de rodillas. Me aferré a su pelo para mantenerme en pie, intentando respirar inútilmente.

Me chupó el clítoris y yo grité, incapaz de apartar la mirada de él.

No había ni una pizca de ternura en su acometida, y cuando sus dientes arañaron mi sensible piel, mi gemido se oyó en toda la cueva. Enredé los dedos en los mechones de su cabello e intenté acercarlo más y más a mí.

Nunca había sentido un placer tan intenso, un deseo tan abrumador, tan devastador. La boca de Dacre se deleitó conmigo, explorando mi cuerpo de formas que no creía posibles, mientras seguía aferrado a mis muslos con tanta fuerza que me mordí el labio para ignorar el daño que me hacía.

Él gimió contra mí, y ese sonido reverberó en todo mi cuerpo, y luego, finalmente, levantó la mano y metió dos dedos dentro de mí.

Arqueé la espalda, ávida de más, y me pegué contra su boca. Tensé el vientre y se me cortó el aliento cuando él movió sus dedos dentro y fuera de mí en perfecto ritmo con su lengua. Apenas podía abrir las piernas, y la posición me hacía sentir increíblemente llena de él.

—Eres tan estrecha… —murmuró contra mi piel—. Estás tan húmeda…

Sus palabras azuzaron mi deseo, ya desenfrenado, y no pude evitar suplicarle más.

—Por favor, Dacre… Por favor….

Le tiré del pelo y él me miró. La malicia en sus ojos reflejaba el deseo que yo sentía por todo el cuerpo.

—¿Quieres correrte?

—Por favor. —La forma en que se lo supliqué me sabía extraña, pero, de algún modo, también me parecía acertada.

Él se rio entre dientes, y las vibraciones se propagaron por mi sensible piel.

—Dime de quién es esto. —Hundió sus dedos más profundamente dentro de mí, haciéndome gritar por la mezcla de placer y dolor. Me mordí la lengua porque su sonrisa insolente alentaba mi rebeldía, pero sabía que iba a

conseguir exactamente lo que quería. Le habría dado cualquier cosa con tal de que por fin me provocara la sensación que tanto ansiaba—. Dime que es mío, pequeña traidora. —Dobló los dedos profundamente dentro de mí y me chupó de nuevo el clítoris, pasando la lengua por el sensible botón con un ritmo que me habría hecho revelarle cualquier cosa.

—Es tuyo —logré articular. La confesión fue como una puñalada en el pecho, pero no podía negar la verdad. Era la última persona a la que debería habérselo dicho, pero era la única a la que quería hacerlo.

Dacre apartó los labios de mi clítoris con una mueca burlona, con los ojos brillando maliciosamente. Yo temblaba de la cabeza a los pies, inundada de un torbellino de emociones y sensaciones: me sentía humillada, dolorida y, sin embargo, increíblemente viva.

—Así es. —Sus dedos entraban y salían de mí a un ritmo que me estaba volviendo loca—. Esto es mío, pequeña traidora. Estás así de mojada por mí. Por nadie más. —Se echó hacia delante y me mordió el interior del muslo—. Eres mía. —El gruñido que escapó de su pecho fue casi suficiente para llevarme al límite. Siguió lamiendo y chupando mi clítoris y penetrándome con los dedos hasta que sentí que iba a perder la cabeza. Me aferré a su cabello y percibí la quemazón de las lágrimas en los ojos—. Mía. —Grité cuando él metió y sacó sus dedos más fuerte, y el modo en que me dominaba me llevó al límite. Mi cuerpo tembló incontrolablemente cuando alcancé el orgasmo, que recorrió mi cuerpo como un rayo. Me pasó la mano por la espalda para mantenerme firme hasta que cesaron los espasmos del clímax—. Eso es.

Podía sentir cómo me miraba, pero no me importaba. Me ceñía a sus dedos con una necesidad desesperada de más, y no quería bajar nunca del subidón que me había dado.

Dacre no se detuvo y siguió metiéndome los dedos, prolongando el placer, haciéndome gritar su nombre una y otra vez hasta que mi cuerpo se desplomó exhausto contra él. Dacre sacó sus dedos de mi interior, apartando muy despacio su mano de mi humedad, y yo experimenté una extraña mezcla de alivio y vergüenza.

Se puso de pie, se limpió los dedos con la lengua, con una sonrisa de satisfacción en el rostro, se agachó y me subió los pantalones. Estaba muy duro, y, a pesar de la vergüenza que no podía negar, yo quería tocarlo. Quería tener sobre él el mismo poder que él tenía sobre mí.

Recorrí con mi mano toda su longitud y él soltó un gemido grave y gutural y

hundió la mano en mi cabello. Tiró de él para obligarme a mirarlo, y el deseo que vi en su expresión fue casi suficiente para llevarme de nuevo al clímax.

—Quiero tocarte —susurré, y su mirada pareció oscurecerse aún más.

—Nyra. —Su tono era de advertencia, pero lo único que consiguió con ello fue emocionarme de forma más intensa.

—Quiero saborearte. —Me tiró más del pelo, hasta que grité de dolor, pero, aun así, deseaba más. No estaba segura de si alguna vez habría un momento en el que no quisiera más de él, y ese pensamiento me aterrorizaba. Podía sentir el calor de su mirada mientras me contemplaba, y su intensidad hizo que se me acelerara el corazón—. ¿Quieres que me arrodille ante ti? —Extendí la mano y la posé sobre su pecho.

—Pequeña traidora… —Esas palabras sonaron como una súplica en sus labios.

—Dacre. —Una voz grave se escuchó en la sala en silencio, y tensé la columna.

Dacre me soltó y dio un paso atrás rápidamente, como si lo hubieran pillado con la traidora que creía que yo era.

Como si supiera que yo lo era.

Se volvió para mirar la imponente figura que se encontraba a la entrada de la cueva con la expresión hirviendo de pura rabia.

—Padre. —La voz de Dacre vaciló solo un segundo; después se enderezó y se mostró como el líder que lo habían obligado a ser.

Me dolía el estómago, y mi cuerpo me pedía a gritos que huyera. No había visto al padre de Dacre desde que me había estrangulado para encontrar unas respuestas que yo me había negado a ofrecerle.

—Acabamos de recibir noticias —dijo su padre, mirando alternativamente a su hijo y a mí, aunque Dacre me daba la espalda—. Nos vamos en menos de una hora.

Me pasé la mano por el pelo para apartármelo de la cara, aunque estaba convencida de que seguía muy despeinada después de lo que acabábamos de hacer.

—Estoy listo. —Dacre asintió, dio un paso adelante y se agachó hasta coger el arco y las flechas que yo había dejado en el suelo.

—¿Vas a acompañar a Nyra a sus aposentos?

—No —respondió Dacre con rapidez y firmeza—. Puede encontrar el camino sola.

Era un rechazo. Él había estado tan desesperado por mí como yo por él, y en ese momento me rechazaba como si no importara nada.

Su padre me miró, y en su expresión no vi más que una desconfianza que me revolvió el estómago. Dacre se quedó ahí parado.

—Soy más que capaz. —Avancé un paso y le arrebaté el arco a Dacre de las manos; fui hasta las dianas y recogí mi carcaj de donde lo había dejado.

Notaba que Dacre me observaba, pero no le concedí la satisfacción de darme la vuelta.

21

NYRA

El vino me quemó la garganta cuando di otro trago.

—Quizás deberías tomártelo con más calma. —Wren me observaba atentamente, y no había dejado de hacerlo desde que le había contado lo que había pasado.

Era la única a quien le había confesado lo de mi poder, si se le podía llamar así. Ya casi no lo sentía. Sabía que seguía ahí, pero era como si se estuviera escondiendo de mí.

Extendí la mano, con la palma hacia arriba, frente a mí, e intenté invocarlo. Pero no pasó nada.

Hacía dos días que había desaparecido, igual que Dacre.

Dos días y ni una sola palabra por parte de Dacre y ni el más leve rastro de poder, y no sabía qué me enfurecía más.

Había estado desesperada toda mi vida por tener magia, pero aun así solo podía pensar en él.

—Estoy bien. —Estreché la botella entre mis manos y contemplé las llamas de la chimenea, que lamían los bordes de piedra. Wren se sentó a mi lado, negándose a mantenerse apartada de mí. Eiran estaba apretujado al otro lado; apenas le había prestado atención desde que me había puesto la botella en la mano.

—El entrenamiento de hoy ha ido bien. —Me dio un pequeño codazo—. Por mucho que me duela admitirlo, Dacre tenía razón sobre el arco.

Dacre. ¿Por qué ha tenido que mencionar su nombre?

Se me hizo un nudo en el estómago al recordar lo sucedido días atrás. Cada pensamiento que me invadía era más confuso que el anterior. La cala, mi poder, la forma en que me había tocado, la forma en que me había rechazado…

Mi mente era un caótico campo de batalla de recuerdos, todos centrados en él y en las abrumadoras emociones que despertaba en mí.

Tomé otro trago de vino, tratando de ahogar las imágenes sobre él que amenazaban con asfixiarme.

El alcohol me nublaba la mente, y, aunque estaba enfadada con Dacre, no podía ignorar el ardiente deseo que sentía cada vez que pensaba en él.

—Nyra, ¿estás bien? —La voz de Wren interrumpió mis pensamientos, y, cuando me volví hacia ella, noté una punzada en el pecho al ver su expresión preocupada.

—Sí, estoy bien —mentí, dando otro sorbo al vino.

Eiran me observaba atentamente, como había hecho durante todo el día durante el entrenamiento, y lo único que yo ansiaba era que dejara de hacerlo.

Sin pensarlo, solté la pregunta que me había estado rondando la cabeza todo el día.

—Por cierto, ¿has visto a tu hermano?

Wren abrió mucho los ojos y se tensó, girándose lentamente hacia mí.

—Ha estado ocupado con mi padre —respondió Wren lentamente, con un tono suave pero distante—. Hace un rato que lo he visto regresar con Kai.

Negué con la cabeza y tomé otro sorbo de vino para calmar mis nervios.

—¿Está en su habitación?

La expresión de Wren se suavizó.

—Ya has bebido mucho esta noche. Quizás deberíamos subir.

Sabía que solo intentaba protegerme, asegurarse de que no saliera malparada, pero aun así me cabreó.

No quería que me protegiera de su hermano.

—Vale. —Asentí y me puse de pie sin soltar la botella de vino que tenía en la mano—. Buenas noches, Eiran. —Le hice un gesto de despedida con la botella, balanceándome un poco, y él se volvió hacia Wren.

—Yo me encargo de ella. —Wren me rodeó con el brazo y me sacó de la sala para llevarme hasta las escaleras.

Trastabillé un par de veces, pero ella me sostuvo con firmeza; mientras avanzábamos, llevaba el ceño fruncido.

—¿Por qué dijiste que tu hermano ya no cura a nadie?

—¿Qué? —Abrió mucho los ojos, aferrada a mí. Apenas habíamos subido la mitad de las escaleras, pero yo estaba desesperada por conocer la respuesta.

—Cuando me hirieron, me dijiste que Dacre ya no se dedicaba a la sanación. —No podía dejar de pensar en eso: estaba obsesionada dándole vueltas a lo que había querido decir.

—Eso deberías preguntárselo a Dacre —respondió, con la vista clavada en las escaleras.

—Te lo suplico, Wren. —Le rodeé el antebrazo con la mano y se lo apreté —. Por favor.

Su rostro se suavizó.

—Dacre solía dedicarse a curar. —Tragó saliva, y pude sentir el ligero temblor de sus dedos contra mí—. Pero no ha sanado a nadie desde que no pudo salvar a mi madre. —Inspiré hondo y se me nubló la vista—. Intentó salvarla mientras los demás seguían luchando. Siguió intentándolo mientras levantaban su cuerpo inerte y se la llevaban a casa. —La voz de Wren temblaba —. Tuvieron que apartarlo de su cuerpo frío porque se negaba a dejar de intentarlo. Pero la magia que habían usado contra ella había sido demasiado fuerte.

—No lo sabía. —Me aferré a ella con más fuerza; las dos nos apoyamos la una en la otra buscando reconfortarnos mutuamente—. Lo siento.

—No le he visto curar a nadie desde aquella noche. La magia curativa es poco común, y la mayoría de los sanadores son llevados a la capital tan pronto como se descubre su magia. Solo tenemos unos pocos sanadores aquí, pero Dacre sigue negándose a actuar como tal. —Me miró fijamente a los ojos durante un largo rato antes de volver a hablar—. Heredó sus habilidades curativas de mi madre y siente que le ha fallado.

—No le ha fallado. —Negué con la cabeza e intenté asimilar lo que Wren acababa de contarme.

—Lo sé. —Me dio un apretón en el brazo y subimos otro escalón—. Pero no importa lo que yo piense. Dacre no ha sido el mismo desde que perdimos a nuestra madre. Nunca se lo perdonará a mi padre, nunca se perdonará a sí mismo.

—Me ha curado dos veces —admití en voz alta, aunque en realidad tan solo me estaba recordando ese hecho a mí misma. El corazón me latía con fuerza en el pecho mientras trataba de entender lo que eso significaba con mi mente nublada por el alcohol—. ¿Por qué?

Sentí un nudo en el estómago al hacer la pregunta. No sabía si estaba preparada para admitir la respuesta ante mí misma ni por qué deseaba desesperadamente que solo hubiera una razón para que lo hubiera hecho: quería que Dacre se preocupara por mí, ya que yo había empezado a preocuparme por él.

—Vamos. —Wren me ayudó a subir los últimos escalones—. Has bebido demasiado y las dos necesitamos dormir.

—Gracias por cuidar de mí.

Ella se rio y me abrazó.

—Para eso están las amigas.

Cuando llegamos a nuestra habitación, Wren extendió la mano hacia el pomo, pero yo me solté de sus manos y, antes de que pudiera detenerme corrí hasta la puerta de Dacre y la golpeé con el puño.

—Nyra, es tarde —siseó Wren, aunque había una nota de humor en su voz. Trató de apartarme de ahí, pero antes de que lo hiciera conseguí llamar una vez más—. Por los dioses.

Ella se echó a reír, y yo no pude contener las carcajadas que brotaron en mi pecho. Ninguna de las dos podía detener sus risas histéricas, hasta que Dacre abrió la puerta de un tirón y se plantó delante de nosotras, con el rostro desencajado por la ira.

Seguí riéndome mientras él nos miraba con una mezcla de enfado y frustración, pero no podía dejar de pensar en una pregunta que me atormentaba la mente: «¿Le importo?».

—¿Qué hora es? —Su voz sonaba ronca por el sueño y tenía el pelo revuelto por haber estado en la cama. Me moría de ganas de pasarle las manos por él.

—Medianoche —dijo Wren, aún riéndose.

Dacre nos miró con los ojos entrecerrados, pero yo estaba demasiado ocupada contemplando su pecho desnudo.

—¿Qué estáis haciendo vosotras dos?

—¿Dónde has estado? —Me crucé de brazos, todavía aferrada a la botella de vino, y lo estudié de arriba abajo—. Hace días que no te veo.

—No sabía que me estabas controlando. —Su brusca respuesta me sentó como un puñetazo, y alcé la vista para buscar sus ojos.

Sentí cómo se me enrojecían las mejillas, pero me negué a dejarle ganar.

—No te estaba controlando. —Levanté las manos en señal de rendición—. Es que me ha parecido extraño haber entrenado hoy con Eiran después de que tú me dijeras… ¿Qué fue? —Me acaricié la barbilla con un dedo—. Ah, sí. Que yo era tuya.

—Ay, joder. —Wren se rio entre dientes y Dacre me miró con los ojos entrecerrados—. Deberíamos volver a nuestra habitación.

—¿Estás borracha? —Su voz tenía un tono de advertencia.

—¿Por? —Ladeé la cabeza y lo miré fijamente—. ¿Me estás controlando?

—Wren, puedes entrar en tu habitación. Yo me encargo de Nyra. —Había irritación en su tono y una amenaza velada en su expresión que me hizo apretar los muslos.

Su hermana nos echó un vistazo a los dos.

—No sé si eso es buena idea.

—No pasa nada, Wren. —Asentí—. Estaré bien.

Ella dio un paso atrás y el suelo de madera crujió suavemente bajo sus pies, pero ni Dacre ni yo apartamos la mirada el uno del otro.

—Dacre, si le haces algo, te mato —dijo al abrir la puerta de nuestra habitación, y yo sonreí—. No te atrevas a hacerle daño.

La puerta se cerró detrás de ella y Dacre se cruzó de brazos y se apoyó en el marco de su puerta.

—¿Qué haces aquí, Nyra?

Quería verte.

No podía decirle la verdad, así que recurrí a otra mentira.

—Solo quería asegurarme de que estabas bien. La gente estaba comentando que ahí fuera hay mucho alboroto.

No era mentira del todo. Había oído a algunos guerreros en la sala de entrenamiento hablar de Davian y de la supuesta información que había obtenido.

—¿Y quién te ha dicho eso? ¿Eiran?

—No. —Negué con la cabeza y me aparté de la pared que tenía detrás—. Eiran estaba concentrado en otra cosa.

Eso hizo que los músculos de su mandíbula se tensaran.

—Claro que sí. ¿No te dije que no quería que volvieras a entrenar con él?

—Me has dicho tantas cosas… —dije haciendo un gesto exagerado con la mano—. Es difícil recordar todas tus órdenes.

Se tensó cuando me acerqué a él.

—Deberías irte a tu habitación.

—Y tú deberías dejar de darme órdenes. —Le clavé un dedo en el pecho y bajé la mano y la deslicé sobre su piel desnuda.

Dacre contuvo el aliento, y pude ver en sus ojos el mismo deseo que yo sentía. Su mirada se posó en mis labios y no pude evitar acercarme más a él.

—¿Qué estás haciendo, Nyra? —preguntó finalmente, con un tono grave y peligroso.

—Te dije que quería tocarte —susurré, bajando la mano. Me agarró con rapidez de la muñeca antes de que pudiera llegar a donde quería—. Que quería saborearte.

—Eso no va a pasar esta noche. —Sus ojos se entrecerraron peligrosamente y me apretó la muñeca con más fuerza, acercándome aún más a él.

Sentí una oleada de determinación y frustración, y se me aceleró el pulso. Alcé la vista y pude ver su conflicto interno en su expresión. La mano que agarraba la mía temblaba un poco, y supe que se sentía dividido entre el deseo y el deber, al igual que estaba dividido sobre quién creía que era yo.

—Pero estoy mojada…. —Me pasé la lengua por los labios y él se quedó hechizado por el gesto—. Hoy he entrenado con Eiran, pero solo podía pensar en ti.

Me miró con el ceño fruncido, con los ojos ardientes como llamas negras.

—Estás borracha.

—Y voy a correrme, contigo o sin ti. —Mis palabras fueron mucho más atrevidas de lo que yo me sentía, pero no me arrepentí de ellas.

—Joder —maldijo entre dientes. Me agarró por la camisa y tiró de mí hasta que entré en su habitación.

La puerta se cerró de golpe detrás de nosotros, y me cosquilleó la piel por algo más que el alcohol: era anticipación. Era mi poder, que ronroneaba ante su presencia, despertándose de un modo que yo no había sido capaz de lograr.

—Sabes que los demás pueden oírte ahí fuera, en el pasillo, ¿verdad? —Se pasó la mano por el pelo, y me dio la impresión de que estaba muy frustrado conmigo.

—¿No quieres que sepan que voy a correrme pensando en ti?

Pude ver la tensión en su rostro mientras les daba vueltas a mis palabras, entrecerrando los ojos peligrosamente. Pero, para mi sorpresa, no me soltó la muñeca: me pegó a él y sentí la dureza de su erección contra mi muslo; me quedé sin aliento.

—Estás jugando con fuego, Nyra —me advirtió con voz grave y ronca.

—Déjame tocarte —susurré, con la voz temblorosa por el deseo y una desesperación que deseaba poder controlar.

Él dudó un momento, apretándome la muñeca con más fuerza, y me hizo retroceder hasta que mis rodillas tocaron la cama.

—Estás borracha —repitió.

Abrí la boca para discutir, pero él me puso un dedo sobre los labios para

acallarme. Siguió empujando hasta que caí de culo sobre el colchón, y se cernió sobre mí.

—No voy a follarte la boca por primera vez cuando ni siquiera estoy seguro de que lo vayas a recordar. —Apreté los muslos, tratando de aliviar el dolor, pero fue inútil. Me arrebató la botella de vino de la mano, se la llevó a los labios y bebió; cogió una silla y la puso frente a mí; se dejó caer sobre ella, se apoyó la botella de vino en el muslo y me miró fijamente—. Adelante. —Me señaló con la cabeza, y sentí que se me hacía un nudo en el estómago.

—¿Qué?

Él sonrió con aire burlón, observándome atentamente mientras yo intentaba averiguar qué quería.

—Tócate. —Se recostó en la silla—. Has dicho que ibas a correrte conmigo o sin mí. Muéstrame cómo.

—Yo… —Me tembló la voz mientras buscaba una respuesta.

—Ya me has oído. —Enarcó una ceja y le dio otro sorbo al vino—. Vamos. Quiero verte.

No podía recuperar el aliento, y el alcohol mezclado con mi poder latía con fuerza en mis venas.

Alcancé la parte superior de mis pantalones y me desaté los cordones, y él chascó la lengua.

—Quítate la camisa. Quiero verte. —Debería haberle dicho que no. Debería haberme ido a mi habitación, pero no hice ninguna de esas cosas. Agarré el dobladillo de la camisa y, con manos temblorosas, me la quité por la cabeza. Los ojos de Dacre se oscurecieron y se clavaron en mi abdomen cuando dejé caer la camisa sobre su colchón—. Nyra.

—¿Sí? —Levanté un poco las caderas y me bajé los pantalones, deslizándolos por mis muslos, pero Dacre estaba paralizado.

—¿Quién coño te ha hecho eso?

Seguí la dirección de su mirada y me estremecí al comprobar que miraba la cicatriz que me rodeaba la espalda y llegaba hasta mi vientre. Me llevé la mano ahí a toda prisa para tapar la marca.

—No es nada.

Su expresión se tornó sombría, y no apartó la vista de mi barriga.

Me quedé allí sentada, sintiéndome expuesta y vulnerable, pero sabía que él no iba a dejarlo pasar.

—No has respondido a mi pregunta —gruñó Dacre, sin moverse—. ¿Quién

te hizo daño?

—Fue hace mucho tiempo.

Me sorprendió ver rencor en su expresión.

—¿Quién fue?

—Mi padre. —Era la única verdad que podía decirle. Dacre se pasó la mano por la nuca y sentí cómo se alejaba de mí, refugiándose en su ira, donde se sentía cómodo—. Fue hace mucho tiempo, Dacre. No importa.

—No importa… —Soltó una carcajada amarga que me sobresaltó—. ¿Crees que cualquiera puede salirse con la suya haciéndote daño y que eso no importe? —Sacudió la cabeza.

—No quiero hablar de esto. —Me recosté sobre el codo y deslicé la mano por mi pecho bajo su atenta mirada—. No he venido aquí para hablar.

—Nyra. —Gruñó mi nombre, y dejé que eso me estimulase; me rodeé un pecho con la mano y me pellizqué el pezón.

—¿Sí, Dacre? —gemí, y aparté todo lo demás de mi mente hasta que solo quedamos él y yo.

Nada más importaba en ese momento. Ni mi pasado, ni el suyo ni nuestras lealtades.

Solo estábamos él y yo, envueltos en una red de lujuria y de emociones inconfesadas.

Él me contemplaba con una expresión ardiente, mezcla de deseo y furia, y tensó la mandíbula para intentar controlarse.

Pero no me importaba. Lo quería, lo necesitaba.

Me recorrí el vientre con los dedos, hasta alcanzar la cicatriz que me recordaba mi pasado, y luego continué bajando hasta la cintura y llegué a la unión entre mis muslos.

Me temblaban las manos, pero no me detuve.

—Abre las piernas. Y separa tus pliegues con los dedos, para que pueda verte —ordenó con voz baja y exigente. Los ojos de Dacre no se apartaron ni un instante; ni siquiera parpadeó cuando deslicé la mano entre mis piernas y me metí los dedos, sintiendo la humedad que se había formado ahí. Gemí suavemente cuando mis dedos se hundieron en mi humedad, y levanté un poco las caderas. La respiración de Dacre se entrecortó—. Joder, Nyra —masculló con una voz ronca y áspera que me hizo estremecerme—. Vas a conseguir que me corra solo con mirarte.

Movió las caderas en la silla, se sacó el pene de los pantalones cortos y yo

jadeé al verle pasar la mano arriba y abajo por toda su longitud.

La expresión de Dacre ardía de deseo y necesidad mientras veía cómo me tocaba; seguía el ritmo de mis movimientos, acariciándose cada vez más fuerte y más rápido. Podía ver la tensión en sus músculos, cómo apretaba la mandíbula, y sabía que estaba tan cerca de perder el control como yo.

Deslicé otro dedo dentro de mí, abriéndome y gimiendo por la plenitud que sentía. Levanté las caderas una vez más, persiguiendo el placer que se acumulaba dentro de mí.

—Por favor, Dacre —le supliqué, con una voz que era poco más que un susurro—. Tócame.

Él miró mi mano, aún enterrada entre mis piernas, y luego alzó la vista hacia mis ojos.

Por un momento pensé que iba negarse, pero entonces se puso de pie, sin dejar de acariciarse mientras me contemplaba.

—Eres perfecta. —Se arrodilló ante mí, me bajó los pantalones hasta los tobillos, me los quitó y los tiró al suelo.

Gemí, echando la cabeza hacia atrás, y di un respingo al sentir algo frío en mi sexo.

Abrí los ojos de par en par y vi cómo Dacre sostenía la botella de vino sobre mí, dejando que el vino gotease por mi cuerpo y entre mis muslos.

—Dacre —gemí su nombre.

—No creo que haya tenido suficiente. —Agachó la cabeza y lamió el vino que había derramado sobre mi cuerpo. Arqueé la espalda y jadeé cuando su lengua bajó y me rozó el clítoris antes de sumergirse en mi humedad. Me aferré a las sábanas y jadeé ruidosamente mientras él seguía dándome placer con la boca—. Qué dulce. —Dejó caer más vino de la botella y lamió cada gota de mi piel, sin apartar los ojos de los míos. Me acarició las piernas, me las separó y hundió su lengua en mi interior.

—Dacre, por favor —le supliqué con voz aguda y necesitada—. Quiero más.

Él soltó un gemido largo y fuerte y se arrodilló en la cama, entre mis muslos. Su erección era enorme, y seguía pasando su mano arriba y abajo por toda su longitud. Por un momento pensé que íbamos a follar, y me di cuenta de que lo deseaba desesperadamente. Quería que Dacre me poseyera de todas las formas posibles.

—¿Dónde quieres mi semen, pequeña traidora?

Abrí los ojos de golpe y él puso la punta de su miembro contra mi clítoris.

Arqueé la espalda y gimoteé cuando lo movió para deslizarlo arriba y abajo por mi humedad antes de ponerlo sobre mi clítoris una vez más.

—Dentro de mí —respondí, y sentí cómo se estremecía al recorrerme de nuevo por completo. Puso la punta sobre mi entrada y se retiró.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Estaba lista para suplicarle.

—¿Quieres que follemos? —preguntó, y volvió a rozarme el clítoris una vez más.

Estaba tan cerca… Tan cerca, joder…

—Sí —susurré, con la voz temblorosa por la anticipación.

Me miró con expresión oscura y ávida, llena de deseo y posesividad.

—Eres mía, Nyra.

—Sí —susurré, y moví las caderas, tratando de alcanzar el éxtasis que él me ofrecía—. Soy tuya.

—Qué buena chica eres. —Me puso los dedos sobre el clítoris y casi me salí de mi cuerpo.

—Ay, dioses. —Me masajeé los pechos y escuché sus gemidos.

—Voy a correrme sobre ti, pequeña traidora. Voy a señalar tu cuerpo de una forma que tu falsa marca de rebelión nunca podría conseguir. —Tensé las piernas e intenté cerrarlas, pero él no me lo permitió—. Déjame, Nyra —masculló; sus movimientos se volvieron más frenéticos y enérgicos, y yo no pude aguantar más—. Dame lo que es mío.

Mi cuerpo estaba tan tenso como la cuerda de un arco, y en el momento en que estallé no hubo forma de contenerlo.

Grité y alcé las caderas para pegarme más a su mano, y sentí cómo él también alcanzaba el placer.

—Joder —jadeó con voz ronca; se acarició con más fuerza y su semen roció mi clítoris.

Me eché hacia delante y vi cómo se corría sobre mi sexo; su semen goteó por mis muslos como lo había hecho el vino solo unos momentos antes.

—Dacre —dije su nombre como una súplica, pero no sabía qué estaba pidiendo. Mi cuerpo aún temblaba por lo que acabábamos de hacer, y el corazón amenazaba con escapar de mi pecho.

Vi que sus ojos estaban casi completamente negros cuando pasó un dedo por mi sexo y lo alzó.

Contuve el aliento, sintiéndome de repente cohibida, e intenté una vez más cerrar las piernas, pero él seguía entre ellas, obligándome a permanecer

expuesta ante sí.

—Prueba. —Llevó el dedo hasta mi boca y dejé que lo pasara por mi lengua —. Estás tan guapa cubierta de mi semen…

22

DACRE

Nyra soltó la cuerda, la flecha salió disparada por el aire y falló por muy poco su objetivo.

Estaba mejorando.

—Controla tu respiración —le dije mientras cogía otra flecha—. Mantenla firme.

Ella asintió y cargó otra flecha.

Con el rabillo del ojo alcancé a ver un movimiento. Kai andaba hacia nosotros con una expresión tan sombría que casi podía ver los remolinos negros de su magia tras él.

—¿Qué pasa?

Señaló a un lado con la cabeza, y me quedó claro que no quería que Nyra escuchara lo que fuera que tenía que decir.

Me volví hacia ella y comprobé que estaba muy ocupada apuntando al blanco.

—Davian ha interceptado una misiva. Es de tu abuela.

—¿Qué? —Me aparté de la pared y me acerqué a él.

—No tengo ni idea de cómo lo ha conseguido, pero te está buscando. —Kai miró por encima del hombro y sentí un nudo en el estómago—. Exige que acudas a su presencia.

Me enderecé y revisé mis dagas instintivamente.

—Lleva a Nyra a su habitación. —Él asintió—. Que se quede con Wren.

—¿Qué está pasando? —preguntó Nyra, sosteniendo su arco sin fuerza en las manos.

—Nada. —Negué con la cabeza—. Tengo que reunirme con mi padre. Kai te acompañará a tu habitación.

—Puedo llegar sola. Creo que por fin he conseguido orientarme en esta ciudad. —Sonrió y yo sentí una punzada en el pecho.

—Hazme un favor, solo por una vez, y deja que Kai vaya contigo.

Irguió los hombros al escuchar esas palabras, pero asintió y se colgó el arco de los hombros.

No tenía ni idea de qué decía el mensaje de mi abuela que mi padre había conseguido interceptar, pero sabía que no podía ser nada bueno. Mi abuela nunca me enviaba mensajes: iba yo a verla. Ese era nuestro acuerdo.

Llevaba años haciéndolo a espaldas de mi padre, y me invadió el miedo al pensar que él lo había averiguado.

—Volveré.

—Está en su casa. —Kai hizo una mueca al pronunciar esas palabras. Sabía lo mucho que odiaba ir allí.

Asentí y no esperé a que ninguno de los dos se despidiera. Di media vuelta y salí furioso del campo de entrenamiento, con un millón de pensamientos dando vueltas en mi mente.

Fuera lo que fuese lo que mi padre había descubierto, no podía permitir que se convirtiera en algo que pudiera amenazar mi lealtad a la rebelión o mi lealtad a mi padre.

Por desgracia, esas dos cosas no eran lo mismo.

Mi poder se deslizaba por mis venas y podía sentir su energía inquieta, ansiosa por ser liberada.

Arrastraba los pies, y cada paso me pesaba más que el anterior a medida que me acercaba a nuestra casa. Se me aceleró el pulso al pensar en la confrontación que me esperaba. Había pasado mucho tiempo desde que había dejado de tenerle miedo a mi padre, pero en ese momento me sentía invadido por esa aprensión tan familiar.

El resplandor naranja de las llamas bailaba a través de la ventana, proyectando sombras inquietantes en la estancia tenuemente iluminada. Inspiré hondo para calmar mis nervios y levanté la mano para llamar a la pesada puerta de madera. Mi puño golpeó suavemente la superficie, pero mi corazón latía tan fuerte que estaba seguro de que él podía oírlo desde dentro.

—Adelante. —El sonido de su voz, grave y familiar, atravesó la puerta. Dudé un momento antes de empujarla y entrar.

Un aroma a licor y a los libros antiguos me recibió al cruzar el umbral.

Las partículas de polvo se arremolinaban a mi alrededor, danzando a la luz del fuego. Las tablas del suelo crujían bajo mis pies, y el débil olor del jabón de mi padre aún perduraba en el aire. Esta casa había estado llena de risas y amor, pero en esos tiempos parecía vacía y fantasmal. Evitando mirar los retratos

familiares que había en la repisa de la chimenea, me enfrenté a mi padre.

Éramos solo él y yo, rodeados por los fantasmas de nuestro pasado que los dos intentábamos evitar.

Él estaba recostado en un sillón de cuero desgastado, con sus largas piernas cruzadas con un tobillo apoyado en la rodilla opuesta. Un vaso de cristal lleno de un líquido ámbar oscuro colgaba de sus dedos; le dio un breve sorbo y señaló con un gesto la mesa de la cocina, abarrotada de cosas, donde había un pergamino desplegado entre tazas medio vacías y papeles esparcidos.

—Tengo algo para ti —dijo, clavando la vista en mí.

La delicada caligrafía del pergamino me resultaba familiar, y mi corazón se aceleró cuando me volví hacia mi padre.

—¿Qué es? —pregunté, tratando de mantener la voz firme.

—Eso me gustaría saber a mí. —Sus manos curtidas, cubiertas de durezas y cicatrices, trazaron suavemente el borde del vaso mientras hablaba—. Pero no va dirigido a mí. Va dirigido a mi hijo.

Entrecerró los ojos, siguiendo cada uno de mis movimientos; casi podía ver cómo le daba vueltas a la cabeza mientras me observaba con atención.

—¿Qué dice? —pregunté con cautela.

Hizo un gesto con el vaso hacia la mesa, y el líquido oscuro se removió en su interior.

—Deberías leerlo tú —dijo con voz baja y vacilante—. No creo que yo pueda hacerle justicia.

Algo iba mal, muy mal.

Sabía que mi abuela no habría enviado una misiva a menos que lo considerara urgente, y había caído en manos de mi padre.

Con pasos cautelosos me acerqué a la mesa, sin perder de vista la severa expresión de mi padre. Cuando alcancé el pergamino, intenté que mis dedos no temblaran.

Las palabras, escritas con la delicada letra cursiva de mi abuela, eran breves y concisas. Pero su impacto fue como un fuerte golpe en el pecho y aplastó todo lo que tenía en mi interior.

Se me nubló la vista mientras leía y releía cada línea, tratando de entender lo que decían.

«Los soldados del rey están registrando cada hueco de la ciudad en su búsqueda. Ella ya no se esconde tras la seguridad de los muros del castillo. Los dos sabemos quién es, Dacre, y debes protegerla. Protégela a toda costa».

Todo mi ser se estremeció ante esas palabras.

Nyra.

Volví a leer la carta una vez más. Tenía que estar equivocada. Nyra no era la princesa de Marmoris.

Era una chica que apenas tenía poder, que había estado encerrada en las mazmorras bajo el propio palacio, que había estado huyendo.

Me quedé paralizado cuando me di cuenta de la verdad, que me dejó sin aliento.

Era una mentirosa.

Nyra había estado escondida en las calles desde la incursión. Había dicho que no había podido salir antes.

La recordaba de la incursión. La había visto, aunque no había podido identificarla bien en medio del caos.

Había vivido en el palacio porque ese era su hogar. Las verdades comenzaron a desvelarse ante mí y encajaron en su lugar.

La falta de poder, el miedo que sentía al cruzar el puente, más intenso que el de cualquier otra persona que yo hubiera visto jamás, las cicatrices que se extendían por su espalda hasta rodearle el estómago…

Me dijo que había sido su padre. Lo que no me dijo fue que había sido *el rey*.

Aparté la mirada de la hoja que tenía delante y me volví hacia mi padre. Tenía la vista clavada en mí, pero intentaba parecer indiferente, ahí, recostado en la silla, aunque sentía su silencioso escrutinio como un peso sobre mis hombros.

—¿Qué es esto?

—Eso, hijo mío, es una carta de tu abuela —dijo con voz baja y firme—. ¿Te importaría decirme a quién se refiere?

Me quedé mirando el pergamino, sintiendo una gran opresión en el pecho.

—No tengo ni idea.

—Eres un gran líder, Dacre. —Mi padre se levantó y dejó su copa sobre la mesa delante de mí—. Algún día serás un gran comandante de esta rebelión o de este reino, si es que alguna vez derrotamos al rey. Vuelve a leer ese pergamino. Creo que encontrarás la verdad entre sus líneas.

Apreté los labios.

—¿Y cuál es?

—No seas tonto, Dacre. —Pasó la mano por la espada, que estaba sobre la mesa delante de nosotros—. ¿Crees que no sabía que te comunicabas con tu

abuela a pesar de que te lo había prohibido? ¿De verdad piensas que no te estaba vigilando cuando llevaste a esa chica allí? ¿Has pasado más tiempo entrenando en tu cama que en combate?

El corazón me latió con fuerza en el pecho al sentirme traicionado: me había estado vigilando.

—Ella es todo lo que nos queda de mamá —le respondí, con la voz temblorosa por la ira y la confusión—. Puedes agradecerle a la abuela la mitad de la información que te proporciono yo.

La expresión de mi padre permaneció impasible, como una piedra.

—Esa parte la puedo aceptar. Me he inventado mis propias excusas para ti en mi cabeza. —Se dio unos golpecitos en la sien con los dedos—. ¿Pero la princesa?

Negué con la cabeza y lo miré a los ojos.

—No tenía ni idea de quién era.

Él entrecerró los párpados y me estudió con atención.

—¿Nunca sospechaste de ella?

—Sí. —Fui sincero—. Pero nunca se me pasó por la cabeza que fuera la princesa. Pensaba que era una traidora, que solo utilizaba nuestra rebelión como una vía de escape de una vida que no quería. —Dudé, con la mente acelerada mientras trataba de encontrar las palabras adecuadas para decir la verdad.

—Al parecer, tenías razón. Esa zorra es una traidora, sin duda. —El rostro de mi padre se torció en una mueca de desprecio—. Ha estado viviendo en nuestra ciudad. La trajiste aquí cuando deberías haberla dejado pudrirse en esa mazmorra, y ahora la hija de ese malvado rey conoce secretos que hemos estado protegiendo durante la mayor parte de nuestras vidas. —Se acercó a la repisa de la chimenea, cogió un retrato enmarcado de mi madre y pasó los dedos sobre él—. Tráemela.

Un escalofrío me recorrió la espalda al ver cómo mi padre entrecerraba los ojos al mirar la imagen de mi madre.

—¿Qué vas a hacer con ella?

Había un destello de ira en sus ojos cuando los clavó en los míos.

—No me hagas repetirlo, hijo. Tráemela ahora mismo.

Tragué saliva con dificultad, sintiendo el peso de la verdad. Le debía lealtad a mi padre, pero solo podía pensar en Nyra.

Joder. Si ni siquiera ese era su verdadero nombre.

—Esta noche, Dacre. —Se acercó a mí y, agarrándome con fuerza por la nuca, me acercó a él hasta que nuestras frentes se tocaron—. Ella es la clave de todo.

Asentí y, sin decir nada más, me fui en busca de la princesa.

23

NYRA

Me senté con cuidado en el borde de la cama perfectamente hecha de Dacre, procurando no mover la pila de libros que había sobre a ella. Cogí el que estaba encima, con las páginas amarillentas por el paso del tiempo, marcadas con pliegues. Mientras lo hojeaba, pequeñas nubes de polvo flotaban hacia la luz que entraba por la ventana. Mis ojos recorrían las palabras, pero mi mente estaba en otra parte, demasiado preocupada por la inquietante sensación de que algo no iba bien.

Oí voces en el pasillo, cerré rápidamente el libro, lo volví a dejar en su sitio y me levanté.

La puerta se abrió con un chirrido y Dacre se deslizó dentro y cerró con cuidado tras de sí. Se quedó de espaldas a mí, ligeramente encorvado, con los puños apretados a los costados. La habitación parecía temblar con la tensión que lo invadía.

—¿Estás bien? —le pregunté, y di un pequeño paso hacia él.

Su espalda se tensó, y sentí un escalofrío recorrerme la espina dorsal mientras me acercaba poco a poco.

—Estoy bien. —Se giró lentamente hacia mí, pero no estaba bien: su mirada oscura parecía atormentada.

—¿Estás seguro?

—¿Podemos no hablar de eso? —Negó con la cabeza y soltó una risa carente de humor—. Esta noche no quiero pensar en mi padre.

—De acuerdo —dije, vacilante, cuando él acortó la distancia entre nosotros.

—¿Qué haces aquí? —Desvió la vista hacia la cama y de nuevo hacia mí. Sentí un nudo en el estómago, y, de repente, me arrepentí de haber entrado.

—Te estaba esperando. Parecías molesto por lo que Kai te ha dicho.

Las largas zancadas de Dacre lo llevaron al otro lado de la habitación en segundos. Antes de que pudiera recuperar el aliento, su mano se enredó en mi cabello, y me pegó a él. Me dio un beso con una urgencia feroz y yo respondí

con entusiasmo, besándolo con la misma necesidad.

Dacre me tiró más fuerte del pelo y una oleada de deseo recorrió mi cuerpo. Sus labios eran cálidos y exigentes, y yo me consumía en una tormenta de emociones. Pasé mis manos alrededor de su cuello para pegarlo más a mí, y sentí los latidos de su corazón retumbando contra mi pecho.

De repente, Dacre deshizo el beso y me miró a los ojos con una intensidad desesperada.

—Te necesito —susurró con voz ronca. Su tono estaba lleno de un anhelo que me dejó sin aliento. Yo también lo necesitaba. Asentí, sin atreverme a hablar. Dacre no apartó la mirada de mi rostro mientras se quitaba las botas. Le temblaban un poco las manos, pero no parecía darse cuenta. Me quité las botas yo también y me bajé los pantalones—. Dioses, eres preciosa.

No hubo caricias delicadas ni provocadoras. Todo fue urgencia, y yo daba gracias por ello.

Me sentía desesperada y enloquecida, y quería que él percibiera la misma pérdida de control hacia mí.

Las manos de Dacre estaban por todas partes: recorriendo mi espalda, deslizándose por mis costados, explorando cada tramo de mi piel. Se me aceleró el pulso cuando sentí sus dedos tanteando en mi sexo.

—Ya estás muy mojada —gruñó, y me mordisqueó la sensible piel del cuello.

—Sí. —Asentí y tironeé de su camisa hasta que se la quitó y la dejó caer al suelo.

Lo quería todo; lo quería completamente desnudo.

Había un millón de secretos entre nosotros, pero no deseaba pensar en ellos esa noche.

Solo estábamos él y yo, y no éramos ni un rebelde ni una princesa.

Me pegó a él y sus labios encontraron el camino hacia mi cuello, provocándome escalofríos. Gemí suavemente y eché la cabeza hacia atrás, dejando que me inundara el placer.

En ese momento no era una princesa ni nada de lo que fingía ser. Era suya. Pasara lo que pasase, era suya.

Las manos de Dacre temblaban cuando me desabrochó los pantalones con ademanes urgentes. Yo hice lo mismo, y me quité con impaciencia el resto de la ropa hasta quedar completamente desnuda ante él.

Nuestras respiraciones entrecortadas y los fuertes latidos de nuestros corazones inundaron la estancia. Me tumbó delicadamente sobre la cama, sin

apartar la vista de mis ojos. Había un deseo salvaje en su mirada, un anhelo que igualaba el mío.

Alcé la mano y le acaricié el cabello revuelto, sintiendo el calor de su piel. Lo deseaba. Lo necesitaba. Quería perderme por completo en ese momento, en él, y olvidarme de todo lo demás.

Bajó la cabeza, me dio un leve beso y sentí que el mundo a mi alrededor se desvanecía. Su lengua rozó la mía mientras sus manos recorrían cada curva de mi cuerpo.

Volví a gemir, con la respiración entrecortada, cuando me acarició la sensible piel de mi cuello y mi pecho. A medida que nuestro beso se intensificaba, sentí su erección contra mi muslo, y junté las piernas para aliviar la tensión.

—Te deseo —susurré con voz suave y ronca.

Bajó besándome por todo el cuerpo, con las manos recorriendo mi piel. El corazón amenazaba con escapar de mi pecho cuando sentí sus labios rozar la sensible piel de mi vientre para ir cada vez más abajo hasta llegar a la unión de mis muslos.

Clavó en mí sus ojos oscuros e intensos.

—¿Estás segura?

—Sí —susurré sin aliento. Me besó el pubis, una caricia casta de sus labios que me hizo retorcerme debajo de él; se incorporó y se agarró la erección para pasar la punta sobre mi sexo, extendiendo la humedad, y yo levanté las caderas, rogándole en silencio que siguiera—. Por favor —le supliqué, con una desesperación en mi voz que encajaba a la perfección con el dolor que sentía entre mis piernas.

La expresión de Dacre era tan ávida como debía de ser la mía. Se deslizó en mi interior, y jadeé cuando me penetró lentamente. La sensación de que él me llenaba era abrumadora, y levanté las caderas, tratando de adaptarme. Tenía las manos en mi cintura, y me sujetaba con firmeza mientras empujaba más profundamente dentro de mí, muy lentamente.

—¿Estás bien?

Asentí, aunque no estaba segura de estar diciendo la verdad. Era tan grande que me hacía daño, pero lo único que sabía era que no quería que parara.

No quería que parara nunca.

Comenzó a moverse, con embestidas lentas y profundas. La cama crujía bajo nosotros con cada movimiento, inundando la estancia con ese sonido bajo y rítmico.

Le pasé los dedos por el pelo y acerqué mi rostro al suyo para rozarlo con los labios cada vez que se movía sobre mí.

—Dios, qué estrecha eres —gimió Dacre contra mi boca, con la voz ronca.

Gimoteé, abrumada por el placer de sentirlo dentro de mí. La mirada de Dacre no se apartaba de mi rostro y su respiración era irregular mientras seguía empujando dentro de mí.

—Más —jadeé, sintiendo cómo el deseo crecía en mi interior.

La expresión de Dacre cambió, sus ojos se oscurecieron y accedió a mi petición. Aumentó el ritmo y sus embestidas se volvieron más feroces, más exigentes. Eché la cabeza hacia atrás, perdida en la sensación de su miembro entrando y saliendo de mí; el dolor se entremezclaba con el placer y ya no podía distinguirlos.

Me aferré a las sábanas y moví las caderas para acompañar sus embestidas. Podía oír su respiración entrecortada mientras luchaba por mantener el control.

Pasó un brazo bajo mi espalda e hizo que me incorporara un poco. Le estreché la cintura con las piernas y me aferré a sus hombros cuando me empujó hacia la cabecera de la cama y se sentó, conmigo a horcajadas sobre él.

—Cabálgame —me pidió, y yo me bajé sobre él todo lo que pude. En esa postura lo sentía mucho más profundamente que antes; era mucho más íntima.

Empecé a cabalgarlo como él me había indicado, moviendo las caderas con un ritmo constante que se ajustaba a sus embestidas. Solo se escuchaban gemidos, jadeos y el sonido carnal de nuestros cuerpos al colisionar.

Me eché hacia delante y apoyé las manos en su pecho; mis senos lo acariciaban con cada movimiento. Me agarró de las caderas para ayudarme a subir y bajar mientras seguía embistiendo en mi interior.

—Más fuerte —le rogué con un murmullo entrecortado. Dacre obedeció y sus embestidas se hicieron más fuertes; levantaba las caderas para encontrarse conmigo cada vez que bajaba sobre él.

Mi pelo me acarició la piel cuando arqueé la espalda, y Dacre deslizó los dedos sobre mi clítoris hasta que todo mi cuerpo tembló contra él.

—Dime que eres mía. —Su voz era más exigente que nunca, y le di exactamente lo que quería.

—Soy tuya.

Me sujetó por la nuca y me acurrucó contra él hasta que no quedó ni un resquicio entre nuestros cuerpos. Fue abrumador y apasionado, y me di cuenta

de que no quería que ese momento terminara nunca.

Solo estábamos él y yo, y lo demás no importaba.

—Te haré olvidar a todos los que han estado contigo antes que yo.

Abrí los ojos de golpe.

—Solo has estado tú.

Se quedó sin aliento y se tensó de la cabeza a los pies.

—Todo esto es mío. Tú me perteneces.

Asentí frenéticamente.

—¡Estoy a punto, Dacre! —exclamé, y le hundí los dedos en el pelo sin dejar de cabalgarlo.

Estábamos empapados de sudor, jadeantes. Me acariciaba el clítoris rápidamente con el pulgar, en círculos, y yo ya no pude contenerme más.

El placer me invadió de la cabeza a los pies y lo estreché en mi interior, gritando su nombre.

—Eso es, princesa.

Cuando escuché esas palabras abrí los ojos de par en par y luché por recuperar el aliento.

¿Qué acababa de decir?

Me sujetó por las caderas, ayudándome a cabalgarlo, y me inundó el clímax.

—Córrete para mí, Verena.

Al instante me aparté de él, pero sus brazos eran implacables. Me sujetó contra él, clavando sus ojos negros en los míos, y no pude detener el placer que aún recorría mi cuerpo, incluso aunque estuviera mezclado con el miedo.

Me estrechó contra su cuerpo y sentí cómo mis músculos se contraían y se relajaban al ritmo de sus movimientos, aunque lo empujaba por los hombros para apartarlo de mí. Finalmente me soltó y yo me derrumbé sobre su cama. Vi cómo se acariciaba hasta llegar al clímax, con el pecho subiendo y bajando con cada trabajoso aliento, hasta derramar su semen sobre mi vientre.

Nos miramos fijamente, sin atrevernos a movernos, pero sus siguientes palabras fueron como una puñalada.

—Para ser una asquerosa traidora, no has dudado en abrirte de piernas para un rebelde.

—Dacre…

Cogí la manta de su cama y me la puse sobre el pecho, tratando de taparme como podía. El miedo, frío y despiadado, recorrió mis venas.

—Deberías irte. —Se levantó de la cama, cogió mi ropa, que estaba en el

suelo, y me la lanzó—. Mi padre sabe quién eres. —Se dirigió hacia el baño sin mirarme, pero se detuvo con la mano en el marco de la puerta mientras yo me ponía la camisa lo más rápido que podía con las manos temblorosas, intentando asimilar lo que estaba pasando. Acababa de entregarle mi virginidad, y él solo había follado conmigo por venganza—. Quiere que te lleve ante él.

Me levanté de la cama y me apresuré a ponerme los pantalones arrugados. Metí los pies en las botas tan deprisa que casi me enredé con los cordones.

El corazón me latía con fuerza contra la caja torácica y una ola de pánico me invadió cuando mi mirada se cruzó con la de Dacre antes de que él volviera a apartar la vista; fue solo un instante, pero me pareció una eternidad en la que sentí una opresión en el pecho que era miedo y deseo a partes iguales.

—Corre, Verena. —Su voz era fría—. Antes de que mi padre me envíe de caza. A cazarte a ti.

Quería suplicarle que se detuviera, que me eligiera mí, algo que nadie había hecho antes. Que me eligiera de la misma forma en que yo lo había elegido a él.

Pero su lealtad no estaba con la chica con la que acababa de follar. Estaba con la rebelión, que prefería verme muerta.

La puerta del cuarto de baño se cerró con un chasquido seco, y solo me quedó una única opción: correr.

Y eso hice.

Índice de contenido

1. Advertencia de contenido
2. 1
3. 2
4. 3
5. 4
6. 5
7. 6
8. 7
9. 8
10. 9
11. 10
12. 11
13. 12
14. 13
15. 14
16. 15
17. 16
18. 17
19. 18
20. 19
21. 20
22. 21
23. 22
24. 23